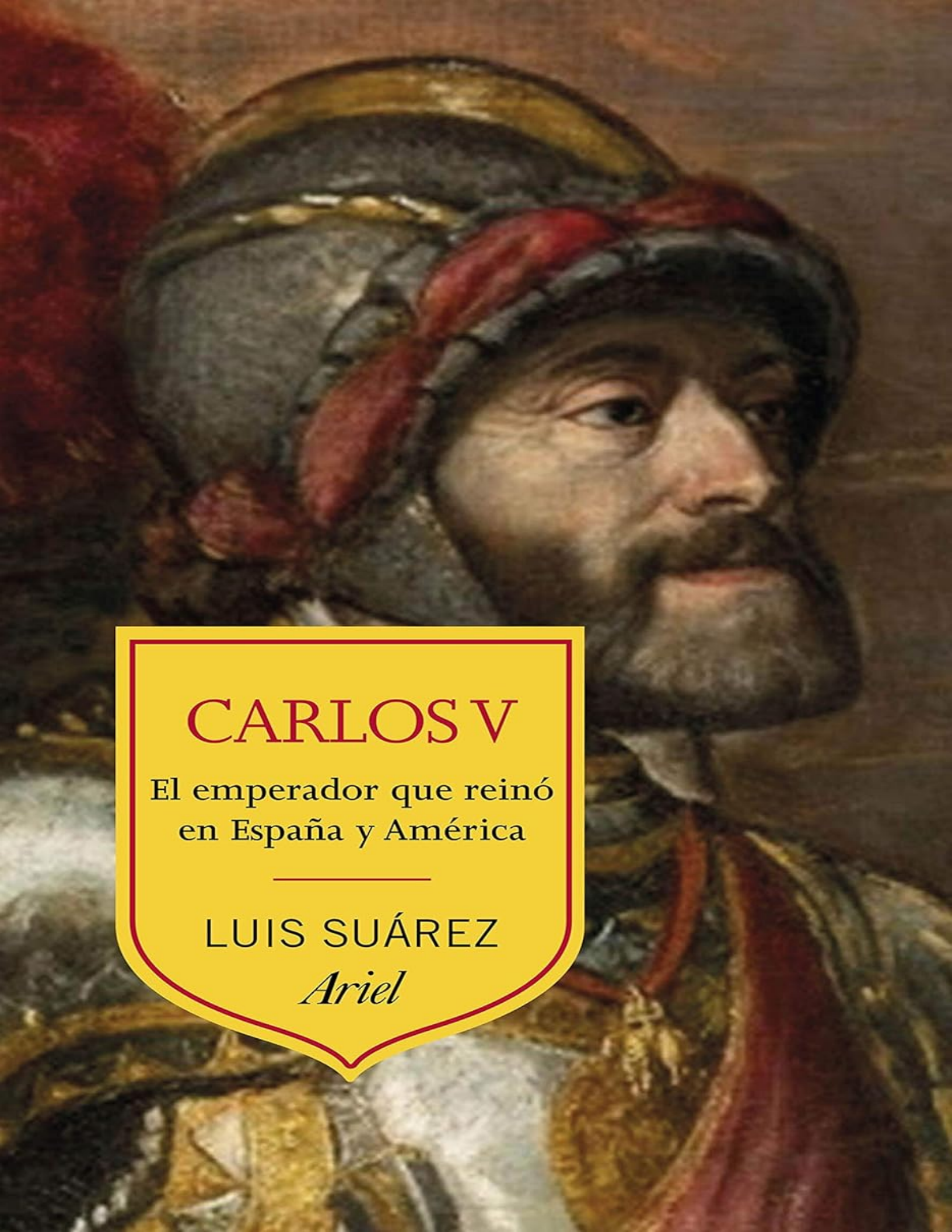


CARLOS V

El emperador que reinó en España y América

LUIS SUÁREZ

Ariel

Índice

CUBIERTA
PORTADILLA
PALABRAS PREVIAS

CAPÍTULO I. NEBULOSA NIÑEZ DEL GRAN EMPERADOR DE EUROPA
- EL NACIMIENTO
- LAS RAÍCES DE UN DRAMA
- EL PESO DE UNA HERENCIA
- LA REFORMA RELIGIOSA
- VOLUNTARISMO Y RACIONALISMO
- ERASMISMO
- DERECHOS QUE RECAEN EN UN NIÑO
- PRIMER COMPROMISO MATRIMONIAL
- EL PASO POR LAS CORTES
- LOS ACUERDOS DE LYON
- LA FÓRMULA DECISORIA DE ISABEL
- UNA CARTA FIRMADA POR CARLOS
- BRUMAS PARA UN AMANECER
- ISABEL DECIDE EN FAVOR DE CARLOS

CAPÍTULO II. UN DIFÍCIL CAMINO HACIA EL TRONO
- LAS CORTES DE TORO
- LOS TRATADOS DE BLOIS
- APARECE GERMANA DE FOIX

VILLAFÁFILA
MUERTE INESPERADA
MALINAS: UN PRÓLOGO
NOTICIAS QUE LLEGABAN DE ESPAÑA
LA LIGA DE CAMBRAI
EL TESTAMENTO DEL REY
GUILLERMO DE CROY, SEÑOR DE CHIÈVRES
LA MUERTE DE FERNANDO

CAPÍTULO III. CARLOS I, REY DE TODA ESPAÑA
PREPARACIÓN DEL VIAJE
CARLOS LLEGA A TAZONES
EL ENCUENTRO DE TORDESILLAS
LAS CORTES DE VALLADOLID
EL APOYO DE GERMANA DE FOIX
LA CORONA DE ARAGÓN
CÓMO VEMOS A CARLOS
CAMINO DE SANTIAGO
TENSIÓN EN LAS CORTES
EL LUTERANISMO, DIFÍCIL PROBLEMA

CAPÍTULO IV. CARLOS V, REY DE ROMANOS
UN ALTO EN INGLATERRA
LA META: BRUSELAS
CUMPLIMIENTO DE UN RITO
LA DECISIÓN DE WORMS
ADRIANO, PAPA
RETORNO A ESPAÑA
VILLALAR Y SUS CONSECUENCIAS
LAS GERMANÍAS
1522. HORA DE CAMBIO

CAPÍTULO V. SE DIBUJA UN PROGRAMA IMPERIAL
MADUREZ POLÍTICA
NOVEDADES EN LA FORMA DE GOBIERNO
VERSUS SELIM II
ENFRENTAMIENTO CON FRANCISCO I
SEGUNDA ESTANCIA EN INGLATERRA
FIN A LA REPRESIÓN
RETORNO A TORDESILLAS
CORTES DE VALLADOLID

CAPÍTULO VI. LA PRIMERA GUERRA CON FRANCIA
UN CAMBIO EN EL PONTIFICADO
LA LIBERACIÓN DE FUENTERRABÍA
PAVÍA, LA GRAN VICTORIA
TRATADO DE MADRID
ISABEL, EMPERATRIZ
UN PROBLEMA PENDIENTE: LOS MORISCOS
CONSOLIDACIÓN DEL LUTERANISMO

CAPÍTULO VII. LA CORONACIÓN IMPERIAL
LA LIGA DE COGNAC
BUDAPEST: LA GRAN DERROTA
CORTES DE 1527
LA ESCISIÓN DE INGLATERRA
IL SACCO DI ROMA
INTENTO DE JUSTIFICACIÓN
EL CURSO DE LA GUERRA
LA PAZ DE LAS DAMAS
EL VIAJE A ITALIA
EL CAMINO A BOLONIA
LA GRAN CEREMONIA

CAPÍTULO VIII. DIETA DE AUGSBURGO Y SUS CONSECUENCIAS
MADURACIÓN DEL LUTERANISMO
DE NUEVO EL PAPEL DE ERASMO
LAS DOS LIGAS
REVUELTAS SOCIALES
PROTESTANTISMO
UN ALTO EN INNSBRUCK
LA CONFESIÓN DE AUGSBURGO
LA CASA DE AUSTRIA ASUME SU PAPEL
UN SIGNO DE DECLIVE
SALVAR VIENA
EL COMPROMISO DE NÚREMBERG
DOS MUERTES SEÑALADAS

CAPÍTULO IX. LA GLORIA DE TÚNEZ
DECIDIDO EL RETORNO A ESPAÑA
DE NUEVO BOLONIA
POR GÉNOVA HACIA BARCELONA
PREPARATIVOS E INESPERADOS PROBLEMAS
CORTES DE MADRID DE 1534
DECISIÓN
AL FIN, TÚNEZ

CAPÍTULO X. TERCERA GUERRA CON FRANCIA
PAULO III, LA HORA DEL CAMBIO
EL CAMINO HACIA LA TERCERA GUERRA CON FRANCIA
LA DENUNCIA
LA CAMPAÑA DE PROVENZA
REGRESO A ESPAÑA
CORTES DE VALLADOLID
OTRA VEZ EN MONZÓN
AIGUES-MORTES

UN VERANO DIFÍCIL
CASTELNUOVO
LA MUERTE DE LA EMPERATRIZ

CAPÍTULO XI. LAS DECISIONES SOBRE AMÉRICA
UNA HERENCIA RECIBIDA Y NO BUSCADA
LA DESCOBERTA DO MUNDO
HERNÁN CORTÉS
LAS CASAS
EL REINO DE NUEVA CASTILLA
EL VASTO IMPERIO CAROLINO
EL CASO PECULIAR DE NUEVA GRANADA
LA DECISIÓN JURÍDICA

CAPÍTULO XII. SIGNOS DE DECLIVE: ENTRE RATISBONA Y ARGEL
CAMBIO ESENCIAL EN EL PONTIFICADO
«TIEMPO DE DISCRECIÓN»
A FLANDES, PASANDO POR PARÍS
DESGASTE DE LAS NEGOCIACIONES CON LOS PROTESTANTES
NEGOCIAR CON FRANCIA
LOS ACUERDOS DE RATISBONA
DESASTRE DE ARGEL
UN TIEMPO EN ESPAÑA
CORTES DE VALLADOLID DE 1542
DE NUEVO LA GUERRA CON FRANCIA
ESPAÑA SE AUTOGOBIERNA
BUSSETTO
LA PAZ DE CRÉPY

CAPÍTULO XIII. PRIMERA ETAPA DEL CONCILIO DE TRENTO
¿CONTRARREFORMA?
BASES DOCTRINALES

ÍÑIGO LÓPEZ DE LOYOLA
UNA COINCIDENCIA
TIEMPO PERDIDO O GANADO
COMIENZA EL CONCILIO
HONDAS RAÍCES: PREDESTINACIÓN Y JUSTIFICACIÓN
LAS NUEVAS ESTRUCTURAS DE PODER
TÉRMINO DE LA PRIMERA ETAPA

CAPÍTULO XIV. LA HORA DE MÜHLBERG
LAS DIFICULTADES INSALVABLES
DE NUEVO EN WORMS
PRIMERA GUERRA DE RELIGIÓN
RAZONES ENFRENTADAS
HORAS DURAS EN ULM
AQUELLA MAÑANA DEL 24 DE ABRIL
EL INTERIM DE AUGSBURGO

CAPÍTULO XV. RAZONES PROFUNDAS PARA UNA ABDICACIÓN
EL PESO DE UNA VICTORIA
FELIPE VIAJA A FLANDES
LA FUNCIÓN DEL IMPERIO: UNA CUESTIÓN DEBATIDA
UN NUEVO PAPA, JULIO III
SEGUNDA ETAPA
COMPARECEN LOS PROTESTANTES
GUERRA
FEBRERO DE 1552
CAMBIOS RADICALES DE ACTITUD
SE ENDURECE LA CONTIENDA
LA DECISIÓN FINAL
LA ABDICACIÓN

EPÍLOGO. EL CAMINO DE YUSTE

LARGO Y LENTO VIAJE
AL FIN YUSTE
HORAS FINALES

CRÉDITOS

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Luis Suárez

Carlos V

El emperador que reinó en España y América

Ariel

PALABRAS PREVIAS

Se cumplen ahora quinientos años desde aquel día en que una flota desviada del camino llevara a la ría de Villaviciosa a un adolescente vestido con los lujos de la moda de Borgoña que venía a tomar las riendas del poder que legalmente se hallaban en manos de su madre, Juana, incapaz de ejercerlo por sí misma dadas las condiciones mentales en que se movía. Ella no renunciaba a titularse reina —lo sería hasta su muerte, el 12 de abril de 1555—, pero había transferido sus poderes plenamente, primero a su padre Fernando, luego a su hijo Carlos. El joven ni siquiera hablaba entonces la lengua española.

En este libro vamos a intentar una especie de reflexión sobre el significado de estos cuarenta años que cubren la primera mitad de ese vital siglo XVI en que Europa se conformó en estructuras que han perdurado, al menos en su mayor parte, hasta 1947. En las difíciles circunstancias que en nuestros días vive Europa, dicha reflexión parece oportuna. No se trata de realizar una nueva investigación documental, como aquellas que grandes historiadores de los siglos XIX y XX realizaran, sino de hacer una lectura detenida hasta llegar a descubrir en los sucesos aspectos que hoy deberían tenerse en cuenta. Prescindimos de notas bibliográficas, que nos obligarían también a hacer una lista interminable. Puede el lector acudir a las obras generales y de erudición. Pero es conveniente que

mencionemos algunas obras decisivas, sobre las que se apoya humildemente el presente trabajo.

En primer término mencionaremos el tomo XX de la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal (Madrid, 1979), en que se incluye el valiosísimo prólogo del propio don Ramón que significativamente tituló *Un Imperio de paz cristiana*. A él sigue el gran estudio de Manuel Fernández Álvarez, *Reinado de Carlos V*. Nosotros hemos acudido especialmente a este gran autor, que habiendo recogido el Corpus documental, y tras un breve ensayo sobre *Carlos V, un hombre para Europa* (Madrid, 1998), recogió su experiencia en *Carlos V, el César y el Hombre* (Madrid, 1999). De este modo llegamos a conclusiones previas. Carlos es el último emperador coronado por el papa en 1530. De este modo se cerraba un largo proceso iniciado por Carlomagno el año 800 y que significaba la sustitución de un imperio pagano por otro cristiano que proporcionara a Europa la unidad de autoridad temporal que necesitaba para construirse.

Las circunstancias parecían poner a Carlos en situaciones especialmente favorables. De ahí que formulara un programa. Sobre sus hombros descansaban ahora tres de las cinco naciones que formaban Europa y, también, las «nuevas», como se calificaba expresamente a las americanas. Para que el futuro, amenazado por el crecimiento del islam en sus dimensiones otomanas y no árabes, pudiera consolidarse, parecía imprescindible crear un sistema que reconociese que en todo este conjunto existía una comunidad religiosa que reconociese esos tres derechos naturales definidos por Clemente VI a mediados del siglo XIV: vida, libertad y patrimonio. De pronto, nos vemos sorprendidos, ya que en nuestros días, cuando se invocan derechos ciudadanos que se cumplen mal, los naturales han sido prácticamente suspendidos: aborto, eutanasia e impuestos, los sustituyen. Debemos reconocer que las consecuencias del fracaso de

Carlos V en este proyecto ha tenido consecuencias importantes y duraderas.

En 1986 Valentín Vázquez de Prada reunió un equipo de once expertos, españoles, franceses e ingleses, y les puso a trabajar en el que sería el tomo VI de la *Historia de España y América*, de Rialp, poniendo principalmente la atención en los aspectos estructurales de aquel Imperio de donde iba a salir el mundo moderno. Insistieron en que Carlos y su hijo Felipe constituyeron una unidad de tales dimensiones que en su tarea, partiendo siempre del catolicismo latino, tal y como la reforma española, italiana y renana, anterior al luteranismo, había sido capaz de construir una definición de la persona humana. Destacaron, por ejemplo, que el P. Las Casas fue una de las personas más escuchadas por el emperador que llegó a promoverle al obispado de Chiapas, y que desde 1542 Carlos había puesto en marcha un proceso legislativo que debía impedir los abusos de los conquistadores, haciendo de los dominios americanos verdaderos reinos y no simples colonias.

También parece oportuno destacar otras dos obras que desempeñan un papel importante en las lecturas que a continuación hemos de comentar. En 1998 José Antonio Vaca de Osma, *Carlos I y Felipe II frente a frente*, intentó un análisis, desde el punto de vista católico, de estos dos reinados, tratando sobre todo de descubrir las razones de su fracaso. Y el año 2000, al cumplir el aniversario del nacimiento del emperador, respondiendo a los encargos de la Sociedad constituida para su conmemoración, José Martínez Millán y Carlos Javier de Carlos Morales consiguieron una obra colectiva de gran valor que titularon *La Corte de Carlos V*. Son estas las obras que recomendamos de manera especial a nuestros lectores.

La consecuencia principal que se desprende de estos trabajos, que no dudamos en calificar de fundamentos para nuestro ensayo, es que los primeros Habsburgo, al suceder a los Trastámara en España ejecutaron una tarea de grandes dimensiones: pudieron

resistir al Turco aunque no recobrar los territorios bizantinos, y pusieron el fundamento de la Hispanidad, que es como acertadamente ya la definieran importantes pensadores del siglo XIX. Todavía hoy la Constitución de Estados Unidos se inicia con palabras que recogen esta herencia: «Dios ha creado a los hombres libres, iguales y en busca de la felicidad». Este término tiene hoy características que le apartan del patrimonio de los maestros de la Escuela de Salamanca; para estos últimos no significaba el disfrute de bienes materiales sino el encuentro de la persona consigo misma en imagen y semejanza de Dios como se escribe en el Génesis.

En las obras mencionadas encontrarán los lectores todas las referencias bibliográficas. Conviene, sin embargo, que aquí hagamos mención de otros trabajos que desempeñan un gran papel en nuestras conclusiones. En primer término los dos volúmenes de Karl Brandi, *Kaiser Karl V. Werdel und Schickal einer Personlichkeit und einen Weltreiches* (Múnich, 1937); en este trabajo se utilizaba de manera especial la visión que ya ofreciera Ludwig von Ranke en una de las esenciales investigaciones sobre el problema islámico, *Die Osmamen und die spanische Monarchie in 16 und 17 Jahrhundert* (Leipzig, 1877). Ranke recomendaba a los historiadores explicar los sucesos «como ocurrieron en realidad», algo que venimos intentando. En 1942, cuando el nacionalsocialismo ejercía predominio en la mayor parte de Europa, la editorial Espasa decidió publicar la versión española del ensayista inglés, Wyndham Lewis, con el título de *Carlos de Europa*, *emperador de Occidente*, que causó gran impacto sobre la opinión española, especialmente aquella que se resistía a la propaganda del III Reich.

Tenemos que hacer referencia también a obras que fueron como una especie de preparación en nuestra tarea de asomarnos a la vida de este gran personaje. Henri Lapeyre, *Carlos V* (Barcelona, 1972), y R. Tyler, *El emperador Carlos V* (Barcelona, 1976). Tenemos que añadir a Pierre Chaunu, *La España de Carlos V* (Barcelona, 1976), y

Joseph Pérez, *Carlos V* (Madrid, 1999), cuya residencia en España, precedentes familiares y calidad de miembro de la Academia de la Historia de Madrid le han permitido penetrar con acierto en aspectos personales del emperador. Para no alargar excesivamente las referencias, cerraré la lista con la excelente obra de Carmen Mazario *Isabel de Portugal* (Madrid, 1959), que contiene una documentación de extraordinario valor, extraída del Archivo de Simancas. Pues ella nos lleva a la conclusión de que durante los años centrales del reinado la influencia de su esposa fue para el emperador un eje capital.

Y aquí tenemos un punto capital. No en vano se había impuesto a la futura emperatriz el nombre de su abuela la Reina Católica, que fue la primera mujer que ejerció por sí misma las funciones reales sin transmitirlas al marido o depositarlas en un regente. Se trata, pues, de una revolución en la femineidad que se apoyaba en una de las bases doctrinales del catolicismo que otorga a la femineidad un valor que difiere absolutamente de lo que ahora entendemos por feminismo. Carlos e Isabel formaron lo que podríamos calificar como unidad personal. No es que ella pretendiera vestir armadura y empuñar la espada como Juana de Arco. Era esposa y madre, y cuando formulaba sus opiniones y consejos sobre los asuntos políticos lo hacía como esposa y madre a quien correspondía enseñar sentimiento e intuición. Esto aparece claramente cuando, después de la muerte de la emperatriz, se propuso a Carlos un nuevo matrimonio que asegurase la paz con Francia; respondió que para él solo había una esposa y, fallecida esta, no volvería a casarse.

Vamos a entrar ahora en los años primeros de una infancia en la que se forjaría una persona.

Capítulo I

NEBULOSA NIÑEZ DEL GRAN EMPERADOR DE EUROPA

El nacimiento

El 24 de febrero de 1500 y en la ciudad de Gante, que era entonces una de las más importantes de Flandes, sirviendo valiosamente a ese comercio que, por medio del canal de la Mancha y del golfo de Vizcaya, intercambiaba los productos que venían del Báltico y del Mediterráneo, vio la luz un niño llamado a los más altos destinos, y al que pusieron por nombre Carlos, que pertenecía a uno de sus abuelos. La fecha nos permite entender que con frecuencia se haya hecho referencia a su persona como «hombre del siglo», ya que en cierto modo él ponía fin a aquella decimoquinta centuria en que el Humanismo cambiara el talante de Europa. Sus enemigos preferían llamarle despectivamente Carlos de Gante como si fuera uno más en el conjunto de príncipes que heredaban algunas reliquias del feudalismo. Vamos a intentar, guiándonos por investigaciones muy fructuosas, especialmente las de Manuel Fernández Álvarez y José María Jover, con quienes tuve el honor de compartir asiento en la Academia de la Historia, explicar la profunda significación que tienen

estos treinta y nueve años de la Historia de Europa, que en nuestros días cobran especial relieve.

Carlos venía al mundo como fruto de un matrimonio que se contrajera por razones especialmente políticas, aunque desembocaría más tarde, por el enamoramiento de la esposa, en un enfrentamiento entre opciones políticas, la que imperaba en Flandes y la que Isabel la Católica había tratado de instaurar. Felipe de Borgoña y Juana de Trastámara se habían unido sirviendo la política de sus padres que necesitaban frenar la fuerte hegemonía que Francia había conseguido establecer. En aquel momento la monarquía española se había consolidado como Unión de Reinos, a la que pronto se sumaría Navarra y que respondía a las estructuras constitucionales que en el siglo XIV dibujara Pedro, a quien curiosamente se califica de «Ceremonioso». Todos los reinos, incluido Portugal, con cuyos reyes se mantenían estrechas relaciones de parentesco, formaban la «nación española» y así se reconocía en Europa.

Felipe y Juana tenían ya una hija, Leonor, cuya influencia tendremos ocasión de comprobar. Para los padres un varón era una especie de regalo de Dios, pues en sus territorios patrimoniales aún predominaba la ley sálica. En España las cosas eran diferentes: en Castilla las mujeres podían reinar, y en la Corona de Aragón transferir a sus esposos los derechos correspondientes. Circunstancias inesperadas cambiaron de este modo la suerte de aquel bebé que se agitaba en la cuna, pues el 20 de julio del mismo año de su nacimiento fallecía Miguel, hijo huérfano de madre y heredero de Portugal y de Castilla. Los Reyes Católicos enviaron órdenes a su embajador, Fuensalida, para que apresurara el viaje de los archiduques a España, en donde serían jurados en la forma conveniente. Fernando e Isabel contaban con que Carlos les acompañara en el viaje, pero se equivocaron. Felipe, que preparaba toda una maniobra para conseguir de su esposa una cesión

completa de futuras posiciones, prefirió que el niño permaneciera en Bruselas donde sería educado como conde de Flandes.

Las raíces de un drama

De acuerdo con las costumbres borgoñonas una cosa era la esposa y otra la amante. El príncipe mantenía relaciones conyugales con la primera, que estaba allí para darle hijos, pero el amor, en el sentido que precisamente ahora damos a esta palabra, se reservaba a otras damas que, por esta razón, recibían el calificativo de «amantes» que aún se conserva. Es importante señalar, como haremos a su debido tiempo, que en la vida de Carlos, donde no faltan las relaciones libres, hay un tiempo, el de su matrimonio con Isabel de Portugal, en que las dos funciones convergían en la misma persona. Una lección que aprendió, tal vez, de las desdichas de su madre Juana a quien llamaron ya en vida «la Loca». Gregorio Marañón nos proporciona un análisis, desde el punto de vista médico, que hemos de tener en cuenta, pues explica algunas de las reacciones del futuro emperador. Juana se había enamorado profundamente de su marido, dejándose dominar por el deseo erótico. Pero Felipe la traicionó, utilizando además sus aventuras para doblegarla, de modo que, en la mente de la reina, amor y odio, obligados a convivir, acabaron provocando la enfermedad.

Carlos, en esa primera etapa de su vida, se vio privado del amor de sus progenitores. Su tía Margarita, que había perdido al amado marido Juan, príncipe de Asturias, había sufrido aborto, y se hallaba por esta causa de regreso en Flandes, asumió las funciones de una verdadera madre. Curiosamente había pedido que el niño se llamara precisamente Juan. Desde el verano de 1500 Juana era princesa de Asturias, y Felipe se hacía titular así. De acuerdo con los usos y costumbres españolas, Carlos había dado en pocas semanas un salto

de gran magnitud; era el inmediato sucesor de su madre. En las instrucciones a Fuensalida, cursadas en agosto, quedaba esto bastante claro; las Cortes iban a prestar juramento. Convenía mucho no retrasar la ceremonia.

El peso de una herencia

Muchas cosas habían cambiado para el futuro de aquel niño que aún no estaba en condiciones de percibirlas pero que le convertirían en el hombre más importante para el futuro de Europa, que estaba entonces tratando de reconstruirse. En el momento de su nacimiento, en Gante, que había ofrecido dinero para que en su suelo tuviera lugar, no se le señalaba de otro modo que el de futuro archiduque; por eso se le había impuesto el nombre de aquel, Carlos el Temerario, que hiciera de la suma de señoríos un gran dominio, equivalente de un reino. Sobre algunos de estos señoríos seguía pesando sin embargo el vasallaje debido al rey de Francia que Felipe seguía reconociendo. De ahí que la primera lengua enseñada a este niño fuera precisamente la francesa; él la utilizó con más frecuencia que las otras que se viera obligado a aprender. El término archiduque se empleaba para demostrar que, aun permaneciendo dentro de los ámbitos de la alta nobleza, había llegado a situarse en una especie de cúspide. Los españoles, al referirse a estos territorios, usaban el término Flandes, sin comprender acaso que exageraban la nota. Tenían razón los que preferían Países Bajos, es decir Nederlanden, que es el que aún emplean los reyes de Holanda.

Uno de sus abuelos, al que iba a dar mayor relieve, era el emperador Maximiliano. Esto le convertía, a los ojos de los príncipes electores, en el más plausible candidato para el momento en que se produjera la vacante. El oficio de emperador no era hereditario sino electivo, pero se había establecido la costumbre de que los siete

príncipes dotados de voto buscasen dentro de la dinastía, ahora de Habsburgo, la persona más conveniente para ejercerlo. Y de este modo llegaría el momento en que Carlos, venciendo las maniobras francesas, consiguiera ser reconocido como portador de tal condición.

El caso de España presentaba matices distintos. En 1500 las Coronas de Aragón y de Castilla se habían unido y Juana iba a ser reconocida como heredera en ambas, a menos que —algo impensable entonces— Fernando llegara a tener un hijo. Aunque Navarra y Portugal siguieran siendo reinos independientes, las vinculaciones jurídicas y dinásticas eran tan estrechas que podía garantizarse una cierta perspectiva de unidad. De hecho, Navarra se incorporaría a Castilla antes de que Carlos sucediera a su madre. Y las relaciones entre Castilla y Portugal eran tan estrechas que podía decirse que sus reyes formaban una sola dinastía. Isabel la Católica, hija de portuguesa, había usado esta lengua como la primera y en Lisboa habían reinado y seguían haciéndolo sus hijas. Carlos se casará con su prima Isabel, también lusitana, cuyo papel tendremos más adelante que destacar. Los derechos hereditarios sobre Aragón, que en aquel momento le estaban reconocidos, comprometían al futuro emperador en la gran política mediterránea. Lo comprobaremos posteriormente.

La fecha de 1500 nos aproxima a otro acontecimiento de dimensiones universales. Indudablemente Colón se había equivocado cuando, al darles el nombre de Antillas, creyó que las islas por él descubiertas eran una antesala en el camino hacia China o Japón. Tenían razón los maestros de Salamanca; las dimensiones del globo eran mucho mayores y, en el camino, los barcos españoles habían tropezado con un muy amplio continente al que resultaba lógico calificar de Nuevo Mundo. Sobre todas estas tierras Castilla y Portugal podían ejercer una autoridad legítima, ya que las bulas pontificias se la reconocían. Pero ahora se planteaba la gran

pregunta que los maestros del siglo XIV ya formularan en sus aulas universitarias: ¿esos indígenas semidesnudos, carentes de instrucción e incluso en ocasiones caníbales, eran seres humanos o no? El codicilo de Isabel la Católica iba a responder sí de forma contundente en 1504. Y esta afirmación Carlos la haría suya imponiendo condiciones decisivas en el gobierno de las Indias. Al mismo tiempo aparece un desafío al que Carlos intentará dar respuesta: abrir nuevos caminos que permitieran llegar a la meta que ya señalara Marco Polo.

La reforma religiosa

Pongamos la mirada sobre ese mundo al que estaba llegando el joven Carlos y dentro del cual iba a ser sólidamente educado durante más de quince años. Yo aconsejaría al lector, en este punto, una visita a la catedral de Palencia para contemplar el cuadro titulado *La Iglesia y la Sinagoga*, que en 1429 pintó Juan van Eyck, que había viajado a Castilla en calidad de embajador del duque de Borgoña. En él se encuentran perfectamente reflejadas las ideas de entonces acerca de la unidad religiosa que había culminado prácticamente en toda Europa con la prohibición del judaísmo. Los judíos habían tenido que alejarse, pero quedaba tras de ellos una herencia que los numerosos e instruidos conversos mantenían acerca de los valores que residen en la persona humana.

En ellos se estaba fundamentando lo que Martin de Riquer recomienda llamar «espíritu de la caballería», que nos conduce hasta el hidalgo de la Mancha. Así fue educado precisamente el futuro emperador. Cobrar fama, arriesgando si es preciso la vida, debe ser la tarea principal de la persona humana. Pocos pudieron alcanzar tanta fama como la que logró Carlos. Son dos las dimensiones que debemos tener en cuenta en ese espíritu de la

caballería, y vamos a encontrarlas en cada una de las etapas de la vida de nuestro personaje: la nostalgia de una vida más bella («cualquier tiempo pasado fue mejor», lo había dicho Jorge Manrique) y el artificio de lo heroico haciendo que el honor de la hora presente se convierta en fama. No basta con ser valiente; es preciso conseguir que los demás así te vean. De eso se encargará especialmente Tiziano.

Apartado de sus padres, definitivamente en 1505, Carlos y sus hermanas Leonor e Isabel vivieron como auténticos súbditos flamencos bien cuidados por la tía Margarita. Juana y Felipe habían tenido otro hijo varón, pero este, nacido en España y designado con el significativo nombre de Fernando, no tuvo la oportunidad de conocer a su hermano hasta el momento en que este llegó a la Península para ser proclamado rey. A pesar de todo, las relaciones entre ambos fueron cordiales y las divergencias políticas que en ciertas ocasiones les afectaron nunca alteraron la buena relación familiar. Era lógico que en ciertos asuntos pensaran y obraran de modo distinto pues nos estamos refiriendo a un tiempo difícil en que se cometían errores. También aciertos, como tendremos la ocasión de explicar.

Allí, en Bruselas, ciudad por la que sentiría siempre especial afecto, dominaban entonces los maestros católicos, que se movían dentro de ese sector de la reforma que se denominaba «*devotio moderna*». Basta con acudir a la *Imitatio Christi*, que nosotros llamamos el Kempis, para comprender sus líneas esenciales. Dos nombres son especialmente relevantes a este respecto, el de Adriano de Utrecht, que llegaría a ocupar el solio pontificio, y el de Desiderio Erasmo de Rotterdam, que serviría al propio emperador como uno de sus principales consejeros. La «devotio» era una de las tres dimensiones que, desde finales del siglo XIV, se estaban produciendo. Otra es la «observantia» italiana, que tiene raíces en Catalina de Siena, y la tercera es la que encabezan en España los

jerónimos. No podemos olvidar que los últimos años de su vida iban a transcurrir en Yuste, comportándose como un verdadero jerónimo. Y antes la Sisla le daría la oportunidad de soportar el terrible golpe que para él significaría la muerte de la emperatriz.

Otros detalles. Adriano de Utrecht sería regente en España durante la primera ausencia de Carlos rey. Y el *Manual del caballero cristiano*, escrito por Erasmo en 1506, fue uno de los libros impresos del que mayor número de ejemplares se vendieran en España. Cisneros había pretendido incorporar a Erasmo a su claustro de profesores en Alcalá de Henares, pero el famoso pensador, de orgullo desmedido, rechazó la oferta diciendo que no podría acomodarse al clima de España. Conviene tener en cuenta estos datos. Cuando Carlos llega a España no se encuentra con un ambiente religioso distinto de aquel en que se había formado. Todo lo contrario: Muchos erasmistas eran precisamente españoles.

Voluntarismo y racionalismo

A la hora de formular su gran programa político, Carlos iba a encontrarse en medio de un enfrentamiento doctrinal cuyos orígenes tenemos que remontar hasta 1328 cuando Guillermo de Ockham, extremando las enseñanzas de Duns Scoto, llegó a afirmar que el ser humano no es otra cosa que un individuo que se afirma por medio de su voluntad. En consecuencia definía la Iglesia como una suma de fieles y no como un Cuerpo Místico, negando al papa cualquier clase de inefabilidad. De este modo se apartaba radicalmente de las raíces tomistas que afirman que ese ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, es persona que ha sido dotada de esas dos condiciones esenciales que son el libre albedrío y la capacidad racional para un conocimiento especulativo que atribuye a las Ideas realidad y no las convierte simplemente en

nombres. Un grupo de maestros, agrupados en torno a Marsilio de Padua, lanzó entonces la doctrina de que al emperador le correspondía la plena superioridad autoritaria, pues él es el *Defensor Pacis*. Algunos de los consejeros de Carlos V, como Guillermo de Croys o Mercurino de Gattinara, se mostrarán influidos por estas corrientes aunque sin apartarse de la obediencia al papa.

La batalla entre nominalistas y realistas en torno a las ideas y a la naturaleza humana se hizo más grave al estallar el Cisma de Occidente. La existencia de dos sedicentes papas ponía sobre la mesa esa gran cuestión. Y la Universidad de París expulsó de sus aulas a los nominalistas; estos acudieron entonces a Urbano VI, el cual les otorgó una bula que permitía establecer una nueva universidad. Escogieron para ello la ciudad de Wittenberg. En esta universidad, controlada por los agustinos, estaba ya enseñando por estos años Martin Lutero, que rechazaba de modo radical el pontificado, afirmaba que el pecado original privaba al ser humano del libre arbitrio y calificaba nada menos que de «prostituta» a la simple razón humana. Cisneros, en Alcalá, había intentado alcanzar un acuerdo entre tomistas y scotistas, ya que en ambas escuelas se encuentran argumentos útiles, pero al final la ruptura propiciaría que las demás universidades españolas se inclinasen decididamente en favor del tomismo. Y Carlos también.

Varias veces encontramos en los documentos del emperador la afirmación de que la libertad es un deber —hay que guiar correctamente a la voluntad en su camino— y no una simple dimensión de independencia como ahora se sostiene. Hacer lo que es justo y no conformarse simplemente con lo que no está prohibido. En medio de errores innegables, Carlos V trató de moverse en esta línea; el entendimiento con Lutero era sencillamente imposible aunque él no dejaría de intentarlo. Es significativa la coincidencia de fechas: el famoso reformista alemán lanza la bomba al colocar sus noventa y cinco tesis en la puerta de la

capilla de Wittenberg un día de noviembre de 1517 cuando Garlos estaba haciendo sus primeras y difíciles gestiones en España.

Erasmismo

Carlos estaba siendo educado dentro de las corrientes de la *devotio moderna* que es, como ya indicamos, una de las corrientes de la reforma católica. De ahí que la decisión finalmente tomada en Worms no pueda calificarse de meramente política: en las tesis de Lutero veía, como también lo había hecho Erasmo, un peligro radical, pues destruía las dos bases fundamentales sobre las que se apoya esa cultura que podemos calificar de europeidad, la razón y los ejercicios meritorios y trascendentes del espíritu. Políticamente prefería que Lutero se aviniera a negociar admitiendo la autoridad suprema de la Iglesia con las necesarias correcciones y aclaraciones, pero en esto fracasó y, al final, hubo de recurrir a las armas acudiendo a Mühlberg, que permanece en la memoria gracias a ese magnífico y falso cuadro de Tiziano. Aquel gallardo emperador, erguido sobre el caballo, era en realidad un enfermo al que los frecuentes ataques de gota impedían incluso cumplir sus funciones.

También, aunque con cierto retraso, pudo llevar estos principios a América, continuando la tarea que su abuela Isabel dejara encomendada. El Nuevo Mundo, poblado por algunos millones —no tantos como los críticos dicen— de seres humanos no estaba allí para ser simplemente descubierto y explotado: era el asiento de almas que había que salvar. Al término de su reinado el éxito resultaba indudable: se habían invertido los índices demográficos y el número de indios volvía a crecer, aunque lo importante era el mestizaje. Aunque otras cosas se digan, es mucho lo que América debe a Carlos. Para comprender bien lo que históricamente significa

este proceso tenemos que detenernos en los seis puntos fundamentales que caracterizan al erasmismo.

1. La Iglesia estaba necesitada de una reforma renovadora. Pero esta no se refería a un cambio en las estructuras jerárquicas, como los nominalistas y los políticos propugnaban, sino a una conversión interior haciendo del cristiano o del bautizado un «hombre nuevo» que descubre en sus «moradas» íntimas —un término que usara también santa Teresa— esa semejanza con la naturaleza divina que le permite trascenderse.
2. El modelo para este hombre nuevo era descrito por Erasmo como el «caballero cristiano». La nobleza tenía que dejar de ser un simple rango social con bienes materiales, alejándose del dinero, para ejercitar esas virtudes humanas que completan y ayudan en el ejercicio espiritual que produce méritos.
3. La persona humana necesita ser despojada ante todo de aquellas devociones inútiles e inventadas que a veces parecen incluso un remedo de la superstición, e impiden alcanzar la esencia del cristianismo, la «imitación» que recomendaba Kempis. Esto no significaba iconoclastia ni abandono del culto a los santos; al contrario, se trata de hacer de unos y otros modelos que se presentan como guías para la conversión, retorno al camino. Hasta el mismo momento de su muerte Erasmo haría referencia a su especial devoción hacia santa Ana, madre de la Virgen porque ella le marcaba el cauce de la obediencia a la Voluntad de Dios.
4. La perfección no necesita de formas concretas ni de especulaciones sutiles. Como Kempis y finalmente Teresa de Jesús afirmaban, basta el amor. Y esto es, precisamente, lo que negaría Lutero al presentarse ante el emperador. Los grandes místicos de la reforma española iban a encontrar de este modo apoyo en Carlos V y en su hijo Felipe. Pero esta doctrina,

expuesta en términos rigurosos por los erasmistas, fue precisamente la que despertó recelo en amplios sectores rigoristas del clero que acabarían declarando al erasmismo como una doctrina peligrosa. Mientras reinó Carlos V tales acusaciones serían absolutamente rechazadas. Pero al final lograrían que, al menos de manera pública, se prescindiese de Erasmo.

5. Es indudable que la naturaleza humana se encuentra dañada como consecuencia del pecado original. Esta afirmación era una de las bases esenciales del agustinismo. Pero este daño no afecta a la sustancialidad de la naturaleza humana como afirmaban los maestros de Wittenberg y, con ellos, Lutero, sino únicamente a las formas que reviste la conducta y que pueden ser corregidas. La prueba está en que la persona es capaz de practicar el bien aun en las circunstancias más difíciles. Cuando Carlos tuvo noticia del martirio de Tomas Moro, amigo y discípulo de Erasmo, hizo un comentario que no debe ser olvidado: preferiría perder varios reinos antes que una persona con tal nitidez en la conducta.
6. La perfección no es patrimonio exclusivo de clérigos y monjes; todos los seres humanos se encuentran en condiciones de alcanzarla o apartarse de ella. Eran palabras que molestaban profundamente a quienes entonces se hallaban insertados en la jerarquía de la Iglesia. Pero Erasmo, y Carlos también con él, aun considerándose pecadores, veían con escándalo la conducta torcida que seguían muchos de los miembros de esta jerarquía. Hasta los papas contaban con descendientes ilegítimos que procuraban dotar con beneficios. En su breve pontificado, Adriano de Utrecht, durante su breve estancia en el pontificado, pondría en marcha un proyecto de reforma y rectificación. De ahí partía una propuesta innovadora: la fuerte europeidad que Carlos trataba de crear sobre las bases de la antigua *Universitas*

christiana. Al final Carlos tendría que reconocer parte de su fracaso, lo que le obligó a abdicar.

En 1516, cuando la muerte de Fernando el Católico obligaba a su nieto a tomar el camino, Erasmo escribió para él un libro, *Institutio principis christiani*, que era una especie de programa para esa gran política que le estaba precisamente recomendando. Debemos tener muy especialmente en cuenta esta reflexión sobre la vida y obra del emperador que intentaremos averiguar en los próximos capítulos. Abandonando las especulaciones en que las diversas escuelas teológicas estaban incurriendo, recomendaba volver directamente a la Escritura y a lo que la Iglesia cristiana significara en el momento en que vino a tomar el relevo de la romanidad. De este modo debía proceder el gran poder que con España, Flandes, Italia y sin duda también el Imperio alemán, se estaba modelando. Los humanistas consideraban indispensable para la educación el conocimiento de los clásicos. Pero lo fundamental era inculcar en la sociedad esos profundos valores que proceden del cristianismo: «El fin es único, Cristo y su santa doctrina; no hay profesión que este excluya de este fin».

Los hermanos Valdés, consejeros muy valiosos del emperador, sufrieron percances al ser acusados de erasmismo. Pero lo mismo podría haberse dicho del propio emperador. Las cosas cambiarían después de 1555.

Derechos que recaen en un niño

Hasta el 20 de julio de 1500, en que murió en Granada aquel príncipe Miguel en quien recaían los derechos hereditarios sobre Portugal, Castilla y la Corona de Aragón, Carlos era simplemente el sucesor previsto de la Casa de Borgoña. Aunque Manuel de Portugal

volvió a casarse con la hija menor de los Reyes Católicos, ningún derecho podía reclamar a menos que se produjeran inesperadas defunciones. Juana, madre de Carlos, pasaba a ser princesa de Asturias y heredera del trono. De acuerdo con las leyes castellanas, ella podría poner sobre sus sienes la corona. Pero en los otros reinos que formaban el Casal d'Aragó, únicamente le correspondía transmitir los derechos a Carlos que era nieto primogénito de Fernando. Si no se producían sucesos inesperados, el niño nacido en Gante y que aún no había cumplido un año, estaba llamado a asumir, un día, aquellas grandes funciones que afectaban al dominio del Atlántico y del Mediterráneo.

Lógicamente Fernando e Isabel pusieron mucho interés en que Juana y su marido viajaran prestamente a España, a fin de hacer reconocimiento correcto ante las Cortes de todos estos derechos. Y querían también que con ellos viniera el niño Carlos, que debía localizar su residencia en España para ser educado en sus usos y costumbres. Esto se había hecho precisamente con Miguel. Tal era la misión que se encomendara al embajador Gutiérrez Gómez de Fuensalida que desde el 2 de agosto del mencionado año había llegado a Bruselas. Conocía bien las especiales circunstancias de la Corte borgoñona. Felipe no se conformaba con ser príncipe consorte y estaba ejerciendo presiones, a veces de muy bajo tono, para conseguir que su esposa firmara un documento cediéndole todos los derechos que a ella pudieran corresponder. A fin de cuentas era el varón y no la mujer quien debía reinar. Por consiguiente tampoco estaba dispuesto a consentir que Carlos viajara a España para ser educado como príncipe.

Fuensalida descubrió el plan del archiduque, que aprovechaba el enamoramiento de Juana para mantener las relaciones conyugales y lograr nuevos hijos, al mismo tiempo que la humillaba haciendo alarde de sus amantes. Para obligar a los monarcas españoles a modificar los usos y otorgarle documentalmente los derechos que

para sí reclamaba, era muy conveniente establecer una fuerte alianza con Luis XII de Francia, el peor y más fuerte enemigo de los reyes españoles. Y aquí entraba Carlos, concertándose el matrimonio con una hija del monarca francés, Claudia. Aunque para que este compromiso se hiciera realidad, hijo y padre, en calidad de titulares de Flandes, se convertían en vasallos de Francia. Era la misma maniobra que ejecutaran los Albret para mantenerse como reyes en Navarra aunque se consideraban con preferencia miembros de la más alta nobleza del vecino reino.

Fuensalida pudo informar a sus señores, aunque procuraba guardar las formas. Alegando el embarazo de Juana, Felipe había decidido retrasar el viaje hasta que el tratado de alianza con Francia estuviera firmado, y dispondría que Carlos permaneciese en Bruselas educándose como príncipe francés. Una sorpresa que proporcionaría en 1516 a sus súbditos españoles: no hablaba ninguna de las lenguas peninsulares. Desde luego tampoco Felipe el Hermoso estaba dispuesto a aprender el castellano. Cuando Fuensalida le hizo entrega de la carta de Isabel y Fernando fechada el 10 de octubre ordenó a sus secretarios que se la tradujesen al latín pues era la lengua apropiada y no la baratija de un país poco significativo. Sabía muy bien que todo estaba preparado para el juramento de Juana, siendo él reconocido como príncipe consorte.

A Juana le presentó un documento en blanco para que lo firmara, amenazándola con represalias. Sus consejeros redactarían luego el contenido, en el que ella no debía entrar. Pero Juana, que padecía ya algunos desarreglos mentales, se negó en redondo; ella era la legítima futura reina como lo fuera su madre. De sus manos la corona pasaría luego a Carlos y a nadie más. Los consejeros flamencos informaron a Fuensalida: había que esperar a que concluyese el nuevo embarazo; pero también le informaron de que se estaba negociando con Francia. Era un momento en que también los reinos españoles se hallaban en suspensión de operaciones.

Primer compromiso matrimonial

Un niño de pocos meses se estaba convirtiendo ya en piedra angular en los enfrentamientos políticos de esa Europa afectada también por un problema religioso que iba perfilándose en términos igualmente rigurosos. Felipe consiguió de su esposa la firma de un confuso documento para las negociaciones con Francia que, según pudo explicar, coincidían con lo que Fernando e Isabel estaban haciendo en busca de una paz. De este modo los dos embajadores de Felipe, Filiberto de Vere y el obispo de Besançon, al tiempo que justificaban la demora en el viaje por el nuevo embarazo, explicaron a los Reyes Católicos que los archiduques estaban de acuerdo en esta negociación, que prácticamente venía a coincidir con los documentos que españoles y franceses firmaran en Chambord y Granada. Los embajadores salieron de Bruselas el 30 de noviembre. Guardaron absoluto silencio en torno al tema capital de la educación del príncipe. Iba a tener lugar en Flandes con las dimensiones de un príncipe francés. Fue una fortuna para él la presencia de su tía Margarita, que seguía conservando el recuerdo de aquel breve tiempo que fuera princesa de Asturias.

Fernando e Isabel se encontraban ahora contra la pared. No podían rechazar la voluntad de los padres respecto al matrimonio de los hijos —así habían procedido ellos— ni tampoco poner en peligro las relaciones con Francia en el momento en que parecía alcanzada una verdadera paz. Dieron instrucciones a Miguel Juan Gralla para que colaborara con los embajadores del archiduque, pues de este modo podían estar directamente informados del contenido de los acuerdos a que se llegaba. Las condiciones de un posible matrimonio de Carlos afectaban al estatus sucesorio en los reinos españoles.

Tenemos que repetir muchos aspectos de estos años primeros porque anunciaban cambios posteriores.

Juana, cada vez más afectada por las libertades eróticas que se tomaba su marido, aunque ignoraba que sus rabietas eran ya consideradas como síntomas de locura en la Corte de Bruselas, tuvo una conversación confidencial con Fuensalida. Le explicó que su marido le había vuelto a presentar a la firma un papel en blanco relacionado con las negociaciones con Francia, y que ella se había negado en redondo; no suscribiría ningún documento que no fuese previamente aprobado por su madre, la reina. En la respuesta despectiva que siguió, Felipe dijo que él era el marido y el padre y no necesitaba permisos de nadie para hacer con aquel hijo lo que le pareciera conveniente. Isabel y Fernando estaban, pues, bien informados acerca de los planes de su yerno. ¿Había posibilidades de rectificación? El tiempo lo diría. El embajador, consciente de que se estaba jugando peligrosamente con el futuro de aquella monarquía española recientemente alcanzada, acudió ante el archiduque y, puesto en pie, le dijo: «He tolerado esto hasta ahora, de no decir el desagrado que tengo del poco amor que mostráis al rey y a la reina, mis señores, y a sus cosas, creyendo que poco a poco lo iríais enmendando y nunca he escrito a Sus Altezas lo que de razón les debía haber escrito. Mas de hoy en adelante sepa Vuestra Alteza que no les dejaré de escribir la verdad». Se trataba de una amenaza que Felipe trató de frenar con buenas palabras.

Ahora entraba en juego otro personaje, don Juan Manuel, señor de Belmonte, a quien encontraremos mas tarde estrechamente ligado al servicio de Carlos V. Era miembro de una de las familias que ejerciera protagonismo en la guerra de Sucesión, a la que los reyes otorgaran generosa reconciliación sin tener en cuenta acaso ocultos resentimientos que sobrevivieron a la guerra civil. Había sido integrado en el séquito de Juana. Sugirió a Felipe un procedimiento para cambiar las cosas: atraerse al marqués de Villena y volver a

poner en pie aquel partido nobiliario que en 1475 fuera vencido. Una idea que el archiduque aceptó y que establecía un principio: privar a Fernando del poder cuando llegara a producirse la muerte de Isabel, cuyo estado de salud se estaba tornando delicado.

El 15 de julio de 1501 Juana dio a luz una hija a la que llamó Isabel. El nacimiento había tenido lugar en Bruselas porque esta ciudad se había comprometido en los gastos del viaje que Felipe quería rodear de brillo y significación política. Por estos días llegaban noticias de que cumpliendo los pactos firmados, españoles y franceses se habían repartido Nápoles sin gran resistencia. No era el fin de una rivalidad sino más bien lo contrario. Luis XII contaba con una superioridad de recursos que parecía garantizarle la victoria. Felipe comprendió que no le convenía retrasar más el viaje: había que obtener juramento de las Cortes garantizando también los derechos de Carlos que, sin embargo, no comparecería ante ellas según la costumbre. El viaje sería por tierra dejando además claras las relaciones con Francia.

Estaban los monarcas españoles en Valladolid, preparando el programa, cuando le llegó una carta de Fuensalida fechada el 15 de noviembre en la que se les comunicaba que Felipe había aceptado la invitación de Luis XII y viajaría como su huésped; también que Carlos permanecería en Flandes al cuidado de su tía Margarita. Estas dos decisiones significaban, en opinión de Fernando, un cambio radical en la disciplina: los príncipes herederos iban prácticamente a someterse al vasallaje de Francia. Y Carlos no sería español sino extranjero. Sin embargo era ya muy poco lo que podía hacer; usos y costumbres deben ser cumplidos.

De hecho, Felipe y Juana fueron hospedados durante unos días, con los honores debidos a un príncipe vasallo, en el Castillo de Blois. Naturalmente se habló del matrimonio propuesto entre Carlos y Claudia y el archiduque hizo todos los gestos de un vasallo de Francia por ser conde de Flandes. En la noche del 25 de diciembre

se celebró la misa de Navidad. Según la costumbre francesa se le presentó una bandeja de plata con monedas para que el buen vasallo, tomando un puñado, pudiera hacer la oferta en nombre del rey. Felipe así lo hizo. Pero Juana rechazó a los criados que se la mostraban; ella era la heredera de Castilla y no vasalla de nadie. Continuaron el viaje. Y entonces los reyes de Navarra, Juan de Albret y Catalina de Foix, salieron a su encuentro y les invitaron a detenerse en Dax (enero de 1502). Allí hablaron de un posible matrimonio entre su hijo Andrés y alguna de las hijas de los archiduques.

Para Fernando, titular de la Corona de Aragón y preocupado ya muy seriamente por la salud de su esposa, aquellas noticias eran motivo de alarma. Entregar sus reinos a la Casa de Borgoña parecía significar un sometimiento completo a la hegemonía de Francia. Era casi un acto de traición. Y aquel niño, llamado a suceder, que ahora cumpliría dos años, iba a ser educado dentro de unas costumbres que le convertían en verdadero vasallo. Solo quedaba Juana y con ella la esperanza en una ayuda de Dios. Isabel no estaba dispuesta, en modo alguno, a modificar la legitimidad que, siendo mujer, le correspondía. Y ella, además, rechazaba absolutamente los gestos de su marido.

El paso por las Cortes

Desde enero de 1502 los príncipes pisaban suelo español. Fernando tuvo que guardar silencio en relación con la ausencia de Carlos; correspondía a los padres fijar el lugar de educación de los hijos. Aunque estaba informado plenamente del compromiso con Francia y también de los contactos con la nobleza disidente castellana, el monarca tomó la decisión de ofrecer a Felipe la mayor cordialidad posible. Para conservar la Unión de Reinos era necesario que Juana

y su hijo fuesen jurados por las Cortes de todos ellos. Pasando por Llerena los reyes firmaron la convocatoria de las Cortes que se reunirían en Toledo el 15 de abril.

Hubo un retraso porque Felipe se vio aquejado por una enfermedad, que le obligó a detenerse en el camino, de modo que no pudo hacer su entrada en Toledo hasta el 7 de mayo. Un detalle muy significativo es que aceptara alojarse en el palacio del marqués de Villena y no en el alcázar como correspondía a la familia real. Fernando tuvo con él un gesto de cordialidad: no quiso que le besara las manos y en cambio le dio un abrazo afectivo. Todo inútil; los consejeros borgoñones estaban ya negociando con la alta nobleza del bando vencido y presionaban al archiduque para que se mantuviera en estrecha alianza con Francia, que parecía a punto de volver a la guerra. El 22 de mayo los procuradores castellanos juraron a Juana como legítima heredera, mencionaron el nombre de Felipe como su consorte, y situaron después de la futura reina, el nombre de Carlos como su sucesor. Se habían cumplido, en esencia, los propósitos de Fernando e Isabel.

Más difíciles eran las circunstancias en la Corona de Aragón. Cada reino debía celebrar Cortes por separado. Se habían convocado ya las de Zaragoza, que estaban informadas de que se acercaba una nueva guerra con Francia, pero los procuradores advirtieron que no estaban dispuestos a votar ninguna clase de ayuda extraordinaria. Los borgoñones tomaron buena nota: parecía indudable la necesidad de mantener las buenas relaciones con Francia y, por consiguiente, recomendaban avanzar en el compromiso matrimonial de Carlos con Claudia. Un buen modo de obligar a Fernando a plegarse a la política del archiduque. De acuerdo con los usos y costumbres de aquel reino, las Cortes de Zaragoza se mostraron dispuestas a reconocer a Juana y Felipe como príncipes, pudiendo ejercer la tutoría de Carlos si se producía la circunstancia de que ascendiese al trono antes de alcanzar la mayoría de edad. Pero se hacía una clara advertencia: si

Fernando llegara a engendrar un hijo varón, este y no Carlos sería reconocido como rey. En ambos reinos, aunque fuesen diversos los argumentos, los derechos hereditarios del niño ausente se rodeaban de nebulosas.

Se hizo público que Juana esperaba un hijo, cuarto en aquella tormentosa relación conyugal que no se interrumpía. A Zaragoza, mientras se negociaba con los procuradores, llegaron los correos con dos noticias: la guerra con Francia en Nápoles había vuelto a estallar y parecía imposible evitar que la poderosa caballería de Luis XII lograra la victoria. Mucho peores eran las noticias que los correos traían de Madrid: la reina Isabel había tenido que detenerse en esta ciudad porque había enfermado seriamente; los médicos no descartaban la posibilidad de que la reina falleciese en un plazo muy corto. Contaba entonces cincuenta y un años de edad, pero había sufrido mucho.

Fernando escribió personalmente una carta en que mostraba a su esposa su amor y su preocupación; es la única autógrafa que de él se conserva y pertenece a los tesoros ocultos de la Academia de la Historia donde Carmen Manso la descubrió. Encargó a sus hijos que asumieran la presidencia de las Cortes y tomó un caballo para reunirse lo antes posible con su esposa. Unos días más tarde Felipe tomó el mismo camino: si la reina moría él debía estar presente asumiendo los derechos de su esposa. Pero entonces Juana abandonó las Cortes para correr al lado de su marido. Estupor absoluto en los procuradores que se sentían abandonados. Pero también consecuencias inesperadas para el niño Carlos, cuyos derechos en aquellos reinos pasaban a ser meramente un recuerdo.

Los acuerdos de Lyon

Isabel se recuperó de este primer ataque en la salud, pero quienes la rodeaban se sentían dominar por la inquietud; no era mucho el tiempo de vida que le quedaba por delante. Había que aclarar derechos y funciones de Carlos, que solo tenía la abierta afirmación de las Cortes castellanas. En diciembre de 1502 llegaba otra noticia: Manuel de Benavides, que comandara las tropas enviadas a Calabria, había sido derrotado y muerto por los franceses en Seminara, nombre que significaba un mal recuerdo. Ahora Felipe y el partido de nobles que se estaba dibujando podían presumir de que ellos tenían razón: la política que a Castilla convenía era el entendimiento con Francia, como en los viejos tiempos y, desde luego, el matrimonio de Carlos y Claudia era el más deseable de los lazos de unión. No sabemos cuáles fueran los sentimientos de este niño que iba a cumplir tres años y no se separaba de su tía.

La documentación conservada nos hace ver que también Fernando se dejó ganar por el pesimismo. Escribe: «Si el rey de Francia aquel reino (Nápoles) ganase, lo que Dios no quiera, sería entero señor de toda Italia con Francia». Y naturalmente Roma quedaría también bajo ese dominio. Así lo entendió César Borgia, hijo del papa, que renunció al capelo para pasar a estado laico, recibir de Luis XII el ducado de Valentinois y contraer matrimonio con una de las damas de la familia real navarra. Claras las cosas, Felipe se creyó en condiciones de asumir el protagonismo. Aceptó la propuesta de que Juana permaneciese en España hasta el nacimiento de su nuevo hijo, y él emprendió el regreso a Flandes por el camino de Francia a fin de negociar, diciendo que lo hacía en nombre del rey. A su lado se hallaba fray Bernardo Boyl que, escondidos en su hábito llevaba bien guardados los documentos que permitían firmar acuerdos.

Fernando había vuelto a Zaragoza y desde allí continuó a Barcelona tratando de enmendar la plana de los errores cometidos, pues no dudaba de su obligación de defender los posibles derechos

de sus nietos. Había en estos planes un detalle en el que no parece haberse puesto suficiente atención: el alejamiento de su marido iba a provocar fuertes tensiones en Juana, que llegó a creer que se pretendía separarlos. En Flandes esperaban a Felipe sus amantes y en el camino podría disponer el destino de Carlos sin interferencias. Don Juan Manuel y el clan de los Pacheco le habían explicado que en Castilla se podía consolidar el partido antifernandino. Antes de cruzar la frontera por Perpignan se había incorporado a su séquito fray Bernardo Boyl.

El 22 de marzo de 1503 la comitiva entró en Lyon; los procuradores borgoñones y franceses ya tenían acordados todos los puntos y solo faltaba redactar el documento que convertiría oficialmente a Carlos en novio de Claudia, entrando de este modo en la victoriosa dinastía francesa. Como dote la novia llevaría el reino de Nápoles, pero hasta el momento en que la boda se celebrase Luis XII gobernaría la parte septentrional del mismo, y Felipe, en nombre de Carlos, la meridional. Cuando fray Bernardo leyó el borrador no comprendió que con eso se expulsaba de Nápoles al rey de Aragón; sacó de la faltriquera los poderes que se le entregaran y así el 5 de abril Luis y Felipe, como buenos amigos y parientes, pudieron poner la firma. Cuando un ejemplar del tratado llegó a manos del rey comentó únicamente que los aragoneses habían sido despojados.

Triunfantes, el archiduque y su séquito siguieron la marcha hacia Flandes; se había dado el primer paso hacia la meta perseguida. No podían imaginar los cambios que iban a producirse. El 21 de abril tuvo lugar la tercera batalla de Seminara pero esta vez vencieron los españoles. Gonzalo de Córdoba, a quien los italianos llamaban ya el Gran Capitán, envió a España un correo: «Vuestras altezas habrán entera victoria y más presto de lo que alla se cree ni de aca se escribe». En efecto, el 28 de abril los franceses eran barridos en Ceriñola y el duque de Nemours se contaba entre los caídos. Ahora

el tratado de Lyon cambiaba las tornas y los franceses podían incluso sospechar que se les hubiera engañado.

Un cambio radical se había producido: Nápoles y Sicilia se unían en manos del soberano aragonés que invocaba para sí la herencia de Federico II dominador del Mediterráneo. En la larga lista de títulos, Fernando podía incluir el de rey de Jerusalén y en condición de tal había conseguido negociar con el Soldán de Babilonia del Nilo (Egipto) un acuerdo que le convertía en protector de los cristianos de Tierra Santa, condición que la monarquía católica conservaría hasta 1931. Todo ello entraba en la posible herencia de Carlos. También había cambiado el ritmo de las batallas. Gonzalo, en Ceriñola y después en el Garellano, había demostrado que la infantería, apoyada por armas de fuego, podía derrotar a la hasta entonces invencible caballería. A este modelo se conformarán los ejércitos posteriores del emperador.

La fórmula decisoria de Isabel

Poco más de un año separan las luminarias de Ceriñola de la muerte de la reina Isabel, aunque pocas dudas podían ya albergarse acerca de la brevedad del tiempo. El problema sucesorio se planteaba con nuevas perspectivas. Ahora Nápoles estaba en su poder pero se trataba de un reino vasallo de la Santa Sede y era difícil esperar que Alejandro confirmase la legitimidad, habida cuenta de que César Borgia se había insertado decididamente en el bando francés. La muerte del papa y el fugaz pontificado de Pío III abrieron paso a Juliano della Rovere, Julio II (octubre de 1503), que tampoco podía mostrarse inclinado a las concesiones. De ahí la primera decisión de Fernando: ganar tiempo, no incorporar Nápoles a la Corona de Aragón y mantener el tratado de Lyon, firmado a fin de cuentas con

sus poderes, y utilizarlo como base de negociación. La enfermedad evidente de Juana obligaba a poner toda la atención en la herencia.

El 11 de mayo de 1503, al recibir la noticia de Ceriñola, Felipe el Hermoso escribió una carta a sus suegros instándoles a mantener el tratado de Lyon: era el mejor modo de mantener la paz con Francia, liquidar las guerras de Italia y garantizar a Carlos en sus derechos como primero y singular varón. Fernando aceptó la propuesta aunque advirtiendo que sin duda sería preciso introducir algunas aclaraciones en sus cláusulas. Fue precisamente Luis XII quien rechazó la propuesta, pues le colocaba en posición de vencido decidiendo ampliar los frentes y también posibles alianzas con otros príncipes. En estos momentos Juana daba a luz un varón al que significativamente se puso el nombre de Fernando. Algunos consejeros de los reyes veían en este nacimiento una posible solución al enrevesado problema sucesorio. El primogénito, Carlos, recibiría toda la herencia paterna, mientras que el recién nacido, que iba a permanecer en España, podría ser reconocido como heredero por la línea femenina como aconsejaban las costumbres españolas. Los compromisos de Lyon parecían hacer posible esta segunda fórmula. Evitaba que los reinos españoles se convirtieran en apéndices para un gran dominio.

Francia había optado por la guerra general ordenando a sus tropas atacar por la frontera del Rosellón. Isabel puso a todas sus damas de rodillas pidiendo a Dios que se evitase una guerra entre cristianos. Es correcto decir que Francia había destruido el tratado de Lyon; los monarcas españoles habían instruido a sus embajadores para que, en sus negociaciones, empleasen el texto firmado buscando su reajuste. De modo que hasta finales de 1503 los monarcas españoles aceptaban el compromiso de Carlos y Claudia como una buena solución política al problema para ellos tan importante como la seguridad en todo el Mediterráneo occidental, adonde estaban llegando los otomanos.

Una carta firmada por Carlos

Al final del verano de 1503, Isabel, a quien la enfermedad iba apretando las tuercas, viajó con su hijos a Segovia; estaba convencida de que debía preparar el viaje de su hija a Flandes pues era la mejor forma de corregir los evidentes desvíos de la princesa. El niño Fernando permanecería en España. También Felipe solicitaba el regreso de su esposa, pues cuando se produjera el fallecimiento de la reina, que sus consejeros daban por descontado, era imprescindible que Juana estuviera en sus manos para cualquier clase de maniobra que le permitiera convertirse en rey de Castilla. Isabel explicó a su hija que el viaje se estaba preparando y los grandes arcones del equipaje viajaban hacia Burgos. No era posible atravesar Francia a causa de la guerra y las noticias que venían del estado de la mar obligaban a tomar precauciones para evitar el peligro y el temor, que ya Juana viviera en la primera travesía.

Juana avanzó hasta Medina del Campo instalándose en el castillo de la Mota y no en el albergue real de la plaza. Ana, reina de Francia, y Margarita de Austria, que por su segundo matrimonio se titulaba duquesa de Saboya, consiguieron de Luis XII que firmara una tregua en la frontera española donde el duque de Alba, Fernando Álvarez de Toledo, acababa de demostrar sus dotes militares. La guerra seguía en Nápoles, donde Gonzalo dominaba y estaba prestando servicios a Julio II. Una tregua limitada no era suficiente seguridad para que la princesa de Asturias atravesara suelo francés. Felipe recurrió entonces a una treta: su representante Claudio de Sully, entre los documentos que portaba, traía una carta firmada por Carlos en que pedía a su madre que no le hiciera esperar más. Con tres años de edad era imposible que el príncipe redactara y firmara la emocionante carta, que sin embargo cumplió

su objetivo. El niño llamado a grandes destinos cobraba especial protagonismo.

La carta llegó a su destino al mismo tiempo que Isabel comunicaba a su hija que la flota encargada de llevarla se estaba preparando en Fuenterrabía, de modo que en marzo, cuando el mar cambiara, o antes si se lograba firmar la paz con Francia, podría emprender el viaje. Cuando el secretario Pedro de Torres llegó a Medina para comunicar estas noticias, encontró el castillo revuelto. Juana empaquetaba sus cosas porque se iba de inmediato y, con palabras duras, propias de una mente enajenada, replicó al mensajero que no iban a engañarla más: querían apartarla de su marido. Sucesivamente el arzobispo Fonseca, el primado Cisneros y el almirante de Castilla trataron de calmarla sacándola así del engaño que la supuesta carta de su hijo le produjera. Una noche del mes de noviembre, en camisón y tapada con una manta, Juana se hizo abrir las puertas del castillo para adentrarse en la fría estepa castellana. Los custodios consiguieron llevarla hasta el cuerpo de guardia en donde, al menos, ardía una chimenea.

Isabel tuvo que levantarse de la cama para acudir a Medina arrostrando el peligro. Faltaba exactamente un año para su propia muerte en aquella misma ciudad. Tenemos que acudir al texto que la propia reina envió a Fuensalida con el encargo de explicar a su yerno estas cosas. «Yo vine aquí con más trabajo y prisa y haciendo mayores jornadas de las que a mi salud convenía. Y aunque le envié a decir que venía a posar con ella, rogándola que se volviera a su aposentamiento, ni quiso volver ni dar lugar que le aderezasen el aposentamiento hasta que vine yo y la metí. Y entonces ella me habló tan reciamente, de palabras de tanto desacato y tan fuera de lo que una hija debe decir a su madre que si yo no viera la disposición en que ella estaba, yo no se las sufriera de ninguna manera».

Ya no podía dudarse: Juana no estaba en condiciones de ejercer el delicado oficio de reinar. Isabel, hija de loca, se hallaba ahora siendo también madre de loca; un desarreglo que habría de aparecer en otras ocasiones. Para Felipe había llegado el momento de la suprema decisión: hacer firmar a aquella inútil un documento que le entregara, en calidad de marido, todos los bienes y poderes que a ella pertenecían. El retorno a Flandes se convirtió en un tormento de dos dimensiones, la concupiscencia y el engaño que intentaba despojarla. Hasta su muerte, en 1555, se mantendría firme en esta posición. Isabel tampoco dudaba: reconocer a Juana y a su hijo la legitimidad, pero poniendo en manos del Fernando, «el mejor rey de España», las riendas del poder. La división entre los dos infantes, Carlos y Fernando, fue apartada por las complicaciones que de ella podían derivarse.

La Corona de Aragón tenía su propio rey; en ella no se planteaba el problema de que Juana reinase, ya que solo le correspondía el deber de transmitir a los hijos la legitimidad. Para Fernando era indispensable apartarse de cualquier influencia de Francia. Ahora era dueño de Nápoles, pero los soldados del Gran Capitán eran fundamentalmente castellanos, instruidos en las nuevas artes por la guerra de Granada. En caso extremo podía recurrirse a una separación entre las dos coronas.

Brumas para un amanecer

Así estaban las cosas: había una posibilidad de que el gran logro de 1475 fuera llevado por el viento. Desde el 31 de octubre, Julio II, que militara en la francofilia, ceñía la tiara y descubría el peligro que significaban las ambiciones francesas. El 2 de noviembre, antes de ser consagrado, confirmó todos los documentos favorables a Fernando el Católico, incluso los que se referían a América, a la

reforma católica y a la Inquisición. Esperaba de él un protagonismo en la defensa frente al Turco, un apoyo a la autoridad pontificia frente al conciliarismo, que se repetiría en Pisa y una garantía de apoyo contra César Borgia que, con ayuda de Francia, quería convertir en principado personal una gran parte de los Estados Pontificios. Gonzalo Fernández atrajo a César a Nápoles y le envió luego a España donde sería encerrado en una de las celdas de La Mota, a poca distancia del lugar donde Isabel pasaba sus últimos meses. Felipe le devolvería la libertad en 1506.

Tras estos cambios descubrimos uno de los problemas capitales a que Carlos V debería enfrentarse. Ya en 1415 Fernando, el abuelo del Rey Católico, y el emperador Segismundo, habían percibido que los otomanos preparaban la gran ofensiva de la guerra santa contra la cristiandad (yihad). Esta se estaba desarrollando en dos frentes, el terrestre de los Balcanes y el mediterráneo; el primero correspondía a la Casa de Austria con el emperador y el segundo a Nápoles con la Corona de Aragón. Esto era algo que evidentemente Felipe el Hermoso no captaba. Para él lo único importante era, como vasallo de Francia, incrementar sus dominios hasta que el volumen de estos le permitiera mandar. En esto ni su padre Maximiliano ni su suegro Fernando podían coincidir con él. De ahí la divergencia. El rey de Aragón y el emperador firmaron acuerdos para la lucha contra los otomanos.

Julio II había llegado a pensar una solución: que Francia se instalase en Milán y el norte de Italia, Fernando en el sur, pero garantizando ambos la consolidación de los Estados Pontificios y la independencia y colaboración de Venecia de la que dependía el comercio mediterráneo. En esto Fernando estaba de acuerdo. Él había conseguido establecer una especie de alianza con los mamelucos ayudando a Egipto a defenderse de los turcos y manteniendo abiertos los puertos del Nilo y de Palestina. Todo esto exigía una especie de entendimiento con Francia. Paz entre las

naciones cristianas amenazadas por el islam. Un herencia que Carlos V recogería.

Así podemos ver las instrucciones que el 4 de noviembre de 1503 se entregaron al embajador Francisco de Rojas, que se dirigía a Francia. Considerando todavía válido el acuerdo de Lyon que Luis XII quebrantara, se proponía a este una solución. Nápoles sería dote de Claudia para su matrimonio con Carlos, pero durante los años de su infancia sería gobernado por españoles, súbditos del príncipe. Maximiliano y el duque de Saboya habían declarado ya su conformidad. Pero si Francia y el papa no estaban conformes con esto se podría devolver la titularidad del reino a Fadrique conservando, sin embargo, los españoles todos sus privilegios y posesiones, ya que Nápoles y Sicilia formaban una unidad indispensable en la defensa del Mediterráneo. Hablando con Rojas, el cardenal de Amboise propuso una tercera solución: entregar Nápoles a Felipe, que a fin de cuentas era el padre de Carlos. Algo que Fernando no podía tampoco aceptar, pues esto hacía del archiduque un titular de derechos directos en la Corona de Aragón.

Isabel decide en favor de Carlos

La gran monarquía hispana corría ahora peligro. De Flandes llegaban ahora noticias pésimas: tras su regreso, Juana se había visto sometida a presiones y desprecios que pasaban por encima de los límites de la humanidad. Felipe acudía a su cama, pero con más frecuencia a la de sus concubinas; presionaba de mil modos para conseguir la firma de aquel documento que le transfiriese los derechos sobre la Corona de Castilla, y sabía bien que le quedaba poco tiempo. Juana era una enferma pero seguía disfrutando de inteligencia; sabía que si firmaba aquel papel, ella y sus hijos serían reducidos a una impasibilidad anulatoria. Su esposo era un traidor a

sus padres. En los primeros días de febrero de 1504 el embajador Fuensalida hizo una propuesta a Felipe: se le entregaría el gobierno de Nápoles en nombre de su hijo y su futura nuera con una sola condición: Carlos sería enviado a España para ser educado en los usos y costumbres castellanos.

Felipe rechazó la oferta: sabía que podía contar en Castilla con un partido antiaragonés acaudillado por el marqués de Villena y Juan Manuel, señor de Belmonte, a cuyos socios prometía restablecer en el poder que ejercieran durante el reinado de Enrique IV. Por eso dio de lado a la propuesta. En la Corte francesa de Blois explicaron además a los embajadores españoles, Antonio Agustín y Miguel Juan Gralla, otro detalle oculto tras el tratado de Lyon. El matrimonio de Claudia con Carlos solo podría tener lugar si Luis XII conseguía tener descendiente varón, pues con la ley sálica la hija primogénita estaba obligada a casarse con aquel pariente en quien recayeran los derechos de sucesión. En otras palabras, Carlos no podría convertirse en rey de Francia. Todo era una falsedad.

Isabel, en su lecho de muerte, meditaba en estas cosas. No podía dudarse: la política de Felipe comprometía seriamente el futuro de aquel niño, Carlos, en quien recaía la legitimidad. Las noticias que llegaban de Blois y de Bruselas eran descorazonadoras. Luis XII había dado a los embajadores españoles un plazo muy breve para acudir a Julio II y que este decidiera entre entregar Nápoles a Claudia o devolverlo a Fadrique, que ahora se mostraba sumiso al rey de Francia. Y Felipe usaba a sus amantes para encrespar el ánimo de Juana, a quien pretendería privar de la legitimidad utilizando su locura y obligándola a firmar. La princesa «como una brava leona» se había enfrentado con la amante y «me dicen (de Felipe) haber puesto las manos en ella». La última carta de Fuensalida era tan dura que sospechó que no se la leyeron a Isabel.

El 12 de noviembre de 1504 la reina había firmado su testamento: Juana sería su heredera y Carlos el sucesor de esta. El día 23, invocando los acuerdos de las Cortes de 1502 y 1503, añadió un codicilo: en el caso de que Juana estuviera ausente o no pudiera o no quisiera ejercer sus funciones, su padre Fernando las asumiría en su nombre. De este modo si Felipe conseguía la incapacitación de su esposa, no sería él, sino Fernando, quien gobernaría en nombre de aquel niño de cuatro años que seguía alejado de la tierra en que debía reinar. Fue entonces cuando Isabel pronunció ante Gaspar de Gricio esas palabras que hemos recordado: el mayor regalo que de Dios recibiera era su marido, «el mejor rey de España».

En la madrugada del 26 de noviembre falleció Isabel. Carlos pasaba a ser príncipe de Asturias.

Capítulo II

UN DIFÍCIL CAMINO HACIA EL TRONO

Las Cortes de Toro

Amanecía aquel 26 de noviembre de 1504 sobre esa gran plaza de Medina del Campo en la que, según fechas previstas, se instalaban mesas y tiendas, en las que se controlaban las letras de cambio que venían a ser moneda común para los europeos, cuando doblaron en la iglesia de la esquina las campanas que anunciaban la muerte de Isabel. Unos días antes Fernando había despachado urgentes correos a Flandes pidiendo a los archiduques que no perdieran el tiempo como cuatro años atrás. Era preciso que Juana y Carlos fuesen jurados por las Cortes que él estaba ya preparando en Toro, en calidad de reina y príncipe heredero. En la plaza, mediada la mañana, hizo también que los heraldos los proclamaran. Estaba cumpliendo el testamento y codicilo. Se trataba de hacer pública la legitimidad de origen, porque la de ejercicio solo podría comenzar en el momento en que las Cortes pronunciasen recíproco juramento. De este modo se garantizaban las leyes, usos y costumbres, es decir, las libertades del reino.

Castilla era una monarquía contractual y no un simple dominio patrimonial. Esto era algo que Felipe el Hermoso no estaba en

condiciones de entender y muchos de sus consejeros flamencos tampoco. De ahí el empeño puesto en que Juana le firmara la cesión como si esto bastara para hacerse dueño del bien. Él contaba con algunos altos nobles que tampoco le aconsejaban correctamente. De este modo iba a iniciarse una tensión que alcanzaría hasta el momento duro de las Comunidades y que Carlos sería capaz de resolver. Así pues, el niño Carlos, que se preparaba para cumplir cinco años, iba a encontrarse con serias dificultades en el camino que le llevaría hasta el trono. Como no había conseguido la firma y, por tanto, no podía venir solo a cobrar, Juana tenía que acompañarle. Juana pero no Carlos, entiéndase bien.

El archiduque modificó su conducta: volvió al lecho conyugal e hizo que Juana quedara embarazada de quien sería su último vástago, una niña llamada María. Necesitaba ciertamente el beneplácito de la esposa para conseguir su objetivo de sustituir a Fernando en el ejercicio de sus funciones. El señor de Belmonte y el marqués de Villena le animaban: era posible crear un partido de la alta nobleza que abogara por un cambio en las formas de gobierno. Los procuradores y la media y baja nobleza disentían: era preciso que Carlos viajase a España para ser jurado, fijar aquí la residencia y ser educado en ella, pues le correspondía ser, un día, rey. Ese sector, tan decisivo en las Cortes, mostraba desconfianza absoluta hacia los borgoñones.

Felipe, al recibir la noticia de la muerte de Isabel, había tomado para sí el título de rey de Castilla, pero continuaba dando validez a su posición de vasallo de Francia en cuanto señor de Flandes y así aparecía en la confirmación de los acuerdos vigentes, firmada ahora en Trento para dar intervención y responsabilidad a Maximiliano. De acuerdo con esta postura, consolidada al hacerse público que Carlos no viajaría a España, se abrían para este último perspectivas muy variables respecto a su futuro. En España estaba creciendo su hermano Fernando, cuyo nombre apuntaba a esa posible división a

que nos hemos referido. Su madre, legítima titular de la corona, carecía de condiciones para gobernar y, siendo niño de corta edad, se precisaba una fórmula; esto es lo que Isabel había aclarado en su codicilo; sin poner en duda la condición de su hija y de su nieto, entregaba de hecho el poder a Fernando. Y esto era lo que Felipe y sus partidarios iban a tratar de corregir. En este caso de enfrentamiento político, ¿dónde quedaban las posibilidades de Carlos?

Nuevamente el embarazo de Juana permitió retrasar el viaje. Felipe no ocultaba sus proyectos de tomar el poder, pero para esto era muy conveniente aparecer en España a la cabeza de un ejército. Las Cortes podían modificar el codicilo privando a Fernando de sus obligaciones. Ahí estaba la meta de la maniobra que estaba preparando con ayuda del partido de la alta nobleza. Conviene adelantar que la raíz del movimiento de las Comunidades se encuentra precisamente en las Cortes de Toro de 1505 y de Burgos de 1506. No olvidemos que en Castilla se reconocía un solo estamento, el de ciudades y villas gobernadas por una especie de nobleza ciudadana, pues los otros dos, clero y nobleza señorial, operaban desde los Consejos. Recordemos, también, que esa nobleza se ordenaba en tres niveles: la alta de los títulos, duque, marqués y conde —Carlos V le otorgará oficialmente la «grandeza—, la media cuyos señoríos no bastaban y debían emplearse en el servicio a la Corona, y la pequeña, simples hidalgos normalmente pobres que dependían de la ayuda a cambio de servicios. Cervantes era uno de estos últimos y así lo reflejó en la imagen de don Quijote.

Isabel y Fernando habían puesto límites al crecimiento de la alta nobleza, aunque consolidándola en el servicio a la Corona y prohibiendo los partidos políticos. Todo el mundo estaba sometido a leyes, usos y costumbres; esto había incrementado el poder de la mediana nobleza y de las ciudades y villas del realengo. Ahora las grandes familias derrotadas en 1475, Pacheco, Stuñiga, Manuel,

Pimentel y algunas más estaban dispuestas a volver atrás desmontando el poder del «aragonés». Felipe podía brindarles una oportunidad que debían aprovechar. Don Juan Manuel, señor de Belmonte, instalado en Flandes, trataba de convencer a Felipe de la posibilidad de restablecer este partido, a cuyo frente se hallaría Diego López Pacheco, marqués de Villena. Luego, si se contaba con recursos suficientes, se podía lograr de las Cortes que reconocieran la incapacidad de Juana y entregaran al archiduque el poder.

El mejor conocedor del reinado, Manuel Fernández Álvarez, entiende que Fernando cometió un error al convocar para enero de 1505 las Cortes de Toro; ni la reina había firmado la convocatoria ni era posible que asistiera dada la brevedad del plazo. Felipe estaba dando un paso decisivo al conseguir que su padre se uniera a la alianza con Francia, ofreciendo dar a Luis XII el ducado de Milán y a su hija Claudia el reino de Nápoles. Lo que el monarca aragonés buscaba con su precipitación era confirmación legal del testamento de Isabel. Es singular que en él se mencione la inalienabilidad de Gibraltar, propiedad de la Corona; era la llave del Mediterráneo y una de las claves de la política catalana. Destaquemos tres puntos que vamos a encontrar en la política del emperador. Los aborígenes americanos eran reconocidos como súbditos con plenas condiciones de libertad. Se recomendaba estrecha relación con Portugal y Navarra dando a Hispania su unidad. Y por encima de todo se colocaba la obediencia a la doctrina católica y al propio papa. Nos encontramos ante puntos que serán esenciales para entender, luego, la política de Carlos.

Los procuradores reunidos en Toro deliberaron entre enero y marzo de 1505 ocupando siempre la presidencia el rey Fernando. Los debates, siempre correctos, son una especie de precedente a las demandas que se producirán luego al comienzo del reinado de Carlos I. Ochenta y tres capítulos de sus Ordenamientos se incorporaron a las leyes del reino. Confirmado el testamento, Juana

era considerada reina legítima; en su ausencia Fernando gobernaría, no Felipe. Se consolidaron las leyes del mayorazgo reafirmando así el patrimonio de la nobleza. Y se reconocía como un bien absoluto conservar la Unión de Reinos que Fernando e Isabel establecieran. Eran mencionadas de modo especial las libertades.

Los tratados de Blois

El Consejo Real despachó procuradores a Flandes para comunicar todos estos acuerdos. Para Felipe el Hermoso eran una advertencia seria; si Juana era incapacitada sería Fernando y no él quien tomaría las riendas del poder hasta que Carlos alcanzara la mayoría de edad. Se habían acentuado en aquellas Cortes el temor a un gobierno borgoñón y también las disensiones entre alta y baja nobleza. Aquí encontramos ya el argumento que Padilla y los dirigentes comuneros manejarían: un cambio a la borgoñona en el régimen político establecido por los Reyes Católicos podía conducir a la entrega del señorío de las ciudades a estos nuevos dominadores extranjeros. No podemos prescindir de estos sucesos para entender las dificultades iniciales del reinado de Carlos I de España. Y todavía se sigue recordando que estaban en juego las libertades.

Los duques de Nájera (Manrique) y de Béjar (Stuñiga), el marqués de Villena (Pacheco), el conde de Benavente (Pimentel) y los poderosos Guzmán de Medinasidonia decidieron constituir una Liga que declaraba la ilegitimidad de las Cortes de Toro. El argumento era que sin la presencia de Juana, a quien correspondía el «señorío real absoluto» y de su marido, no podían ser convocadas o celebradas Cortes. Otros grandes linajes, entre los que debemos destacar a los Enríquez, los Mendoza y los Álvarez de Toledo (Alba), se manifestaron claramente en favor de Fernando porque consideraban como muy convenientes las reformas introducidas por

los Reyes Católicos que llevaran a Castilla al nivel de una potencia vencedora de Francia. Otros muchos linajes prefirieron mantenerse en silencio hasta ver hacia dónde iban a girar las tornas.

Todo esto afectaba directamente a Carlos y tendrían que pasar años antes de que se produjera su «españolización». Cuidado por su tía Margarita, se le había reducido a los rincones del silencio. Sus derechos sucesorios estaban tácitamente reconocidos, pero no había juramento de las Cortes que los avalase. Podía ser sustituido por su hermano Fernando o, acaso, por los nacidos de un nuevo matrimonio del rey que romperían la Unión de la monarquía hispana. Riqueza, lujo y poder, las tres dimensiones de la Casa de Borgoña, animaban a los consejeros de Felipe a considerar Castilla como un simple patrimonio de segunda fila, que podrían, llegado el momento, repartirse. Para ellos el modelo francés, dentro del cual se instalaba el archiduque, era más moderno y superior al que establecieran los Reyes Católicos. Al mismo tiempo consideraban a Castilla como un posible botín: había allí señoríos y obispados que podían repartirse.

Felipe había convencido a su padre de que sus consejeros flamencos tenían razón. Y así, en septiembre de 1504, el emperador había puesto su firma al que los historiadores llamamos primer tratado de Blois. Felipe reiteraba su juramento de vasallaje y Maximiliano transfería a Luis XII sus derechos sobre el ducado de Milán. El 6 de abril cuando Lope de Conchillos viajaba hacia Flandes para entregar a Juana los acuerdos de las Cortes de Toro, franceses, flamencos y austríacos se reunían en Haguenau en una especie de ceremonia solemne para dar publicidad a los nuevos acuerdos que se habían firmado. España era dejada evidentemente al margen. En su calidad de Rey de Romanos Maximiliano reconocía los derechos de Luis XII a ser duque de Milán. Felipe, en cambio, sería rey de Nápoles en nombre de su hijo Carlos que habría de casarse con Claudia. Se aclaraba el punto oscuro: caso de que este matrimonio no pudiera celebrarse por las razones antes explicadas, Felipe

tendría derecho a instalarse en Milán. La traición no podía ser más evidente, pues renegando de las victorias obtenidas por Fernando, se hacía entrega a Francia de la hegemonía sobre Italia. Y los derechos de Carlos a la herencia de la Corona de Aragón eran prácticamente olvidados.

En Bruselas, Juana firmó el documento que le presentara Lope de Conchillos, legitimando de este modo el Ordenamiento de las Cortes de Toro. Felipe, volviendo de Haguenau, hizo escala en Estrasburgo y ordenó a sus consejeros que redactasen un documento que ilegalizaba las Cortes de Toro; al poner la firma añadió «rey de Castilla». Ordenó que a Conchillos lo encerraran en una prisión y, tomando el documento que su esposa firmara, lo destruyó en mil pedazos. Si alguien debía tomar decisiones en nombre de Carlos era él y no su madre, ni menos el abuelo Fernando. Haguenau había marcado la pauta. Como los Albret, usando título de rey, se declaraba también vasallo de Francia a la que correspondía la dirección de la política. Carlos tendría que hacer lo mismo. Se dieron órdenes a Margarita para que el niño fuera llevado a Malinas y puesto bajo custodia; allí se continuaría su educación en la forma debida. Su lengua sería la francesa y en modo alguno aprendería el castellano.

Filiberto de Vere fue escogido para ser enviado a Castilla donde establecería contacto con aquella Liga que había rechazado la legitimidad de las Cortes de Toro. Don Juan Manuel estaba desempeñando en estos momentos un gran papel en esta gran maniobra política. Además de las acostumbradas credenciales e instrucciones, el señor De Vere llevaba consigo una carta fechada el 8 de mayo de 1505 y firmada esta vez por Juana, aunque indudablemente ella no era la autora. Gracias al retorno a las relaciones íntimas, Felipe había conseguido esta vez una victoria. En ella se explicaba como, sometido a tortura, Conchillos había acabado confesando que existía un plan destinado a privar a Felipe de los

derechos que le correspondían como rey de Castilla. La reina pedía a la alta nobleza castellana que apoyase a su marido con quien las relaciones habían tornado a ser excelentes como lo demostraba aquella niña que llevaba en su vientre y que con el tiempo llegaría a ser reina de Dinamarca y una de las principales colaboradoras de su hermano el emperador. Todas las dolencias que había tenido que padecer estaban ahora superadas y, en cuanto le fuera posible, iría con su marido a España para poner todas las cosas en orden. A Vere se le había encomendado establecer estrecha alianza con el marqués de Villena.

Aparece Germana de Foix

La respuesta de Fernando fue contundente y, en cierto modo, inesperada: venía a demostrar cómo, en aquellos tiempos, los compromisos políticos se colocaban por encima de nostalgias y relaciones personales. Lo importante era salvar a la Corona de Aragón, amenazada por estas fuertes intrigas y que podía verse envuelta en una nueva guerra civil si Felipe llegaba a poner en pie nuevamente el partido nobiliario. Él se sentía, ante todo, monarca titular de aquellos reinos que formaban el Casal d'Aragó, y para los que el Mediterráneo occidental, ahora seriamente amenazado por los musulmanes, era fuente de vida. Para Carlos el cambio de política de su abuelo podía significar una pérdida de los derechos sucesorios que en Zaragoza y Barcelona habían sido tímidamente reconocidos.

Durante cinco meses fray Juan de Enguera mantuvo negociaciones con Luis XII, jugador de ventaja que estaba dispuesto a apoyarse en aquel que proporcionara más ganancias. Es muy probable que el monarca francés estuviera engañando a los dos rivales porque le preocupaba sobre todo el posible crecimiento de la Casa de Austria. El 12 de octubre, fecha muy significativa para los

españoles, pues se cumplía un año de la firma del testamento de Isabel, quedó suscrito un acuerdo entre los dos monarcas. Luis vendía por un millón de ducados los derechos que pudieran corresponderle en Nápoles. De este modo este reino y Sicilia volvían a unirse y con el favor del papa, que necesitaba mucho la ayuda de Fernando, podría incorporarse a la Corona de Aragón, que contaba ya con el acuerdo con los mamelucos y con ciertos bastiones isleños que cerraban puertas al Tirreno. Cataluña y Valencia dependían de aquel comercio que permitía alcanzar los aprovisionamientos de seda y especias.

Por su parte, Fernando se comprometía a contraer nuevo matrimonio con una pariente del rey de Francia; si de esta unión nacía un varón, Carlos y su hermano se verían privados de sus derechos y la Unión de Reinos dejaría de existir. Con astucia escogió a Germana de Foix, joven regordeta y poco agraciada de dieciocho años pero dotada de un excelente carácter como le demostraría mas tarde a Carlos, su nieto político. Hija del vizconde de Narbona y de María de Orleans, la futura reina podía invocar los derechos de la Casa de Foix sobre Navarra, jugando así un papel en el destino de este reino que seguía considerándose español. Ernest Belenguer, a la vista del retraso que se produjo en la consumación del matrimonio, supone que se trataba de una maniobra para obligar a Felipe a recapacitar volviendo a la amistad con su suegro y evitando que los derechos de Carlos sobre la Corona de Aragón se fueran llevados por el viento. De hecho, el matrimonio tuvo lugar el año 1506. Sobre esto deberemos volver.

Germana de Foix, que había firmado ya los desposorios por palabras de presente, emprendió el camino de España; estaba dotada de muy buenas condiciones en su conducta. Es importante tener en cuenta el importante papel que desempeñaría diez años más tarde. Sus visitas afectuosas a Juana, teóricamente su hijastra y sus relaciones con los dos hermanos, Carlos y Fernando, sirvieron

para mantener un equilibrio familiar muy necesario. Pero la noticia de su matrimonio despertó la alarma en aquellos que, en Flandes, soñaban con la creación de un vasto patrimonio que debía hacer de Carlos, ahora próximo a los seis años de edad, el gran dominador de Europa. Se le estaba amenazando con la pérdida de algo tan sustancial como el Occidente mediterráneo. Margarita, que como duquesa de Saboya veía en los proyectos de Luis XII una amenaza, se enfrentó a su hermano Felipe: «Ahí tienes la consecuencia de los errores que has cometido; estás privando a tu hijo de esa parcela decisiva de su herencia, aquella precisamente en donde radica la defensa de la cristiandad». Sin modificar sus ambiciones, el archiduque comprendió que tenía que cambiar su conducta. Había que frenar aquella boda.

Se enviaron nuevas instrucciones al embajador. El 24 de noviembre de 1505 Filiberto de Vere y Andrés del Burgo consiguieron redactar una nueva concordia que modificaba el codicilo. Si, como era probable, Juana era declarada incapaz de ejercer sus funciones de reina, estas se repartirían equitativamente entre Felipe en su calidad de rey y Fernando como gobernador; en caso de ausencia de uno de ellos el otro asumiría la totalidad de las funciones. El monarca aragonés retrocedía, evidentemente, en sus propósitos tal y como los expresara en Toro. De este modo se retrasaba el matrimonio con Germana —era fácil ofrecer compensaciones a los Foix— y se confirmaban los derechos de Carlos sobre la Corona de Aragón. Faltaba conseguir la firma de Juana, a quien correspondía el poderío real absoluto. Los correos galoparon a través de Francia para entregar a Felipe su ejemplar del documento. El 10 de diciembre este escribió a su suegro: «Trabajaré en ello (lograr que Juana pusiese su nombre) pero ya sabe V.A. que es menester trabajar mucho». Había ganado el tiempo que necesitaba.

VILLAFÁFILA

Juana estaba explicando su línea de conducta: no firmaría nada salvo en presencia de su padre en quien tenía depositada absoluta confianza. En estas condiciones, Felipe no tenía más remedio que llevarla consigo —Carlos debía seguir en Malinas— haciendo el viaje por mar en evitación de interferencias. Era pleno invierno y las naves, enfrentadas con una pavorosa tormenta apenas salidas de Middlebourgh, tuvieron que hacer escala en Inglaterra donde permanecieron hasta el 22 de abril. Un tiempo útil para estrechar relaciones con el monarca británico y celebrar el encuentro con Catalina, que esperaba el momento de su boda con el nuevo príncipe de Gales, Enrique. Mientras tanto, el rey Fernando celebraba su matrimonio con Germana, curiosamente en aquel palacio de Dueñas, en marzo de 1506. Felipe podía pensar que le habían engañado ya que ahora había una reina de la Corona de Aragón.

Sin embargo su decisión había sido tomada previamente; un verdadero ejército había subido a las naves que se encaminaban a Laredo aunque fue necesario cambiar el rumbo y desembarcar en La Coruña. Felipe venía a tomar posesión de su reino de Castilla. Los nobles del partido del marqués de Villena fueron también a su encuentro, acompañados de soldados con armas. Se despejaban así las dudas de aquel viaje: se trataba de obligar al monarca aragonés a la renuncia y de hacer que las Cortes castellanas reconocieran a Felipe como verdadero rey declarando la incapacidad de Juana. No había opciones: el único modo de oponerse a los proyectos de Felipe era tomar las armas. Y a esto Fernando estaba decidido a no llegar porque sería un daño irreparable a los reinos de que era titular. En una guerra civil Luis XII acudiría en apoyo de su vasallo; tenía, además, muchos motivos para enfrentarse con los catalanes.

Fernando había tenido que variar su camino para encontrarse con su yerno. Tal encuentro tuvo lugar en Remesal, pequeño lugar de la laguna de Sanabria. Para llegar hasta allí hubo de cursar el territorio del marquesado de Sanabria. Como si fuera el Cid camino del destierro halló herméticamente cerradas puertas y ventanas. La conversación entre los dos que se titulaban reyes tuvo dimensiones hostiles. Juana no estuvo presente; prácticamente se hallaba sometida a una rigurosa vigilancia y apartada de los asuntos públicos. Carlos, que hubiera debido ser jurado como príncipe de Asturias, también se hallaba apartado, en Malinas, donde seguía hablando francés, a diferencia de su joven hermano que comenzaba a expresarse fluidamente en castellano. A Felipe le servían de fondos sus lanceros; Fernando contaba apenas con una personal guardia de seguridad. El nuevo rey recomendó a su padre político que se alojara en Villafáfila hasta que don Juan Manuel y Cisneros concluyeran las negociaciones que se les habían encomendado sobre el futuro de la monarquía.

Capitulación. Esta es la palabra adecuada. El 20 de julio Fernando consumó su matrimonio con Germana de Foix, buscando con ello tener un hijo. Y el 25 estampó la firma en el documento que los dos negociadores redactaran, yendo a la iglesia de Villafáfila en cuyo altar juró cumplir todas las condiciones acordadas. Juana era legítima reina de Castilla pero sometida absolutamente a la custodia de su marido. Muchos de los que pululaban en el séquito del archiduque no tenían en cuenta que era imprescindible la legitimación por parte de las Cortes; en esto confiaban los líderes de la alta aristocracia que esperaban imponer su autoridad a los procuradores. Ahora si un niño nacía de la unión ya consumada —poco tiempo hizo falta para anunciar que Germana estaba embarazada— los derechos de Carlos sobre la esencial Corona de Aragón quedarían esfumados. Pero a Fernando le importaba mucho salvar su patrimonio incrementando la potencialidad de aquellos

reinos que rodeaban el Tirreno y parecían un remedo del Imperio romano garantizando así que los turcos no podrían seguir avanzando.

A cambio de su renuncia al codicilo de Isabel, Felipe le había prometido seguir pagándole las rentas de las Órdenes Militares y también la mitad de los metales preciosos que llegaran de América. Colón había muerto en el más completo abandono en Valladolid en mayo de 1506 y no se daba mucha importancia a lo que podía significar aquel Nuevo Mundo. Felipe se preparaba para hacerse dueño de la rica Castilla, puente para el comercio entre África y Europa, dotada en consecuencia de muy buenos recursos. Don Juan Manuel estaba convencido de haber ganado la principal de las victorias; desmontando el Consejo Real se podía volver a aquel sistema de validaje como ya ejercieran algunos de sus parientes en otro tiempo. Aspiraba a ser el privado del nuevo rey.

Fernando lo tenía decidido: abandonaría Castilla para centrar sus tareas en lo que consideraba su patrimonio. El duque de Alba y el cardenal Cisneros le dijeron que le acompañarían. Pero él les pidió que no lo hicieran; su presencia en Castilla resultaba esencial para la defensa de los intereses de un reino sobre el que los flamencos iban a lanzarse con avidez de ganancias. Para que Villafáfila cobrara legitimidad era preciso que se reunieran las Cortes, es decir, alcanzar el sometimiento de la media y baja nobleza y de las ciudades. Una tensión que iba a permanecer hasta el estallido de 1517.

Muerte inesperada

Mientras los procuradores se dirigían a Valladolid donde habían sido convocadas las Cortes, se daba a conocer la noticia del embarazo de Germana de Foix. Si resultaba un niño, las dos Coronas, de Castilla y Aragón, se separarían definitivamente teniendo en cuenta los usos y

costumbres de este último. Esto era lo que Cisneros y Alba, con algunos miembros de la alta nobleza, iban a tratar de evitar aprovechando las Cortes. Había además otro varón, Fernando, al que se podría recurrir. El condestable Velasco, casado con una hija bastarda del rey, y los Enríquez, que compartían linaje con los Trastámara, se unieron a esta especie de partido político que podemos calificar de unionista.

El tercer estamento, en aquellas Cortes, se hallaba dominado por una conciencia: si el nuevo monarca llegaba a imponerse repartiría beneficios entre todos aquellos flamencos que le acompañaban y que veían en Castilla una especie de botín. Por eso los procuradores exigían que, primero la reina Juana y después su marido, jurasen estricto cumplimiento de los usos y costumbres de aquellos reinos. Aconsejado por don Juan Manuel, Felipe acudió a la argucia de reunir un grupo de dichos procuradores, aquellos que el señor de Belmonte consideraba más dóciles utilizando un salón del palacio del marqués de Astorga y no la iglesia de San Pablo, sede de las Cortes. Pero ellos explicaron: estaban dispuestos a jurar a Juana como legítima reina y a Felipe como su marido; si la reina era declarada incapaz la corona pasaría a las sienes de su hijo, que debería trasladarse a España y someterse a una regencia hasta que fuera mayor de edad. No era esto lo que al archiduque prometieran Villena y sus partidarios. Una parte sustancial de la alta nobleza apoyaba a los procuradores; así lo disponían las leyes de Castilla.

Felipe decidió trasladar la Corte a Burgos; él y su esposa debían permanecer juntos y, para ello, desalojaron a los Velasco de su espléndida residencia que seguimos llamando la casa del Cordón. El amañado alejamiento de los duques de Frías hizo crecer el rumor de que los consejeros del nuevo rey preparaban su enriquecimiento. Se decía que Juana había sido encerrada prácticamente en sus aposentos para evitar que cambiara impresiones con otras personas. Don Juan Manuel se había convertido en alcalde de Segovia

despojando del cargo a los marqueses de Moya, que habían sido los más fieles servidores de Isabel la Católica (Andrés Cabrera y Beatriz de Bobadilla). Aquel castillo servía entonces de depósito para los tesoros dinerarios del rey.

Inesperadamente vinieron los cambios. Se hizo público un nuevo embarazo de Juana, que daría a luz a Catalina en enero de 1507; ahí estaba la demostración de que las relaciones entre marido y mujer seguían siendo íntimas y correctas. Pero los procuradores insistieron: Carlos de Gante, el primogénito, tenía que ser traído a España como siempre correspondiera a los príncipes herederos. Presentaron también una protesta formal: el incremento de las alcabalas perjudicaba especialmente al comercio de las ciudades. Las medidas de gobierno que se estaban tomando quebrantaban los usos y costumbres, es decir, las libertades del reino. Las tensiones parecían una especie de prólogo para las que serían más adelante las Comunidades.

En la Historia esas pequeñas eventualidades cambian el curso. Felipe contrajo una neumonía infecciosa; se trataba de una endemia que en Burgos estaba causando bastantes muertes. Y falleció el 25 de septiembre de 1506. Carlos, con seis años, iba a enfrentarse con el primero de los grandes problemas que sacudirían su existencia. Maximiliano reclamó para sí la tutoría de este nieto y ordenó a Margarita de Austria que asumiera el gobierno de todos aquellos dominios que formaban la herencia borgoñona. En Malinas se concentraron Leonor y Carlos, Isabel y María, acogidos al amparo de aquella extraordinaria mujer a la que quisieron como si fuera su verdadera madre. En Castilla tampoco se formularon dudas acerca de la primogenitura de Carlos; pero allí permanecía Fernando e iba a nacer Catalina.

Cisneros desempeñó en aquellos momentos un papel decisivo: aquel humilde observante franciscano, que andaba a pie por los caminos, era ahora la figura más importante de la Iglesia española.

Se sentía llamado a lograr una reconciliación entre los partidos de la alta nobleza y la paz interior en las Cortes. Sostenía que la verdadera esperanza se apoyaba en conseguir un retorno de Fernando. Y en esto coincidía plenamente con los sentimientos de Juana. La reina se negaba a separarse de su marido: el arcón con los restos mortales viajaba en su compañía, celebrándose funerales en todas las iglesias del camino. Pero, para ella, solo su padre en aquel trance debía tomar las riendas del poder.

Malinas: un prólogo

El 17 de octubre de 1506, revestido de aquellas galas que corresponde a un príncipe, Carlos entraba en la Historia al ser reconocido conde de Flandes por los Estados Generales. En el lenguaje ritual empleado se calificó al difunto Felipe de rey; al niño ahora solo se le llamaba monseñor. Sin embargo los dominios cuyo gobierno le correspondía asumir por sus dimensiones superaban a otros reinos europeos. Se acomodaban a los modelos que se establecieran en Francia, cuya lengua fue precisamente la utilizada en la ceremonia. Carlos asumía la espada aunque todavía necesitaba ayuda en el momento de blandirla. Su regente, Margarita, ahora duquesa de Saboya, seguía guardando los recuerdos felices aunque breves de aquellos tiempos en que fuera princesa de Asturias, como ahora lo era también aquel niño que podía sentar en sus rodillas. En la ceremonia inaugural, Carlos había lucido el collar del Toisón de Oro, un emblema que también recibiera su abuelo Fernando. Insistamos en algo ya explicado: allí estaba el espíritu de la caballería como si fuera el de los caballeros de la Tabla Redonda. Y nunca se desprendería ya de él.

Los cuatro niños acogidos en Malinas, que acabarían reinando de muy diversos lugares, recibirían un don que no debe olvidarse: el

recíproco afecto. Fue el gran regalo de Margarita de Austria esencial para el posterior desarrollo de la política. También Germana de Foix desempeñaría al respecto un papel importante. Malinas no fue simplemente una residencia para príncipes demasiado jóvenes. Allí se percibía muy bien el papel que los Países Bajos estaban desempeñando en el comercio europeo; en él Castilla, con su lana, miel y cueros, letras de cambio y oro que llegaba desde África procedente de las ignotas minas del rey Salomón, desempeñaba un papel esencial. Pero en aquel centro para la educación del futuro emperador se daba un hecho al que ya nos hemos referido: la coincidencia entre la reforma católica española y la *devotio moderna* en que Carlos estaba siendo educado. De ahí que, al llegar a España, no advirtiera diferencias religiosas, sino al contrario, los jerónimos iban a convertirse en refugio indispensable. Y cuando llegó el momento de enfrentarse con el luteranismo, el emperador no experimentó la menor duda.

Es conveniente hacer notar que en el equipo de maestros elegido precisamente por Felipe el Hermoso figuraban dos españoles, Luis Vaca de Osma y Juan de Vera, obispo de León. Sobre ellos se colocaron luego aquellos tres que había escogido Margarita de Austria, Roberto de Gante, Adriano de Utrecht y Desiderio Erasmo de Rotterdam, tres figuras clave para entender la maduración de Europa en las primeras décadas del siglo XVI. Todos ellos coincidían en señalar que el principal problema que la sociedad y la Iglesia católica tenían que afrontar era precisamente la mala conducta que se escondía tras el clericalismo. Los clérigos de cualquier grado querían disfrutar de los poderes que proporciona el mundo. Y a su vez los nobles veían en los beneficios un modo de asegurar la existencia de sus hijos legítimos o naturales. Los papas incurrían en los mismos defectos. Un bastardo de Fernando el Católico, Alfonso, era arzobispo de Zaragoza, y de su descendencia unida a la de

Alejandro VI saldría san Francisco de Borja, uno de los santos capitales de la reforma.

En 1511, cuando Carlos comenzaba la que en aquellos tiempos llamaban primera adolescencia, Margarita de Austria, como en tiempos hiciera Isabel la Católica con fray Hernando de Talavera, llamó a Adriano de Utrecht, que se había formado dentro de la Congregación de Hermanos de la Vida Común y ahora, como deán de San Pedro, era uno de los maestros de más relieve de la Universidad de Lovaina. La razón de esta convocatoria era bien clara: piadoso, austero y justo podía conseguir que Carlos se centrara también en una fuerte vocación cristiana. Aunque sobre ello hemos de volver, conviene recordar que Adriano fue consejero del emperador, ejerció la regencia de Castilla en ausencia de este, y ocuparía la Sede de Pedro aunque por un tiempo demasiado corto. Los historiadores ponemos más atención en las funciones de gobierno que en esas dimensiones espirituales que, sin embargo, resultan decisivas en toda la vida y obra de nuestro protagonista principal.

Algo semejante sucede con Desiderio Erasmo, al que nos hemos referido con anterioridad, pero en este caso nos encontramos con un distanciamiento deliberado. Hijo de un clérigo pudo conseguir, como otros muchos, la indulgencia plenaria que le permitió ordenarse como presbítero. Pero luego suspendió sus funciones de clérigo aunque observando el celibato y también otras muchas normas ligadas a esta condición. En el capítulo anterior ya hemos tratado de explicar lo que entendemos por erasmismo. Permítasenos insistir que sus enseñanzas, rechazadas durante cierto tiempo, se convertirían en una de las aportaciones más valiosas al catolicismo. El hombre no es simplemente individuo dentro de una especie sino persona que lleva en su naturaleza aquellas dos condiciones que descubren la imagen y semejanza de Dios contemplada en el Génesis: libre albedrío y capacidad racional que permite el conocimiento de las

ideas. Esto es algo que Carlos V reconocerá en sus súbditos, incluyendo a los indígenas del Nuevo Mundo.

Noticias que llegaban de España

La muerte de Felipe estuvo acompañada de aquellos gestos a que nos hemos referido y que obligaban a todos los bandos a reconocer que Juana no estaba en condiciones de gobernar. Pero era la reina y de esto no podía dudarse. Don Juan Manuel y sus compañeros de partido pidieron a Maximiliano que viajara a España, asumiera la regencia y tomara en custodia a su otro nieto, Fernando. Ahora este grupo había perdido terreno y la inmensa mayoría de los castellanos, incluyendo a Juana, aspiraban a un retorno de Fernando, que podía poner paz. Cisneros envió a Luis Ferrer para que a toda prisa viajara a Nápoles en donde se hallaba el rey, para pedirle que retomara cumpliendo el codicilo de Isabel. Germana de Foix estaba al lado del monarca, que había dispuesto el relevo de Gonzalo de Córdoba nombrándole duque de Sessa y devolviéndolo a sus tierras cordobesas. Germana tuvo efectivamente un hijo varón pero falleció muy pronto y de este modo se deshacían los proyectos de ruptura en la monarquía.

Para todos era Carlos el portador de la legitimidad sucesoria; pero su edad era todavía muy corta. No cabe duda de que Fernando experimentó a su vez vacilaciones. Había salido de Castilla como un derrotado; volver ahora podía interpretarse mal. Por otra parte, el papa Julio II, el rey de Francia y él mismo estaban convencidos de que consolidar Italia era la única esperanza de detener los fuertes golpes que proyectaba el islam. Una Italia cuatripartita: francesa en las tierras del Po, española en Nápoles con Sicilia y Cerdeña, pontificia con un patrimonio militarmente consolidado y veneciana para seguridad del Tirreno.

No cabe duda de que Germana de Foix, que más parecía una hija que una esposa dada la enorme diferencia de edad, influyó sobre su marido en la opción del retorno; era el medio adecuado para defender los derechos de aquellos nietos, Carlos y Fernando. Y así el rey respondió a la demanda de Cisneros enviándole plenos poderes para que actuara en su nombre. Sin grandes prisas se tomaron las medidas para el viaje. En junio de 1507 los reyes desembarcaron en Valencia. Aquí Fernando, que iba a dirigirse a Castilla en el mes de agosto, entregó a su esposa plenos poderes para gobernar durante su ausencia. Entre los documentos que con é1 vinieron de Italia, figuraba el breve pontificio que otorgaba a Cisneros el capelo de cardenal. Se le iba a convertir en cabeza de la Iglesia castellana.

Hemos de reconocer una especie de paralelismo entre el nuevo cardenal y Adriano de Utrecht, que estaban poniendo las bases para aquel programa de restauración de la *Universitas christiana* que haría suyo más tarde el emperador. Los dos eclesiásticos, aunque ahora estuviesen instalados en la cúspide de la jerarquía, habían decidido seguir viviendo dentro de las normas rigurosas que franciscanos y hermanos establecieran. Cisneros seguía durmiendo en el suelo. Para Adriano lo importante era cambiar una sociedad en que el deseo cobrara ventaja, para llevarla hacia esa Imitación de Cristo que estaba en el título de la obra de Kempis. Cisneros estaba poniendo en marcha una universidad que lograra la convivencia de scotistas y tomistas. Respecto al rey recomendaba poner atención al peligro que significaba el nuevo islam que reforzaban berberiscos y africanos; estaba dispuesto a invertir todas las abundantes rentas de su sede toledana en la conquista de ciudades del norte de África. A su debido tiempo tendremos que ocuparnos de este tema que formaría una de las claves del programa político de Carlos.

En su viaje por tierras del Duero al encuentro con su hija Juana, experimentó una gran sorpresa: la gente abandonaba sus casas para salirle al encuentro y aclamarle. Al fin había llegado el rey y con él

las normas de justicia y gobierno. En Tortoles, cerca de Roa, a orillas del Esgueva, tuvo lugar el encuentro. La reina no ocultaba su alegría, pero, al abrazarla, Fernando pudo percibir que también se hallaba presente el ataúd del que su pobre hija se negaba a separarse. Juana no pudo contener las lágrimas de alegría: allí estaba, al fin, su padre, que venía a descargarla de sus obligaciones. El nombre de Carlos también fue pronunciado. El monarca consiguió que Juana consintiera en llevar los restos mortales a un mausoleo como a su honor correspondía y así se hizo. Ella puso en sus manos todos los poderes y se retiró a Tordesillas, monasterio y residencia en donde esperaría también su propio fin durante más de cuarenta años.

La Liga de Cambrai

En todo momento Juana y su padre afirmaron, sin la menor duda, que a Carlos iba a corresponderle la herencia de aquella gran monarquía que consiguieran crear, lo que, de un modo oficial, recibieran del papa el título de Reyes Católicos. Entre 1507 y 1509 Fernando consiguió disolver aquel partido nobiliario que provocara la división restableciendo el régimen político que se apoyaba en la obediencia recíproca de las leyes. Se mejoraron además las condiciones económicas al ampliarse el comercio con Flandes e Italia y disminuir al mismo tiempo los gastos militares. Algo esto último que Carlos no conseguiría. La amenaza de guerra con los turcos seguía en pie, pero esto, a juicio de Fernando y de Margarita de Austria, era algo que afectaba a todos y por todos debía ser resuelto. Maximiliano contemplaba el avance hacia el norte por los Balcanes que podía afectar en plazo corto a sus dominios.

En 1507 Fernando y Luis XII se entrevistaron en Savona para hablar precisamente de esta cuestión; sentado junto a ellos en la

comida que recíprocamente se ofrecieron, se hallaba Gonzalo Fernández de Córdoba, que conocía bien el tema. Era imprescindible que las potencias católicas cerraran filas porque las dimensiones del poder militar turco eran muy grandes. Las negociaciones fueron largas, ya que en ellas se trataba también del reparto de poderes en Italia, pero en diciembre de 1508 quedó firmada la alianza. Francia, España y el imperio acordaban prestarse la colaboración necesaria para esta defensa. Como Portugal e Inglaterra se sumaron a ella y naturalmente el papa otorgó sus bendiciones e indulgencias, se tuvo la impresión de que el viejo sueño de Segismundo se había cumplido y las cinco naciones de Europa estaban alcanzando su unidad. Todos los reyes compartían además una misma sangre, aunque se tratara apenas de unas gotas. Es importante destacar que el programa de Cambrai será precisamente el que Carlos en varias ocasiones tratará de alcanzar. Cisneros pensaba que había llegado el momento de pasar a la ofensiva y montó importantes operaciones para instalar las fuerzas españolas en el litoral africano. Orán pudo convertirse en una plaza fuerte.

Los firmantes no podían tener tampoco duda en otro aspecto de la cuestión. Aquel niño de nueve años viviendo en Malinas y que se seguía considerando novio de una princesa de Francia, un día tendría en sus manos la responsabilidad y el mando de aquella coalición. Lo refleja muy claramente en sus escritos uno de sus jóvenes maestros, Mercurino de Gattinara. Bastaba con remover las cenizas del pasado para invocar, en favor de Alemania, esa especie de hegemonía que ya Federico Barbarroja calificara de Dominium Mundi. Solo que este mundo era mucho mayor porque se habían abierto los caminos del Atlántico.

El Testamento del rey

La muerte, a las pocas horas de su nacimiento, del hijo que Germana de Foix lograra concebir sometiéndose a tratos médicos y al que significativamente se había querido llamar Juan, favoreció sin duda los intereses de Carlos. Pero las presiones de Maximiliano para ejercer la tutoría de sus nietos continuaban. Fernando le ofreció importantes compensaciones económicas que el emperador no podía rechazar dadas sus necesidades. Como Manuel de Portugal y Enrique VIII de Inglaterra se mostraban entonces muy favorables a su suegro, este pudo, en corto espacio de dos años, afirmarse en el poder en Castilla. No había esperanzas de que Germana lograra concebir otro hijo ni Fernando tampoco mostraba especial interés. Carlos podría reunir los extensos dominios de sus antepasados convirtiéndose al menos en teoría en el más poderoso soberano de Europa.

Luis XII consideraba la Liga de Cambrai de un modo muy diferente a como la interpretara Cisneros; debía servirle, una vez instalado en Milán, como soporte para hacer de todo el norte de Italia un dominio francés. Inmediatamente había emprendido la guerra contra Venecia, a la que quería privar de sus dominios de Tierra Firme, y reclamó también una parte de los Estados Pontificios que en tiempos se tuviera por la autoridad de la corona de hierro de los lombardos. Julio II, de quien los críticos dicen que fue mejor soldado que papa, veía en esta política un peligro muy serio para la autoridad pontificia y su libertad. En otras palabras, aquel proyecto de unión que se tratara en diciembre de 1508 era apenas un sueño del que pronto se despertaría. Las grandes Monarquías aspiraban a ejercer su hegemonía sobre la cristiandad.

Julio encontró apoyo en Fernando, que había incorporado Nápoles a la Corona de Aragón, pero no presentaba demandas sobre los territorios pontificios. En ciertos momentos difíciles serán los tercios españoles los que sacarán de apuros al papa. Fue una oportunidad que Cisneros, a quien se había entregado la Inquisición,

sustituyendo al riguroso Diego de Deza, trató de aprovechar para modificar el funcionamiento del famoso tribunal. Es muy probable que el cardenal siguiese en este caso los consejos y demandas del rey. La bula *Dudum siquidem* permitía al cardenal introducir serias modificaciones en aquel organismo del Estado. La cuestión de los conversos judíos parecía ya superada. Las nuevas normas establecían el principio de que lo importante era conseguir en los procesados el arrepentimiento y la conversión; los nueve tribunales repartidos por todo el reino se ocupaban esencialmente de corregir las malas costumbres del clero. Para los conversos y también para las órdenes religiosas era como si se hubiese entrado en un tiempo de atenuación.

Los conversos, aunque fuesen despreciados o injuriados por la gente vulgar, se estaban convirtiendo en figuras clave de aquel humanismo. Ayudaron decisivamente a Cisneros y al claustro de Alcalá en aquella tarea que, años mas tarde y en peores condiciones, intentaría Lutero: dotar a la comunidad cristiana de una versión garantizada de la Escritura corrigiendo las deficiencias que se advertían en la Vulgata. Tal es la Biblia políglota Complutense. Uno de los mejores especialistas de nuestros días aconseja llamarla «fortín doctrinal», pues se lograba de este modo una defensa de la fe cristiana, continuadora y superadora del judaísmo al que no se debía renunciar. Cisneros fracasó sin embargo en su proyecto de incorporar a Erasmo al claustro de Alcalá; las excusas que este último empleó en la negativa escondían otra realidad; quería permanecer en su independencia.

Había, en la magna herencia que se estaba preparando a Carlos, a quien sus consejeros flamencos consideraban como más probable sucesor de Maximiliano, otro aspecto que todavía no estaba recibiendo la debida atención. Al otro lado del océano había islas y muy pronto tierras de grandes dimensiones que formaban parte de la Corona española. En el momento de su muerte (mayo de 1506),

Colón dejaba tras de sí un completo desorden. Los indígenas tenían un nivel mínimo de cultura; se había comprobado que algunos de ellos eran incluso caníbales. Pero los descubridores, que buscaban el oro, se servían de las mujeres ya que no tenían otras consigo, y transmitían enfermedades que provocaban numerosas víctimas, tampoco mostraban respeto a aquellos seres humanos, como lo dejara dispuesto Isabel.

En los sermones que pronunció durante el tiempo de Adviento del año 1511, el dominico Antonio de Montesinos, adelantándose al P. Las Casas denunció el hecho: se estaba destruyendo una porción de seres humanos. Ante este problema los maestros universitarios mostraron opiniones divididas. Matías de Paz y otros colegas de la Escuela de Salamanca recomendaron a Fernando, como solución, renunciar a las Indias, pues de otro modo la monarquía se haría culpable de un daño. Empleaban ya la palabra «destrucción». El rey convocó en Burgos una reunión de expertos en que triunfó la opinión contraria: si se abandonaba las Indias a su suerte, es decir, se entregaba todo ese vasto mundo a la iniciativa privada ya se podían considerar los resultados. La Corona era la única que podía imponer disciplina poniendo freno a los abusos. Una misión que Carlos tendría más adelante que asumir, luchando con tremendas dificultades.

Los indígenas tenían que ser tratados como seres humanos, pues lo eran, recibiendo además los beneficios incontrovertibles de la fe. El año 1512 se publicaron las que podemos llamar Leyes de Indias. Serían precisos otros treinta años, todo el reinado de Carlos, para enmendar los errores y permitir el funcionamiento de nuevos reinos a los que se pondrían nombres españoles. Una gran tarea que iba a corresponder a Carlos. Hernán Cortés comenzaría en México casi al mismo tiempo que Carlos lo hacía en España.

En marzo de 1510 Fernando había conseguido también alcanzar otro de sus objetivos: las Cortes de Aragón. Cataluña y Valencia

aceptaron reunirse en un mismo lugar, Monzón. No se trataba de reducirlas a una sola sino de demostrar que formaban una entidad indisoluble. Mallorca no tenía Cortes y Cerdeña y Sicilia se administraban de un modo distinto. Pero, al afirmar su soberanía, se demostraba la unidad de aquel patrimonio que dominaba el Tirreno, ya que ahora también el litoral norteafricano, con Melilla, Mazalquivir, Orán y Bugia, más los protectorados establecidos en Argelia y Túnez, venían a completar ese Mare Nostrum que se ofrecía precisamente a Carlos, ya que las Cortes se referían a él como legítimo heredero y continuador. Las Cortes de Madrid también coincidían en esa decisión. Muy pronto también Navarra se incorporaría a la Corona de Castilla. De modo que las brumas que al principio oscurecieran la herencia de Carlos quedaban despejadas. Fernando reconocía en él la exclusividad en los derechos de herencia. Juana seguía titulándose reina de Castilla.

Guillermo de Croy, señor de Chièvres

En 1509 se había producido un cambio en la Corte de Malinas. Al fallecer el príncipe de Chimay, que desempeñaba el cargo de gran chambelán, ese importante oficio había pasado a manos de su pariente, Guillermo de Croy, que mostraría una fuerte decisión en influir sobre el joven Carlos, de quien esperaba hacer prácticamente su principal y obediente señor. Alegando que entre sus funciones figuraba la de velar por su seguridad, compartía habitación con el niño y prácticamente hasta el momento de su muerte en 1521 sería el consejero más escuchado. Siguiendo la pauta que marcara Felipe el Hermoso sostenía que la amistad con Francia era una pieza decisiva en aquel juego que debía conducir a Carlos a recoger la herencia de su abuelo convirtiéndose en emperador. Pero siendo esta corona electiva era preciso ganarse la voluntad de los siete

príncipes y apartar las aspiraciones de otros reyes. Para esto podía servir, y mucho, la monarquía española, que consideraba abundante en sus recursos.

Vamos a incurrir en un abuso cronológico. En su condición de chambelán tenía a su cargo la custodia del tesoro. Y cuando en 1516 acompañó a su señor a España para ceñir la corona, se fijó como objetivo principal incrementarlo aumentando ayudas y alcabalas. De ello dependía el objetivo final que había tratado de inculcar en su joven discípulo: lograr la corona imperial que le correspondía con más razones que a nadie y que completaría la elevación de la Casa de Habsburgo a la cúspide de Europa. Pero en España despertaría esos sentimientos que ya en Valladolid y Burgos se manifestaran contra Felipe. La Casa de Habsburgo significaba un cambio radical de régimen y acabaría despertando la revuelta de las Comunidades que, en gran medida, eran un retorno a las divisiones de 1505 y 1506. Los comuneros cargaron sobre Croy una gran parte de la responsabilidad de aquella ruptura. Nos lo explica un «enxemplo» que tuvo gran difusión. Un campesino tuvo la suerte de encontrar, en el suelo, una moneda de oro y, poniéndola en su mano, le dirigió las siguientes palabras: «Guárdeos Dios, doblón de a do, ea msieur de Sevres non topó con vos». Un dato que conviene no olvidar porque nos lleva a comprender la importancia que reviste el hecho de que Carlos consiguiera enmendar la plana ganándose el afecto de los españoles. Sobre esto volveremos.

También debemos poner atención sobre otro punto. Entre los asistentes a las Cortes en que Fernando el Católico confirmaba su voluntad de reconocer en Carlos su heredero universal sin limitaciones, se hallaba Mercurino de Gattinara, que llegaría a desempeñar, más tarde, un gran papel. En estos años se formó la conciencia que más adelante pondría por escrito. Aquella monarquía española unificada debía servir como pieza esencial en ese programa que haría de Carlos de Gante un restaurador de la *Universitas*

christiana. Su programa debía ser defendido, porque era un bien para todos y de un modo especial para la Iglesia. Todos estos maestros y colaboradores coincidían también en un principio: a los dominios que formaban los Países Bajos correspondía ejercer una especie de dirección en todo este plan.

La muerte de Fernando

El 5 de enero de 1515 el equipo de Croy consiguió dar el primer paso: mediante una fuerte indemnización económica se obtuvo la firma de Maximiliano, que adelantaba la mayoría de edad de Carlos, suprimiendo su tutoría y también la regencia de Margarita que sin embargo iba a permanecer íntimamente ligada a su sobrino. Los Estados Generales, reunidos en Bruselas, le proclamaron señor de todos aquellos dominios que pertenecieran un día a Carlos el Temerario. Vestido con las galas de conde, el futuro emperador ocupó la presidencia y leyó el discurso que le preparara Chièvres. Prácticamente era este quien se convertía en valido manejando con destreza las funciones de gobierno.

La noticias que llegaban de España le habían decidido a retornar a la política que los consejeros de Felipe ya practicaran. Declinaba la salud del rey Fernando, y los enfrentamientos entre la baja y alta nobleza, que a su vez volvía a dividirse en partidos rivales, auguraban que el futuro rey iba a encontrarse con problemas difíciles. Joven y extranjero no hablaba la lengua de sus futuros súbditos a los que en sus documentos se dirigía en latín. Pronto los correos trajeron la noticia: Fernando había muerto el 23 de enero de 1516 en Madrigalejo, cuando se dirigía a Sevilla. En sus dos testamentos (26 de abril de 1515 y 22 de enero de 1516) reconocía a Carlos como indudable sucesor; al mismo tiempo le recomendaba no modificar las estructuras de aquella Unión de Reinos que él y su

esposa consiguieran crear. La herencia se refería a la Corona de Aragón porque en Castilla Juana seguía ostentando el título de reina.

En estos momentos Chièvres, que juzgaba indispensable la amistad con Francia para poder afirmarse en los complejos reinos españoles, tenía ultimado el borrador de los acuerdos que se firmarían en Noyon el mismo año 1516. Carlos, como ya hiciera su padre, se declaraba vasallo de Francia por los señoríos de Flandes y Artois. Como Luis XII no tenía esperanzas de nueva descendencia, se modificaban los nombres en el compromiso matrimonial: en lugar de Claudia, destinada a casarse con el heredero Francisco, se presentaba como novia otra princesa, Luisa. La renuncia de Luis a sus posibles derechos sobre Nápoles y Navarra sería compensada con cuantiosas rentas anuales de 150.000 ducados. De este modo podía decirse que se cumplían las recomendaciones de Fernando.

Cuando a Juana, en Tordesillas, le fue comunicada la noticia de la muerte de su padre experimentó una especie de arrebato, como los que en circunstancias emocionales la afectaban. Y preguntó quién se había hecho cargo de las tareas de gobierno; cuando le dieron el nombre de Cisneros, se calmó. El cardenal parecía entonces la garantía de estabilidad. Había superado ya la edad de ochenta años, lo que resultaba excepcional en aquellos tiempos, pero sin embargo parecía la persona aceptable por todos los sectores. Y él mismo se había fijado como principal cometido preparar las cosas para que Carlos pudiera ser rey.

Capítulo III

CARLOS I, REY DE TODA ESPAÑA

Preparación del viaje

Cisneros envió mensajeros a Bruselas, sin perder tiempo. También llegaron allí cartas de varias importantes ciudades que suplicaban a Carlos que acelerase su presencia, pues los reinos, y también la reina Juana, le necesitaban. El cardenal veía clara la conveniencia de que las Cortes se reuniesen pronto, reconociendo y jurando la legitimidad de Juana y de su hijo y fortaleciendo de este modo la unidad. Era el modo de llevar a cabo la fórmula contractual del juramento recíproco, esencial para el futuro. Guillermo de Croy estaba de acuerdo en este razonamiento, aunque él aspiraba a sustituir a Cisneros. Carlos firmó una carta en que agradecía al cardenal los servicios prestados, lo que era un modo de anunciar la despedida. De hecho el señor de Chièvres pretendía ser también en España consejero de confianza del rey, una especie de valido.

De hecho, el viaje se retrasó algo más de un año y Cisneros siguió desempeñando sus funciones; a los preparativos, lentos y costosos se sumaba también el deseo de hacer que se firmara el tratado de Noyon con el nuevo rey de Francia, Francisco I. Este había comenzado su reinado con una brillante victoria militar en

Marignano, que garantizaba el dominio sobre el ducado de Milán, base para la sumisión de toda la antigua Lombardía. La suscripción del acuerdo tendría lugar en agosto de 1516; ya figuraban en él nombres nuevos, condenados a enfrentarse, porque tanto Carlos como Francisco aspiraban a ejercer una hegemonía sobre toda la cristiandad.

El 14 de marzo se celebraron en la catedral de Santa Gudula en Bruselas solemnes funerales a los que siguió la ceremonia de coronación de Carlos como se hacía en los otros reinos europeos. Pero en el caso español esto significaba quebranto de las costumbres; aquí los reyes no son perdonados sino proclamados mediante juramento recíproco. Incluso en Navarra la costumbre era mas gráfica, ya que se alzaba al nuevo monarca sobre el pavés. En Castilla la proclamación de Santa Gúdula no podía ser tenida en cuenta. Juana seguía siendo la reina y a ella correspondía delegar los poderes si fuese necesario.

Las ciudades castellanas con voto en Cortes no ocultaban su preocupación: aquel gobierno pilotado por Guillermo de Croy y en el que se había instalado don Juan Manuel, señor de Belmonte, parecía un retorno a aquella situación que buscaba el predominio de la alta nobleza. Aunque se diferenciasen en sus estructuras, las Cortes de todos los reinos estaban dominadas por la media y baja nobleza instalada en las ciudades y de ellas dependían funciones decisivas, como dar legalidad a las disposiciones emanadas de la Corona y otorgar las ayudas extraordinarias imprescindibles en la gran política. Guillermo de Croy sabía muy bien que para llevar adelante el proyecto imperial era imprescindible disponer de más dinero. Aquí veía la principal de sus obligaciones.

Carlos llega a Tazones

Pilotos vascos conocedores de los caminos que cruzaban el mar se hallaban en los barcos que desde España se enviaron para incorporarse a la flota que se estaba reuniendo en Fleisinga para el viaje real. Se intentaba seguir la ruta que llevaba a Laredo; aquí tenía proyectado Cisneros encontrarse con el rey. En junio de 1517 Carlos reunió en Gante los Estados Generales para su primer viaje. Durante su ausencia, Margarita de Austria volvería a asumir las funciones de gobierno que de hecho venía ya ejerciendo e iba a mantener hasta el final. Era un buen tiempo para el viaje, pero los asuntos que debían dejarse resueltos obligaron a retrasar la partida hasta el 8 de septiembre cuando el mar había cambiado: soplaban vientos del norte y los pilotos recomendaron partir; en una semana se podría alcanzar Laredo. Hacia este puerto enderezaron sus pasos Cisneros y los altos magistrados de la Corte; entre ellos figuraba el arzobispo Alfonso de Zaragoza, que era hijo bastardo de Fernando el Católico.

El plazo se cumplió, pero las borrascas obligaron a cambiar la ruta, de modo que, cuando el 17 de septiembre se avistaron las costas, estas no eran las de Laredo sino asturianas de Oviedo. Echaron anclas en la estrecha vía de Villaviciosa, junto a un pequeño puerto casi desconocido, Tazones. Los vecinos de aquella comarca, al contemplar las velas, acudieron al desembarco; algunos de ellos habían tomado armas porque sospechaban que pudiera tratarse de piratas. Pronto las cosas se aclararon y Carlos, con su hermana Leonor, pudo viajar a tierra. Aquellas gentes que ahora saludaban al rey hablaban una lengua que este no entendía. Le sorprendió ver que estaban pobremente vestidos aunque calaban un sombrero. Y entonces preguntó: «¿Por qué no se descubren?». Y le contestaron sus servidores: «Porque son hidalgos». En Asturias, como en Vizcaya, todos los naturales eran considerados hidalgos. Y Carlos, sorprendido, hizo notar que iban descalzos, es decir, mal asentados

sobre almadreñas o simples alpargatas. Y le aclararon: «Porque son pobres».

Primera experiencia: la nobleza inferior simple hidalguía nada tenía que ver con los medios de fortuna. Es lo que Cervantes y otros muchos autores, como él, nos transmitirán. El príncipe pasó sus primeros días de descanso precisamente en Villaviciosa.

El encuentro de Tordesillas

Chièvres estaba seguro de una cosa: había que comenzar por Tordesillas logrando de Juana la firma del documento que transmitiera la legitimidad. Pared por medio de las monjas clarisas se hallaba la residencia de la reina a quien acompañaba la última de sus hijas, Catalina, que ahora cumplía diez años y había visto transcurrir su infancia en la triste soledad. En una de las capillas seguían estando los restos mortales de Felipe, de quien Juana no se separaba. Fuerte contraste entre el vestuario de las dos mujeres y el que ahora sus familiares traían de Flandes. Guillermo de Croy se adelantó unos días a fin de preparar cuidadosamente un encuentro del que esperaba que saliese el documento que transmitía a Carlos el ejercicio del poder. No necesitaba llevar intérpretes, pues la reina hablaba correctamente el francés. Y Juana no puso el menor inconveniente: claro que su hijo, tanto tiempo añorado, iba ahora a reinar con ella. No era una simple delegación de poderes, sino mucho más. El valido entendió que ahora todas las cosas se hallaban en sus manos.

Fue el propio Chièvres quien se encargó de que se abrieran las puertas para que Leonor y Carlos pudieran besar las manos de la reina. Ella se sorprendió al ver a dos personas en plena madurez, y preguntó espontánea: «¿Son estos mis hijos?». Permanecieron juntos unos cuantos días. Carlos se encargó de organizar un

solemne funeral de su padre que era réplica exacta del que tuviera lugar en Santa Gúdula. Era indudable la enfermedad mental de Juana, pero se limitaba únicamente a ciertos aspectos de su persona. En el trato con los hijos volvía a florecer el afecto y también la racionalidad. Algunas personas que la visitaron quedaban sorprendidas por la claridad con que expresaba su pensamiento, sobre todo en cuestiones políticas. Pero ahora ya no quería reinar. Prefería que la dejasen en aquel aislamiento cómodo y silencioso, en compañía desde luego de Catalina, a la que Carlos y Leonor pretendían llevar consigo. Recordemos que, con el tiempo, esta niña llegaría a ser reina de Portugal. También desempeñó un importante papel en el reinado de su hermano.

Las vistas de Tordesillas confirmaron plenamente lo que Chièvres venía preparando. En adelante todos los documentos emanados de la Corte comenzarían con las palabras «doña Juana y don Carlos, rey y reina de Castilla». Era precisamente la fórmula que para sí escogieran Fernando e Isabel; quedaba pues a salvo el derecho de las mujeres. No era solo esto. Carlos V podrá demostrar que también las esposas o las viudas iban a desempeñar un importante papel, modificando de modo esencial las costumbres seguidas en el siglo XV en relación con el matrimonio. Sus hermanas, y después sus hijas, no se limitarían a ser madres dentro del linaje. Tendremos oportunidad de comprobarlo de una manera especial en el caso de la emperatriz Isabel.

Para Guillermo de Croy fue una buena noticia el fallecimiento de Cisneros en Roa, el 8 de noviembre de este mismo año, antes de que pudiera entrevistarse con el nuevo rey y hacerle partícipe de aquellos proyectos que se identificaban estrechamente con los de Fernando. Preocupaban al valido, cuyo primer objetivo estaba en obtener los fondos necesarios que permitieran a Carlos convertirse en emperador, y para ello necesitaba contar con personas influyentes que compartieran estos designios. En cierto modo

procuraba conformar un partido flamenco que le apoyase. Por otro lado atisbaba cierto peligro en la persona del hermano del rey; nacido y educado en España contaba ahora catorce años y no podía olvidar que había habido momentos en que el propio rey y algunos de sus influyentes consejeros, pensaran en repartir la herencia, dando a este chico, que significativamente recibiera el nombre de Fernando, la herencia española. Aunque las relaciones entre los dos hermanos fueran cordiales y no tenemos noticia de que se hubiera manifestado un programa conducente a la división de la herencia, al señor de Chièvres le parecía que lo más conveniente sería enviar al infante a Flandes y otorgarle el gobierno de alguno de los principados patrimoniales. Es mejor prevenir que lamentar.

Aquí desempeñó también un importante papel Germana de Foix, la reina viuda. La documentación conservada nos permite afirmar, sin lugar a dudas, que ella recomendó a Fernando, por quien sentía aprecio, este entendimiento. Las buenas relaciones con Carlos garantizarían su futuro. Y el de ella también. Guiado por Germana, Fernando tuvo un gesto: salió al encuentro de la comitiva y cuando descubrió a su hermano, detuvo con las riendas su caballo, descabalgó y vino, rodilla en tierra, a rendir homenaje al rey como debe hacer el buen vasallo ante el buen señor. Desde este momento se establecieron relaciones cordiales entre la reina viuda y Carlos. Antes de morir, el Rey Católico había encomendado a su nieto que cuidase de que a Germana no le faltaran los medios de vida. Y desde el primer momento el nuevo rey demostró especial afecto hacia aquella mujer de veintinueve años que había sido su abuela política. Ella correspondió también.

Los planes de Croy para el infante Fernando eran distintos. Una vez demostrada la solidez de relaciones familiares lo más conveniente era no incluirlo en la alta nobleza española donde podían utilizar su nombre en las querellas que se avecinaban sino llevarlo a Flandes donde Margarita podría prepararlo adecuadamente

para regir algunos de los grandes principados de la Casa de Habsburgo. Para el historiador es una muestra de la inteligencia política de Chièvres corrigiendo una parte de las injurias que en España se le iban a dirigir. De hecho, las relaciones entre Carlos y Fernando fueron siempre correctas dentro del ámbito familiar. Y al final sería este último quien sucediera a su hermano en el imperio consumándose la división entre los dos sectores, español y austríaco, que desmesuraran el poder de Carlos V.

Las Cortes de Valladolid

Los cronistas destacan el argumento que los comuneros iban a esgrimir: Chièvres y sus colaboradores no habían perdido el tiempo, apoderándose de obispados y señoríos como si se tratara de un botín de guerra. Por ejemplo, para suceder a Cisneros en la sede primada de Toledo se escogió a un muchacho de 17 años que era sobrino y llevaba el mismo nombre de Guillermo de Croy. Y el ahora contador mayor de Castilla fue acumulando rentas, dominios y títulos hasta convertirse en duque, aunque en este caso dentro del reino de Nápoles. Un defecto que daba la razón a quienes protestaban de la ambición y codicia de los colaboradores del nuevo monarca.

Valladolid, asiento de la Audiencia y de la universidad castellana, aspiraba a desempeñar un papel de capital, semejante al que París o Bruselas significaban. Allí se había decidido celebrar las primeras Cortes del reinado que tendrían lugar a comienzos de 1518. Meses atrás el concejo vallisoletano había tomado dos decisiones: escribir una carta al rey afirmando su lealtad y reclamando su inmediata presencia, y celebrar una especie de ayuntamiento en que las ciudades pudieran acordar las demandas que sus procuradores debían presentar en las futuras Cortes. Tres aspectos debemos tener

en cuenta. Las ciudades consideraban al reino como cuerpo social, indestructible en su unidad. Los usos y costumbres aparecían definidos como libertades, un término plural que incluía también los fueros y privilegios. Y finalmente que la monarquía se hallaba reflejada en lo que los catalanes calificaran de «pactisme»; entre rey y reino se intercambiaban juramentos en que ambas partes se comprometían a cumplir y hacer cumplir las leyes vigentes. Es precisamente lo que los trovadores destacaban en sus referencias al Cid y a Santa Gadea de Burgos, «do juran los hijosdalgos».

No muchos kilómetros separan Tordesillas de Valladolid. Se preparó cuidadosamente la entrada del rey en esta ciudad, con la solemnidad que corresponde al comienzo de un reinado. Carlos, a caballo, iría en cabeza. Inmediatamente detrás sus hermanos Leonor y Fernando y a continuación los elegantes caballeros flamencos, Croy, Cleves, Sauvage, Nassau y Lalainge. Los espectadores no podían engañarse: allí estaban los poderosos dueños del reino. Algo había cambiado decisivamente, como si se hubiera vuelto a los tiempos de Felipe el Hermoso. No debe extrañarnos, como a los cronistas, que las muestras de adhesión al nuevo rey fuesen moderadas. El futuro, para muchos de los participantes en la ceremonia, era incierto. Se daba claramente la impresión de que Castilla no pasaba de ser un dominio, entre los muchos que heredara el señor de Borgoña. Chièvres había asumido ya la contaduría mayor y el control de las rentas, con independencia del Consejo Real. Su principal preocupación, en aquellos momentos, era reunir el dinero necesario para ganar a los siete príncipes electores y hacer de Carlos el emperador.

Estamos en el 7 de febrero de 1518. La regia comitiva se dirigió a la iglesia de San Pablo en donde se había preparado la ceremonia de la proclamación y juramento. Adriano de Utrecht llevaba consigo un voluminoso ejemplar de los Evangelios. Carlos tomó asiento en un trono que se instalara delante del altar mayor. Primero se

adelantaron sus hermanos para besarle las manos en señal de sumisión. Luego lo hicieron en fila todos los presentes. El rey se levantó y puso la mano diestra sobre el libro que mantenía abierto el futuro papa. Y entonces prestó el acostumbrado juramento de «obedecer las leyes, fueros, privilegios, cartas y buenos usos y costumbres del rey» que significaban sus libertades.

Dos días más tarde se inauguraron las Cortes. Carlos se retiró encomendando la presidencia de las mismas a Jean Sauvage, que había sucedido a Croy en el cargo de gran chambelán cuando este asumió la Contaduría. Para muchos de los procuradores presentes se trataba de una injuria. De este modo se dio el primer paso hacia las Comunidades. Las deliberaciones comenzaron con un discurso del obispo Mota que se refirió directamente al tema que más preocupaba a la cristiandad. La corona tenía urgentes necesidades de dinero porque era preciso enfrentarse a la amenaza del gran Turco, que había dado pasos decisivos hacia delante. Al apoderarse de Egipto dominaba todo el Mediterráneo oriental y amenazaba con llevar sus armas sobre Italia y el norte de África, que Cisneros había conseguido someter. En el sur de Italia, Malta y Lampedusa se hallaban ahora en la primera línea del frente. Los procuradores aceptaron estas noticias y votaron una ayuda extraordinaria de doscientos millones de maravedís a pagar en tres años.

En todo lo demás los procuradores se mostraron desconfiados. La política de acercamiento a Francia que preconizaba Guillermo de Croy parecía indicar la devolución de Navarra, que formaba parte de la Corona de Castilla según pactos firmados tres años antes, a los Albret. Se formularon quejas muy serias ante el reparto de Señoríos españoles entre los nobles flamencos. Y también acerca del silencio que estaba rodeando a Juana que, a fin de cuentas, era legítima reina. Las Cortes de Valladolid, aunque se cerraron con algunas significativas ventajas, dejaban en el aire una divergencia que alcanzaba también a ciertos sectores de la alta nobleza.

El apoyo de Germana de Foix

Respondiendo a las recomendaciones que Fernando el Católico le hiciera poco antes de su muerte, Carlos había incorporado a su Corte a la reina viuda, Germana de Foix, que, por su parte, estaba decidida a permanecer dentro del linaje desempeñando las funciones que le fuesen asignadas. En Valladolid, mientras se celebraban las Cortes, había tenido lugar una especie de reunión familiar en la que se examinaron matrimonios convenientes para las mujeres. Se decidió sacar a Catalina de Tordesillas, pues era elemento esencial, pero hubo que devolverla porque Juana, con quien Germana se había entrevistado, pedía con empeño que no se la separase de aquella niña, su última hija, toda su vida. Las relaciones con Carlos se hicieron durante algo más de un año muy estrechas; ella le acompañó en el largo viaje por los reinos aragoneses hasta Barcelona, en donde se hizo pública la noticia de que se había concertado su matrimonio con el marqués de Brandemburgo, que se celebraría en 1519, buscando el modo de establecer cimientos para las relaciones con la alta nobleza alemana. Matrimonio muy breve que aseguraría su retorno a la Corte española. Las relaciones entre Germana y Carlos fueron evidentemente muy estrechas; también lo eran con Fernando y con Leonor.

Maximiliano se sentía tan preocupado como Guillermo de Croy, por el destino de su otro nieto Fernando. Convino con Margarita, que había vuelto a ejercer la regencia de Flandes, llevarle a este dominio y buscar los señoríos adecuados a su condición. Fernando aceptó la propuesta y el 23 de mayo de 1518 embarcó en Laredo haciendo el viaje con toda tranquilidad. Se trata de aspectos que hemos de tener en cuenta para comprender ciertos matices del reinado. No faltaban los hijos bastardos. Pero es curioso anotar que los que conocemos,

mujeres, son anteriores al matrimonio con Isabel. Solo años después de la muerte de esta se produciría el advenimiento de aquel niño, Jeromín, que Felipe II convertiría en Juan de Austria. En consecuencia, hemos de admitir que los amores ilícitos no desempeñaron papel alguno dentro de la política.

Estamos en presencia de un hecho que debe tenerse muy en cuenta para comprender algunos aspectos importantes de este reinado. Lo importante era la dinastía real considerada en su conjunto. Las relaciones de Carlos con algunas mujeres, nunca españolas, no produjeron grandes efectos. En la arteria dinástica podían insertarse, también, otras personas. Por ejemplo, el arzobispo de Zaragoza, Alfonso, hijo del Rey Católico, fue tratado como miembro pleno de la familia. Para las mujeres el matrimonio entraba dentro del programa político sin que influyeran otras condiciones; ni siquiera se tenía en cuenta la diferencia de edad. Las Cortes de Valladolid habían insistido en otro punto: Juana era la reina legítima y seguiría siéndolo.

La Corona de Aragón

Carlos no abrigaba la menor duda acerca de ser reconocido en los otros reinos como único y verdadero rey, ya que así lo había dispuesto Fernando en sus dos testamentos. De acuerdo con las leyes en ellos vigentes, él y no su madre, Juana, contaba con la plena legitimidad. Pero sus consejeros sabían también que a la hora de obtener dinero iban a encontrarse con mayores dificultades. De momento, y en caso de muerte prematura, solo su hermano Fernando podía reclamar la herencia; iba a ser mencionado pero no se hallaría presente. Se cursaron las convocatorias, en Zaragoza, para el 20 de mayo de 1518 y en Barcelona para el 2 de octubre del mismo año. Aquí las alusiones al peligro turco resultaban mucho mas

eficaces porque todo el comercio mediterráneo e incluso las ciudades de la costa corrían peligro.

De Bruselas y de Viena llegaban noticias importantes: la salud de Maximiliano se hallaba muy quebrantada —fallecería en enero de 1519—, lo que significaba que la elección imperial no tardaría en producirse. También se sabía que los reyes de Francia e Inglaterra tanteaban a los príncipes electores acerca de las posibilidades de que ellos presentaran también su candidatura. Guillermo de Croy sabía que los votos de dichos electores tenían que ser generosamente compensados, y que había abundante dinero francés moviéndose en este camino. Había en consecuencia que lograr de los reinos de la Corona de Aragón que aportasen ayudas extraordinarias. Aunque se las justificase con el peligro turco, se trataba en realidad de ganar para Carlos la sucesión de Maximiliano.

Carlos hizo su entrada en Zaragoza el 9 de mayo. A su derecha cabalgaba Germana de Foix y a su izquierda su hermana Leonor, para quien en estos momentos se estaba negociando el matrimonio con Manuel de Portugal, garantizándose de este modo que una infanta española compartiese el trono del país vecino. En el discurso inaugural leído por el rey en el día fijado, el 20 de mayo, se hacía una especie de repaso de la situación general. Nunca la cristiandad europea había estado en mejores condiciones. Firmados acuerdos entre España y Francia, estrechadas las relaciones con Portugal e Inglaterra, una gran dinastía, los Habsburgo y Trastámara, había conseguido finalmente la paz mediante la vinculación de los linajes. ¿Mentían los autores del discurso o se engañaban a sí mismos con aquellas ilusiones de unidad? En todo caso se trataba de convencer a los allí reunidos que se disponía de los elementos necesarios para vencer la amenaza turca. Bien que, para ello, hacía falta dinero. Y el discurso introducía en este punto un elogio a la generosa Castilla que había proporcionado ayudas extraordinarias mayores que las que se otorgaran en cualquier tiempo anterior. A la Corona de

Aragón afectaba esto más que a nadie puesto que los otomanos, al apoderarse de Egipto, habían desmontado el gran apoyo que Fernando el Católico consiguiera.

Por encima de la propaganda existía una realidad a la que Carlos tendría que retornar en años posteriores. Pero los procuradores aragoneses, que nunca se mostraron demasiado comprometidos con el comercio mediterráneo, iniciaron una discusión que pretendía rebajar los subsidios y garantizar sólidamente los fueros del reino. La presencia de los consejeros flamencos —el canciller Sauvage había fallecido y le sustituía Mercurino de Gattinara— destapaba los verdaderos objetivos: aquel dinero que con tanto ahínco se solicitaba iba a emplearse en la tarea de conducir a Carlos al trono del emperador. Las sesiones se alargaron y fue preciso avisar a Barcelona que las Cortes catalanas tenían que retrasarse. Es preciso tener en cuenta que en las Cortes de Aragón los cuatro estamentos tenían voz propia, lo que hacía las deliberaciones interminables. De modo que se perdió en Zaragoza todo el año 1518. Al final, las Cortes concedieron 200.000 ducados; una ayuda cuantiosa pero muy inferior a los 800.000 que proporcionaron los Estados Generales en los Países Bajos. El señor de Chièvres podía considerarse satisfecho. Había dinero suficiente para poner en marcha la flota capaz de garantizar la seguridad del Mediterráneo. Aunque, desde luego, no pensaba invertirlo en ella.

Carlos llegó a Barcelona el 15 de febrero de 1519 cuando ya era conocido el fallecimiento de Maximiliano. Fue recibido con fuertes muestras de adhesión que sorprendieron a sus acompañantes. Aquí el rey tomó una decisión: modificar el lema de su abuelo Tanto Monta (da lo mismo) por el que aparecería durante largo tiempo en el escudo español: Plus Ultra. Este era el verdadero propósito, ir más lejos. Ahí estaba el verdadero propósito que en gran medida sería alcanzado.

Fue en Barcelona en donde se pasó al nuevo tema. Carlos era candidato idóneo para la corona imperial y, en consecuencia, debían dejarse a un lado los otros proyectos políticos, sin renunciar a ellos, para volcarse con todos los recursos sobre este otro. Es significativo que en este mismo año Cortés estuviera levantando para él un nuevo reino en tierras mexicanas al que significativamente llamará Nueva España. No era difícil para algunos eclesiásticos descubrir el designio de Dios en este doble acontecimiento a consecuencia del cual Europa iba a cambiar hacia un crecimiento que implicaba también conflictos interiores para otros cuatro siglos. Francisco I lo entendió muy bien: propuso a los electores su propia candidatura, pues si el César (es el origen de la palabra káiser) debe ser cabeza temporal de la cristiandad, no tiene por que ser alemán. De Londres llegaban noticias de que también Enrique VIII, impulsado por sus consejeros, ponía sobre la mesa su nombre, aunque no insistiría en ello.

El tema no fue directamente tratado en las Cortes de Barcelona que se abrieron el 16 de febrero. También aquí el tema del discurso inaugural se refería fundamentalmente al peligro turco. Pero se hizo notar que con sus dominios de Flandes, Borgoña, España, y ahora el patrimonio de la Casa de Habsburgo, Carlos, en buenas relaciones con los otros monarcas europeos, habiendo alcanzado ya la edad debida, era la persona más indicada para asumir el caudillaje de la nueva Cruzada. Hemos de tener en cuenta un dato significativo. Sería el último emperador coronado por el papa. Pío VII se hallaría presente en Notre Dame cuando Bonaparte asumió este título pero no intervino en la ceremonia; fue el corso quien se coronó a sí mismo y a Josefina.

Cómo vemos a Carlos

El cambio de política era evidente; durante algo más de un año la amenaza turca había ocupado el primer puesto. Ahora las sumas de dinero acumuladas iban a emplearse, como Chièvres desde el primer momento proyectaba, en esta otra misión, la de hacer de Carlos, en quien curiosamente se repetían el nominativo y el adjetivo, emperador de Europa. Lógicamente los numerosos y muy eficaces historiadores en los que nos apoyamos para elaborar esta especie de ensayo, se hacen a sí mismos la pregunta de cómo era realmente esta persona que durante casi medio siglo iba a desempeñar un papel de protagonista en el gran teatro del mundo. Los cronistas, algunos de los cuales tuvieron la oportunidad de tratarle personalmente, y los pintores y escultores que fueron contratados precisamente para darnos una imagen conforme a lo que desde la propia propaganda política se nos pretendía enseñar, también nos ayudan a dar una respuesta provechosa.

Ocultando siempre las tremendas deficiencias de su mal estado de salud, que le obligaba a recurrir a la calesa para sus viajes, se nos presenta siempre como perfecta encarnación del espíritu de la caballería. El collar que le colocaba al frente de la Orden del Toisón de Oro, creada por Felipe el Atrevido, simbolizaba en él esa nueva definición de la nobleza que consiste en la forma de conducta y no en el nivel social. Por eso Fernando el Católico, Francisco I y Enrique de Inglaterra la colocaban por encima de sus vestidos. De ahí una consecuencia ética: el ejercicio de la realeza no es simplemente una forma de poder sino el cuidado de una sociedad a la que debe servir de ejemplo. Entre estas virtudes puramente humanas, que incluyen el valor, la fidelidad a la palabra dada, la defensa de la fe y, en ocasiones también la misericordia, no se incluía la pureza absoluta en el comportamiento sexual, ya que el amor no entraba necesariamente en el matrimonio. Carlos cedió, antes y después de su unión con la emperatriz, a los apetitos de la carne. Sus médicos

no se lo recomendaban, como tampoco una moderación en los alimentos.

Tras todo esto hallamos una evidente propaganda política. Tiziano, presentado por el duque de Mantua, fue contratado por el emperador y le prestó magnífica colaboración. Basta acudir a los museos para darse cuenta. Como Miguel Ángel hiciera del David de Florencia una especie de complemento para la memoria de Lorenzo el Magnífico, nosotros estamos ahora en condiciones de trasladarnos al Museo del Prado para contemplar al fuerte emperador a caballo en la batalla de Mühlberg. Nadie podría suponer que poco tiempo antes aquel caballero pasara semanas en la cama enfermo de gota. Era el símbolo de aquel afortunado emperador que creía haber obtenido la victoria resolutiva sobre los luteranos devolviendo a Alemania su unidad. Intentamos, de forma subjetiva, penetrar en el pensamiento que se oculta bajo la brillante figura: Desde su infancia, de sus educadores erasmianos, comprobando luego la confianza recibida en España, él tenía la misión, encomendada por Dios, de defender la fe. Cuando esta conciencia terminó en un evidente fracaso, en Innsbruck, Carlos no vio mejor salida que refugiarse en uno de los más importantes monasterios jerónimos, Yuste, para pedir a Dios perdón por sus errores y alcanzar el fin esencial de una buena muerte.

Esto nos obliga a tener en cuenta otros factores que, en el retorno a Flandes, desempeñaran su papel: Carlos había sido educado en Flandes dentro de esa dualidad a la que nos hemos referido. Tuvo amantes y en consecuencia hijos ilegítimos, nunca varones. Las amantes del monarca son parte de la nobleza de esos territorios que formaban los dominios borgoñones, pero no damas españolas. Y cuando se casa con la bellísima Isabel, venida de Portugal, todas esas relaciones se suspenden. Para el historiador resulta sumamente significativo este paréntesis que tiene una consecuencia. Tras la muerte de la emperatriz, Carlos expresamente

rechazó la idea de contraer nuevo matrimonio, lo que significa una novedad. La madre de don Juan de Austria (Jeromín es su primer nombre), Bárbara Blomberg, de humilde origen, demuestra que se trataba, en su caso, de satisfacer simples deseos carnales.

Camino de Santiago

Nos enfrentamos, pues, ante una serie de contradicciones muy propias de la época. Cierta tolerancia en relación con el sexto mandamiento a la que se acogían también numerosos obispos y miembros del clero. La religiosidad profunda y el espíritu de justicia que conduce a la santidad no se juzgaban demasiado afectados por aquellos pecados de la carne, que parecían depender de la naturaleza humana. Cuando Carlos, en Barcelona, cambió el rumbo de su política, decidió convocar nuevas Cortes castellanas en Santiago de Compostela. Sus consejeros, que habían escogido esta ciudad por su profunda significación y también por la proximidad a La Coruña, de donde habría de salir la flota para el retorno a Flandes, no tuvieron en cuenta la anormalidad en que incurrían. Galicia no celebraba Cortes; como Asturias, Vizcaya o Guipúzcoa disponía de su propia Junta. Sin embargo había una razón que no puede descuidarse. Santiago, tumba del Apóstol era también, con Roma, la única sede de fundación apostólica y allí estaba también la clave de la religiosidad europea.

Es posible que se hubieran recibido ya las primeras noticias de la bomba de Wittenberg que iba a poner en peligro la esencia misma de la cristiandad. El apoyo del Apóstol podía ser muy necesario en las horas duras que se avecinaban. Carlos emprendía viaje para ser proclamado Rey de Romanos y necesitaba de todos los apoyos espirituales necesarios para hacer frente a la nueva guerra religiosa que se avecinaba. Margarita de Austria, duquesa de Saboya, ya

había establecido firmes contactos con los siete príncipes electores, tres eclesiásticos y cuatro laicos. El nuevo matrimonio de Germana de Foix, que conservaba todas sus rentas españolas, la incorporaba a la dinastía de los Brandenburgo, uno de cuyos miembros era precisamente el elector arzobispo de Maguncia que no iba a negar su voto.

El principal obstáculo con que Margarita tropezó no venía de las pretensiones de Francisco I sino de los recelos de los príncipes alemanes respecto a la designación de un emperador que ya era duque de Borgoña y rey de España, Nápoles y las Indias. Por un momento la duquesa sugirió si no sería preferible presentar la candidatura de Fernando, pero Carlos se opuso categóricamente. Escribió a los electores en términos muy contundentes señalando que a él correspondía recoger la herencia de Maximiliano. En estos momentos Sajonia ya había esbozado una defensa de las tesis de Lutero, aunque los miembros de esta dinastía se hallaban enfrentados. Y Erasmo se estaba mostrando favorable a las demandas de reforma del maestro agustino de Wittenberg.

Finalmente, el 28 de junio de 1519, reunidos en la iglesia de San Bartolomé de Frankfurt, por unanimidad y ejerciendo la presidencia el arzobispo de Maguncia, los siete electores designaron a Carlos como Rey de Romanos y futuro emperador. El papa León X, que se había mostrado favorable a Federico de Sajonia porque quería evitar la elección, no tuvo más remedio que aceptarla. Lutero salió perjudicado, pues el pontífice, que había demorado el proceso para no comprometerse, decidió ponerlo en marcha ahora con más energía. Es un tema del que habremos de ocuparnos más adelante. Las recompensas dadas a los electores por su aquiescencia alcanzaban casi 900.000 florines de oro que, por cuenta de Carlos, adelantaron financieros italianos y alemanes con los que se veía comprometido el nuevo emperador. A esta deuda cuantiosa habría que añadir los intereses y también los gastos que acarreara el viaje

para la coronación. El imperio dependía del patrimonio variado de Carlos, ya que el título era prácticamente un honor y poco más.

Esta angustia permite comprender las razones de que se convocaran las Cortes en Santiago, es decir, a una distancia muy corta de la flota que debía conducir al emperador. Ya no era posible mantener más tiempo el engaño de que se trataba de ir contra el Turco. Las Cortes previstas en Valencia y la visita a Baleares y los reinos italianos quedaron en suspenso. Guillermo de Croy impidió que Carlos recibiera a los procuradores de Toledo, que traían consigo una carta de protesta por aquel nombramiento de un muchacho de diecisiete años, sin las menores dotes eclesiásticas y flamenco por añadidura para ocupar la sede primada de Toledo. Tras Mendoza y Cisneros aquello era una injuria que se hacía a la ciudad imperial. El concejo toledano, que contaba con el apoyo de la Curia arzobispal, escribió entonces una carta a todas las ciudades y villas con voto en Cortes protestando del abuso que se estaba cometiendo. Primera voz de alarma acerca del gobierno extranjero.

Carlos era consciente de que la situación se agravaba, pero ya no estaba dispuesto a ceder en la prioridad: ante todo y sobre todo era ya el emperador de la cristiandad y sus súbditos y vasallos estaban obligados a apoyarle. Camino de Santiago hizo un alto en Valladolid tratando de ganarse la buena voluntad de esta ciudad, pero consiguió exactamente lo contrario; alborotos en las calles y luchas cuando los vecinos quisieron cerrar las puertas de la villa situadas en lo que ahora llamamos Campo Grande. Hizo una visita a su madre en Tordesillas confirmándole el reconocimiento pleno de su legitimidad con muestras especiales de afecto. Del cuidado de la reina iba a ocuparse el marqués de Denia. No hubo más detenciones; por Villalpando y Benavente se dejó atrás el reino de León para alcanzar Santiago; prácticamente tres meses de viaje sin que se recogiera otra experiencia que el descontento por los extranjeros que dominaban la voluntad del emperador.

Tensión en las Cortes

En un punto había coincidencia de opiniones: Castilla se hallaba fuertemente soliviantada; no era aquel el monarca que con ansia fuera reclamado. Las Cortes se habían convocado en un lugar que no se conformaba con los usos y costumbres, como si se temiera reunirlas en aquellas grandes villas y ciudades que formaban cabeza. Cuando el 31 de marzo de 1520 se iniciaron las sesiones se tomó nota de la ausencia de los procuradores de Salamanca, cuyas credenciales habían sido ilegalizadas por los consejeros del rey, y de los de Toledo, ciudad que había querido hacer con ello un gesto de protesta por el trato abusivo que Chièvres diera a sus enviados en Barcelona. Motivos más que suficientes para el rechazo de los acuerdos. Para el valido y sus colaboradores se trataba de obtener dinero; sin él la gran operación de hacer de Carlos señor de toda la cristiandad podía fracasar.

En las breves palabras iniciales, Carlos empleó un argumento que no podemos calificar de falso: no le complacía abandonar Castilla en aquellos momentos cuando tantos problemas se hallaban pendientes (prometió que la ausencia no duraría más de tres años), pero no tenía más remedio que hacerlo pues se trataba de asumir lo que de derecho le pertenecía y que era ventaja para todos los católicos, incluyendo en ellos a los españoles. Un argumento que muchos, incluyendo al papa León X, que era un hijo de Lorenzo el Magnífico, no compartían, pues con la decisión de los electores la Casa de Habsburgo se hacía dueña de toda Europa amenazando la independencia que aún sobrevivía en ciertos principados italianos.

Los consejeros flamencos habían revisado cuidadosamente el texto del discurso que La Mota, obispo de Badajoz, iba a leer en la primera sesión. Resulta indispensable para la comprensión del tema

que estamos abordando. Pero también deben tenerse en cuenta otros dos datos. En 1517 Lutero había lanzado la bomba revolucionaria en Wittenberg y había celebrado una entrevista con los enviados del papa en que reclamaba el retorno al conciliarismo. León X, al recibir las noticias de la elección de Carlos, abandonó las tendencias al diálogo y pronunció la excomunión del hereje; no podía admitir que el emperador se encargase de resolver el problema, pues temía concesiones y, en consecuencia, errores. Pues el nuevo César también reclamaba la convocatoria de un concilio.

También venían de América noticias que podían cambiar radicalmente las cosas. Al desembarcar en México, Hernán Cortés había comprobado que había mucho más que simples tribus primitivas. Un vasto imperio —pronto se conocería la existencia de los Incas— recordaba los viejos modelos anteriores a Augusto y la unificación del ecumene romano. Pero los soberanos instalados en Tenochtitlán abusaban en el duro trato que infligían a los pueblos a ellos sometidos, y disponían de tesoros de un volumen en metales preciosos incomparable con los de los monarcas europeos. Todos los bienes de oro y plata remitidos a la Península proporcionarían al monarca un diezmo. Una fuente, pues, de nuevos recursos, muy superiores a los que ya estaba consiguiendo.

El Imperio (Santo, Romano y Germánico) como se explicaba desde el principio y ahora La Mota volvía a recordar: «No es simple potestad, como a reyes y príncipes soberanos corresponde, sino *auctoritas*». En otras palabras, un programa de comportamiento y ejercicio del gobierno que se ofrece a los demás reyes respetándolos en su independencia. Pero la misión esencial era guiarlos a todos en la defensa y expansión de la cristiandad. Esta era precisamente la misión que Dios encomendaba a aquel apuesto caballero de veinte años y que seguía utilizando como sus abuelos el calificativo de Católico. Carlos, de nuevo, el Grande.

Cuando el obispo de Badajoz volvió a su asiento, Carlos se puso en pie y pronunció un discurso improvisado en que, sin desmentir lo dicho, marcaba un nuevo rumbo para la monarquía. Aludía en él a las reformas que debían introducirse en la Iglesia, en la forma que su maestro Erasmo estaba recomendando, y sobre todo adquiría dos compromisos. Su ausencia no duraría más de tres años —destaquemos que era precisamente el plazo de las ayudas extraordinarias ya aprobadas— y ningún extranjero desempeñaría funciones que correspondían a los españoles. De hecho, los nuevos regalos a Croy se instalaban en Italia. Los procuradores, desde luego, no se dejaron convencer.

Fueron muy difíciles las deliberaciones en estas Cortes cuya convocatoria estaba rodeada de detalles difíciles de aclarar. A nadie se ocultaba que el verdadero objetivo estaba en obtener subsidios además de la ayuda extraordinaria que se estaba percibiendo, para pagar los gastos de aquella flota y de la masa de magistrados, servidores y soldados que se estaban concentrando en La Coruña. Los colaboradores del rey no tenían respuesta a las acusaciones que se formulaban: era ilegítimo reunir las Cortes en Galicia y además faltaban dos de las ciudades dotadas de voto y por cierto muy significativas, Salamanca y Toledo; ¿cómo se las iba a obligar a cumplir los acuerdos que se tomasen si no se hallaban presentes? Un clímax de descontento que apuntaba a la ilegitimidad y significaba una disconformidad absoluta con los esquemas de gobierno que allí se estaban imponiendo.

Trasladadas a La Coruña, las Cortes acabaron cediendo a las demandas de nuevos subsidios. A muchos de los procuradores presentes se acusaría, cuando retornaron a sus ciudades, de haberse dejado comprar. Además Carlos designó como regente en su ausencia a Adriano de Utrecht. No cabe duda de que se trataba de un personaje de extraordinaria valía. Pero no español. De este modo cuando el 20 de mayo la flota imperial emprendió la marcha,

dejaba atrás una situación altamente comprometida. Se podía utilizar la propaganda de que un rey extranjero en definitiva estaba corrompiendo las estructuras de paz interior que los Reyes Católicos intentaran dejar en herencia. Muchos españoles no podían olvidar que a fin de cuentas, Carlos era el hijo de Felipe el Hermoso.

El luteranismo, difícil problema

Antes de acompañar al nuevo emperador en su viaje debemos prestar atención a las noticias que llegaban de Alemania y de Italia porque afectaban muy directamente al destino de aquella monarquía católica que Fernando e Isabel trataran de dejar a sus herederos y que se apoyaba en una reforma dentro de la más estricta obediencia al papa en cuanto Vicario de Cristo, y se orientaba hacia la conversión de la persona humana. Debemos recordar una vez más la coincidencia con la *devotio moderna* en que Adriano de Utrecht había tratado de educar a Carlos. En la lista de libros que formaban la biblioteca de Isabel figuraban varios ejemplares del Kempis y también de Landulfo el Cartujano. Pero todo este programa tropezaba con dos obstáculos casi insalvables: la ambición política de la Curia Pontificia y el nominalismo voluntarista que había hallado asiento en las aulas de Wittenberg. Carlos iba a encontrarse con problemas en los que no había tenido parte alguna.

Desde el 11 de marzo de 1513 Juan de Médicis había sido elegido papa tomando el nombre de León X. Su padre, Lorenzo, había comprado para él un capelo cardenalicio, contando únicamente trece años, y había alcanzado los treinta y siete cuando el cónclave le eligió, en un intento de modificar los excesos bélicos en que incurriera Julio II. Una curiosa anécdota que se exhibiera en uno de los estandartes que se mostraron en San Juan de Letrán, el día de su consagración, aludía a Alejandro VI como seguidor de

Venus, a Julio II de Marte y ahora con León X el servidor de Minerva, es decir, del arte y de la cultura. Se había mostrado contrario a la elección de Carlos aunque tampoco le gustaba la de Francisco I. Un emperador dotado de gran patrimonio podía someter al papa a su obediencia. Hubiera preferido uno de los príncipes alemanes y así se lo explicó a Federico de Sajonia. La consecuencia de la elección podía ser un retorno de las guerras entre las grandes Monarquías y de ahí vendría un peligro para Italia, amenazada por los turcos y de mañera especial para el papa.

Luis XII de Francia, al enfrentarse con Julio II a causa de sus aspiraciones a incorporar al Milanesado ciudades que formaban parte de los Estados Pontificios, había vuelto a formular la doctrina de que el concilio es superior en autoridad al papa, que tan graves riesgos despertara en Basilea. Es significativo que en torno a 1519 se produjeran ediciones nuevas de los textos de Hoachim de Fiore que preconizaban una reforma mucho más radical hacia una nueva y tercera Iglesia, la del Espíritu Santo, sucesora y sustitutiva de la primera del Padre (Israel), y la segunda del Hijo (católica). Sobre estas doctrinas se apoyaban ahora los políticos que preconizaban hacer de la comunidad reunida en el concilio la autoridad suprema a la que los Romanos Pontífices debían hallarse también sometidos. El monarca francés había podido reunir en Pisa a unos cuantos cardenales y obispos que se mostraron defensores de esta doctrina. Muchos que, en Alemania, comenzaban a reclamar la convocatoria de un concilio, pensaban de la misma manera. No debemos olvidar que es esta una de las razones de desconfianza hacia Carlos V.

Julio II había dado la respuesta a Pisa convocando en 1512 el V Concilio de Letrán, que seguía funcionando en el momento en que él falleció. León X hubo de tomar en sus manos la continuación de las sesiones y lo hizo con redoblado empeño aunque en realidad puede decirse que los padres conciliares eran esencialmente italianos y estaban estrechamente vinculados a la Curia. La clausura del concilio

tuvo lugar en mayo de 1517 y en sus decisiones hemos de reconocer grandes ventajas para el Vicario de Cristo. Se reconocía que la Iglesia estaba sufriendo muchos desórdenes, pero estos no eran consecuencia de la estructura jerárquica sino de la conducta de las personas. En el mismo momento en que Carlos era reconocido y jurado como rey de Castilla, la Iglesia establecía que la reforma debía consistir en una conversión de las personas que formaban el clero, en sus tres dimensiones fundamentales: oración, obediencia y estudio. Tres dimensiones que los reinos españoles admitían de una manera plena.

Fue entonces cuando, en noviembre de 1517, Lutero, monje agustino de humilde origen, que compartía el nominalismo voluntarista con los otros maestros de Wittenberg, envió una carta con 95 tesis afirmando su versión personal de la fe como vehículo de salvación, y fijaba un ejemplar del documento en la puerta del templo de la universidad. Todo el proceso que en 1328 comenzara con Guillermo de Ockham era llevado ahora a puntos extremos. También se incorporaba la herencia del Defensor Pacis de Marsilio de Padua. Lutero preparaba ya su Discurso en defensa de la nobleza de la nación alemana en que explicaba la derrota del conciliarismo como una traición que cometieran las otras cuatro naciones de la cristiandad. Conviene recordar aquí que tanto en Constanza como en Basilea la nación española había desempeñado un papel decisivo en la defensa de la autoridad del papa, verdadero Vicario de Cristo y cabeza también del Cuerpo Místico que constituía la Iglesia.

Carlos ignoraba todavía la gravedad de los problemas con que tendría que enfrentarse. Para Lutero la fe individual, enriquecida por el acceso directo y personal a la Escritura, era el vehículo de salvación. Fe sin obras, ya que la naturaleza humana, sustancialmente dañada por el pecado original, no estaba en condiciones de obtener méritos hacia la trascendencia. Era exactamente lo contrario a lo que defendían los jerónimos y los

demás reformadores españoles. Cuatro años más tarde, en marzo de 1522, san Ignacio de Loyola, subiendo las cumbres de Montserrat, se encontraría con el libro capital del benedictino García Jimenes de Cisneros, que sostenía exactamente lo contrario: *Exercitatios spirituales*. Carlos I y V llegaría a encontrarse en mitad del eje sustancial para el futuro de Europa: fe sin obras o ejercicios desde la propia. Tenemos que esperar a Worms para conocer precisamente la decisión. Pero no podemos olvidar que este enfrentamiento acerca de la verdadera naturaleza de la persona humana acarrearía consecuencias muy serias.

Lutero pudo escoger como uno de sus más eficaces puntos de ataque la predicación de las indulgencias. León X, que estaba impulsando con Miguel Ángel la culminación de la basílica de San Pedro, equivalente del Templo de Jerusalén dentro de la cristiandad, movido por el obispo de Maguncia que, como ya dijimos, iba a entrar en parentesco con Germana de Foix, había encomendado al dominico Tetzel la tarea de hacer efectiva esa doctrina: el reato de pena que deja la culpa después de perdonada puede ser borrado mediante esa forma especial de penitencia que significaba aportar limosna para la gran basílica. No era una novedad —se habían predicado indulgencias en las cruzadas o en la guerra de Granada—, pero sí un cambio en el objetivo: el gran monumento minervino no era un equivalente a la defensa frente al islam.

León X había encomendado al cardenal Cayetano un encuentro con Lutero que se celebró en la Dieta de Augsburgo de 1518 viviendo aún Maximiliano. El agustino se mostró firme: él tenía razón y el papa no. Solicitaba la convocatoria de un concilio pero bien entendido que en él se daría por sentada la superioridad del mismo sobre el pontificado. En estos momentos eran muchos los que, como Erasmo, veían con simpatía estos intentos. Entre junio y julio de 1519, mientras los electores decidían el nombre del futuro emperador, Federico de Sajonia protagonizaba un nuevo encuentro

entre luteranos y católicos en Leipzig. El debate no llevó a ningún acuerdo sino a un duro enfrentamiento. Lutero afirmaba que él, como los sabios expertos en teología, tenía la razón, mientras que los obispos y el papa, simples mandatarios, se equivocaban. Llegaba además a un extremo doctrinal que significaba una ruptura: no podía hablarse de perdón para el pecado original pues había dañado sustancial y no formalmente la naturaleza humana; en consecuencia esta no se hallaba dotada de *libero arbitro* ni de capacidad racional para el conocimiento especulativo. Por otra parte hacía depender de los poderes políticos (*cuius regio*) la defensa y custodia de la fe (*eius religio*). Se trata de afirmaciones que desempeñaron un importante papel en la construcción de la modernidad.

Así pues, Carlos V llegaba al trono imperial en medio de estos problemas que, al hallarse en su primera etapa, suscitaban muchas dudas. El nuevo emperador compartía con Erasmo la convicción de que asuntos de esta especie solo podían resolverse mediante debates o acudiendo a la autoridad superior representada por el concilio. En aquellos primeros encuentros también Lutero había apelado al concilio; pero su demanda era radicalmente divergente de la que defendían los maestros españoles de Salamanca y Alcalá. Para el famoso hereje, el papa debía someterse a la autoridad del concilio y no a la inversa. Una doctrina que Roma había condenado expresamente.

En febrero de 1520, la Universidad de Lovaina hizo público un escrito que denunciaba y condenaba las tesis mantenidas por Lutero. Significativamente estaba firmado por Adriano de Utrecht, que había escrito también los párrafos que servían de introducción. León X, a quien preocupaba mucho la posible intervención del equipo de colaboradores de Carlos, entre los que figuraba Federico de Sajonia, declarado defensor del luteranismo, envió, en junio del mencionado año, una bula *(Exurge Domine)* en que claramente amenazaba a

Lutero con la excomunión. El agustino tomó el documento, lo rasgó y lo echó al fuego.

Así estaban las cosas cuando Carlos viajaba hacia Alemania.

Capítulo IV

CARLOS V, REY DE ROMANOS

Un alto en Inglaterra

La flota que conducía al monarca a tomar posesión de su nuevo destino zarpó de La Coruña el 20 de mayo de 1520. La regencia había sido encomendada a Adriano de Utrecht, hombre de excelentes condiciones pero un extranjero al fin y al cabo en opinión de los españoles. Noticias de asonadas y desórdenes llegaban desde diversos lugares de Castilla y también de Valencia y de Mallorca, y permitían presagiar que la tarea a él encomendada iba a ser extraordinariamente difícil. Tampoco podían considerarse tranquilizadoras las que llegaban de Alemania, con el fracaso de Leipzig, de Roma con la excomunión pronunciada por León X sin previa consulta a nadie, y sobre todo de Francia, donde Francisco I trataba de compensar el rechazo de los electores instalándose en Milán y dominando desde allí todo el norte de Italia.

Guillermo de Croy convenció a Carlos de que había que hacer un alto en Inglaterra, pues Francisco había convenido con Enrique VIII celebrar una entrevista en Calais, que era la única ciudad que retenían los británicos de sus antiguos dominios en el continente. En aquellos momentos las relaciones entre Enrique y Catalina eran

correctas y la posición del monarca en relación con la reforma luterana era tan favorable al papa que este no tardaría en llamarle Defensor de la Fe. Es cierto que el escrito que diera este calificativo al monarca había sido prácticamente redactado por Tomás Moro, que acabaría perdiendo la cabeza como mártir de la Iglesia. Desde la época del Cisma, los monarcas británicos venían ejerciendo un claro dominio sobre la Iglesia; no solo escogían los obispos sino que intervenían directamente en la correspondencia de estos con Roma. El cardenal Wolsey, primado, dependía más de Enrique VIII que de León X.

Enrique y su esposa se hallaban en Coventry cuando les llegó la noticia de que Carlos había desembarcado en Dover. Se apresuró a salir a su encuentro para llevarle consigo a la Corte donde Catalina iba a abrazar por primera vez al amado sobrino. Los tres celebraron conversaciones íntimas; según registró más tarde en sus *Memorias*, Carlos llegaría a llamar padre a Enrique. La alianza entre los Tudor y los Habsburgo podía desempeñar un papel esencial en el futuro de Europa. La cristiandad necesitaba mantenerse en paz sólida para defenderse de los peligros que desde el exterior y el interior la amenazaban. También se habló de las perspectivas que se estaban ofreciendo en el Nuevo Mundo, especialmente por su riqueza en metales. La amistad dinástica debía ser mantenida y reforzada. Hubo una referencia al posible matrimonio de Carlos con su prima María Tudor, demasiado niña; llegaría a ser la esposa de Felipe II primogénito del emperador.

La meta: Bruselas

Las vistas de Calais, en que ambos monarcas se sentaron juntos bajo el Paño de Oro, fueron mucho más frías. No se trataba de otra cosa que de la necesidad de mantener relaciones cordiales entre los

monarcas católicos. De momento, al menos, Francisco no podía contar con el apoyo de Inglaterra para sus proyectos de expansión. Por su parte Enrique y Catalina tuvieron el detalle de viajar desde Calais a Gravelinas para entrevistarse con Margarita de Austria y darle noticia de lo que habían tratado. Es curioso hacer notar que la reina de Inglaterra, hija de Fernando e Isabel, había recibido el nombre de la que podía considerarse raíz de los Trastámara, Catalina de Lancaster. La Rosa Blanca.

Volviendo a los Países Bajos, el nuevo emperador se reunió con su tía Margarita, que seguiría desempeñando en Flandes funciones de gobierno, y con Fernando, que se hallaba bajo custodia de su tía. Los dos hermanos trataban de hacer notoria su cordialidad. A Fernando se le prometió que muy pronto podría titularse príncipe de alguno de los grandes dominios de la Casa de Austria. Y él no solo aceptó sino que confirmó su lealtad. Se trataba, en su opinión, de salvaguardar la unidad y las defensas de la cristiandad. No tardaría mucho tiempo en asumir desde Viena la defensa de los Balcanes en donde los otomanos iban ganando terreno cada día.

Estamos en el verano de 1520. Carlos estableció su residencia por unos meses en Bruselas, ciudad que conocía sobradamente envuelta en los recuerdos, ahora lejanos, de su niñez. Margarita no había perdido ni un centímetro de su poder e influencia; ayudaba mucho a mantener la ejemplar concordia entre hermanos. Dos eran los problemas que afectaban especialmente al Consejo en aquellos momentos. Llegaban de España los avisos de que se estaba produciendo una alianza entre la nobleza media y el patriciado urbano que protestaban de los abusos financieros y también del papel que los extranjeros desempeñaban en el gobierno. Desde Alemania se comunicaba que la excomunión de Lutero no había aplacado el conflicto; al contrario, se estaba tornando especialmente grave. El hereje había encontrado acogida en las tierras de Sajonia. Los príncipes, incluyendo a Federico, instaban a Carlos V a que

acelerase los trámites de su viaje, pues era necesario que el emperador fuese dueño de los resortes del poder.

Cumplimiento de un rito

Se había fijado ya la fecha y el lugar para la ceremonia de entronización: el 29 de septiembre en Aquisgrán. Pero entonces llegaron a Bruselas noticias alarmantes; se habían registrado casos de peste en aquella comarca. Los electores y muchos de los príncipes convocados tenían miedo —la peste era el peor enemigo invisible en aquellas postrimerías de la Edad Media— y recomendaron que se escogiese otra ciudad. Pero Carlos se negó. Podía postergarse la ceremonia hasta que se comprobase que el peligro había cesado, pero en modo alguno cambiar de lugar. Augsburgo debía precisamente el nombre a Carlomagno que la había convertido en una especie de sede imperial y solo allí podía tener lugar la ceremonia. De este modo Carlos estaba revelando su política: el Reich no era otra cosa que la consecuencia de aquella *restauratio et renovatio Imperii* que Carlomagno, los Otónidas y luego los Staufen habían acometido. Probablemente ya entonces abrigaba el propósito que alcanzaría años más tarde, de ser consagrado por el papa como sucediera con aquellos antecesores. Un nuevo Carlos había recibido de Dios, por la vía compleja de uniones dinásticas, nacimientos y defunciones aquella misión que consistía en devolver a Europa condición y categoría de un Sacro Imperio.

Esto era precisamente lo que Erasmo había deslizado en sus páginas del *Enchiridion*, dedicado precisamente a Carlos. La solución del problema religioso que se arrastraba desde la época de Segismundo solo podía venir si se garantizaba una *auctoritas christiana* que debía apoyarse en los valores éticos del cristianismo.

Desde este punto de vista, la excomunión solemne de Lutero que se hizo pública el 3 de enero de 1521 y venía acompañada de expresiones muy despectivas hacia el hereje agustino, parecía a los consejeros de Carlos un error; se estaba impidiendo al emperador llegar a una solución del problema desde su propia autoridad. De hecho León X temía que el problema religioso fuese resuelto por la autoridad temporal. Parecía indispensable a los consejeros del emperador un cambio en la conducta del Vicario de Cristo. Debemos adelantar que la elección de Adriano de Utrecht el 9 de enero de 1522 no gustó al emperador, aunque pareciese entonces lo contrario: concesión otorgada a la *devotio moderna*.

El 22 de octubre de 1520, a primera hora de la tarde, el emperador y su formidable séquito, en el que figuraban cardenales y obispos así como nobles españoles, hacía su entrada en Aquisgrán. En la catedral se entonó el *Te Deum* y Carlos firmó su aceptación y también la confirmación de privilegios a los electores. Desde aquel momento era ya rey y señor de Alemania. Los arzobispos de Colonia y Maguncia marchaban a uno y otro lado del emperador. Una ceremonia breve, ya que la misa de investidura estaba programada para la mañana siguiente. Significativamente había abierto la marcha en este desfile, el marqués de Brandemburgo, es decir, el marido de Germana de Foix. Manuel Fernández Álvarez, a quien podemos considerar como el más importante de los investigadores del tema, pone especial acento sobre las ceremonias que se sucedieron aquel día 23. Seguiremos sus pasos.

Contempladas desde una perspectiva española había coincidencias con los ritos empleados en Valladolid, Zaragoza y Barcelona, pero eran más significativas las diferencias. Carlos de Habsburgo, postrado en tierra, escuchaba las palabras que le comunicaban su consagración; prestaba juramento de fidelidad y lo recibía al mismo tiempo de los allí presentes. Pero no se hacia mención de leyes, privilegios y fueros, es decir, libertades, porque no

se trataba de un juramento contractual. Prometía cumplir la misión que Dios le encomendaba en defensa de la justicia y de los humildes. La autoridad que en aquellos momentos asumía tampoco estaba vinculada al poder sobre un determinado territorio, ya que este correspondía a los príncipes seculares o eclesiásticos y a las ciudades que se calificaban de imperiales. En paralelismo con la espiritual del papa, la suya, temporal, se extendía a toda la cristiandad. Había acudido a la catedral de Augsburgo con las ropas correspondientes a un archiduque. Allí estaba definido el poder soberano, que ejercer en los numerosos dominios en que además de rey era señor. En la práctica el grado de poder iba a depender de la ayuda que todos esos dominios pudieran prestarle.

Debemos explicar todo este asunto con mayor precisión. En Carlos V se daban dos dimensiones de soberanía, una inferior aunque más efectiva, que era la que le correspondía en los reinos de España y Nápoles, el archiducado de Austria, el ducado de Borgoña y el condado de Flandes, que es lo que se define como protestas, y otra superior, la *auctoritas* de que debía valerse para organizar la paz interior en toda la cristiandad y su defensa frente a las amenazas que venían de fuera. En aquellos momentos no prestaba especial atención a las Comunidades, pues se trataba de un asunto interno que debían resolver los encargados de la regencia. Sí en cambio a aquellos dos problemas que habían surgido en el nuevo escenario: el luteranismo y las relaciones con Roma.

La decisión de Worms

Carlos iba a encontrarse con una situación semejante a la que más de un siglo antes viviera Segismundo, el emperador que consiguió acabar con el Cisma. Como él, no veía otra solución al problema luterano que la convocatoria de un concilio en una ciudad que

pudiera garantizar la autoridad imperial. Pero a esto se oponía León X, que acababa de clausurar el V Concilio de Letrán y no estaba dispuesto a admitir, como los luteranos sugerían, que su propia autoridad quedase supeditada a la del concilio, haciendo de este un organismo supremo y regular. Sin embargo los consejeros de Carlos y también los maestros españoles recordaban el papel decisivo que Nicea o Éfeso desempeñaran y cómo el Cisma de Occidente solo pudo ser resuelto cuando se convocó Constanza. Entre los argumentos que empleaba Lutero había tres en los que coincidían los erasmistas. La Iglesia necesitaba una reconversión que hiciera de todos los fieles imitadores de Cristo, como el Kempisa decía. Se había dañado «la nobleza de la nación alemana» al rechazarse sus propuestas. Y la Curia romana, con su mala conducta y los abusos económicos a que daban lugar sus rentas, estaba causando más daño que beneficio. Carlos, cuya consideración a Erasmo hemos señalado en páginas anteriores, decidió comenzar con dos medidas: entablar negociaciones con Lutero haciendo que este compareciera ante la Dieta (Reichstag) y presionar a los cardenales para que rectificasen su conducta.

La Dieta fue convocada en Worms para el mes de marzo de 1521. Desde la cancillería se hicieron llegar a Lutero salvoconductos que garantizaban muy reciamente su seguridad y libertad. Debía exponer sus argumentos ante el órgano supremo de la nación alemana formado exclusivamente por principales laicos o eclesiásticos. Pero como muy acertadamente Lucien Febvre destaca en sus investigaciones entre el emperador y el teólogo agustino, había una diferencia radical. Carlos creía estar obedeciendo el mandato de Dios de restaurar la Iglesia. Lutero estaba guiado por su propia conciencia personal, envuelta en las angustias de un temor a su propia condenación, de la que necesitaba librarse, como más adelante confesaría a su esposa Catalina Bora. Teófanes Egido entiende que, al final, encontró una respuesta: solo la fe, que

permite entregarse a Dios sin pensar en sí mismo, puede garantizar la salvación. De nada sirven las obras. Esto era precisamente lo que se proponía explicar en Worms, colocándose en el extremo opuesto a la reforma católica española que ve precisamente en las obras el cumplimiento de la fe.

Lutero contaba ya con el apoyo absoluto del elector Federico de Sajonia, que se encargó de tomar las medidas que garantizasen el cumplimiento del salvoconducto. Con él estaban ya de acuerdo otros príncipes alemanes que deseaban introducir cambios en la estructura del imperio atribuyéndose a sí mismos soberanía también sobre los asuntos religiosos y rechazando desde luego esa autoridad espiritual absoluta que reclamaba el papa. En la primera sesión de la Dieta (17 de abril) se formularon a Lutero preguntas en relación con las proposiciones que él estaba difundiendo. Él pidió un plazo de veinticuatro horas para poder preparar las respuestas de forma conveniente. Esto significaba en el fondo una ruptura del diálogo. Los expertos de la Dieta esperaban una respuesta a cada una de sus preguntas y Lutero iba a presentar su propia doctrina. Como ya hiciera Guillermo de Ockham en 1328, él se presentaba como verdadero poseedor de la certeza y ninguna autoridad salvo las Escrituras podía invocarse en contra. Todos los fieles tienen derecho a acudir directamente a ellas sin dejarse influir por la traición. En términos muy duros el agustino llegaba a la conclusión que podemos exponer del modo siguiente, como harían sus seguidores: «vosotros los papistas y no yo los que estáis incursos en el error».

La respuesta fue dada personalmente por Carlos, que había escrito en francés, su lengua nativa, el discurso que leyó ante la Dieta el 19 de abril. Se trata de una de las decisiones más radicales de toda su existencia. En él hizo una referencia que, por mandato de Dios, estaba llamado a defender aquella fe que la reforma católica, consolidada en sus tres dimensiones, italiana, española y renana, había definido. La verdad se encuentra explicada en los decretos de

los concilios que cuentan con la legitimidad que les proporciona la firma del papa sucesor de Pedro y Vicario de Cristo. Y para defenderla estaba dispuesto a emplear «mis reinos y señoríos, mis amigos, mi cuerpo, mi sangre, mi vida y mi alma». Así se establecía una de las bases fundamentales de su programa: defensa a ultranza de la doctrina de la fe. Se podría negociar el retorno de los desviados pero no debatir la doctrina. Lutero, con la Biblia en la mano, se había mostrado igualmente radical. «Mi doctrina es la verdadera y solo con este libro se puede discutir; no existe ninguna autoridad, temporal o espiritual a la que tenga que someterme.»

En este momento iba a llegar a manos del emperador el documento que con fecha 13 de abril despachara el Consejo Real de Castilla, presidido por Adriano de Utrecht, que acababa de recibir del papa León X una advertencia del peligro que significaba el luteranismo. En dicha carta se advertía a Carlos que, no solo como emperador sino también como rey de España, tenía que defender a toda costa la doctrina de la Iglesia. No había la menor duda al respecto: también Castilla, en las horas inmediatamente siguientes a Villalar, estaba dispuesta a combatir con todas sus fuerzas la amenaza del luteranismo que preconizaba una Reforma total.

Worms, decisión tomada por el emperador y sus consejeros, que iban a seguir el camino del cambio impuesto ahora por Erasmo, iba a producir la ruptura entre dos Europas, cuyas consecuencias podemos seguir percibiendo. Las monarquías latinas invocaban la herencia patrimonial romana, mientras que las reformadas preconizaban una especie de retorno a la germanidad. Se trata de dimensiones que deben tenerse en cuenta pues afectan a la concepción del *ius.* Tras una dura batalla de un siglo, la latinidad católica sería derrotada, viéndose obligada a replegarse sobre sí misma para seguir influyendo en las estructuras de la sociedad y del pensamiento.

ADRIANO, PAPA

Aquel mismo año, el 1 de diciembre, fallecía León X. Para el emperador y para otros muchos fue una gran sorpresa que el 9 de enero de 1522 el cónclave elevara a la sede de Pedro al cardenal Adriano de Utrecht, obispo titular de Tortosa y regente de Castilla. No parece que a Carlos gustase mucho la noticia; se le privaba de un gran colaborador y se cambiaban radicalmente las relaciones con el Vaticano. Es indudable que la decisión tomada en Worms ejerció influencia en la voluntad de los cardenales. Sin embargo, Adriano aceptó el nombramiento con la esperanza de que ahora las cosas pudieran ir por mejor camino. Cuando el nuevo papa llegó a Roma el 30 de agosto fue recibido en las calles con signos de frialdad; se había roto la norma de que los papas fuesen romanos o, por lo menos, italianos, formados y expertos en la Curia. El holandés carecía de estas condiciones, pero como ya indicamos, se había formado dentro de los esquemas de la *devotio moderna.*

Pontificado muy breve de poco más de un año. Sirvió, ante todo, para dejar bien claro que la cristiandad estaba amenazada por dos peligros muy serios que reclamaban el entendimiento entre los reyes. En el interior, el luteranismo, y así se había demostrado en Worms, no estaba dispuesto a negociar una reconciliación. Y en el exterior, los turcos, que avanzaban hacia el norte venciendo la resistencia, se habían afirmado en el Egeo apoderándose de Rodas y expulsando a la Orden de San Juan. A quien Carlos le vendería la isla de Malta, de la que los caballeros tomarían su nuevo nombre, por el precio simbólico de un halcón de caza. La Orden encargó una imagen de plata recubierta de joyas. Además de Rodas, el sultán era dueño de Belgrado: el camino hacia Budapest y Viena estaba abierto.

Para España este breve pontificado iba a tener, sin embargo, consecuencias muy positivas. La bula *Dum intra nostrae mentis* (4 de enero de 1523) hacía definitiva la incorporación a la Corona del Maestrazgo de todas las órdenes militares españolas. Por esta vía se creaba un ejército real y permanente de caballería. Significativamente algunos regimientos en nuestros días siguen conservando esos viejos nombres, Santiago, Calatrava y Alcántara y permanecen aún en los programas de formación de los oficiales las dimensiones del espíritu de la caballería, que se define como conducta militar. Los tercios que Carlos iba a emplear básicamente en sus campañas también se acomodaban a ese modelo.

Otra bula, *Eximiae devotionis affectus* (23 de septiembre de 1523), extendía a todos los obispados y beneficios mayores el patronato de la Corona. Esto significaba que, recibiendo los nombres de posibles candidatos, sería el rey, en definitiva, quien escogiera a los que debían ser nombrados. Se contaba con que los cabildos era obedientes a las recomendaciones que venían del propio rey. Un sometimiento de la jerarquía que en España duraría hasta 1931, pero del que se recogían buenos resultados, ya que el Consejo Real contaba con informes precisos. En la época de Carlos V se advierte una especial mejora en las condiciones de los nuevos miembros de la jerarquía. Todos ellos se mostrarían defensores de la reforma católica, aunque no siempre coincidían en los medios que convenía aplicar. La Inquisición funcionaba dentro de esa especie de moderación como la define García Cárcel.

Retorno a España

Se acercaba el momento de cumplir la promesa que Carlos hiciera a las Cortes de no permanecer ausente más de tres años; se cumplía también el plazo de percepción de las ayudas extraordinarias.

Después de Worms se preparó el retorno. Comunidades y Germanías habían sido vencidas, pero como todos los movimientos internos dejaban tras de sí el ambiente negativo que significan siempre las represiones. Y al emperador le convenía mucho que con su presencia personal, temores y odios se apagasen. Esto era precisamente lo que los consejeros españoles recomendaban: restablecer las profundas relaciones de afecto que Fernando e Isabel habían conseguido alcanzar. Ellos resolvieron, con clemencia y ajustes, superar los odios de la guerra de sucesión aunque ahora las grandes familias deseasen un retorno a su preeminencia. En este segundo viaje a España tenía que demostrar que nada había cambiado; ni la legitimidad de Juana ni el recuerdo de los abuelos.

Para explicar el proceso tenemos que dar un salto atrás en el tiempo hasta el día en que se clausuraran las Cortes de Santiago y La Coruña. Durante el viaje Carlos había recibido ya una preocupante noticia: Toledo se había negado a aceptar los acuerdos de aquella Asamblea a la que no concurriera. En Segovia se había producido un verdadero alboroto y uno de los dos procuradores que la representaban murió asesinado considerándole como traidor a las instrucciones que recibiera de no aceptar nuevas concesiones de ayudas. En el fondo, estamos ante una opinión que se repite en muchas otras ciudades, se acusaba a los procuradores de haber incumplido las instrucciones que recibieran, dejándose sobornar por los consejeros extraños. De modo que se podía considerar ilegítimas a las Cortes pues se había roto el pactismo que era esencia de la monarquía en España.

Adriano de Utrecht, que en su calidad de regente ejercía la presidencia en todas las deliberaciones, se mostraba partidario de entrar en negociaciones, devolviendo así a las ciudades a la obediencia, pero el Consejo Real, que dirigía el arzobispo de Granada, examinando especialmente el caso de Segovia, se mostró inclinado hacia las medidas rigurosas: asesinato de un procurador,

injurias a otros, negativa de legitimidad a las Cortes eran delitos graves que podían traer consecuencias. Había el peligro de un alzamiento general aprovechando la ausencia del rey. De hecho, Toledo se había dirigido a las otras ciudades con voto en Cortes proponiéndoles la creación de una Junta para defensa de sus derechos. Algunos miembros de la alta nobleza temían las consecuencias que para sus señoríos podía tener un movimiento ciudadano como el que ahora se estaba produciendo.

Para castigar los delitos de Segovia fue designado el alcalde Rodrigo Ronquillo, que gozaba de fama de ser muy severo. La ciudad cerró sus puertas y le obligó a retirarse. Las fuerzas que el Consejo Real envió en su ayuda tampoco pudieron apoderarse de la ciudad, que se había sublevado. Toledo había dado otro paso adelante reclutando una milicia ciudadana a cuyo frente se situó un caballero de noble linaje, Juan de Padilla. Ninguna orden venía de la Corte de Carlos V. En aquel año 1521 la alta nobleza decidió abstenerse, aunque seguía mostrando hostilidad al predominio de flamencos y borgoñones en el gobierno de la monarquía.

La regencia no tuvo más remedio que reclutar mercenarios porque ya no podía contar con las milicias ciudadanas empleadas en otros casos. Se daba la impresión de que se estaba produciendo una guerra entre nacionales y extranjeros. Procuradores designados por varias ciudades se reunieron en Ávila y tomaron dos acuerdos: establecer una Junta que coordinase el movimiento y recomendar a todas las ciudades implicadas seguir el ejemplo que diera Toledo alzando una milicia capaz de defenderla de los ataques que sin duda se iban a producir. La primera Junta estaba formada por los representantes de seis concejos importantes, Toledo, Segovia, Salamanca, Madrid, Burgos y Ávila; ellas podían considerarse como núcleo esencial de Castilla y León. Estamos en 1520. Puede hablarse de una guerra civil con connotaciones sociales.

Las tropas reales mandadas por Antonio de Fonseca tomaron al asalto Medina del Campo. Los mercenarios se comportaron de acuerdo con sus costumbres: allí estaba el botín para atraparlo y repartírselo. Era, no olvidemos, la villa de las Ferias. En agosto de 1520 también Tordesillas se sumó a los rebeldes. Allí estaba la gran oportunidad. El día 29 de dicho mes Padilla, a quien acompañaban Juan Bravo y Zapata, en su calidad de capitanes del ejército, acudieron a rendir homenaje a la legítima reina de Castilla, de quien se podía esperar toda justicia. Juana les recibió con tan serena tranquilidad que algunos de los presentes llegó a creer que eran falsas las noticias que se daban de su enfermedad. Lo que en aquellos momentos los comuneros estaban intentando era aparecer como leales súbditos de la reina legítima privando de ella a la regencia que presentaban como dominada por usurpadores extranjeros.

Un momento especialmente delicado y difícil. Juana respondió con buenas palabras al homenaje que le ofrecían aquellos caballeros a los que seguramente consideraba tan solo como soldados del rey. El 20 de septiembre la Junta decidió trasladarse a Tordesillas convirtiéndose en protectora y representante de la legitimidad allí presente. Una maniobra muy hábil. Pero en este momento dos miembros de la alta nobleza, unidos a la dinastía real por lazos de sangre, el conde de Haro condestable de Castilla y el almirante Fadrique Enríquez, decidieron romper el silencio que los miembros de la misma venían observando y escribieron a Carlos V una carta alarmante. Las Comunidades, que se presentaban ahora como defensoras de la legitimidad, no eran solamente un alzamiento contra las autoridades que el monarca dejara atrás sino un proyecto que invocando la legitimidad de Juana, impuesta por las leyes del reino y usurpada por extranjeros, pretendía desmontar las estructuras mismas del reino imponiendo el dominio de las oligarquías ciudadanas. Había que cortar por lo sano.

Naturalmente los otros grandes pensaban de la misma manera. Carlos tomó inmediatamente una decisión que les atraería: Velasco y Enríquez fueron nombrados corregentes al lado de Adriano a quien sucederían más tarde cuando el cardenal, en 1522, tuvo que trasladarse a Roma. El emperador, desde sus experiencias en Flandes y Alemania, estaba aprendiendo la lección: tenía que gobernar España como español, renovando el equipo. La pronta muerte de Guillermo de Croy y el cónclave de 1522 favorecieron estos designios. En esta hora clave del otoño de 1520 se iniciaba el lento proceso de «españolización» que don Ramón Menéndez Pidal consideraba decisivo para el futuro de España.

El conde de Haro iba a colocarse al frente del nuevo ejército encargado de vencer la revuelta; no se trataba de acudir a mercenarios sino de una movilización en que la nobleza, los otros reinos y las ciudades leales iban a desempeñar un papel decisivo. En este momento la hermana mayor de Carlos, Leonor, que le acompañara en el primer viaje, era la esposa de Manuel de Portugal y desde el vecino reino llegaron pronto ayudas. Los comuneros intentaron detener este cambio entregando el mando de sus fuerzas a don Pedro Girón, que significaba una especie de retorno a los tiempos pasados, aunque ni Padilla ni sus colegas estaban dispuestos a renunciar.

El 5 de octubre de 1520, partiendo de Medina del Campo, en donde Adriano de Utrecht había decidido instalar de momento la regencia, las tropas del conde de Haro alcanzaron Tordesillas expulsando de allí a los comuneros. De este modo se invertían los términos; ahora la legitimidad de la reina Juana se instalaba en el bando de su hijo. No había ya la menor duda. En nuestros días se presenta a las Comunidades como campeonas de la libertad. Es un error; significaban también una especie de oligarquía patricial. Tampoco era cierto que la alta nobleza, al provocar un grito radical, estuviera defendiendo la legitimidad de la monarquía. Eran dos

propuestas enfrentadas acerca del modo de organización que debiera darse a la monarquía. Un problema, que con muy distintos argumentos, se estaba presentando también en Alemania.

Villalar y sus consecuencias

Tenemos que remontarnos en el tiempo y llegar hasta la revolución Trastámara de 1368 que había puesto fin a los intentos autoritarios estableciendo las bases de esa nobleza «nueva» que sustituyera al feudalismo por el régimen señorial. El señor, especialmente en su nivel más alto, no es dueño de la tierra sino gobernador de un territorio por delegación de la Corona que era precisamente la que establecía y definía los señoríos. Durante el siglo XV, como en otro lugar hemos intentado explicar, la nobleza había evolucionado hasta dividirse en tres niveles. Será precisamente Carlos quien convierta el calificativo «grandeza» en una condición jurídica. En el fondo, las Comunidades defendían los intereses de esa media nobleza, carente de títulos y del patriciado urbano que contaba con recursos importantes. En 1521 la alta nobleza tomaría una decisión que acabaría liquidando el enfrentamiento: ponerse al lado del rey y buscar en el crecimiento de este una fuente de beneficios.

Desde América estaban llegando ya los primeros envíos que Hernán Cortés ingresaba en el Erario Público. Pero no era solamente la Corona la que se beneficiaba; los capitanes de la conquista hallaban en ella el modo de hacer fortuna. En otras palabras, a la baja nobleza se estaban abriendo nuevos horizontes. Las dimensiones y fuerzas de los dos imperios, azteca e inca, que comenzaban a atisbarse, demostraban las posibilidades de instalarse, contar con trabajadores, asegurarse rentas y, en algunos casos, títulos y, en definitiva, prosperar. Allí había que ir si se pretendía alcanzar un crecimiento en el nivel social. Las denuncias

que los predicadores formulaban y que Carlos tardaría aún bastante tiempo en remediar no modificaban la voluntad de los que querían cruzar el océano.

Por eso los comuneros, que invocaban un retorno a los tiempos pasados, estaban destinados a fracasar. Cuando los realistas se apoderaron de Tordesillas se interrumpieron también las adhesiones a los rebeldes. Toledo volvió a convertirse en capital del alzamiento y Padilla, Bravo y Francisco Maldonado asumieron el mando de las tropas. Habían tenido que abandonar aquella justificación de que se trataba de defender la legitimidad de la reina Juana volviendo al objetivo real, desmontar el poder de los grandes señoríos que amenazaban la libertad de las ciudades. Necesitaban lograr victorias en campo abierto demostrando así que la calidad militar seguía estando en aquella ciudadanía que se amparaba en los fueros, cartas y privilegios que de los reyes anteriores obtuviera. Es importante destacar que la esposa de Padilla se llamaba María Pacheco, un apellido que de forma evidente destacara en tiempos pasados frente a los Reyes Católicos. Ella sería también la que apuraría la resistencia de Toledo hasta el fin.

Esta evolución de las Comunidades hacia un enfrentamiento social provocaba por otra parte motines contra los señoríos. Siempre los motines se ven acompañados de desmanes que en este caso dañaban a los dirigentes del movimiento, a los que se podía hacer responsables de daños a veces muy graves. Avanzado el invierno, Padilla decidió llevar a los suyos a la conquista de Torrelobatón (21 de febrero de 1521) porque su fuerte castillo podía servir de bastión en el que se instalase el puesto de mando. Cuando se produjeron combates con las fuerzas mandadas por el conde de Haro, Padilla pudo comprobar que estaba sufriendo reveses. Ordenó en consecuencia la retirada hacia zonas más seguras con la esperanza de rehacer sus fuerzas.

En Villalar, el 23 de abril, les salieron al paso las fuerzas realistas que, con facilidad, derrotaron a los comuneros. Padilla, Bravo y Maldonado fueron juzgados y decapitados en el mismo lugar. Aunque María Pacheco defendería Toledo hasta febrero de 1522 era evidente que la guerra civil había terminado. De ella procedía un acercamiento entre la alta nobleza y el emperador. Es el momento en que Adriano de Utrecht se traslada a Roma, de modo que la regencia queda en manos del condestable y del almirante. La alta nobleza había vencido y se disponía a asumir el gobierno en apoyo del rey que preparaba ya su retorno. Burgos iba a sustituir a Toledo en sus aspiraciones de ser la primera ciudad del reino. Y Valladolid pasaría a desempeñar sus funciones de asiento de la Corte en determinadas etapas.

Se detectaban algunas consecuencias desfavorables para el emperador. Juana y su hija Catalina permanecían en Tordesillas bajo la custodia del marqués de Denia, que insistía en presentarla como una verdadera loca, incapaz de asumir la legitimidad. Así se dañaba aquella relación afectuosa con su madre que Carlos tuviera buen cuidado de establecer. Las ejecuciones, con premura, daban además la impresión de que el nuevo reinado iba a asentarse sobre las bases de una represión. La muerte de Chièvres favorecía en cambio el proceso de transmisión de poderes a manos españolas. Mercurino de Gattinara ejercería notable influencia por su preparación intelectual pero no podía considerarse como un valido. Al comunicar a Burgos su pronto retorno a la Península la calificaba significativamente de cabeza de Castilla; no significaba en sí misma una novedad.

Las Germanías

Muy preocupantes eran también las noticias que llegaban de Valencia y de Mallorca, donde se estaban produciendo revueltas que

conocemos bajo el nombre de «germanías». Aquí no se trataba, como en Castilla, de un enfrentamiento entre las dos noblezas sino de una protesta, encabezada por los gremios, que interpretaba la ausencia prolongada del rey como una especie de amenaza a su estatus económico y jurídico asentado especialmente sobre el comercio. Con los Reyes Católicos, ambos reinos se habían consolidado y sus capitales habían llegado a alcanzar un gran protagonismo en el comercio mediterráneo. Carlos había estado en Zaragoza y Barcelona pero no en Valencia ni en Baleares, lo que podía entenderse como falta de interés en sus problemas que, precisamente, se estaban tornando graves. Los otomanos habían conseguido instalarse en puntos de la costa africana y alentaban a los corsarios berberiscos para que efectuasen ataques y saqueos en los puertos levantinos aprovechándose del botín y también llevándose prisioneros a los que remitían a los mercados de esclavos. Es difícil comprender que tras las «fiestas de moros y cristianos» de nuestros días, estamos haciendo memoria de dolorosos sucesos reales.

Estaba previsto que tras la estancia en Barcelona, Carlos se trasladara a Valencia para ser jurado, pero la noticia de la muerte de Maximiliano cambió las cosas porque la elección y posesión del título de Rey de Romanos reclamaban urgencia en el retorno a Flandes. Los consejeros del monarca utilizaron entonces la noticia de ciertas enfermedades detectadas, aludiendo a una epidemia, y suspendiendo el viaje aunque no las Cortes. De este modo los descontentos podían alegar falta de legitimidad, como si el reino fuese tratado como dominio de segunda fila con olvido de aquellos problemas —abastecimientos, comercio y piratería— que necesitaban una solución inmediata. Al frente de las Cortes iba a quedar el virrey Mendoza con el encargo también de conseguir ayudas extraordinarias. Para hacer frente a la piratería se autorizó la

movilización de milicias ciudadanas. Los señoríos disponían de sus propias mesnadas.

Fueron los gremios los que se encargaron de reclutar las nuevas milicias. Un gremio es una fraternidad con matices religiosos. Este término, al traducirse al valenciano, nos explica que se las llamara «germanitates» o simplemente «germanías» según el lenguaje común. Muy pronto las Germanías se hicieron dueñas de Valencia expulsando al virrey Mendoza y estableciendo una Junta que pretendía asumir las funciones de gobierno. Trece eran los miembros de aquel organismo que asumía las funciones de gobierno en todo el reino. Una de sus características esenciales era el rechazo radical a todo cuanto pareciera apoyo al islam. Los numerosos moriscos, que resultaban esenciales para la agricultura en regadío, se vieron perseguidos; bautizados o no se les consideraba como amigos de los berberiscos amenazadores. Los titulares de grandes dominios les defendían porque su trabajo era esencial en el alcance de su patrimonio. De este modo, un problema que parecía amortiguado se presentaba ahora con especial gravedad. Es cierto que en aquellas difíciles circunstancias de expansión turca, los moriscos podían ser considerados como una especie de quinta columna inserta en la sociedad cristiana.

La Junta de los Trece no se declaró en principio enemiga del rey. Se había constituido para solucionar precisamente los problemas que afectaban al reino. Y así se enviaron comunicaciones a Carlos. Pero muy pronto el ejemplo de Valencia se fue comunicando a las demás ciudades del reino: los jefes de las Germanías iban tomando el poder expulsando a los magistrados y funcionarios. Carlos aceptó la oferta que se le hacía pero lógicamente con una condición: el virrey Mendoza debía ocupar nuevamente su puesto y la Junta actuaría como consejera y colaboradora, nada más. Los agermanados, que se sentían ahora sólidamente dueños del poder, desobedecieron las condiciones pasando a la rebeldía. Mendoza buscó entonces el apoyo

de la nobleza, reuniendo dinero para contratar mercenarios, y en agosto de 1521 logró una victoria decisiva en Almenara. Paralelamente tropas venidas de Murcia, castellanas, se apoderaban de Orihuela. Las Germanías se hablan convertido únicamente en rebeldes.

La guerra no acabó en Almenara: las milicias, acaudilladas por Vicente Peris, se fortificaron en Valencia decididas a resistir, pero en el otoño del mismo año 1521 Mendoza conseguía apoderarse de la ciudad aplicando los métodos de la justicia militar como en Villalar: la ejecución de Peris fue un acto público. Aunque la rebelión estuviese dominada, quedaban detrás dos secuelas: pérdida de dimensiones en el comercio y problema morisco a que nos hemos referido. Se exigía ahora del rey, en nombre de la defensa del cristianismo, una prohibición del islam. Las comunidades que sobrevivían se vieron obligadas a bautizarse. Esto empeoraba las cosas. Los convertidos a la fuerza se aferraban firmemente a la nostalgia de su verdadera fe que ahora los otomanos estaban fortaleciendo en su expansión. Para el nuevo equipo de colaboradores de Carlos V, el islam sería una de las principales preocupaciones.

1522. Hora de cambio

En el *Corpus documental* por él reunido, Manuel Fernández Álvarez destaca algunas frases escritas por el emperador años más tarde, que nos permiten comprender que, para él, ese año de 1522 significó un tiempo de cambio y, también, el nacimiento de un programa. Worms le había demostrado que el luteranismo no era un fenómeno resuelto, querella entre teólogos, sino que afectaba a la existencia misma del imperio pues eran muchos los príncipes que se adherían a su axioma —*cuius regio eius religio*— que les permitía

elevar su poder a los niveles de absoluto. La catedral de Belgrado era ahora una mezquita y la población cristiana había sido barrida. Aunque las Comunidades y Germanías habían sido vencidas quedaban en el fondo las semillas del odio que podían rebrotar en cualquier momento. Y Francisco I volvía a sus viejos proyectos de guerra empleando sus derechos sobre Milán para el establecimiento de un dominio francés sobre el norte de Italia. El monarca galo no ocultaba las relaciones que estaba manteniendo con los turcos con quienes coincidía en la voluntad de derrumbar el gran imperio.

Muchas cosas tenían que ser cambiadas para defender a la cristiandad de ese doble peligro de fraccionamiento interno y voluminoso ataque desde el exterior. Primero buscar un sustituto adecuado para cubrir sus ausencias al retornar a la Península, y no encontró otro más adecuado que su hermano Fernando a quien trasmitiera ya el gobierno del archiducado de Austria. Y luego cumplir la promesa —y así lo recordó en la carta a Burgos que hemos mencionado— de no permanecer fuera de España más de tres años. Había que invertir los términos que en Villalar y Almenara se emplearan volviendo a la política de Fernando: clemencia y no represión. Y dar al olvido la política recomendada por el difunto Guillermo de Croy. España no era una simple demarcación de reinos de los que servirse sino el núcleo esencial para esa nueva batalla que debía librarse en favor de la cristiandad. De la Península, adonde comenzaban a llegar recursos americanos, dependía la posibilidad de disponer de flotas para la defensa del Mediterráneo.

Cuando los agermanados se adueñaron de Játiva pusieron en libertad un prisionero; con gran sorpresa descubrieron que se trataba del duque de Calabria, hijo y heredero de Fadrique. Él se negó a sumarse a los rebeldes afirmando que siempre sería leal al emperador. Carlos aceptó luego esta lealtad que garantizaba su postura como rey de Nápoles y acabó integrándolo en la dinastía real por vía de matrimonio. Si los señoríos napolitanos se mostraban

del mismo modo sumisos el refuerzo de las defensas mediterráneas quedaba asegurado. El duque de Calabria será el tercer esposo de Germana de Foix. Pero de esto tendremos que hablar más adelante.

Capítulo V

SE DIBUJA UN PROGRAMA IMPERIAL

Madurez política

En 1522, vencidas de momento las dificultades políticas que se presentaron, Carlos V había alcanzado, de acuerdo con las ideas de su tiempo, esa especie de plenitud que le colocaba por encima de todos los demás monarcas europeos. En tres de las cinco naciones que formaban la cristiandad su autoridad era reconocida. Ahora es él quien escoge a sus colaboradores políticos prescindiendo de cualquier validaje. Es precisamente la oportunidad para que Lucas Cranach pinte ese retrato que ha llegado a Madrid dentro de las piezas que forman parte de la galería Thyssen. No parece un hombre atractivo, de modo que sus amantes, como Juana van den Gheenst o Ursolina de la Penna, debían sentirse atraídas por razones que superan las condiciones físicas. Precisamente en ese año nacen tres bastardas, una de las cuales, Margarita de Parma, sería legitimada a ruegos de su tía cuyo nombre le había sido impuesto, ya que la madre era una de las damas de la Corte de la regente de Flandes. Significativamente, las noticias de nuevos nacimientos de esta especie se interrumpen porque en 1525 se concierta el

matrimonio con Isabel de Portugal, convirtiéndola en el gran amor de su vida.

En aquel momento se concentraban en él cuatro poderes soberanos a los que se utilizaba como fundamento de esa autoridad que significaba el imperio. Sin ellos el César no sería nada, apenas un título de honor. La novedad estaba en que la monarquía española, que incluía también los tres grandes dominios italianos, pasaba a colocarse en el puesto de cabeza. A ello contribuía de un modo especial el hecho de que la Nueva España, sustituta del imperio inca, se había incorporado con título de reino. Carlos estaba descubriendo que la fuerza principal, económica y política era la que venía de sus abuelos Isabel y Fernando, que habían sido capaces de poner nuevamente en pie la Hispania romana. España había conseguido superar todas las disidencias religiosas y aparecía ante la Iglesia como el mejor modelo de unidad católica. En ella la reforma había triunfado. Es muy significativa la vinculación que advertimos entre Carlos y la orden jerónima.

Venían después los Países Bajos, que eran el nódulo para las comunicaciones mercantiles entre el Báltico y el Mediterráneo. Desde los puertos españoles se alcanzaban los mercados africanos donde los productos europeos se intercambiaban por otro procedente de legendarias minas muy lejanas. Esta estrecha colaboración databa de principios del siglo XIV y se había venido estrechando. A la comunidad de comerciantes instalada en Brujas y formada especialmente por vizcaínos y guipuzcoanos se la llama «nación española».

En tercer lugar estaban los extensos dominios patrimoniales de la Casa de Habsburgo, austríacos en su esencia pero que tenían en Viena, Praga y Budapest los tres apoyos fundamentales. Ahora bien, la pérdida de Belgrado venía a demostrar que los turcos estaban en condiciones de romper las defensas y que, por consiguiente, Hungría y Austria se hallaban en peligro de invasión. En España las Cortes

compartían el esfuerzo que debía hacerse para evitar el peligro otomano.

Por encima de todo se hallaba la autoridad imperial asegurando unidad entre todas las naciones. En la Dieta de Worms Carlos había dejado bien claro que no consideraba como su lejano predecesor del mismo nombre, Carlos IV, que se tratara de un simple honor. Había que restablecer la unidad de la cristiandad y esto solo podía lograrse si se reconocía en el emperador la cabeza temporal, al lado del papa. La leyes sometidas a la firma del pontífice se tornaban «constituciones» porque afectaban a toda la sociedad cristiana sin distinción de nacionalidades, dotadas a su vez del cuerpo legislativo necesario. Se trataba de poner en marcha aquella modernidad que formularan los maestros de Renania y que, basada en la *devotio* se distinguía de la *sciencia moderna* puramente experimental que defendían los nominalistas. Esto acabó produciendo una disyunción que, partiendo de Alemania, se contagiaría a todos los países de Europa. Conviene advertir que al final fue el programa de los nominalistas el que triunfó.

Buen deportista, ágil en sus movimientos y entrenado a fondo en el uso de los caballos, no puede decirse que Carlos fuera un hombre apuesto; sus retratistas no podían evitar, aunque lo intentaran, ciertos signos que afeaban su rostro y que transmitió a sus sucesores: por ejemplo la nariz aguileña y la mandíbula prominente. A los cincuenta años se había convertido ya en un anciano y esta condición se acentuó en el tiempo de clausura en Yuste. La gota le hizo sufrir desde muy pronto causando percances en su vida pública. Como era habitual entre la nobleza de su tiempo se daban en él fuertes contradicciones, a menudo olvidadas, pero que resultan imprescindibles para comprender su obra. Con la mente era un hombre profundamente religioso pero el corazón se doblegaba ante los apetitos de la carne. Muchas veces se le veía rezando de rodillas;

y muchas también galanteando a las damas de la Corte. Descuidos en la alimentación minaron su salud.

Hay, sin embargo, en su vida, un tiempo de excepción, aquel que corresponde al matrimonio con su prima Isabel. A esto tendremos que referirnos con más detalle en otro capítulo. Isabel no fue simplemente una esposa, en el sentido que se daba entonces a esta palabra, como garantizadora del linaje; hubo un amor profundo que se percibe incluso en los documentos y que se tradujo en una influencia política que se corresponde con la que había llegado a ejercer la abuela del mismo nombre. La defensa del catolicismo no se presentaba en ellos como una mera opción política; era la Verdad de la que dependía la esencia futura del mundo que pretendían construir.

Hay que insistir en el papel positivo que para América significaba el programa de Carlos V. Hacer de los indígenas americanos súbditos católicos libres, cumpliendo así el mandamiento de la reina Isabel, era el objetivo. Cuando Bartolomé de las Casas le entregó el informe patético sobre la «destrucción de las Indias» aceptó sus argumentos y usando el patronato le nombró obispo de Chiapas; es cierto que el famoso dominico fracasó en sus proyectos pero nunca le fue retirada la confianza. De ahí la influencia de que gozaba en el Consejo Real. Pero Carlos estaba más de acuerdo con los proyectos de Maldonado o Sandoval que recomendaban introducir evangelizadores que desde el interior de los pueblos indios lograsen su conversión. Las medidas tomadas por el emperador frenaron los daños y volvió a producirse un crecimiento en la población indígena. De él proceden las primeras leyes de Indias. Cuando el reinado de Carlos concluyó América era ya la suma de dos grandes reinos con algunas gobernaciones. Una administración dirigida y controlada por el Consejo de Indias pondría remedio a los abusos de los primeros tiempos.

Novedades en la forma de gobierno

La desaparición de Guillermo de Croy en 1521 trajo a España importantes variaciones en la forma de gobierno. No se iba a volver al validaje. Es cierto que Mercurino de Gattinara desempeñaría un importante papel, pero sus funciones se referían más a los términos intelectuales que ejecutivos. Podemos decir que es el más importante en la redacción del programa de unidad que el imperio debía realizar. Los políticos europeos actuales podrían aprender mucho acudiendo a sus escritos. El imperio comportaba la unidad y también la coincidencia en la justicia. Pero era en España en donde se estaban produciendo los cambios más fecundos. El Consejo Real se polarizaba. Castilla, Aragón, Inquisición e Indias ponían en marcha esa polisinodía que acabará conduciéndonos a la pluralidad de ministerios especializados. Lo importante era que el documento presentado a la firma del rey estuviera revestido de legalidad dejando a las Cortes los poderes de ampliar o modificar las leyes, según propuestas del propio rey.

Gattinara sería el canciller a las órdenes del emperador pero su autoridad no se extendía a los reinos españoles. Como recordaría el arzobispo Fonseca, en Castilla eran funciones que correspondían al titular de Toledo. Se trata de un tema estudiado a fondo por importantes historiadores, principalmente españoles, pero en el que no debemos detenernos en este ensayo. Baste decir que como consecuencia de las grandes dimensiones de su poder, Carlos proporcionó a las estructuras administrativas españolas un gran avance. Y vio con claridad que este era el modelo que convenía introducir en América: reinos pero no colonias ni protectorados.

Entre los colaboradores del emperador, después de 1522 encontramos una especie de equilibrio en el número de españoles, flamencos, italianos y alemanes. Carlos había asumido personalmente el poder, de modo que aquellos podrían ser definidos

como altos funcionarios bien preparados para cumplir en la forma debida las órdenes que venían del monarca. Se estaba consolidando un ejército real que sustituía a las antiguas mesnadas señoriales o ciudadanas. Se trataba de una profesión remunerada pero no de mercenarios que se alquilan para una determinada tarea. A estos últimos se acudía en determinadas ocasiones especialmente difíciles. Pero los tercios otorgaban a sus miembros no solo un sueldo sino también una condición honoral; reclamaban para sí la condición de «señores soldados». La nobleza como calidad en la conducta también se les atribuía. En el mando del mismo destacan especialmente dos nobles españoles, el vencedor de Pavía, Antonio de Leiva, y el duque de Alba, que descendía de los Álvarez de Toledo destacados en su profesión militar.

Al arzobispo Tavera se le dio el cargo de inquisidor general. Superado el problema inicial del antijudaísmo, la Inquisición tendía a convertirse en una especie de Tribunal Supremo, integrado también con funciones propias en el Consejo Real, con dos funciones propias: corregir las deficiencias y delitos del clero e impedir la contaminación de la herejía. Siempre era posible una apelación de sus sentencias ante la congregación romana del Santo Oficio. En Italia, aunque los virreyes de Nápoles fuesen normalmente españoles, la administración se hallaba encomendada a italianos. No se advierten tendencias al separatismo o a la agitación. El verdadero conflicto se hallaba en el norte donde se producían las injerencias francesas.

Especial importancia debe darse al papel asignado al hermano del emperador, Fernando, que tanto en España como en Flandes había demostrado el más alto grado de obediencia y lealtad. Carlos pensó desde el primer momento —y en esto la influencia de Margarita parece haber desempeñado gran papel— que el puesto indicado para ese único hermano era el gobierno de los dominios patrimoniales de la Casa de Austria, lo que significaba también organizar recursos para detener el avance turco. No sabemos con

exactitud el tiempo que duraron los proyectos del emperador de conservar la unidad haciendo que su propio hijo Felipe II le sucediera como emperador. Relativamente pronto llegaría al convencimiento de que ante los grandes problemas que afectaban a Alemania era mejor preparar a Fernando para que le sucediese como emperador. Aquí entraba un razonamiento: España tenía que asumir la responsabilidad de defensa del catolicismo y para ello era preferible que no estuviese regida por persona a quien se pudiera considerar como extranjera, dado el honor y significación del título imperial. De todas formas desde Felipe II los monarcas españoles usaron el título de Majestad y no de Alteza, como correspondía a quien se hallaba en paridad con el imperio.

Desde 1535 un nuevo imperio, hispánico, comienza a existir. De él forman parte los dos reinos de Nueva España y Nueva Castilla. Hernán Cortés regresa a España, y los Pizarro, envueltos además en querellas intestinas, acabarán viéndose privados de su poder. La suma autoridad en esos nuevos Estados americanos la asumen virreyes, es decir, delegados directos del monarca, nombre que se empleaba ya en Valencia, Navarra, Nápoles y otros lugares. No me parece errónea la expresión tantas veces empleada de «imperio hispánico». Había un precedente medieval como ha señalado Menéndez Pidal.

Versus Selim II

Naturalmente el retorno a España no puede ser considerado como simple cumplimiento del compromiso que asumiera ante las Cortes. Eran muchos los problemas que resolver y todos ellos reclamaban la disposición de dinero como solo España podía proporcionar. El problema luterano parecía perder dimensiones al producirse primero la excomunión de su autor y luego la elección de Adriano como

nuevo papa. Sin embargo había entre emperador y pontífice una especie de divergencia que necesitaba ser superada. Carlos necesitaba la convocatoria de un concilio para lograr soporte absoluto a la fe que defendía, mientras que León X y más tarde Clemente VII consideraban esto como un serio peligro a su propia autoridad. No podemos precisar cuándo el emperador descubrió que en las demandas protestantes de un concilio se ocultaba seriamente un ataque al Vicario de Cristo en la tierra.

La mayor amenaza estaba en otra parte. El 29 de agosto de 1521 la catedral de Belgrado era ya una mezquita como sucediera en Santa Sofía de Constantinopla, en Chipre y otros muchos lugares. Es algo entre nosotros olvidado pero que entonces causó un gran impacto. Desde Estambul, ahora que habían conseguido reforzar las fronteras orientales que les llevaban hasta la India, los turcos trataban de reconstruir e incrementar el antiguo Imperio bizantino, aceptando a judíos y también a ortodoxos sometidos a un estricto régimen de explotación. Dominado ya Egipto y establecida una relación de protectorado sobre los berberiscos, Selim II, bien dotado de capacidad política, se había propuesto como objetivo esencial la conquista de todos los Balcanes. Y esto afectaba a Europa.

Carlos comprendió desde este momento que Budapest y Viena podían ser las metas fijadas y decidió hacer de ellas bastiones para la defensa. Fernando, su hermano, a quien correspondería la tarea de organizar la defensa, casó con María de Hungría. Austria, Bohemia y Hungría, a las que habría de unirse el ducado de Wurtenberg, tomarían el protagonismo de esta batalla, decisiva para el futuro de la cristiandad, Todo este programa estaba aceptado en España y ya Cisneros y Fernando el Católico habían conseguido establecer bases en la costa norteafricana. Nápoles, por su parte, se sentía directamente amenazada y reclamaba ayudas. María, hermana del emperador, contrajo matrimonio con Luis II de Hungría.

Cinco años duraría este matrimonio. Al enviudar, María se convertiría en una de las principales consejeras de su hermano.

Enfrentamiento con Francisco I

Para Francia e Inglaterra este crecimiento en los dominios imperiales era motivo de preocupación. Carlos podía llegar a convertirse en una especie de hegemon de Europa reduciéndolas a ellas a un papel secundario. En 1522 las esperanzas de que los conflictos internos en los reinos españoles quebrantaran el poder de Carlos se habían disipado. Evitando todavía una guerra abierta, que los progresos en el armamento hacían demasiado costosa, Francisco I intentó un plan de creación de conflictos. Proporcionó medios a los Albret, con quienes tenía relación de parentesco, para que intentasen recuperar Navarra. Y del mismo modo estimulaba en Flandes y Borgoña cualquier movimiento contra los Habsburgo. Fue una sorpresa el fracaso total de los Albret. Navarra quería seguir siendo España, con la calidad de reino, y no convertirse de nuevo en uno de los dominios feudales de una familia francesa.

Carlos V no quiso responder con armas a este desafío francés, aunque sí estuvo al frente, en Valenciennes, de las tropas que se enfrentaron con Robert la Marche. Envió un mensajero a Francisco proponiéndole una negociación: todos los reinos europeos debían unirse en relaciones de paz, pues ningún daño mayor podía causarse en estos momentos que una guerra entre príncipes cristianos. La propuesta no fue escuchada por el monarca francés, pero tanto Enrique VIII como León X aceptaron las sugerencias del emperador. A Roma fue enviado con amplios poderes don Juan Manuel, señor de Belmonte, que seguía desempeñando un importante papel en el nuevo gobierno aunque de una manera muy distinta que diez o doce años atrás. El argumento que empleó reviste gran importancia. La

cuestión luterana, muy peligrosa porque partía de raíces muy profundas, se había aclarado en Worms; el imperio estaba con el papa y así lo había definido Carlos V con mucho rigor. Solo había que ganar tiempo para conseguir que los acuerdos de la Dieta fuesen obedecidos por todos. En este camino sería muy importante la convocatoria de un concilio en que se hiciese definición clara y autorizada de todos aquellos puntos que el luteranismo dejara en duda. El papa pareció aceptar la sugerencia, pero su muerte inmediata impediría la toma de una decisión que Carlos V y sus consejeros seguían insistiendo. Probablemente no les faltaba razón. Adelantemos una consideración: Trento será elemento esencial para remate de la reforma católica y en aquel concilio los españoles iban a desempeñar un papel decisivo.

Francisco I seguía firme en su política de envolver al emperador en guerras que le confundiesen. Proporcionó a los Albret un ejército que penetró en Navarra llegando a sitiar Pamplona. Las tropas castellanas demostraron su eficiencia derrotando a los invasores y llevándolos hasta la frontera. Entre los oficiales que combatían a las órdenes del duque de Nájera se hallaba un caballero guipuzcoano que se llamaba Íñigo López de Lozoya. Tal es el nombre correcto si prescindimos de modificaciones que en el mismo se han introducido por razones políticas. Herido el 20 de mayo de 1521 tuvo que guardar cama durante largo tiempo. Entre los libros que sus familiares le proporcionaron figuraban además de las Vidas de Santos, aquellos dos que formaban el eje de la *devotio moderna*, la *Imitación de Cristo* de Kempis y la obra de Landulfo el Cartujano. Así se produjo su conversión, que alcanzaría dimensiones entonces imprevistas pero que coinciden precisamente con el año 1522.

Su primera decisión consistió en emprender el viaje a Jerusalén, allí en donde la presencia de Cristo puede percibirse de manera directa. Un alto en el camino hacia Barcelona, lugar de embarque, fue Manresa. Desde allí pudo subir las cuestas de Montserrat en

donde se había instalado una comunidad benedictina procedente de Valladolid y cuyo primer abad fuera fray García Jiménez de Cisneros, que había escrito el *Libro de las exercitationes spirituales*. Allí estaba la clave. En Manresa predicó por primera vez los ejercicios espirituales. Había cambiado el nombre vasco de Íñigo por el de Ignacio. Al retorno de Jerusalén se fue a París para adquirir la formación teológica de que carecía. Y aquí encontró seguidores que le ayudaron a crear la Compañía de Jesús. Curiosamente entre ellos se hallaba Francisco Javier cuya familia militaba en el bando de los Albret.

Allí estaba el camino para la solución del problema interno: en lugar de armas la oración, el ejemplo y el recto saber que se expresa por medio de palabras. San Ignacio es evidentemente uno de los personajes más importantes en la vida católica. Don Juan Manuel había conseguido entretanto otro éxito importante: León X firmó un acuerdo secreto en que el emperador le garantizaba obediencia y también ayuda para obligar a Luis XII a devolver aquellas tres importantes ciudades, Parma, Piacenza y Ferrar, garantizando además que los reinos o principados vasallos de la Santa Sede, como era el caso de Nápoles, serían ayudados a gobernarse de acuerdo con sus propias leyes. Por su parte, el papa autorizaba el paso de los tercios españoles instalados en Nápoles cuando se decidiese reclamar el ducado de Milán, que no pertenecía jurídicamente a los Sforza y sus herederos sino que era feudo del imperio.

El duque de Pescara y Antonio de Leiva dirigieron precisamente esta campaña y arrojaron a los franceses de Lombardía. Se garantizó a Venecia que serían defendidos también sus territorios incluso los últimamente ganados en Tierra Firme. A esta especie de alianza, que insistía siempre en el deber de defensa frente a los turcos, el 24 de noviembre del mismo año se sumó también Enrique VIII de Inglaterra. En estos momentos el monarca inglés se mostraba como uno de los decididos enemigos del luteranismo. De modo que

cuando Adriano VI accedió al trono pontificio, aunque él hubiera preferido conservarle a su lado, pudo tener la sensación de que su programa iba a realizarse. Naturalmente los sectores de la Curia inclinados a la francofilia juzgaron muy negativamente esa designación que, como ya hemos indicado, sería breve.

Segunda estancia en Inglaterra

Abundaban las razones para reclamar un retorno a España. Los acontecimientos resultaban dañinos para Francia, que en los tres frentes, navarro, flamenco y milanés había demostrado superioridad. Francisco I, que conocía bien la gran abundancia de recursos humanos y económicos que otorgaban a su reino primacía, decidió entonces pasar a una guerra abierta. Se negó a entrar en la Liga contra el Turco —iniciaría contactos precisamente con él— y decidió prestar ayuda, aunque en forma muy silenciosa, a los príncipes alemanes que optaran por el luteranismo. Carlos puso sus esperanzas en un entendimiento con Inglaterra, tradicional enemiga de Francia y en donde reinaba su tía Catalina.

Desde febrero de 1522 Carlos estaba preparando su viaje de retorno a la Península; llevaría consigo una flota de 150 unidades y un ejército de mercenarios bien entrenados, landsquenetes, que proyectaba incorporar a las fuerzas con que ya contaba en España. Mientras navegaba por el golfo de Vizcaya, el emperador se separó de ella para desembarcar en Dover el 27 de mayo del mencionado año. Fue calurosamente acogido. En aquellos momentos, cuando todavía las relaciones dentro del matrimonio real no se habían interrumpido, se estaba dando la impresión de que Inglaterra y España coincidían en la defensa del catolicismo frente a las desviaciones luteranas. Sin embargo debemos tener en cuenta un factor diferencial: la reforma católica no conseguía instalarse en

Inglaterra y la amistad de Erasmo con Moro no daría otro resultado que el sacrificio de este santo y algunos otros eclesiásticos.

De acuerdo con las leyes británicas, toda la jerarquía eclesiástica se hallaba sometida al poder real. El cardenal Wolsey, canciller, era tan solo un alto funcionario. De modo que los cimientos sobre los que alzaría su fuerza el anglicanismo estaban ya sólidamente establecidos. Es muy probable que durante su breve y cordial estancia en Dover, el emperador pudiera percibir algunos de tan importantes detalles. En Flandes había permanecido ejerciendo una vez más la regencia, Margarita, antes princesa de Asturias y ahora duquesa de Saboya, en quien Carlos, Fernando y los demás hermanos depositaban con absoluta razón la mayor confianza. Brujas y las otras ciudades comerciales estaban muy interesadas en mantener relaciones muy cordiales con España. Entre Medina del Campo y Ámsterdam o Amberes el comercio del dinero adquiría protagonismo.

Las noticias que ahora llegaban de América podían modificar las perspectivas. El volumen de oro y plata que Hernán Cortés encontrara en las arcas del tesoro de Moctezuma venían a demostrar que a través de los puertos españoles iban a entrar en Europa cuantiosas cantidades de metales preciosos, dinero efectivo en forma de moneda alterando en profundidad el valor de las letras de cambio. El monarca español podría disponer de recursos de valor efectivo, que cambiaba las relaciones con los grandes banqueros y afectaba a los británicos que se verían urgentemente compelidos a participar en el negocio aunque para ello hubiera que izar banderas con la calavera. Carlos, que se arrodilló ante su tía pidiendo su bendición, se presentó ante Enrique no como un emperador sino como el dilecto sobrino. Visitó Londres y también los reales palacios. Durante un mes se celebraron fiestas, banquetes y bailes. Todas las alianzas y privilegios mercantiles que databan del siglo XIV fueron, en esta ocasión, confirmados.

Fin a la represión

El 16 de julio de 1522 la flota echaba el ancla en Santander. El emperador fue acogido con muestras de respeto y afecto que no pueden calificarse de entusiastas. Allí estaban Velasco y Enríquez, los dos regentes para rendir cuentas; ya nunca dejarían de ocupar primeros puestos en el gobierno. Carlos había dispuesto un desfile militar con sus landsquenetes que causaron lógicamente gran impresión; detrás de ellas venía el gran cuerpo de artillería desplegando piezas inéditas, con las que se demostraba el nivel que la industria militar estaba alcanzando en Alemania. El emperador disponía del más fuerte ejército: los cañones eran la clave de la victoria, pero la infantería había desmontado completamente el poder de la caballería. Pero esto era precisamente lo que, en Ceriñola, Gonzalo de Córdoba podría demostrar.

Las Comunidades, vencidas, habían dejado tras de sí algunas secuelas que ahora el César tenía que despejar. En primer término las dudas que se habían formulado en torno a la legitimidad de aquel cambio de dinastía; y sobre todo los resentimientos que toda guerra civil deja en herencia. En agosto de 1522, instalado en Palencia, el emperador presidió personalmente la reunión del Consejo Real en donde iban a tratarse los casos aún pendientes de personas incursas en delito de rebelión, como las que apoyaran a María de Padilla hasta muy poco tiempo antes. Los juristas y jueces que formaban parte del mismo no ostentaban la menor duda; de acuerdo con las leyes vigentes los gravísimos delitos de rebelión debían ser castigados con la muerte. Pero entonces, según nos relata el cronista Pero Mexia, de pronto interrumpió los debates y, puesto en pie, pronunció estas decisivas palabras: «Basta ya; no puede derramarse más sangre». Cambiaba el castigo por la

clemencia como corresponde a un rey. En total el número de penas de muerte ejecutadas fue de veintiuno. Algo que ofrecía un tremendo contraste con lo que se estaba haciendo en otros reinos y mucho más con las represiones que se han producido en nuestros días. Se calcula que en aquel momento Castilla estaba cerca de los cuatro millones de habitantes, aunque el cálculo no es seguro.

En esto Carlos coincidía plenamente con su abuelo Fernando; el mejor modo de liquidar las secuelas de una guerra civil consiste en que el poder real, sin negar la justicia de las sentencias, sepa perdonarlas. Así cambiaban radicalmente las cosas. Se iba a construir el futuro sobre la reconciliación y no sobre el odio. Una de las características esenciales de la nueva política estaba ahí: «La autoridad de la que depende el poder se afirma cuando practica la clemencia»; pero esta no se presentaba como debilidad sino al contrario, signo preciso de fortaleza. Perdonando, Carlos había logrado la verdadera victoria.

Retorno a Tordesillas

Asiento de ese tribunal supremo llamado Audiencia o Chancillería, y de una de las más prestigiosas universidades de Europa, Valladolid se estaba convirtiendo en una de las capitales del reino; era villa y no ciudad porque carecía de sede episcopal y el poder del rey no contaba con impedimentos eclesiásticos como ofrecía Toledo. Es esta condición la que posteriormente se explica al decidir el traslado de la residencia real a Madrid, villa y sin obispo. A la ciudad del Pisuerga llegó Carlos V el 22 de agosto de 1522 con decisión de enmendar aquellos errores que se habían cometido al comienzo. Decidió celebrar allí las próximas Cortes. Además era corta la distancia a Tordesillas, donde seguía residiendo la reina, su madre, que no estaba dispuesta a renunciar a su condición. Necesitaba de esas

Cortes recursos que permitieran frenar la ofensiva de Francisco I, que se había apoderado de Fuenterrabía y estaba enviando más soldados al Milanesado. Antes de que los procuradores comenzaran su trabajo, quería alcanzar una sólida definición de su familia, dejando claro que no se había discutido nunca su legitimidad. Y, también, incorporar a las infantas a su programa.

Los informes del marqués de Denia eran preocupantes. Era indudable que la reina seguía padeciendo frecuentes y cada vez más graves desvaríos, obligando a sus custodios a tomar medidas muy serias para corregirlos, lo que significaba un descontento y casi un enfrentamiento. Los comuneros habían puesto en circulación la noticia de que los consejeros flamencos habían impedido a Juana ejercer sus funciones para las que estaba suficientemente capacitada. Y se decía que Catalina, que seguía acompañando a su madre, se había mostrado partidaria de las Comunidades durante la guerra.

Entre los días 2 y 4 de septiembre de 1522, Carlos se alojó en Tordesillas. Llevaba consigo dos documentos esenciales: el informe del marqués de Denia en que recomendaba que se tomaran cuidadosamente medidas que impidieran que Juana fuera empleada como instrumento frente a la autoridad real y una carta escrita por la propia Catalina en diciembre de 1521 y que consiguiera filtrar hasta su hermano, en que se quejaba del mal trato que su madre y ella estaban sufriendo, incluso físico, por parte de Denia y los suyos. Las medidas tomadas por el emperador demuestran la inteligencia con que él y sus consejeros sabían tratar los asuntos delicados. Denia permaneció en su puesto, bien advertido, y se dispuso el traslado de Catalina a la Corte asignándosele un papel fundamental, futuro matrimonio con el rey Juan III de Portugal. A la muerte de Manuel, Leonor había retornado junto a su hermano; pero las íntimas relaciones entre los dos reinos peninsulares no habían

sufrido merma alguna. Se consideraban esenciales dentro de la política universal.

En el otoño de 1522 las relaciones entre todos los miembros de la familia real podían considerarse ejemplares. Iban ocupando por vía de matrimonio posiciones esenciales que garantizaban el entendimiento entre todos los reinos europeos. Salvo en Francia, de momento algunas gotas de sangre habsburguesa servían para dar sensación de que todos los soberanos formaban una familia y debían tratarse como allegados. Y esto resultaba esencial para la defensa contra el islam y también para las exploraciones oceánicas, ahora que el retorno de Elcano, sucesor y sustituto de Magallanes, demostraba prácticamente la redondez de la Tierra. También se había comprobado que pequeñas comunidades cristianas sobrevivían en rincones de África y de Asia.

Francisco I no compartía este planteamiento. Para él los Habsburgo eran intolerables enemigos. Estaba decidido a ampliar los horizontes de guerra acudiendo incluso a negociaciones con los otomanos que beneficiaban también a los corsarios berberiscos que merodeaban por el Tirreno.

Cortes de Valladolid

Aquellas Cortes se habían convocado desde un punto de vista muy distinto de las anteriores. Desde luego se iba a solicitar la continuidad de las ayudas extraordinarias porque resultaban importantes en la batalla contra el islam. Pero sobre todo se trataba de calmar los ánimos. No eran las Comunidades las que debían defender las libertades del reino; esta era la misión que con su juramento el rey se obligaba a cumplir. El Consejo Real no modificó su doctrina jurídica: la rebelión tenía que ser considerada como delito grave contra la seguridad del Estado. Pero el 1 de noviembre

de 1522 Carlos hizo público el decreto de «perdón general» que eximía a las ciudades de cualquier responsabilidad y reducía a 293 el número de personas que podían considerarse culpables; de ellas solo cuarenta sufrieron castigos, pues las demás se acogieron a lugares donde se les brindaba protección y no fueron molestadas. Hay, sin embargo, una consecuencia que no puede ser olvidada; aquellos linajes de nobleza media que participaron en la revuelta habían perdido el honor y, con él también, la fama. Serio castigo dentro del espíritu de la caballería.

Las sesiones habían comenzado el 24 de julio de 1522 aunque se prolongaron mucho tiempo. En varias ocasiones se dio noticia a los procuradores de que el emperador se había trasladado a Tordesillas para colocarse al lado de su madre que sufría enfermedad. Esto aventaba muchas de las calumnias y ponía en cambio de relieve algo que Fernando el Católico ya explicara; en el interior de la real familia lo único que importa es el amor: «En el interior de ella se encuentra también la conciencia del deber; cada uno de sus miembros desempeñará las funciones que le hayan sido asignadas. El matrimonio debe crear amor, sin que este le preceda».

El discurso inaugural de las Cortes, leído en julio de 1523, había sido redactado por Gattinara; en él se encuentra la precisa explicación del programa de Carlos V. La Corona responde a los designios de Dios que, por la vía del nacimiento, escoge a quien debe llevarla. En consecuencia se debe insistir en que las dos principales misiones que se le encomendaban eran la defensa de la fe contra enemigos del exterior o del interior y llevarla a esos nuevos países. Aquí estaba el fundamento de una ideología que Carlos ya había hecho suya con las sonoras palabras empleadas en Worms. Y a los procuradores se les pedía que otorgasen la ayuda extraordinaria por otros tres años, fijando su cuantía.

En aquel momento, los avances incontenibles de los otomanos y los tanteos militares hostiles por parte de Francia en Navarra,

Flandes y el Milanesado demostraban que España iba a encontrarse en situación de guerra. En su diálogo con los procuradores, los consejeros del emperador insistían en lograr un incremento como ya lo habían hecho los otros dominios del imperio. Era imprescindible obligar a Francia a firmar una paz que resultaba imprescindible para la defensa de Europa; pero Francisco no lo haría si no se le daban buenos golpes en el lomo. Había que reforzar y disciplinar el ejército. Los procuradores aceptaron el razonamiento y votaron a favor de nuevos impuestos durante otros tres años. Pero de acuerdo con las costumbres presentaron a su vez un cuaderno de peticiones.

Se encargó de presentarlo el procurador de Granada, que era la última de las ciudades que recibiera el voto en Cortes y respondía al nombre de Juan Rodríguez de Pisa. Afirmó con ello la lealtad del reino a su rey pero explicó que las Comunidades habían sido consecuencia de los errores cometidos en el comienzo del reinado, a los que no se debía retornar. Era imprescindible retornar a ese acuerdo bajo juramento entre rey y reino que caracterizaba a España. Las ciudades reconocían que los dos fundamentos políticos mas necesarios en aquella hora eran precisamente aquellos que se les estaban proponiendo: paz sólida dentro de la cristiandad que podía lograrse al estar Adriano VI en la Sede de Roma, y defensa de toda la zona mediterránea. Europa estaba viviendo horas de peligro al que tenía que enfrentarse Carlos, mandatario de Dios. Desde Alemania llegaban noticias: Worms no había acabado con el luteranismo; al contrario, este se extendía.

Carlos tomó entonces la palabra, como hiciera anteriormente, dando lectura a un discurso que él mismo había redactado. Podemos decir que es clave en la significación de las Cortes de Valladolid. En él encontramos tres aspectos que nos ayudan a comprender cuál era el nuevo régimen imperial que proponía. Afirmó que él no gobernaría sin las Cortes, en donde se apoya el poder legislativo; todas aquellas propuestas que los procuradores formulasen serían

examinadas por el Consejo para asegurar que eran conformes a los usos y costumbres, pero una vez confirmadas se incorporarían al cuerpo de leyes. Por su parte, el monarca comunicaría los proyectos de enriquecimiento legal porque, de acuerdo con el recíproco juramento prestado, allí estaba la legitimidad. En segundo término dijo que había plena coincidencia entre la política que recomendaban las Cortes y la que estaba examinando el Consejo. Y finalmente reconoció que las alteraciones pasadas, aunque no pudieran ser aprobadas debían enviarse al olvido. Era tanto como decir que las dos partes implicadas en la guerra de las Comunidades se otorgaban recíprocamente el perdón. Una maravillosa lección de cordura.

Capítulo VI

LA PRIMERA GUERRA CON FRANCIA

Un cambio en el pontificado

No debemos equivocarnos: la elección de Adriano VI no se debía a ninguna clase de influencia por parte del emperador, que hubiera preferido conservarlo a su lado, sino a que un grupo influyente de cardenales había impuesto el criterio de que era necesario partir de la Reforma católica, dentro de la que militaba de pleno el nuevo papa, para superar el peligro que, para la fe, significaba el luteranismo. Los legados que el nuevo papa envió a la Dieta de Núremberg (1522), donde iban a debatirse las propuestas que Lutero estaba formulando, llevaban instrucciones muy precisas. Había que conseguir la aplicación de la Pragmática de Worms, pero al mismo tiempo reconocer la necesidad de conversión interna en el comportamiento del clero. La Dieta no tuvo éxito. Los que, en el cónclave, defendieran la candidatura de Giulano de Médicis, primo de León X, siguieron trabajando para fortalecer aquel partido que aludía al incremento de la potencia del emperador como a un proyecto para dominar Italia, lo que dejaría en muy malas condiciones a los Estados Pontificios y también a las grandes familias

que habían logrado consolidarse en principados como era el caso de Toscana.

Inesperadamente se produjo, el 14 de septiembre de 1523, el fallecimiento de Adriano, que contaba sesenta y cuatro años de edad. Dejaba una obra apenas comenzada. El cónclave se encontró de nuevo inmerso en el enfrentamiento entre dos candidaturas, italianas en este caso: la del ya mencionado Julián de Médicis, bastardo legitimado dentro de la familia de Lorenzo el Magnífico, y Alejandro Farnesio. El primero de ellos se mostraba decididamente partidario de un acercamiento a Francia, aunque demostraba escasas dotes de gobierno. El programa de Carlos le parecía una amenaza capaz de destruir el resultado final del V Concilio de Letrán. Fue elegido. Significativamente tomó el nombre de Clemente VII, el mismo que tomara en 1368 el pariente del rey de Francia que originara el Cisma. Se repetía el número porque aquel había sido declarado antipapa.

Aunque conocía bien sus inclinaciones a la francofilia, Carlos *re*cibió correctamente la noticia de su nombramiento; tal vez confiaba en que por su medio se lograse la paz con Francia que tanto necesitaba. Había además la coincidencia en relación con el peligro turco. Pero se produjo un enfrentamiento cuando el emperador reclamó la convocatoria de un concilio, imprescindible para liquidar la herejía. Clemente estaba absolutamente decidido a evitarlo precisamente por la razón a que tantas veces nos hemos referido. Lo único que consideraba imprescindible en aquellos momentos era el fortalecimiento de la Curia y de sus miembros, es decir, del gran instrumento de poder con que contaba la autoridad espiritual. También respondía positivamente a las demandas de ayuda que se le hacían desde Venecia, Austria y Nápoles; parecía imprescindible formar una Liga que reuniese fuerzas, pues también el Adriático estaba siendo alcanzado por la ofensiva turca.

Aquí se presentaba la gran dificultad. Solimán el Magnífico, que había sucedido a Selim II, contaba con fuerzas más que suficientes y demostraba poseer buenas dotes de mando. Y con él estaba negociando ya Francisco I, que estaba decidido a utilizar cualquier medio que impidiese la hegemonía imperial; a su lado se hallaba en estos momentos Génova, que contaba con uno de los mejores marinos de su tiempo. Aprovechando las revueltas de las Germanías, los genoveses se habían apoderado de Palma de Mallorca, aunque no pudieron consolidarse allí. La importante ciudad balear fue recobrada el 3 de marzo de 1523. Este episodio despejó las últimas dudas de Carlos: era inevitable el enfrentamiento armado con Francia porque había peligro de que traicionara a la cristiandad. Aquí tenemos una de las principales consecuencias del retorno del emperador a España: la defensa del Mediterráneo era lo primero en la línea de objetivos.

La liberación de Fuenterrabía

En 1522 Carlos descubrió que Francia contaba con dos ventajas a su favor; era el reino con mayor dimensión demográfica y superaba a los demás en recursos agrícolas. Las largas guerras que calificamos de los Cien Años habían desarrollado los sentimientos patrióticos tan eficaces contra cualquier amenaza de invasión. En sus conversaciones con Enrique VIII en Londres había tratado de convencerle de que debía emprenderse, como réplica a las agresiones francesas, una marcha conjunta de tropas británicas y flamencas hasta alcanzar París. De este modo el reino británico podía recobrar algunos de los territorios que en tiempos le pertenecieron y de los que solo sobrevivía en aquellos momentos Calais. La operación fue prácticamente un fracaso.

Cuando todavía reinaba Adriano VI se enviaron instrucciones a don Juan Manuel para que le descubriera el sucio juego de Francia al negociar con el sultán. Pero el papa rechazó la idea de intervenir en estas cuestiones. Solamente estaba dispuesto a reclamar garantías en lo que se refería a la integridad de los Estados Pontificios. Unas garantías que Clemente VII buscaba ahora por el camino opuesto de un entendimiento con Francia. Tampoco este se mostraba suficiente. Desde el sur o desde el norte, el apetito de los dominadores de Italia se enderezaba siempre hacia los Estados patrimoniales del Vaticano.

Apenas concluidas las Cortes de Valladolid, Carlos V decidió instalarse en Vitoria preparando las operaciones militares que debían rechazar el nuevo intento que los Albret, con tropas francesas, preparaban contra Navarra. La guarnición de Fuenterrabía se hallaba a las órdenes de Pedro Navarro, hijo de uno de los más conocidos colaboradores del Gran Capitán aunque pasado ahora al servicio de Francia. El condestable Velasco, que había asumido el mando sobre toda la operación, logró dos éxitos que lógicamente incrementaron su fama: una especie de acuerdo con los duques de Borbón, que eran parientes del rey de Francia pero se enfrentaban a los Albret porque también reclamaban título de reyes de Navarra, y un acuerdo con Navarro a quien convenció de que debía volver a la obediencia de su señor natural dispuesto como estaba a otorgarle grandes ventajas. De este modo, en febrero de 1524 Fuenterrabía abrió sus puertas. Para tomar posesión de la ciudad fue enviado un joven miembro de uno de los principales linajes castellanos: era Fernando Álvarez de Toledo, que pronto se convertiría en tercer duque de Alba. Tendremos ocasión de anotar ocasiones en que su cooperación con Carlos V fue muy importante; crecería después con Felipe II. Fuenterrabía había servido para demostrar la superioridad en el arma de artillería de los ejércitos de Carlos V.

Los Borbones, que invadieron Provenza hasta las inmediaciones de Marsella defendiendo la tesis de la ilegitimidad de Francisco I,

que debía su elevación al trono a la radical aplicación de la ley sálica, fracasaron en sus propósitos. Fue entonces cuando el monarca francés, contando con Saboya y con Génova como principales bases de apoyo, decidió responder a aquellas maniobras invadiendo Italia: el 26 de octubre de 1524 volvía a apoderarse de Milán. Se trataba de un ducado que los Sforza habían arrebatado al imperio, si bien nunca consiguieron transmisión legítima de derechos. Clemente VII y el dux de Venecia tomaron entonces la decisión de llegar a un acuerdo con Francia, ya que parecía inevitable que esta impusiera su dominio sobre todo el espacio que domina el Po.

Otro argumento debe tenerse en cuenta para comprender el giro de Roma. Ante Clemente, Carlos estaba utilizando el argumento de que necesitaba la convocatoria de un concilio y en tierra alemana. Por primera vez sugirió el nombre de Trento, ya que en esta ciudad se daban dos circunstancias: formaba parte del imperio pero era asequible a todos los que vinieran procedentes de Italia. Clemente veía detrás de esta insistencia una peligrosa maniobra conducente a que la nación alemana tomara las riendas de la Iglesia. Algo que no podemos olvidar, pues se hallaba, en estos primeros años de la reforma protestante, dentro de las demandas de Lutero: un concilio que tuviera potestad incluso para someter a juicio al papa.

Pavía, la gran victoria

La reconquista del Milanesado y, con él, volver a ceñir, como los antiguos emperadores, la corona de hierro de los lombardos que la leyenda dice haberse fabricado con unos de los clavos de la Cruz, significaba para el emperador establecer una especie de dominio sobre Italia. Y esto le parecía esencial en unos momentos en que su hermano Fernando, desde Viena, estaba reclamando nuevos recursos, ya que no eran suficientes los que poseía frente al

incremento de la presión de los turcos. Las reservas de los tercios de Nápoles debían tener abierto el camino de Austria. Por estas razones Carlos concedía mucha importancia a la amistad con Inglaterra y Portugal, cubriendo las rutas occidentales cada vez más beneficiosas. Juan III, sucesor de Manuel el Afortunado, estaba proponiendo un doble matrimonio, el suyo con una infanta castellana y el de su hermana Isabel con el propio emperador. En el otoño de 1524, Carlos volvería a viajar a Tordesillas; se trataba de comprobar si Catalina estaba ya en condiciones de casarse.

Respuesta afirmativa. De hecho, la infanta emprendió el viaje a Lisboa el 2 de enero de 1525 para convertirse en reina de Portugal. Desde este puesto gozaría de extrema influencia. A la muerte de su marido asumiría la regencia. También Isabel aceptaba la propuesta de convertirse en emperatriz. Fue grande después la influencia de Catalina para conseguir que su sobrino Felipe II llegara a convertirse en rey de Portugal, cerrando durante más de medio siglo la unidad de la Península. El matrimonio con Isabel tuvo que retrasarse porque Carlos debía resolver antes el compromiso que apuntara durante sus entrevistas con el rey de Inglaterra. Podemos afirmar sin embargo que desde comienzos del mencionado año la decisión estaba tomada. El nombre, la belleza, la piedad y la inteligencia hicieron a muchos, como san Francisco de Borja, que vieran en la emperatriz un retorno de la Reina Católica.

Hay otra razón que explica la solidez en el acercamiento entre España y Portugal. Como sucediera en el caso de Colón, ahora que se había cruzado de extremo a extremo el Pacífico, los dos reinos necesitaban ponerse de acuerdo acerca de las fronteras que sabían ponerse en el Extremo Oriente. Filipinas y Australia conservan entre nosotros, todavía, el recuerdo de aquellos monarcas hispanos.

Al cambiar la línea de conducta del papa y reforzarse en Alemania el apoyo a los luteranos cada vez más contrarios al emperador, las dificultades de este iban creciendo. Sin una paz

sólida con Francia no podría contar con los recursos que en otros frentes necesitaba. Las intenciones de Francisco I eran opuestas, y los tanteos españoles, en las fronteras de Navarra o Flandes y en Provenza, habían fracasado. Los franceses eran ahora dueños de Milán, y Antonio de Leyva había tenido que llevar sus tropas a Pavía, si bien seguía contando con el apoyo de los banqueros y de Venecia para quienes resultaba peligrosa la expansión de Francia. Por otra parte Enrique VIII, defraudado por la infertilidad de Catalina que solo le había dado una hija, María, pretendía que el papa negase validez a su matrimonio, alegando que era falsa la mención hecha en su contrato de que el matrimonio de Catalina con su hermano Arturo era rato pero no consumado. Wolsey estaba convencido de que Clemente VII otorgaría la nulidad ya que había varios precedentes difíciles de explicar en Francia. Carlos V iba a mostrarse en todo momento decidido defensor de la legitimidad de su tía y de su prima.

Leyva organizó la defensa de Pavía. Desde España se cursaron órdenes al virrey de Nápoles Lannoy, al duque de Borbón y al archiduque Fernando para que le enviaran mercenarios reclutados con los créditos de los grandes banqueros, lo que significaba un compromiso difícil para las arcas del rey. Francisco vio entonces la oportunidad de invertir los términos de Ceriñola y decidió ponerse al frente de aquellas tropas que iban a destruir el recinto de Pavía. Las cosas sucedieron de un modo contrario: frente a los franceses que subían al asalto de aquel bastión, los imperiales respondieron con valor y fuerza combativa y el 25 de febrero lograron una gran victoria sobre los franceses que se dispersaron dejando a su rey en poder del enemigo. Guardándole todas las consideraciones debidas, el virrey de Nápoles se hizo cargo del prisionero al que envió a Barcelona. Desde allí a Valencia y finalmente a Madrid. La batalla de Pavía era la gran victoria para italianos, flamencos y españoles.

Para el emperador la gran oportunidad: no solo había recobrado el dominio sobre Italia, sino que estaba ahora en condiciones de doblegar la voluntad de su enemigo, convenciéndole, mediante ofertas y honores, de que había llegado el momento de firmar una paz general. Siguiendo la norma marcada por su abuelo Fernando, confiaba en que la generosidad bastase para cambiar las tornas sustituyendo la guerra por la paz. Y con ella el entendimiento entre las dos grandes Monarquías.

Tratado de Madrid

Desde el 10 de marzo, por muy diversos conductos, los correos trajeron a Carlos, entonces en España, la sorprendente noticia. No había esperado que pudiera alcanzarse una victoria tan contundente como la de Pavía sobre el poderoso ejército francés. Algunos de sus consejeros vieron en ella un signo de la Providencia; aparece esta interpretación en documentos recogidos por el profesor Fernández Álvarez. Dios había escogido precisamente a Carlos, que debía ser consagrado emperador lo antes posible, como instrumento adecuado para defender y expansionar la fe verdadera que tantos quebrantos estaba sufriendo. Habría que añadir que el programa explicado por Gattinara ante las Cortes de Valladolid se convertía, ahora, en una realidad; más de cien años habían pasado desde que un monarca francés cayera en manos de sus enemigos británicos. A este respecto es muy importante señalar los rasgos en la conducta de Carlos V: Francisco fue tratado en Madrid no como un prisionero, sino como un huésped con quien se espera negociar y firmar acuerdos. Digámoslo de otro modo. El emperador confiaba en alcanzar uno de los objetivos señalado desde hacía tiempo: la amistad con Francia garantizaba la puesta en marcha del programa que él se había trazado.

Varias decisiones fueron tomadas sobre la marcha. La primera enviar a París al comendador Peñalosa con una carta firmada por Francisco en que comunicaba a su madre Luisa de Saboya que se estaba negociando la paz y por consiguiente debían cesar las operaciones militares. Otra, cuyas consecuencias eran difíciles de valorar, era la suspensión de hecho del tratado de Windsor, lo que dejaba a la niña María Tudor y a su madre Catalina en completo desamparo frente a las maniobras de Enrique VIII. Es posible que este dato influyera en el empeño que Carlos puso en impedir que Clemente VII accediera a las demandas que le llevaba Wolsey. Con el tiempo, pese a todo, María llegaría a ser reina de Inglaterra y, durante un corto tiempo, esposa de Felipe II.

La ruptura entre los Tudor y los Austria cobraba en aquellos momentos dimensiones religiosas. España condenaría el anglicanismo, apoyando en este punto al papa. Es significativo que cuando Carlos recibió la noticia del martirio de santo Tomás Moro pronunciara aquellas emotivas palabras que hemos recordado acerca de preferir la pérdida de un reino a la de un consejero tan leal. Esto pensaba ya en 1525. Al prescindir del acuerdo de Windsor, el emperador podía apresurar las negociaciones para su matrimonio con Isabel de Portugal. De este modo un «bloque ibérico» se hacía dueño de las rutas oceánicas. Carlos pensaba también que la estrecha amistad con Portugal podía abrir un nuevo frente contra los turcos utilizando el golfo de Ormuz y las bases de la India.

Se cursaron órdenes a todos los mandos militares para que observaran el alto al fuego. El emperador decidió celebrar aquella Semana Santa en el famoso monasterio de sus queridos jerónimos en Guadalupe. Según leyenda repetida durante siglos, la imagen a que allí se rendía culto era un retrato de la Virgen María pintado por san Lucas que san Gregorio Magno regalara a san Leandro, el hermano de Isidoro de Sevilla. Allí era en donde Isabel tomara algunas de las decisiones más importantes. Y hoy Guadalupe es el

nombre que ocupa el corazón de México. Parecía indicarse de este modo que el objetivo de la paz que se estaba negociando era más religioso que político: paz absoluta entre aquellos reyes que por concesión pontificia eran portadores de apellidos que acreditaban su catolicidad.

Largo y doloroso había resultado para Francisco el viaje, primero por mar hasta Barcelona, luego por Valencia hacia Madrid, en donde hizo su entrada el 12 de agosto de 1525. La gente se había echado a la calle para ver el inesperado espectáculo de un rey prisionero. Se pensó en instalarle en el palacio de los Lujanes, pero pronto se cambió este alojamiento por otro más cómodo: el que utilizara Enrique IV como palacio real sobre cuyos resto se alza el actual Palacio de Oriente. Desde aquí podía dar largos paseos y organizar partidas de caza. En septiembre avisaron a Carlos de que había caído enfermo y se temía incluso por su vida. Velozmente retornó a Madrid, se acercó a la cama en que yacía el enfermo y le dio un abrazo pronunciando tres palabras decisivas: «Libre, hermano, amigo». Los cronistas dicen que esta visita influyó decisivamente en la mejora del enfermo. También lo hizo la llegada de Margarita, duquesa de Alençon y hermana del rey de Francia. Traía poderes de la reina regente y del Consejo Real declarándose dispuestos a obedecer y cumplir todos los acuerdos que el rey, en pleno ejercicio de sus funciones, firmara con España.

En un punto se mostraba abiertamente decidido Francisco I: no cedería ni un metro del ducado de Borgoña porque era parte esencial en el patrimonio de su Corona. Sabía muy bien que tenía que hacer concesiones aunque no estuviese dispuesto a cumplirlas porque de ellas dependía su retorno a París. De modo que el 14 de enero de 1526 firmó el Tratado de Madrid. En secreto comentó con sus acompañantes franceses que todo aquello era fruto de una violencia y, en consecuencia, podía incumplirlo sin menoscabo de su

honor. Es muy posible que Carlos no tuviera conocimiento de este mensaje; a él el tratado le parecía una pieza esencial.

Se habían impuesto al rey de Francia tres condiciones: sus dos hijos mayores se instalarían en España en calidad de rehenes para garantizar la devolución del ducado de Borgoña ocupado por Luis XI. Y además debía casarse con Leonor, la hermana mayor de Carlos, viuda de Manuel de Portugal. Durante varios días, los dos reyes celebraron reuniones; el 15 de febrero comieron y cenaron juntos preparando el viaje a Illescas, el siguiente día; allí les esperaban Leonor y Germana de Foix que se presentaba como depositaria de los derechos que en Francia conservaba este linaje. En Illescas se celebró precisamente la boda que no fue entonces consumada. Francisco siguió entonces su viaje a Fuenterrabía esperando la llegada de sus hijos rehenes. Subió entonces al barco que le esperaba, realizando el corto viaje que le devolvía la libertad. Lo que había firmado en Madrid no iba a cumplirse.

Isabel, emperatriz

A su regreso de Francia el comendador de Peñalosa había negociado la suspensión del acuerdo de Windsor; accedió a ello Enrique VIII porque no estaba en condiciones de pagar la dote que se señalara a María. En las delicadas circunstancias que se estaban viviendo, también el monarca británico deseaba liquidar el compromiso. Pudo entonces Carlos concertar su matrimonio con la hermana de Jorge III de Portugal, que llevaba el significativo nombre de Isabel. En las Cortes los procuradores se habían pronunciado en favor de esta unión: mujer muy bella e inteligente que hablaba, pensaba y sentía como una castellana. El 17 de octubre de 1525 se firmaron las capitulaciones: la novia traería como dote 900.000 doblas de oro utilizadas en gran parte para saldar las deudas que se tenían con

Portugal. El abundante séquito de la novia era además portador de un ajuar que enriquecería su morada. Carlos había tomado a su cargo conseguir la dispensa pontificia, imprescindible dado el estrecho parentesco entre los esposos.

Los acuerdos se hicieron en Torresnovas. Una semana más tarde, en Toledo, el emperador y sus consejeros estampaban la firma; el primer nombre en la larga lista era el de Mercurino de Gattinara canciller, pues se trataba de una emperatriz. Estamos entrando en una historia de amor que recordaba e incluso superaba la que vivieran Isabel y Fernando y también la hija de estos cuando casó con Alfonso de Portugal. En los tres casos encontramos el mismo nombre. Se estaba revelando uno de los profundos secretos dimensionales de la monarquía española: cuando rey y reina, por encima de las simples relaciones conyugales, se sienten unidos en lo profundo del alma, la Corona adquiere una nueva condición esencial, la femineidad que proporciona intuición y sentimiento al gobierno; y esto es enriquecimiento político. El papel de la emperatriz Isabel, en los años que constituyen su reinado, resulta decisivo para el entendimiento de las funciones que el emperador estaba asumiendo ya: fortalecimiento de la reforma católica y estrechamiento de relaciones con Portugal que prácticamente habían llegado a desembocar en Unión de Reinos. Y así lo veían las mujeres.

Se había previsto celebrar la boda en Sevilla en febrero de 1526. La novia partió de Almeirim, acompañada de sus hermanos Luis y Fernando y fue recibida en la frontera por el duque de Calabria, que desempeñaba ahora papeles importantes. Destacaba, en la comitiva española, el arzobispo de Toledo. Carlos se hallaba negociando con Francisco I en la forma que ya hemos descrito y esto provocó un pequeño retraso. Desde el primer momento la futura emperatriz tuvo constancia de que estaba siendo recibida con aplausos: era la reina que todos esperaban. Vestía con lujo y, siguiendo la norma marcada por su abuela, escogió para sí un lema como corresponde al espíritu

de la caballería. Curiosamente coincidía con el que César Borgia escogiera para sí: «Aut Caesar aut nihil». Entendámoslo bien: fuera del César que le estaba esperando nada había para ella. Coincidiendo con Gattinara, ella también esperaba la consagración imperial de su esposo devolviendo de este modo a Europa su identidad.

Hizo su entrada en Sevilla el 7 de marzo colocándose bajo la protección de la Virgen de la Macarena. Vestida de blanco iba montada en un caballo de ese mismo color. Así se destacaba la pureza absoluta de una doncella que no tardaría en dar al imperio un heredero. Puertas y ventanas estaban abiertas y los sevillanos inundaban las dos aceras del camino que conducía a los reales alcázares en donde se había preparado su alojamiento. Carlos no llegó hasta el día 10. Una ausencia significativa que algunos autores consideran deliberada: no era el esposo que aguardaba a la esposa sino el emperador que demostraba de dónde venían la autoridad y el poder. Ese mismo día 10 se repitió el desfile clamoroso por las calles de Sevilla. Hija de Manuel y de María, en sus venas se reunía la sangre de los Trastámara y de los Aviz. Aljubarrota estaba superada, aunque se la siguiera celebrando como una gran hazaña.

Clemente VII, que había aceptado el Tratado de Madrid como fórmula que garantizaba la paz y la obediencia de ambos reyes, decidió hallarse presente en las nupcias por medio de un solemne embajador, el cardenal Salviatti. De este modo se demostraba que la indulgencia concedida no era un mero trámite de la Curia sino una bendición especial. El legado estaba de pie, a la derecha del arzobispo de Sevilla en la puerta de la catedral, cuando a ella llegaba el monarca para dar gracias a Dios en aquella hora de triunfo. Entrada la noche llegó a los alcázares en donde Isabel le estaba esperando. Ella se puso de rodillas con intención de besar sus manos, pero él se inclinó, la tomó en brazos, y alzándola del suelo la besó. De este modo intencionadamente romántico se conocieron. No

estamos contando ninguna novela sino recogiendo las noticias de los cronistas. Presente en todo momento el espíritu de la caballería. Carmen Mazario ha recogido toda la documentación en su obra.

Importante es sobre todo la correspondencia del embajador portugués Acevedo Continho, pues en ella, siguiendo sin duda instrucciones, desciende hasta detalles íntimos demostrando así el acierto en el matrimonio. Para nuestros lectores también pueden resultar aclaratorios. Eran las doce de la noche cuando el arzobispo de Toledo celebró la misa de velaciones en un altar improvisado en los aposentos de la reina. Esta se retiró entonces a su cama aguardando la llegada del marido con quien consumó matrimonio; no tenemos noticia de que se hubiera seguido la norma castellana de mostrar la sábana nupcial, pero no cabe duda de que aquella ceremonia fue todo un éxito. En adelante los dos esposos se comportarían como enamorados que se comunicarían su pensamiento y de este modo la emperatriz se convertiría en factor esencial de la política. Tenemos motivos para suponer que mientras Isabel vivió Carlos no tuvo relaciones con otras mujeres.

Padrino de la boda había sido Fernando de Aragón, duque de Calabria, en quien recaían los posibles derechos de Fadrique, puestos ahora en manos de Carlos en cuya obediencia se había instalado desde su puesta en libertad por los agermanados a los que, sin embargo, rechazó. Para instalarle con más seguridad en la Corte, el rey había decidido casarle con Germana de Foix que de nuevo era viuda al fallecer el marqués de Brandemburgo. Los nuevos esposos se convertirían en virreyes de Valencia. De este modo se liquidaban las posibles divisiones en Nápoles. En este caso no podemos hablar de amor sino de intereses: Germana había engordado de forma tan desmesurada que llamaba la atención. A pesar de todo, el matrimonio funcionó a la perfección siendo uno más en las dimensiones de la familia real. Carlos estaba preparando también un incremento en los poderes de su hermano Fernando.

Un problema pendiente: los moriscos

A los nuevos virreyes les aguardaba una tarea importante: hallar soluciones al delicado problema que despertaran las Germanías. Los Reyes Católicos, que cuidaron bien de la Alhambra, habían otorgado a Granada privilegios que la convertían en una de las ciudades principales del reino. Era segunda sede de la Audiencia o Chancillería. Carlos condujo lentamente a su esposa hasta aquel maravilloso rincón. Y fue precisamente en Granada donde Isabel pudo comunicarle que se hallaba encinta; aquel primer hijo iba a ser Felipe II. Seguramente no preveían que sus restos mortales serían llevados también allí donde ya se encontraban los de los abuelos. El emperador pensaba hacer de Granada una especie de residencia para tiempos de descanso pero no quería alojarse en el antiguo palacio de los reyes moros, de modo que encargó al arquitecto Pedro Machuca que levantara un edificio renacentista en la puerta de la Alhambra. No podía presuponer que nunca llegaría a ocuparlo.

Durante todo el otoño de 1526 los reyes permanecieron en Granada. No se trataba de unas vacaciones prolongadas sino de aprovechar la paz con Francia para llegar a conocer un problema sumamente delicado. En un momento de especial enfrentamiento con Solimán, en España permanecía una población musulmana que, llegado el caso, podía pasarse al enemigo. Los Reyes Católicos, al firmar sus acuerdos de capitulación con los nazaríes, habían otorgado a la población musulmana permiso para seguir practicando su religión y sus costumbres en plena libertad. En Valencia subsistía, como dijimos, una población agrícola que sufriera persecuciones durante las Germanías. Pero en Granada, donde buscaran refugio los súbditos de Boabdil, la comunidad islámica contaba con artesanos, especialistas sobre todo en seda y cueros que les permitían vivir con

holgura. La política de Isabel y Fernando era lograr su bautismo, bien entendido que este, para ser válido, de acuerdo con la doctrina cristiana, tiene que ser voluntario. El endurecimiento impuesto por Cisneros había dado muy escasos resultados; incluso se produjeron bautismos falsos porque sus receptores seguían secretamente en la fe musulmana.

Parientes y colaboradores de Muley Hacen y de Boabdil se habían integrado en la nobleza castellana aceptando su religión, pero seguían defendiendo el modo de vida de aquellos que fueran sus súbditos evitando que emigrasen a África con daño para su economía. Tres de ellos, Fernando Venegas, Miguel de Aragón y Diego López de Benajara, presentaron al emperador un memorial que pretendía aclarar las cosas. Carlos nombró entonces una comisión presidida por fray Antonio de Guevara para que estudiara el problema y fijara las normas que se debían seguir. Sus análisis partían del hecho de que en la población morisca, heredera de la tolerancia que practicaran los monarcas españoles, se advertía ahora una profunda división: a causa de las presiones que la población cristiana iba ejerciendo, crecía el número de los que se fingían cristianos para ocultar su verdadera condición. En Valencia y en las Alpujarras se habían producido en 1500 y 1522 levantamientos que tuvieron que ser sofocados. Se trataba en ambos casos de población campesina que se veía sometida a ese disfraz de servidumbre llamado «encomienda», del que también eran víctimas muchos indios americanos. En aquellas zonas la población morisca indispensable para el cultivo de la tierra mostraba simpatía hacia los berberiscos que ahora los turcos empleaban para dañar la Península. En consecuencia muchos consejeros —y en esto coincidían con la Curia romana— eran partidarios de que se expulsara a los moriscos antes de que se convirtieran en eficaces auxilios para una invasión otomana.

Pero lo que en su informe aducía la nobleza de origen nasri era algo muy distinto. La ciudad se había entregado a los Reyes Católicos mediante un pacto que aseguraba la libertad religiosa. Fray Hernando de Talavera, primer arzobispo, a quien los musulmanes calificaban de «alfaqui santo», sostenía que el proceso de evangelización tenía que atenerse a estas condiciones; había conseguido éxitos aunque desde luego el proceso sería lentísimo. La mayor parte de los miembros de los altos linajes se habían bautizado ya y poco a poco la fe iría penetrando. De este modo se consolidaba la estructura económica de la ciudad y crecía el bienestar. Prueba de esto daban a Carlos al entregarle 80.000 ducados de oro en señal de agradecimiento y fidelidad. Concluían su exposición diciendo que los granadinos temían seriamente a los turcos, que significaban un daño irreparable para sus propios intereses. Y esto era evidentemente cierto. Con Boabdil se había demostrado cuando escogió el camino de África.

La comisión presentó, a su vez, las conclusiones a que llegara con su investigación. Ya Cisneros se había opuesto a los métodos bonancibles del famoso e inteligente Jerónimo: siendo los musulmanes muy prolíficos, su número crecía en unas dimensiones que superaban ampliamente las de los bautismos. Si se mantenía la tolerancia había el peligro de que Granada y su comarca se convirtiesen en un reducto musulmán. Por eso recomendaban procedimientos más de dos y, en definitiva, favorables a los cristianos que desde diversos puntos pasaban a instalarse en Granada. La documentación permite comprobar que el trato a los musulmanes se hizo desde entonces más severo.

Fray Antonio de Guevara y sus colaboradores recomendaron volver a los métodos de fray Hernando de Talavera, pero introduciendo en ellos una novedad: crear colegios a los que pudieran acudir también los niños de familias musulmanas pero en donde se enseñara cristianismo. Como no había otros, a ellos tenían

que recurrir. Y de este modo la nueva generación sería educada en el cristianismo sin que se dijera que habían sido obligados a bautizarse. Mientras tanto había que suspender todas las medidas de fuerza. Hablar, rezar y enseñar; esto era precisamente lo que recomendaban los jerónimos. Y Carlos V aceptó esta propuesta promulgando un decreto que prolongaba las condiciones de los Reyes Católicos durante cuarenta años más. Probablemente ignoraba entonces que nunca más pondría el pie en aquella admirada ciudad.

Consolidación del luteranismo

La primera guerra con Francia, ahora suspendida pero no eliminada, puesto que Francisco I había revelado desde el primer momento su intención de incumplir el Tratado de Madrid, había proporcionado a Lutero el tiempo que necesitaba para completar su doctrina rehuyendo las condiciones que se fijaran en la Dieta de Worms. Clemente VII, al mezclarse también en la contienda entre ambos reyes, había permitido pasar un tiempo precioso. Entre 1520 y 1526, el famoso maestro agustino, que contaba con la ayuda de valiosos colaboradores, especialmente de Felipe Melanchton, pudo dejar a un lado la excomunión de León X y también las acusaciones que contra él se formularan en Leipzig y elaborar un cuerpo de doctrina que es lo que precisamente calificamos de luteranismo. El punto de partida estaba en el rechazo de la autoridad pontificia. Se explicaba así que el gran error cometido por la Iglesia estaba en haber sustituido la base fundamental, significada por la comunidad cristiana, por un poder personal que no se diferenciaba de los demás poderes temporales. Había que devolver a esa comunidad su cometido.

El elector Federico de Sajonia había acogido a Lutero preparándole un domicilio seguro en el castillo de Wartburg, donde

le sería posible poner en orden todas sus ideas, haciendo de ellas un cuerpo doctrinal. A sus colaboradores más íntimos él mismo comentaba las dudas y tentaciones a que se hallaba sometido. Trataría de poner fin a todos estos conflictos en 1525 casándose con una monja, Catalina Bora. Pese a todo, los sufrimientos y dudas le acompañaron hasta el final de sus días. Su matrimonio se presentaba como una advertencia frente a los deslices sexuales que clérigos, reyes y nobles normalmente cometían. De hecho, aunque con mucha lentitud, la jerarquía estaba librando también una batalla de la que finalmente saldría vencedora.

Para entender bien las dimensiones que el luteranismo iba a adquirir en su enfrentamiento con el programa de Carlos V tenemos que acudir precisamente a los escritos elaborados durante estos años, en los que se incluía también una versión de la Escritura que no alcanzaba las condiciones de la Políglota Complutense. Tenemos que comenzar con el *Discurso a la nobleza de la nación alemana* que ponía el acento en los Concilios de Constanza y Basilea: en ellos los germanos, que presentaban la fórmula correcta de sometimiento del papa a la comunidad cristiana representada precisamente por el concilio, habían sido traicionados por las otras cuatro naciones que habían devuelto al Vicario de Cristo su absoluto poder. Ignoraba que había sido precisamente la nación española, en Constanza, la que consiguiera dar un vuelco a la mayoría.

En *La cautividad babilónica* se denunciaba al clero que tenía sometidos a los fieles a una especie de cautividad espiritual. Ni el celibato ni el absolutismo de los Concilios podían ser admitidos. De este modo llegaba a una especie de meta: acceso libre de todos los fieles a la Escritura, ya que la salvación se obtiene por la fe y no por las obras, incapaces en sí mismas de generar méritos para la vida eterna. Como ya señalamos, tampoco estaba dispuesto a admitir libre albedrío y capacidad racional para el conocimiento, «pues la naturaleza humana está sustancialmente dañada por el pecado

original y no puede ser restaurada. Solo la experiencia y la observación pueden proporcionar certezas útiles».

La excomunión pronunciada por León X el 3 de enero de 1521 confirmada por la Dieta de Worms había provocado una ruptura que se tornó irreparable. Los luteranos no podían conservar esa unidad doctrinal, como los griegos hicieran en el siglo XI porque habían rechazado las bases de los primeros concilios ecuménicos. Ahora cada comunidad religiosa debía proporcionarse a sí misma las reglas precisas. Zwinglio desató una persecución contra los que no se acomodaban a sus reglas, y Münzer fundó el anabaptismo. Pronto surgirían movimientos más radicales. El emperador y su esposa tuvieron que poner fin a sus sueños románticos en Granada que abandonaron en diciembre. Tenían que ocuparse de problemas más importantes que amenazaban la unidad de Europa. También venían de Inglaterra otras noticias alarmantes.

Capítulo VII

LA CORONACIÓN IMPERIAL

La Liga de Cognac

Muchos de los colaboradores de Carlos V, especialmente aquellos que, como los hermanos Valdés, militaban dentro de las filas del erasmismo, habían creído, en los primeros momentos, que a Lutero le asistía parte de razón cuando estaba reclamando una reforma que privase al papa de sus resortes de poder. Ahora la conducta de Clemente VII, a quien Leopoldo von Ranke considera como el peor de todos, venía a confirmar estos resquemores: parecía dar más importancia a sus poderes políticos que a sus deberes como defensor de la fe. Y así lo demostraba colocándose a favor de Francisco I, que incumplía los pactos, y mostrándose temeroso de los triunfos logrados por el emperador. La Iglesia necesitaba de una reforma y era precisamente España la que estaba demostrando que era capaz de abrir caminos hacia la santidad y la evangelización. Una niña de diez años, de nombre Teresa, corría las calles de Ávila soñando incluso con esa América de donde comenzaban a llegar buenas noticias. Dominicos y franciscanos, al asumir las tareas de evangelización —son también los años en que se fundan las primeras universidades en aquel continente— estaban remediando

todos los daños en que incurrieran los primeros conquistadores. México y Perú eran ahora fuertes bastiones de fe.

Muchos principados italianos coincidían con el papa en considerar la batalla de Pavía como un daño para aquella nación. Carlos ostentaba el gran dominio sobre la península a que aspirara Federico II; los títulos de Sicilia y Jerusalén a los que este diera importancia figuraban ahora en la larguísima lista de posesiones que se insertaba en los documentos solemnes. Procuradores pontificios y venecianos se encontraron en Cognac, felicitando al monarca francés por su liberación y coincidieron en este punto de vista: había que devolver el ducado de Milán a los Sforza y entregar el reino de Nápoles a una dinastía italiana —no se podía contar con el heredero de Fadrique— reconociendo además a Francia alguna clase de protección, pues su fuerza militar seguía siendo imprescindible. En este momento todavía Andrea Doria, considerado el mejor marino de su tiempo, se hallaba del lado de Francia.

Se comprenden la sorpresa y el disgusto de Carlos V cuando llegó a su noticia que en Cognac se había firmado una Liga en mayo de 1526 que suspendía prácticamente la vigencia del Tratado de Madrid y que en ella se había incluido Clemente VII. Se estaba dando la razón a Lutero cuando acusaba al papa de anteponer sus proyectos políticos al servicio de Dios. Más grave aún era la noticia de que Francisco I había enviado a Frangipani a Estambul para convencer a Solimán de que había llegado para él la ocasión de lanzar una ofensiva en los Balcanes para destruir el poder de los Habsburgo, obligados a combatir en dos frentes. Todas las medidas que el emperador estaba preparando contra el luteranismo quedaban en suspenso. Esto no significaba que se renunciara al gran programa dibujado por Mercurino de Gattinara, sino que había que cambiar la estrategia acomodándola a las nuevas circunstancias.

Tres puntos concretos: se debía someter a Roma obligando al papa a oficiar la misa solemne de consagración del emperador;

impulsar la reforma católica en el sentido que jerónimos y ahora jesuitas estaban preconizando; y apoyar el gesto decisivo de Erasmo en la defensa del *libero arbitrio*. Todo ello reforzaría el honor. Y de ahí la fama.

Estamos, pues, ante un cambio decisivo en relación con la conciencia exitosa que despertara Pavía. Ya no era posible dudar de que Francia haría todo lo necesario para impedir que la Casa de Austria afincara su predominio. Se trata de una política persistente con momentos de suspensión y esperanza. Pero no es posible olvidar que en 1635 fue precisamente un cardenal, Richelieu, en nombre de Francia, quien impidió la derrota de los protestantes invirtiendo el curso de la marcha en la guerra de los Treinta Años. Francia venció a España estableciendo el absolutismo que somete la religión al poder del Estado.

Budapest: la gran derrota

Desde 1521 el sultán estaba convirtiendo Bucarest en la gran base militar desde donde sus fuerzas podían seguir el cauce del Danubio, cuyas aguas no son tan azules como a veces se nos dice. Budapest y Viena eran los siguientes objetivos que permitirían desgarrar a la cristiandad en aquel punto preciso en que católicos y ortodoxos se encontraban. Carlos V era consciente del peligro que todo esto significaba y por eso había entregado a su hermano Fernando todos los dominios que permitían sostener buenas defensas en Viena. Se habían celebrado ya en 1520 dos matrimonios, el de Fernando con Ana de Hungría, y el de Luis II, hermano de esta con María, hermana de Carlos.

En el verano de 1526, seguro ya de que ningún otro reino europeo iba a intervenir, Solimán el Magnífico puso en marcha un poderoso ejército de cien mil hombres. En Mohacs, en plena llanura

húngara, tuvo lugar la terrible batalla bajo el calor del 28 de agosto. Los húsares trataron de dar un golpe de sorpresa cabalgando contra el enemigo, pero fueron detenidos por la artillería turca. Y entonces los jenízaros cayeron sobre el enemigo y le destrozaron. Más de veinte mil cadáveres húngaros alfombraban el suelo; entre ellos, también, el del rey Luis II. Los correos cabalgaron sin descanso hasta entregar en Granada el terrible mensaje a Carlos. No se podía dudar de que Hungría estaba perdida. Y el gigantesco Imperio turco se extendía desde las fronteras de la India hasta los umbrales de Viena, su siguiente objetivo.

Fernando consideró que la situación se había vuelto tan grave que decidió también viajar a España para cambiar impresiones con su hermano y obtener recursos. Carlos había decidido ya convocar al Consejo de Estado a una reunión extraordinaria cuyas actas se conservan en Simancas. Europa necesitaba una sólida unidad si quería sobrevivir al terrible poder musulmán. Y precisamente ahora la Liga de Cognac, a la que se había adherido sorprendentemente el papa Clemente, se presentaba como un verdadero acto de traición. Podemos añadir que esa Liga de Cognac se había establecido para destruir el poder de los Habsburgo y expulsarlos de Italia; si esto se conseguía los turcos estarían en condiciones de volver a instalarse en Otranto, como ya hicieran en 1480.

El Consejo, en que tomaban parte también algunos procuradores alemanes, recomendó especialmente tres cosas. Había que salvar Viena a toda costa proporcionando a Fernando, que ahora se titulaba, por su esposa Ana, rey de Hungría, el dinero y las tropas que efectivamente se enviaron. Si Viena se perdía, las puertas de la cristiandad estarían abiertas de par en par. En segundo término pidió a Carlos y su esposa que fijaran su residencia en Valladolid, desde donde era más fácil coordinar los esfuerzos que iban a solicitarse a todos los reinos españoles. Así lo hicieron y por esta razón nació en aquella ciudad Felipe II; en aquel niño se depositaban ahora las

esperanzas de la cristiandad entera. Finalmente se solicitaba del emperador que enviara mensajes a los demás reyes cristianos explicando las consecuencias que de la pérdida de Budapest se derivaban. Los alemanes insistían en otro punto: había que retornar a los tiempos de Federico Barbarroja cuando el emperador asumía la plena autoridad temporal.

Cortes de 1527

En España crecían las voces que demostraban la angustiosa preocupación. Había que restringir gastos y hacer esfuerzos para enviar a Viena los refuerzos que se prometieran. La Iglesia jerárquica tomó la delantera. Pero en Alemania se produjeron también cambios de gran importancia. La Dieta de Spira (1526) suspendió la aplicación de los decretos de Worms a fin de lograr que todos los príncipes se uniesen en aquella hora. Esto significaba para Lutero un fuerte respiro y para Zwinglio la gran oportunidad que esperaba. La conducta de Clemente VII parecía justificar los argumentos antivaticanos de los reformadores. Este respiro tenía otras consecuencias: se estaban produciendo movimientos sociales como la conocida revuelta de los campesinos que obligó a Lutero a prestar apoyo a los príncipes para que la reprimieran. Nacían nuevas sectas.

Carlos V y su esposa salieron de Granada el 10 de diciembre de 1526 pero no llegaron a Valladolid hasta el siguiente 24 de enero. En el futuro, Felipe II no olvidaría que entonces había visto la luz en los aposentos reales cercanos a la iglesia de San Pablo. Se dispuso que en las importantes Cortes que se habían convocado, obispos y nobles se situasen en gran número en el estrado, detrás del rey y frente por frente de los ciudadanos. En la convocatoria se insistió de manera especial en la presencia de los obispos, ya que lo que iba a

tratarse en esta ocasión era precisamente la defensa de la fe, amenazada desde dentro y desde fuera. El programa que iba a exponerse a los procuradores había sido preparado una vez más por Mercurino de Gattinara y en él debemos poner especial atención.

Usando generosamente su misericordia, había devuelto Carlos a Francisco su libertad con promesas de amistad, adquiriendo ambos el compromiso de defensa contra los turcos que se habían tornado terribles enemigos. Las noticias que se estaban recibiendo demostraban la inaudita crueldad: prisiones y poblaciones sometidas eran muertos en medio de terribles tormentos; los que sobrevivían pasaban a ser vendidos en los mercados del norte de África. Si los otomanos vencían no era posible esperar otra cosa. Para ellos el islam no era una religión como defendieran los nobles granadinos, sino un instrumento terrorífico de poder para Solimán a quien se apellidaba «el Magnífico», mayor que nadie. Los procuradores explicaron que Castilla no contaba con recursos suficientes para hacer frente al peligro. Los obispos sacrificaron una gran parte de sus rentas, pero las ciudades todavía no habían podido recaudar la ayuda extraordinaria otorgada por las Cortes anteriores. Era toda la cristiandad la que debía realizar el esfuerzo.

Ante las advertencias de los procuradores, Carlos V tuvo que reconocer que no les faltaba razón. La guerra contra el Turco no podía ser afrontada únicamente por aquellos dominios que pertenecían a su linaje. Tenía que conseguirse la unidad de todos los reinos que formaban la cristiandad. Para ello era necesario tomar Roma y obligar al papa a que retornara al buen camino; de momento el luteranismo podía colocarse en segunda fila, tratando una vez más de negociar. Y se debía devolver al imperio su capacidad directiva sobre toda la cristiandad, como cuando Carlomagno logró salvarla.

El parto de la reina Isabel, entre los días 21 y 22 de mayo, fue prolongado y doloroso. Pero, al fin, allí estaba el niño que portaba el

nombre de su abuelo y de otros antecesores flamencos. Clara señal de que el emperador estaba bien dispuesto a asumir las raíces. Y en esto sus consejeros le apoyaban. Ante todo había que derrotar a Francia, que estaba ayudando a los turcos sin medir, posiblemente, todas las consecuencias de su traición.

La escisión de Inglaterra

Algunas cosas estaban cambiando en aquel nuevo año aunque no todas favorables. El duque de Borbón, que mandaba las tropas que se dirigían a Viena, transmitió la noticia de que los turcos habían conseguido sofocar un movimiento encabezado en Hungría por Jan Zapolya, que se presentaba como rey, pero que al mismo tiempo decidían suspender las operaciones en 1527 porque también estaban tropezando con dificultades internas y los gastos de guerra les abrumaban tanto como a sus enemigos. De modo que Carlos V iba a poder disponer de un pequeño tiempo que pensaba utilizar obligando a Francia a firmar nuevamente la paz. La clave, sin embargo, continuaba estando en Roma: era imprescindible lograr un cambio de conducta en Clemente VII. Mientras las tropas de Borbón se instalaban de nuevo en Milán esperando órdenes, un embajador, Hugo de Moneada, se dirigía a Roma, siendo acompañado por un ejército. Así fue posible conseguir que Clemente VII firmara una tregua que, en cierto modo, equivalía al abandono de la Liga de Cognac.

Moncada despidió a sus tropas. Había establecido contacto con algunas de las grandes familias de la aristocracia romana, especialmente los Colonna, consolidando un partido contrario al papa. A este, por otra parte, el embajador dio la explicación que se le encomendara. Teniendo en cuenta la gravedad de las circunstancias era todavía más necesario convocar el concilio que se

le estaba proponiendo. La palabra «concilio» despertaba la alarma en Clemente VII; entendía que bajo ella se escondía una pretensión de cambiar las estructuras de la Iglesia privando al pontífice de su autoridad. No contestó a la demanda y en cuando se hubieron alejado las tropas de Moncada volvió a entenderse con Francia y buscó incluso relaciones con Inglaterra. Todo frente al emperador.

Enrique VIII había sido considerado por Carlos hasta 1526 como un fuerte aliado. Los lazos de parentesco eran muy estrechos. Además, como explicamos anteriormente, el monarca británico se había declarado abiertamente contrario al luteranismo. De pronto las cosas cambiaron. Impulsado por una bella y frívola amante, Ana Bolena, que le aseguraba su capacidad de obtener sucesión masculina, el monarca británico, guiado también por su canciller, el cardenal Wolsey, había pedido al papa que, anulando la dispensa otorgada por Julio II, declarara inválido su matrimonio con Catalina. Insistamos en un punto que ya hemos mencionado. Carlos V no estaba dispuesto a aceptar la ilegitimación de su prima María, con quien estuviera concertado un tiempo su matrimonio. Clemente VII, que necesitaba ganar tiempo en sus maniobras contra el emperador, envió a Inglaterra un legado, Campegio, y otorgó poderes a Wolsey para que entre ambos estudiasen la cuestión.

Actuando con poderes pontificios Campegio y Wolsey propusieron a la reina Catalina una solución: que abandonara la Corte y se retirara a un monasterio dando a Enrique de este modo condiciones para contraer un nuevo matrimonio. Catalina rechazó rotundamente la fórmula y pidió a su sobrino el emperador que le prestara apoyo; su honor y el de la familia estaban en juego. Los dos legados se erigieron en jueces dispuestos a declarar la nulidad del matrimonio y ordenaron a Catalina que compareciera. La reina se postró a los pies de su marido, recordándole los tiempos pasados —era él precisamente quien solicitara la unión— y le pidió compasión, que le

fue negada. No hubo pues sentencia y Campegio regresó a Roma. Y el papa no se atrevió a dar el golpe decisivo.

Desde 1527 Carlos V sabía que no podía contar con Inglaterra. Recluida en un castillo, Catalina había sido privada de todas sus funciones. Pero Enrique VIII estaba dispuesto a ir tan lejos como fuera necesario utilizando la legislación que sometía a los obispos al patronazgo de la Corona. Wolsey fue sustituido por Tomás Moro, pero el monarca no tardó en comprender que había cometido un error: Moro no estaba dispuesto a actuar en contra de la Iglesia. Todos los obispos, salvo el de Rochester, Fisher, se pusieron al servicio del rey que retirando su obediencia a Roma iba a declararse cabeza de la Iglesia de Inglaterra. Moro y Fisher fueron ejecutados. También Ana Bolena, que había tenido una hija pero no un varón. El anglicanismo significaba un nuevo factor de ruptura dentro de la comunidad europea.

Il Sacco di Roma

En estas circunstancias el emperador creyó que nada podía resultar mejor que la conquista de Roma, obligando al papa a doblegarse. Se prepararon dos ejércitos, el de Nápoles mandado por el virrey Lannoy, y formado especialmente por españoles, y el del norte, que estaba a las órdenes del duque de Borbón. Con él estaba el marqués del Vasto, pero predominaban entre los soldados aquellos procedentes de Alemania que se habían dejado ganar por la propaganda luterana y que creían llegado el momento de castigar al papa. También estaban, desde luego, los tercios españoles. Una fuerza que superaba los cincuenta mil hombres, ya que se había reunido para acudir en socorro de Viena.

Roma era además un tesoro que valía la pena saquear. Los mercenarios no estaban dispuestos en esta ocasión a obedecer las

órdenes de sus jefes acerca de proceder con moderación. En mayo de 1527 ese gran ejército se hallaba desplegado frente a las puertas de Roma. Clemente VII se había refugiado en Santangelo, que reunía buenas condiciones. Vinieron mensajeros al papa exigiéndole el abono inmediato de 300.000 ducados de oro a cambio de detener el asalto. Una suma que en aquellas circunstancias le era imposible reunir. El duque de Borbón dio entonces la orden y se colocó temerariamente al frente de los suyos. En la lucha, victoriosa para los asaltantes, el duque perdió la vida y los soldados se sintieron entonces libres y dotados de valor. Allí estaba el botín.

Al tremendo episodio se refirieron después los cronistas italianos como *il sacco di Roma*. Ni siquiera iglesias o monasterios eran respetados por aquellos furibundos ladrones. Muertes, saqueos y violencias de muy diversa especie cubrieron aquellos días primaverales. Para la propaganda política se trataba de un espectáculo alucinante: la santidad de la Ciudad Eterna había sido quebrantada por el ejército de un emperador que se autocalificaba «Católico». Una gran victoria en cierto modo para el luteranismo: la mano de Dios había actuado para castigar al papa que no había sabido comportarse como hijo fiel.

Es evidente que el imprevisto saqueo de Roma comprometía y dañaba el programa político del emperador. Un escándalo de tales dimensiones caía sobre la responsabilidad de quien había dado las órdenes de marchar sobre la ciudad. El 12 de diciembre anterior los representantes de Carlos V habían presentado una especie de ultimátum que reclamaba en términos muy rudos el abandono de la Liga de Cognac y la convocatoria del concilio. Ahora las concesiones hechas en la Dieta de Spira y los argumentos empleados por los erasmistas se interpretaban como capítulos dentro de un programa destinado a destruir la autoridad del pontificado. El monarca español se veía obligado a conseguir una rectificación. Naturalmente la reacción ante las noticias fue muy diferente en Alemania y en

España. El catolicismo reformado de esta ultima se había apoyado siempre en la obediencia al Vicario de Cristo. Para los príncipes católicos alemanes significaba un revés tan considerable como para el propio Carlos. De ahí la urgencia en buscar alguna clase de compensación.

Intento de justificación

Tras el saqueo de Roma, y precisamente en el momento en que Erasmo y sus seguidores rompían cualquier relación con los protestantes, aquella admiración que despertara en tiempos el sabio de Rotterdam estaba siendo sustituida por desconfianza. Las críticas contra la conducta del clero, en muchos aspectos tan justificadas, eran ahora consideradas como plataforma de apoyo para la heterodoxia. Había acusaciones incluso ante los tribunales de la Inquisición. No debemos olvidar que en estos años de mediados del siglo XVI la Reforma católica española estaba alcanzando metas muy superiores. Es el momento en que se pronuncia la singular sentencia inquisitorial hacia san Juan de Ávila; denunciado por envidias, los jueces acabaron reconociendo que en el santo no había motivos de sospecha sino, al contrario, de alabanza. Algo semejante estaba sucediendo con la Compañía de Jesús. En el séquito de la emperatriz Isabel figuraba entonces el duque de Gandía, Francisco de Borja, que era nieto del papa Alejandro VI pero iba a ser el tercer general de la Compañía. Todo ello reclamaba una enmienda en el tema de la operación de Roma.

El más disgustado era precisamente el emperador; conocemos su intento de justificación porque ha quedado reflejado en sus *Memorias*. Aquellos que se mostraban contrarios a su gran programa de defensa de la cristiandad, es decir, Francia, Venecia y el papa, se habían puesto de acuerdo para despojarle de Nápoles y de Milán,

que eran bases indispensables para la defensa de Italia ante los turcos. Francia había incurrido también en el pecado de establecer un acuerdo con Solimán el Magnífico. Por esta razón se había visto obligado a contratar los servicios de aquellos mercenarios que, en lugar de obedecer las órdenes estrictas que se les dieran, habían incurrido en el terrible desmán de saquear Roma y convertir a Clemente en un prisionero dentro de su castillo. Tal es el argumento que encontramos también en la carta dirigida a su cuñado el rey Juan de Portugal y también en las cartas que se remitieron a los demás reyes. Curiosamente el texto de estas misivas había sido redactado por Alfonso de Valdés, el gran discípulo de Erasmo. Carlos se declaraba a sí mismo inocente.

Manuel Fernández Álvarez nos recomienda poner especialmente atención en los dos «Diálogos» que entonces escribió el propio Valdés y que se titulan uno *Mercurio y Carion* y el otro *Sobre las cosas ocurridas en Roma*. En el fondo se trataba de dar clara respuesta a las acusaciones que el nuncio Castiglione había formulado. Estamos moviéndonos con argumentos del más correcto erasmismo. Culpable verdadero del desastre era Clemente VII que, al aliarse con Francia y Venecia contra España y destruir el Tratado de Madrid, había destruido la unidad de la cristiandad provocando la guerra. Nadie puede preveer los daños que de una guerra van a venir.

Los consejeros españoles ponían el acento sobre otros aspectos. Un gran error podía cometerse si se convertía al papa en prisionero o rehén, ya que de este modo se invertía el fundamento esencial sobre el que se apoyaba la monarquía católica española madurada por Fernando e Isabel; en otras palabras, dar la razón a los luteranos y colocar el poder político por encima de la autoridad espiritual. Carlos, guiado en gran medida por su esposa como la correspondencia entre ambos nos permite comprobar, decidió seguir los consejos que se le daban y no incurrió en tal error. En esto le

prestaron ayuda también sus consejeros erasmistas que habían descubierto en el luteranismo esas profundas equivocaciones de rechazar el conocimiento racional y el libre albedrío. El emperador pensaba que era el designio divino quien le había llevado a las cumbres de la autoridad temporal; desde ellas debía guiar a sus súbditos, de variadas naciones, por el camino de la Verdad. Para ello resultaba imprescindible acudir al orden moral que el propio Jesús había confiado a las manos de Pedro: «Todo lo que atares en la tierra, etc.». En consecuencia no había otra salida que restablecer la buena relación con el papa, dando especial relieve al hecho singular de que el propio Clemente VII oficiara en la ceremonia que le consagraría como emperador.

El año 1528 se convierte para nosotros en un año vital. El imperio definido por Gattinara con gran precisión no es otra cosa que la cúspide de una autoridad temporal, pero no un poder absoluto sobre la cristiandad. Por razones en las que no es necesario entrar, Carlos preparaba ya una distribución de la potestad entre miembros directos de su familia, varones o mujeres. La emperatriz Isabel se haría cargo del gobierno de Castilla cuando su marido estuviera ausente. Germana de Foix y el príncipe de Calabria eran ya reyes subsidiarios (virreyes) en Valencia. Ana, la viuda de Luis de Hungría, se encargaría del gobierno de los Países Bajos. Y sobre todo se preparaba a Fernando para que pudiera convertirse en Rey de Romanos colocándose por encima del patrimonio de la Casa de Austria.

El curso de la guerra

El resultado de las eficaces investigaciones que en nuestros días se han realizado, nos lleva a una conclusión: el saqueo de Roma no fue considerado por Carlos V como una buena victoria sino como un

auténtico desastre. En su conciencia había también otro aspecto absolutamente negativo: todo parecía favorecer a los turcos dañando el comercio mediterráneo de españoles e italianos que estaban obligados a utilizar flotas bien armadas, siempre costosas. Además el error cometido, que se traducía en daños para grandes familias que se sentían inclinadas a dar la razón a Francisco I y al papa cuando establecieran la Liga de Cognac contra el emperador. Y el rey de Francia se veía en cierto modo justificado en sus relaciones con Solimán. Carlos comprendió que se imponía una rectificación. Devolvió Milán a los Sforza aunque exigiendo de ellos el vasallaje y envió a Pedro de Veyre con instrucciones concretas para el virrey de Nápoles, Lannoy. Tenía que conseguir una reconciliación con Clemente VII.

El pontífice intentaba demorar las negociaciones, pero no tardó en comprobar que los franceses no estaban dispuestos a afrontar los riesgos de una nueva conquista de Roma y ofreció a Lannoy concesiones importantes para la liberación de los Estados Pontificios: una indemnización de 400.000 ducados que permitían el pago de sueldos a la tropa y entrega a los Colonna de algunas de las ciudades clave del patrimonio. Por su parte, Antonio de Leiva advertía al emperador que no podía confiarse en una nueva victoria como la de Pavía; los recursos franceses eran muy grandes. Tropas de esta nacionalidad, ahora a las órdenes del duque de Urbino, habían vuelto a Italia y por la ruta de Florencia habían alcanzado puntos que podían considerarse cercanos a Roma. De modo que en esta segunda guerra podían producirse cambios no esperados.

Carlos estudió el problema en dos reuniones del Consejo, la primera en Valladolid y la segunda en Burgos, más cerca de la frontera. Se llegó a la conclusión de que debía proponerse a Francia la paz modificando el tratado de Madrid: Carlos renunciaría a sus derechos sobre Borgoña y devolvería los rehenes a cambio sin embargo de una indemnización de dos millones de ducados que

debían permitir un enjuague de las deudas. La respuesta francesa fue absolutamente negativa. No solo Venecia sino también Inglaterra, se sumaron a Francia en esta oportunidad presentando como justificación de su conducta la prisión del papa. En forma solmene, como mandan las reglas de la caballería, heraldos de los tres países fueron a Valladolid para comunicar oficialmente a Carlos V, sentado en su trono, el reto de la guerra justificándola con la prisión del papa. Probablemente ignoraban que, por intervención del general de los franciscanos, Clemente VII había podido reinstalarse en el Vaticano entregando como garantía de paz 300.000 ducados y las guarniciones de Ostia y Civitavecchia.

Un ejército francés mandado por Lautrec y apoyado por la flota de Andrea Doria, había entrado en Italia alcanzando Alejandría. Era evidente que desde aquí se preparaba un nuevo ataque a Milán, en donde la guarnición alemana y española era ahora insuficiente. No había suficiente dinero para nuevas reclutas. En febrero de 1528 una alarma de epidemia obligó al emperador a trasladarse desde Valladolid a Madrid en donde estaban convocadas Cortes para debatir la siempre ardua cuestión de recaudar fondos. Por encima de ella se situaba ahora otra, dar una explicación correcta a los procuradores de lo que verdaderamente había sucedido en Roma. En modo alguno iba el emperador a romper sus relaciones de obediencia espiritual con el papa a quien se habían ofrecido las más generosas y obedientes concesiones.

Se planteó también el problema de las relaciones con Inglaterra. Si Enrique VIII había cambiado de postura acercándose a la Liga de Cognac era debido a que Wolsey seguía alimentando sus esperanzas de que Clemente VII se aviniese a declarar la nulidad de su matrimonio con Catalina. Aquí el monarca español se mostró ante los procuradores especialmente riguroso. En modo alguno cedería en la defensa de su tía que estaba defendiendo también la legitimidad de su hija. No aceptaría que Ana Bolena pudiera calificarse de reina.

La maniobra del monarca británico estaba rompiendo la unidad confesional de Europa y esto era algo que los españoles sabían defender.

Francisco I tenía ahora en sus manos un plan de operaciones para esta segunda guerra contra Carlos V. Lautrec, contando con los servicios de Andrea Doria, había decidido dar un golpe decisivo sobre Nápoles, por la vía marítima. Aquí no podían, como en Milán, acudir refuerzos austríacos. Por otra parte, sabían que Fernando necesitaba retener todas sus tropas porque los turcos seguían combatiendo con éxito en Hungría. De hecho, la flota española fue derrotada. Murió su jefe Hugo de Moncada y el marqués del Vasto fue hecho prisionero. Los franceses confiaban en que una parte de la nobleza napolitana se pasaría pronto a sus filas.

Sucedieron entonces cosas inesperadas. La guarnición de Nápoles prestó juramento de «antes morir que entregar la ciudad a aquellas fuerzas enemigas desembarcadas» y que, como era de suponer, causaban muchos daños. Y el marqués del Vasto había tenido la oportunidad de mantener conversaciones largas con Andrea Doria al que convenció de que había escogido el bando equivocado. Génova solo podía sufrir perjuicios por parte de Francia, y la experiencia ahora se lo demostraba. La gran ciudad había estado siempre íntimamente unida a Castilla. Genovés había sido Cristóbal Colón y en este momento los capitales genoveses seguían afincados sólidamente en España donde podían participar en los nuevos beneficios que venían de América. Doria cambió de bando y pasó a ser el más importante marino a las órdenes del emperador.

La indomable resistencia de Nápoles obligó a Lautrec a proceder a una operación de cerco, poniendo campamentos en torno a la ciudad. Pero entonces se produjo la peste para la que no había defensas y el comandante francés se vio obligado de dar a sus tropas orden de retirada. También Inglaterra había decidido abandonar la Liga al romper sus relaciones con el Vaticano.

Francisco I hubo de cambiar sus planes preparando para 1529 una nueva operación directa sobre el Milanesado. Pero aquí el 12 de febrero las tropas que mandaba el conde de Saint Pol se enfrentaron de nuevo con los tercios de Antonio de Leyva y, en Landriano, fueron directamente derrotadas. Parecía repetirse el éxito de Pavía. Por un momento al menos los enemigos de Carlos V llegaron a convencerse de que este no podía ser vencido.

La Paz de las Damas

La reconciliación de Carlos V con el papa se había firmado en el mes de junio, cuando todavía Lautrec estaba desarrollando su ofensiva. De una manera formal se aseguraban relaciones de España con el Vaticano, cuyos territorios prometía respetar y, en caso necesario, ayudar. Los Colonna era grandes beneficiarios, pero también los Médicis, que volvían a ejercer dominio sobre Florencia y Toscana y reforzaban al mismo tiempo su sistema bancario repartido por toda Europa y fuertemente instalado en España. La alianza estrecha con Génova, que iba a permitir a Andrea Doria convertirse en el más apreciado y fuerte almirante, privaba a Francia de su flota. Era indudable que los imperiales podían autocalificarse de ganadores en esta segunda guerra aunque una de sus principales consecuencias iba a ser el refuerzo de las grandes familias italianas. El peligro turco podía ser afrontado.

Fue entonces cuando dos mujeres de gran talla decidieron tomar en sus manos la política volviendo a las negociaciones de paz que sus respectivos países tanto necesitaban. Nos referimos a Margarita de Austria que fuera princesa de Asturias y duquesa de Saboya y a Luisa, también de Saboya, madre del rey. Y en agosto de 1529 lograron que en Cambrai se firmase el documento que con exactitud iba a ser llamado «Paz de las Damas». La intuición femenina

demostraba una vez más su valor. Se trataba de retornar al Tratado de Madrid con algunas rectificaciones y novedades que Carlos V había ofrecido. Por un momento los consejeros de Carlos V pudieron tener la sensación de que se había obtenido la victoria. El emperador iba a disponer de tiempo y de recursos que le permitiesen resolver los dos grandes problemas, interno y externo, en que se hallaba sumida la cristiandad. Carlos renunciaba a sus derechos sobre Borgoña y Francisco suprimía el vasallaje sobre Flandes permitiendo la consolidación de los Países Bajos. También renunciaba a todos sus derechos sobre el Milanesado y Génova retirando de Italia sus tropas. A cambio de la devolución de los rehenes y de la libertad para todos los cautivos, el monarca francés se comprometía a pagar dos millones de ducados.

El punto más importante era, sin embargo, otro: se hacía efectivo el matrimonio antes concertado, entre Francisco I y la hermana de Carlos V, Leonor, que, como indicamos, era viuda de Manuel de Portugal. Ella había acompañado al emperador y ejercía sobre él fuerte influencia. A pesar de las amarguras que Catalina experimentaba en Inglaterra, la convicción política de Carlos seguía siendo firme. Para que la paz en Europa llegara a establecerse era preciso que todas las dinastías reinantes mezclasen su sangre. Pues la mujer, distinta del varón y considerada normalmente inferior a este era, dentro de la Casa de Austria, un elemento esencial: intuición y sentimientos son también muy valiosos en la política. De ahí el acierto de llamar a este tratado de Cambrai «Paz de las Damas». Un objetivo que, pese a todo, no se alcanzaría.

El viaje a Italia

Don Ramón Menéndez Pidal, en su valiosa introducción al vigésimo volumen de la *Historia de España* por él dirigida, nos invita a poner

especial atención en la reunión del Consejo Real que se celebró en Madrid el 16 de diciembre de 1528. En aquel momento el emperador estaba convencido de que podía lograr la victoria siendo, por ello, muy conveniente, trazar los pasos que se iban a dar. El canciller Gattinara explicaba muy bien su gran proyecto paneuropeo: era preciso restablecer las buenas relaciones con el papa, haciendo las concesiones en la forma que hemos explicado, porque se debía conseguir del propio Clemente que restableciese la ceremonia de sacralización y convocase el concilio donde quedaría plenamente clara la doctrina a que todos los cristianos debían sumisión.

El primado de España, cardenal Tavera, que presidía el Consejo y hablaba en nombre de sus colegas, sostenía que, como Cisneros ya viera, se debía consolidar ante todo la defensa contra los turcos apoderándose del norte de África pues, de este modo, el Tirreno se convertiría en un lago español. Carlos dio la razón a Talavera y comenzaron entonces los primeros preparativos para la guerra de Argelia y Túnez. Pero era imprescindible que primero el emperador viajase a Italia para restablecer el orden, calmar los ánimos y llegar a un acuerdo con el papa que culminaría en la coronación. No podía olvidar las duras experiencias de Mohacs y Budapest. La guerra contra Solimán necesitaba del compromiso de todos los europeos. Mediante las Cortes se trataba de hacer ver a sus súbditos españoles que esta empresa no podía ser cosa de un solo lado.

Todo esto había sido explicado a los procuradores de Aragón, Cataluña y Valencia reunidos en Monzón. Preparado ya el viaje, Carlos hubo de volver a Toledo en donde el 8 de marzo de 1529 firmó la carta de poderes que entregaba a la emperatriz el gobierno de todos sus reinos durante su ausencia. Con ella permanecería el niño Felipe, que ya había sido reconocido, en las Cortes como heredero. Se estaba siguiendo, en cierto grado, aquel modelo que Isabel la Católica en 1476 y Fernando en 1479 ya establecieran. La emperatriz quedaba asociada al trono y en ausencia de Carlos

ejercería la lugartenencia general y gobierno y la administración en todos los reinos ibéricos. De este modo también los virreyes de Valencia quedaban supeditados a su poder. La intención de Carlos era prolongar su ausencia lo menos posible. Pero la entrega de poderes tan amplios significaba que Isabel iba a ejercer funciones incluso en presencia de su marido. Por otra parte se daba la impresión de que los reinos españoles eran la parcela más importante y mejor definida del amplio patrimonio que él llegara a reunir.

Sirviendo de respaldo a la reina emperatriz permanecía el Consejo de Estado, que en cierto modo había adelantado un paso hacia lo que siglos más tarde se calificará de Consejo de Ministros. Abundaban en él los expertos en Derecho. Al frente del mismo se habían colocado, por designación real, dos prelados, Tavera y Fonseca, y dos nobles, Juan de Zúñiga y Juan Manuel, señor de Belmonte, que formaban parte de la alta nobleza pero no eran los más destacados de la misma; habían sido escogidos por sus altas dotes personales. Los Mendoza, los Álvarez de Toledo o los Medinaceli estaban muy por encima, y también en el servicio del rey. La monarquía española llegaba de este modo a una especie de culminación en nueva etapa. A Isabel, en ausencia de su marido, correspondía ejercer el «poderío real absoluto». El calificativo de absoluto debe ser explicado; no significaba arbitrariedad como en el absolutismo posterior sino que no reconocía ninguna clase de sumisión a un poder que pudiera considerarse superior.

En el camino de Toledo a Barcelona donde estaba preparado el embarque, Carlos se detuvo algunos días en Zaragoza a fin de concluir las negociaciones que se venían manteniendo con Portugal. También en este tema una mujer, Catalina, hermana de Carlos y esposa de Juan III, fue importante. El monarca español hizo renuncia a todos los derechos que pudieran corresponderle sobre las Molucas. Aquí llegaron noticias alarmantes que obligaban a

apresurar el viaje. Solimán el Magnífico había cursado ya las órdenes a sus generales para conquistar Viena. Si Viena se perdía...

Carlos llegó a Barcelona el 30 de abril de 1529 si bien el embarque se retrasaría hasta el 27 de julio. La ciudad recibió al emperador con gran entusiasmo. No era extraño. Los catalanes le debían mucho en la pacificación interior y ahora este viaje podía considerarse como defensa de sus intereses. Dos días antes de llegar a ella, había subido las cuestas de Montserrat para rendir homenaje a la Virgen.

El camino a Bolonia

Antes de embarcar, el emperador reunió a los *consellers* y les leyó un discurso cuidadosamente preparado. Viajaba a Italia para conseguir una reconciliación con el papa, medio oportuno y necesario para poner en marcha la cruzada contra el Turco. Marineros y soldados estaban subiendo ya a los barcos acumulados en el puerto de Barcelona. Entre ellos iban 12.000 castellanos, la poderosa y experimentada infantería. Se izaron las velas el 28 de junio pero hasta el 12 de agosto no pudieron desembarcar en Génova. Los viajes militares eran forzosamente lentos. En Génova le aguardaban noticias que ya conocemos pero que afectaban al espíritu del viaje. Su tía Margarita le había comunicado el acuerdo alcanzado en Cambrai. En cambio su hermano Fernando le informaba de la decisión tomada por Solimán. La guerra no podía esperar. Fernando informaba también de que otros príncipes alemanes se habían sumado a Federico de Sajonia en la defensa del luteranismo; reclamaba la presencia inmediata del emperador.

Para Carlos las cosas estaban bastante claras: necesitaba una reconciliación con Clemente que permitiese celebrar la coronación; Europa necesitaba de un nuevo Carlomagno en aquella hora

suprema. Pero propuso al papa que se reuniesen en Bolonia porque desde allí podría acudirse en auxilio de Viena si las circunstancias empeoraban. Roma quedaba muy lejos del frente. Subyacían en la propuesta razones a las que prefería no aludir. Su presencia en Roma, cuando aún no estaban cerradas las heridas del saqueo, podía resultar contraproducente. En Bolonia seguía funcionando la universidad que fundara don Gil de Albornoz, con maestros muy especializados en doctrina y necesarios para el concilio.

Se enviaron refuerzos a Fernando. Había que defender Viena a toda costa. Clemente VII y sus colaboradores comenzaron rechazando la propuesta del emperador: la coronación tenía que producirse bajo la cúpula de San Pedro. En el fondo temían que se tratase de una especie de trampa para volver a convertir al papa en rehén. Pero las noticias que llegaban de Austria eran tan graves que al final se vieron obligados a ceder. Los turcos cercaban Viena en donde los imperiales ofrecieron una resistencia invencible. Solimán estableció el cerco de la ciudad, pero concluía el verano y avanzaba el otoño. Solimán temió que si sus soldados permanecían en invierno, el clima y las enfermedades podían destruirlos. En consecuencia el 14 de octubre dio la orden de retirada. Y esto pudo saludarse como una victoria.

Un plazo probablemente breve pero de importancia vital para el emperador que podía desplazar mayores fuerzas a Alemania. Soldados españoles habían contribuido a salvar Viena. Volverían a hacerlo en ocasiones posteriores. El 5 de noviembre de 1529, Carlos entraba en Bolonia con un amplio despliegue de fuerzas militares. Allí estaban también los tercios españoles. El papa y, a sus espaldas, desplegados los cardenales, esperaban al emperador en la escalera de la iglesia de san Petroni. Había llegado la hora.

La gran ceremonia

Según nos explica la abundante documentación conservada, Carlos V quería, ajustándose en esto a la doctrina expuesta por Gattinara, que la ceremonia preparada en Bolonia fuese, más que una simple restauración, una renovación. La Casa de Austria tendría por herencia la condición imperial. Se detectaba un defecto: escaso número de varones, lo que obligaba a negociar cuidadosamente los matrimonios de las infantas. Carlos tenía tres hijas ilegítimas, anteriores a su boda con Isabel, como ya hemos explicado. Atendiendo los ruegos de su tía, había decidido legitimar a la mayor de ellas, que era hija de una de las damas de Margarita y llevaba su mismo nombre. Se la conoce como Margarita de Parma y de ella tendremos que volver a ocuparnos. De este modo se abría una puerta de posibilidades que Felipe II aprovecharía más adelante para convertir al pequeño Jeromín en don Juan de Austria. Las buenas relaciones con el papa eran necesarias también en este objetivo.

La base territorial sobre la que se apoyaba el nuevo imperio marcaba diferencias que era preciso tener en cuenta. Los reinos españoles y americanos a los que se sumaban Cerdeña, Sicilia y Nápoles, patrimonio de la Corona de Aragón, formaban unidad en la soberanía con independencia de las administraciones. Pero los Países Bajos no se incluían en esta Unión de Reinos. Y Alemania reclamaba para sí unidad e independencia. Es muy posible que en 1530 Carlos hubiera tomado ya la decisión de entregar esta última a su hermano Fernando. Pero todo lo demás debía ser transmitido en herencia a Felipe, que se estaba educando en España.

En Bolonia Carlos y Clemente trataron el problema de la estructura que debía darse a Italia. Algo que preocupaba lógicamente al pontífice porque de ella dependían la seguridad e independencia de los Estados Pontificios, sin los cuales resultaba difícil garantizar la independencia de la Santa Sede. Nápoles era considerado como vasallo del papa y el ducado de Milán había sido

parte del imperio. Venecia era una república independiente desde la desaparición del Imperio bizantino. Pero en Florencia los Médicis se enfrentaban a una rebelión interna y en el Piamonte los Sforza reclamaban la restauración de su poder. Papa y emperador llegaron a un acuerdo. Los Sforza recibieron Milán como se les había prometido y las tropas imperiales reinstalaron a los Médicis en Florencia.

Como una consecuencia del acuerdo con el papa se firmó un estrecho acuerdo en que además del emperador y el pontífice, entraban Génova, Venecia, Siena, Savona Lucca y Monferrato. En otras palabras, toda Italia se unía en la defensa contra los turcos. La autoridad imperial era por todos reconocida. De hecho, tropas imperiales se hallaban establecidas como guarnición en las ciudades y fortalezas. Porque en aquella hora resultaba indispensable unirse estrechamente contra los turcos.

Estamos en 1530. El 22 de febrero Carlos V ciñó la corona de hierro de los lombardos. Y el 24 tuvo lugar la gran ceremonia que nunca más se repetiría. El papa y los cardenales habían llegado a la iglesia de San Petronio dispuestos a recibir al emperador, que comenzó prestando juramento de guardar y defender al Vicario de Cristo en la tierra y sus dominios. A mitad de la misa Carlos recibió la unción, y, al término de la misma, Clemente le hizo entrega de la espada, el globo terráqueo, el cetro y la corona. Desde aquel momento era ya señor de toda la cristiandad. Bien podía decirse que en aquellos momentos acumulaba las mayores dimensiones de poder en todo el orbe. Tras la brillantez de aquella ceremonia completada con un brillante desfile militar podía decirse que, lograda la paz con Francia —Francisco era ahora cuñado de Carlos— había llegado el momento de enfrentarse, con perspectivas de victoria, a los dos grandes problemas: luteranismo e islam.

Capítulo VIII

DIETA DE AUGSBURGO Y SUS CONSECUENCIAS

Maduración del luteranismo

Cuatro años iba a permanecer todavía en el solio el papa Clemente VI. Más príncipe italiano que otra cosa deseaba un retorno a los tiempos de Lorenzo el Magnífico y entendía como muy favorable a la Iglesia la consolidación de los principados italianos ya que ello significaba también el refuerzo de los Estados Pontificios. De ahí su desconfianza, ahora mantenida en silencio, respecto a los proyectos del emperador. Seguía prestando ayuda a Francia y a Venecia, que no ocultaban el temor que les producía el engrandecimiento del emperador, relegaba a un segundo plano los proyectos de coalición frente al Turco y rechazaba con absoluto silencio la demanda de Carlos acerca de la convocatoria de un concilio. En este último punto no le faltaba razón como muy pronto se demostraría. Cuando los protestantes apelaban al concilio estaban pensando en una Asamblea con poderes incluso de juzgar al papa. Cuando al final pudo reunirse en Trento fueron precisamente los que con mayor ímpetu lo rechazaron.

Pero ahora hemos de volver atrás, recordando la Dieta de Worms rechazada por Federico de Sajonia y los príncipes que pensaban

como él. Acogido en Wartburgo con suficiente seguridad, Lutero pudo emplear el tiempo redondeando su doctrina. Utilizó especialmente a tres autores procedentes del ockhamismo. Juan de Goch (+ 1475) había enseñado la superioridad de la Escritura libremente interpretada sobre la doctrina oficial católica fruto de una autoridad. Por su parte, Wesel Gandsforth (+ 1489) rechazaba los sacramentos y negaba la existencia de los ángeles como Gabriel y del Purgatorio. Gabriel Bel (+ 1495) afirmaba la absoluta primacía de la fe porque responde a la Voluntad de Dios; «Es Él quien decide quiénes pueden salvarse y quiénes se condenan». Ninguno de estos tres maestros había sido condenado. Se entendía que solo trataban de promover un debate teológico que únicamente terminaría cuando, tras el análisis de las doctrinas, la autoridad decidiera quién tenía razón. Estas enseñanzas eran ahora recogidas y precisadas por Lutero.

Para el historiador reviste especial importancia —así lo propone el gran especialista T. Hoppe— el libro que entonces escribió Felipe Melanchton, *Lugares comunes de las cuestiones teológicas*, en donde se recogen y explican las cuatro enseñanzas que debían servir de base para el nuevo cristianismo reformado:

– La predicación de la palabra es más importante que la liturgia de la misa, pues si esta se propone traer la gracia es aquella la que procura la fe de donde procede la salvación.
– Verdadero sacrificio irrepetible fue únicamente la muerte de Jesús en la cruz, de modo que la misa es una simple conmemoración: «Haced esto en memoria mía». En consecuencia la presencia de Cristo no puede considerarse real, como santo Tomás explicara, sino simplemente ritual.
– Solo Dios es esencialmente libre; de modo que los mandamientos responden a su voluntad; hubiera podido disponer las cosas de otro modo.

– No se niega la gracia a quien cumple todas las obligaciones que dimanan de la fe, pero solo en esta se encuentra la salvación. En la fe y no en las obras.

Aquí estaba precisamente la respuesta a lo que sostuvieran en Worms los consejeros del emperador. Una nueva propuesta para entender el cristianismo en la que se descubren también raíces germánicas. Latinidad y protestantismo iban a enfrentarse como nuevas propuestas culturales aunque desde luego se presentaban como esencialmente religiosas. Esta iba a ser la gran batalla que el emperador, coronado en Bolonia, tendría que afrontar. Educado en Flandes había recibido gran parte de sus enseñanzas dentro del clima creado por la *devotio moderna*. Al instalarse en España esta forma de pensar experimentaba un refuerzo. Una vez más tenemos que insistir en esos tres principios que se encuentran dentro del programa renovador asumido por el emperador. Como explicaría en varias ocasiones no estaba dispuesto a aceptar el protestantismo porque lo consideraba perjudicial en gran medida para esa cristiandad que, frente a los turcos, había decidido defender.

De nuevo el papel de Erasmo

Ya hemos explicado en diversas ocasiones la influencia que Erasmo y los hermanos Valdés, continuadores de él, llegaron a ejercer sobre el operador. Desiderio Erasmo no era su verdadero nombre; hijo de un clérigo en el momento de su bautismo (28 de octubre de 1467) se le había llamado Rotger Gerhardt, que luego él cambió. Por su edad era más un padre que un hermano comparado con Carlos V. Destinado a ser sacerdote, había ingresado como Lutero en la orden de los Agustinos. Pero su voluntad se inclinaba con preferencia hacia san Jerónimo —insistamos en la adicción de Carlos a esta Orden— y

precisamente escogió para sí el nombre, Desiderio, que llevaba uno de los colaboradores del autor de la Vulgata. Había estudiado en la Universidad de París cuando Lefebvre d'Etaples y Guillaume Budé ejercían gran influencia.

Ordenado sacerdote en 1492 no había podido acomodarse a la vida del clero, que le parecía desordenada, y consiguió una licencia para no ejercer las correspondientes funciones pero sin renunciar, por ello, a sus obligaciones morales. Viajando por Italia halló a Lorenzo Valla, y en Inglaterra fue huésped y guía para santo Tomas Moro, aunque probablemente su más poderosa influencia se ejerció sobre Carlos ahora emperador. Mal comprendido muchas veces por quienes se aferraban a las tradiciones, debe considerarse en estos años como una verdadera clave doctrinal muy beneficiosa para el monarca español: la defensa del libre albedrío significaba en el fondo la conservación de la dignidad que reviste la persona humana. Erasmismo era precisamente lo que justificaba el programa europeo del emperador.

Entre 1522 y 1534 Lutero trabajaría intensamente para conseguir proporcionar a sus fieles una versión de la Biblia en lengua vulgar. Nada tiene que ver con la Complutense preconizada por Cisneros que pretendía alcanzar un texto perfectamente depurado y no una versión castellana. Como no era capaz de manejar el griego y carecía de colaboradores hebreos, el hereje tuvo que acudir a la Vulgata y los defectos que en esta ya se venían señalando se incrementaron al acudir al alemán. Por eso la versión luterana no desempeñaría gran papel en las universidades. Otro de sus obstáculos venía de que al acentuar los ataques a la estructura jerárquica se registraban tendencias hacia un radicalismo social que al emperador también afectaba. Aunque Lutero condenase la revuelta de los campesinos no podía impedir que tendencias de este tipo se fueran registrando en otros lugares.

Desde que en 1526 Erasmo, publicando su *De libero arbitrio*, declaraba prácticamente la guerra al luteranismo como doctrina, al gran reformador alemán no le quedaba otra salida que acudir a los príncipes en demanda de apoyo. Pero esto significaba un aliento para la soberanía, endureciendo más su posición de *cuius regio*. Los que se unieron a Federico de Sajonia veían en esta doctrina un refuerzo de su propio poder contra la autoridad del emperador. Aquí estaba uno de los anuncios del fracaso en que Carlos V y sus sucesores españoles llegarían a incurrir. La organización señorial y la defensa de los usos y costumbres calificados de libertades iban a ser sustituidas por el fortalecimiento del Estado. Por extraño que a muchos pueda parecer, el protestantismo favoreció con su doctrina la evolución de Europa hacia el absolutismo. Era exactamente lo contrario a lo que en las Cortes españolas Carlos había prometido.

Las dos Ligas

Al emprender el retorno a la Península, Carlos había tenido que otorgar mayores poderes a su hermano Fernando, preparando de este modo el camino que habría de convertirse en su sucesor. Entre 1524 y 1525, de acuerdo con el nuncio Campegio, había llegado a la conclusión de que el enfrentamiento con los luteranos exigía medidas políticas, unificando las fuerzas de los príncipes que habían decidido mantenerse fieles en la obediencia a Roma y a los decretos de la Dieta de Worms. Los protestantes pensaban de la misma manera y se adelantaron estableciendo la «Liga de Goth» para defensa de su doctrina. El nombre parece significativo porque aludía claramente a una de las dimensiones de la germanidad. Era algo a que hacía referencia el propio Lutero.

Revueltas sociales

Los desórdenes que en diversos lugares se estaban produciendo dañaban también seriamente la autoridad del emperador, que se sorprendía porque ninguna responsabilidad podía reconocer. En Wittenberg, Tomás Münzer y el teólogo Karlstadt, en un debate muy duro con el católico Echt, proclamaron la necesidad de acabar con el régimen señorial otorgando a los campesinos la libertad. También se hacía referencia a las rentas que eclesiásticos y laicos obtenían por esta vía. Se trataba de problemas que ya estaban resueltos por los Reyes Católicos pero que en Alemania se relacionaban seriamente con las estructuras políticas y sociales. Esta doctrina quedó plasmada en un documento que se conoce como «Los doce puntos de Suabia», publicados en febrero de 1525. A ellos se adhirieron con vehemencia muchos clérigos y simples fieles, especialmente en el centro de Alemania.

Se reclamaba en él la abolición de las últimas reliquias de servidumbre, que seguían siendo fuertes. También el libre derecho de caza y otras condiciones que permitieran a los campesinos libres contar con medios de sostenimiento. Pero se introducían dos puntos que afectaban directamente a la Iglesia: supresión de los diezmos y el derecho de cada comunidad a elegir sus propios pastores espirituales, los cuales se hallarían en dependencia de la misma y no del obispo correspondiente. Naturalmente la nobleza no estaba dispuesta a admitir la abolición total del señorío; en esto pensaban lo mismo católicos que luteranos. Fueron en su mayoría los príncipes luteranos los que recurrieron a las armas para aplastar la revuelta que se había producido. El 15 de mayo de ese mismo año Münzer fue derrotado, preso y decapitado.

Lutero se presentó al principio como mediador dentro del conflicto. Pronto cambió de idea al comprobar el daño que los desórdenes causaban a su propio bando y escribió un libro que

rebatía los argumentos utilizados en los «Doce puntos de Suabia». La reforma luterana se colocaba de este modo en favor de los príncipes, ya que veía en ellos la garantía de que la reforma pudiera triunfar. Ampliaba su doctrina del *cuius regio* que desde el principio adujera, tomándola del *Defensor Pacis*: del modo como reyes y príncipes ejerciesen su poder, dependía la seguridad de la fe que era esencia de la comunidad. Cuando los príncipes fallaban en su tarea estallaban desórdenes. Carlos V, retenido en España por las razones que hemos explicado, no podía en estos momentos hacer otra cosa que enviar órdenes e instrucciones, sin que pudiera abrigar mucha esperanza de que fuesen obedecidas. La alta nobleza alemana, tanto la católica como la protestante, no veía otra solución que firmar alianzas y preparar las armas. Ya hemos indicado que Fernando, apoyado en esta ocasión por el duque de Baviera, había puesto en pie la Liga católica. Por su parte el elector de Sajonia y el príncipe de Hesse pilotaban la Liga luterana.

Durante cinco años, vitales, Carlos, retenido en España por las razones que ya hemos explicado, había dado la impresión de alejarse de los conflictos alemanes, aunque no dejaban de preocuparle. Se hacía urgente su retorno. El paso por Bolonia era en cierto modo etapa en el retorno. Pero estamos ya en 1530. Los consejeros italianos y españoles le estaban haciendo serias advertencias sobre otro asunto: había que consolidar la unión entre los reinos mediterráneos porque el peligro turco era mucho más grave que aquellos movimientos subversivos que Alemania padecía. La estancia en España duró más tiempo del previsto porque resultaba imprescindible dejar las cosas bien puestas para que se pudieran asegurar las ayudas económicas; de ellas dependían las posibilidades de victoria.

PROTESTANTISMO

Tenemos que retroceder en el tiempo para explicar las cosas. El matrimonio de Germana de Foix con el marqués de Brandemburgo, que debía incorporar este principado al vasto patrimonio de la Casa de Austria, duró muy poco tiempo y fue infructuoso a causa del prematuro fallecimiento del marido. Los parientes del difunto se hallaban enfrentados a causa de la valiosa herencia. Destacaba entre ellos Alberto, que era Gran Maestre de la Orden Teutónica. Nacida en Jerusalén aunque formada por caballeros alemanes, dicha orden se había trasladado desde Tierra Santa a las fronteras con los países eslavos que aún no estaban bautizados. Los caballeros consiguieron apoderarse de Prusia cerrando a Polonia los accesos al mar Báltico y creando un gran poder. Pues bien, en 1525 Alberto y sus caballeros habían decidido abrazar el luteranismo convirtiéndose en príncipes y señores de los dominios que ocupaban. No era fácil suponer que este principado, inserto dentro de la Marca de Brandemburgo, llegara a convertirse en reino de Prusia. Como un signo de su origen, los nobles prusianos han conservado el «von» hasta nuestros días.

Felipe de Hesse aplicó las mismas normas en sus dominios, garantizando a sus súbditos en la nueva fe. Lutero y Melanchton redactaron entonces una especie de catecismo al que debían someterse también las nuevas estructuras políticas. El luteranismo retornaba de este modo a ese principio que reclama del poder temporal someterse a la doctrina religiosa. En dicho documento no se admitían los sacramentos ni la jerarquía eclesiástica ni menos el pontificado. La sociedad debía someterse al gobierno de los príncipes soberanos entre cuyas funciones destacaba la defensa de la religión. Las noticias de estos cambios que llegaban a España debieron despertar la alarma del emperador. De acuerdo con las enseñanzas luteranas, Alemania volvía a convertirse en una suma de principados soberanos sobre los que el monarca ejercía una especie de primacía meramente honorífica.

El archiduque Fernando, que contaba con los amplios poderes que le otorgara su hermano y también con el apoyo de los príncipes católicos, decidió convocar a la Dieta en Spira, en un momento en que era imposible que pudiera asistir el emperador. Tuvo lugar en marzo de 1529 y parecía necesaria por el peligro que se estaba advirtiendo en la frontera húngara. Se trataba de ganar tiempo suspendiendo las innovaciones que se habían introducido en los decretos de Worms hasta que se hubiera celebrado el concilio y se fijasen las doctrinas. Entonces Juan de Sajonia, Felipe de Hesse y Jorge de Brandemburgo, con catorce ciudades imperiales, firmaron el 19 de abril del mismo año un documento que titularon «Protesta», en el que negaban legitimidad a la Dieta de Spira convocada por un príncipe que no tenía poder para ello. A partir de este momento el luteranismo y los otros sectores reformistas anejos comenzaron a ser llamados protestantes, un calificativo que todavía empleamos para designar a las Iglesias no católicas ni ortodoxas.

Un alto en Innsbruck

Es indispensable para los historiadores seguir con atención los pasos que llevaron a Carlos desde Bolonia hasta Augsburgo en donde iba a reunirse la Dieta que pondría fin a las dudas que se formulaban en torno a la de Spira. Era la primera que presidía un emperador coronado. Conviene insistir en un punto que ya hemos anotado. La Dieta (Reichstag) era una especie de reverso de las Cortes castellanas; en ella solo el poder de los príncipes, es decir de aquellos que tenían reconocido el derecho de soberanía, podía ser tenido en cuenta. Sin embargo, en ella se veía la representación de la nación alemana como la invocara Lutero. A juicio de los consejeros de Carlos, solo allí podían tomarse las medidas

necesarias para afrontar los graves problemas devolviendo a Alemania la unidad precisa en aquellos momentos.

El emperador abandonó Bolonia el 21 de marzo de 1530. Le acompañaba un séquito tan abundante, en el que debemos incluir las unidades militares, que el viaje se tornaba necesariamente lento. Podemos decir que al mismo tiempo se preparaban los asuntos que iban a ser tratados. Casi un mes hubo de permanecer en Mantua, ordenando el gobierno de Lombardía y convenciendo a Venecia de que podía confiar en él, ya que les afectaban los mismos problemas de defensa. Luego, camino de los Alpes, se hizo escala en Trento; quería comprobar personalmente si reunía las condiciones adecuadas para la celebración del concilio. La respuesta fue afirmativa.

Atravesando los pasos de los Alpes, llegó a Innsbruck. Quien, en nuestros días, visita esta ciudad notable por los monumentos que en ella se conservan descubre cómo Maximiliano había querido convertirla en una especie de catálogo ilustre para los miembros de la Casa de Austria y sus parientes. Es significativo que figure ahí el nombre de los Reyes Católicos. Es una especie de precedente de El Escorial. Todavía tiene allí su asiento uno de los principales centros intelectuales de la Compañía de Jesús. Aquí le esperaban su hermano Fernando, que ya podía usar título de «serenísimo rey», y el legado pontificio Campegiho. Se trataba de analizar todos los temas que se tratarían en la Dieta de Augsburgo.

Antes de abandonar Bolonia, Carlos tuvo noticia de que la emperatriz había tenido un segundo hijo varón al que había llamado Fernando. Frágil esperanza; el niño iba a durar pocos meses. También se produjo el encuentro con su hermana, María, reina viuda de Hungría que quedaría incorporada a la Corte. Más triste fue la noticia de la muerte de Mercurino de Gattinara. El emperador decidió entonces suprimir el oficio de canciller, pero encargó a Perrenot de Granvela todas las funciones que el difunto venía desempeñando.

En los primeros días de junio de 1530, el emperador abandonó Innsbruck para dirigirse a Augsburgo. Pero en el camino se hizo un alto en Múnich, donde él y el duque de Baviera intercambiaron abrazos. En aquellos momentos el emperador quería lograr el apoyo de la Liga católica para, si el papa seguía negándose a convocar el concilio, entablar negociaciones con los protestantes que permitieran devolver a Alemania su unidad. Los consejeros de Carlos insistían: sin concilio era prácticamente imposible entrar por el camino de la negociación. En estos momentos, la mayor parte de los príncipes imperiales seguían permaneciendo dentro del catolicismo. Esto era lo que seguía preconizando Erasmo. Había que llegar a una fórmula de fe por todos aceptada que permitiese a Alemania recuperar su unidad. Los consejeros de Carlos V se dejaban ganar sin embargo por el pesimismo: Lutero estaba endureciendo su doctrina, alejándose cada vez más de la ortodoxia, y era evidente que el concilio no iba a ser convocado.

En Innsbruck también se habían presentado emisarios ingleses. Enrique VIII pretendía que el emperador, su aliado, aceptase la tesis de nulidad de su matrimonio, pues si ambos presentaban al papa este argumento no había duda de que sería admitido por Clemente VII. Necesitaba una legitimación de su matrimonio con Ana Bolena ante el Parlamento y contaba ya con el mayor número de los obispos. Pero Carlos no estaba dispuesto en modo alguno a dejar de defender los derechos de Catalina, reducida ya a una especie de prisionera. Y con esta actitud contribuyó a precipitar el anglicanismo. De este modo se daba un paso más en la ruptura de Europa que se prolongaría de formas diversas hasta 1947 en que un inglés (Churchill), un francés (Schumann), un italiano (De Gasperi) y un alemán (Adenauer) consiguieron poner fin a la guerra devolviendo a Europa esa conciencia de unidad que buscaba Carlos V. Significativamente España se había mantenido al margen de las dos últimas y terribles guerras europeas.

La Confesión de Augsburgo

Aunque la convocatoria de la Dieta se cursara en enero de 1530, el emperador no pudo hacer su entrada en Augsburgo hasta el 15 de junio; con él iba su hermana María, que insistía en la necesidad de un acuerdo que permitiese la reconquista de Hungría, de donde se seguía considerando reina. El Reichstag estaba en condiciones de redactar un documento que fuese admitido por todos. Hace ya tiempo Karl Brandi invitó a los historiadores a poner atención sobre un punto: el emperador poseía una autoridad reconocida, pero en el ejercicio del poder los príncipes desempeñaban el principal poder. No quedaba mucho tiempo: los jenízaros se estaban moviendo. Se trataba de poner en marcha el procedimiento conciliatorio que tan buenos resultados diera en España.

A Augsburgo llegó la triste noticia de la muerte del infante Fernando acaecida el 13 de julio. La reina empleó las mismas palabras que su abuela usara en el momento de la muerte del príncipe Juan: «Dios me lo dio y Él me lo quitó; bendito sea su santo nombre». De nuevo la sucesión se limitaba a Felipe.

Los príncipes, católicos y luteranos, compartían el temor de que la cuestión religiosa desembocara en una guerra interior que pusiera en peligro sus poderes. Por eso estaban dispuestos también a negociar. Eck, que venía a ser un portavoz de los católicos, mantuvo un encuentro con Melanchton que era, sin duda, el mejor preparado entre los colaboradores de Lutero. Los dos partían de una afirmación: si se llegaba a una definición dogmática que ambas partes pudieran aceptar, se lograría la paz. Hoy sabemos que dicho acuerdo era imposible porque se había roto la definición de la persona humana: libre albedrío frente a *servo arbitrio* y capacidad especulativa en contra de la simple observación y experimentación

en que se apoya la ciencia moderna. Teniendo en cuenta las especiales condiciones de Melanchton se vivieron entonces días de esperanza. Pero el 14 de julio Carlos hubo de remitir a Clemente VII una importante y desalentadora carta: a menos que se reuniera un concilio y ambas partes accedieran a someterse a él, fallaban todas las razones para la esperanza.

El papa respondió el 31 de julio, demostrando con esta rapidez la importancia que otorgaba al apoyo del emperador. El concilio que en estos momentos se solicitaba respondía al modelo intentado en Pisa por Luis XII contra Julio II: se trataba de sustituir aquella autoridad que el propio Cristo, tras la Resurrección, entregara a Pedro y a sus sucesores. Hemos de reconocer que no faltaban a Clemente VII razones en esta respuesta. La referencia luterana al concilio contenía siempre la mención de que el papa también se sometería a los acuerdos que en él se tomasen. El propio emperador, en su carta, había explicado cómo los electores y los príncipes le presionaban. ¿Qué otra cosa podía significar dicha presión que el proyecto de alterar la autoridad de la Iglesia?

Brandi en los dos volúmenes de su obra, publicados en Múnich precisamente en 1937 cuando el nacionalsocialismo alcanzaba su mayor plenitud, recomienda poner cuidadosamente la atención en la conducta observada por Carlos V. No había variado en él la afirmación contundente que hiciera en la Dieta de Worms de defender la doctrina católica con su alma y con su sangre. Ayudado por el conde Palatino del Rhin y por su hermano Fernando, con sus respectivos colaboradores, redactó una confesión de fe que envió a todos los príncipes y que en definitiva coincidía con lo que los autores de la Reforma española y flamenca estaban sosteniendo. La doctrina católica, fijada en el Concilio de Nicea y explicada después por los otros concilios ecuménicos que contaban con la firma del papa, era la que él profesaba y estaba dispuesto a defender hasta el extremo. De ella dependía la esencia de la cristiandad, que ahora no

se mantenía solamente en Europa sino que estaba siendo llevada a los extremos más remotos del universo mundo. Para decirlo de otro modo; estaba convencido de que la pervivencia del imperio (Weltreiches es el término que emplea Brandi) dependía de la unidad de valores doctrinales que se albergaban en el catolicismo. De ahí la decisión de poner todos sus recursos en su defensa.

Se estaban agotando todas las esperanzas, dejando de este modo a las armas el último recurso. La Dieta no pudo conseguir el objetivo para el que fuera convocada y, al ponerse fin a las conversaciones, Melanchton recopiló la doctrina protestante en un documento que llamó «Confesión de Augsburgo» que estaba formado por veintiocho capítulos. Siete de ellos cerraban herméticamente las puertas para el diálogo; los restantes, en cambio, no eran esenciales. La Iglesia católica, ubicada en Roma porque aquella era la capital del imperio, constituía en sí misma un error y por tanto debía ser disuelta y sustituida por aquella que nacía de la Reforma. Jorge de Sajonia, Felipe de Hesse y otros muchos príncipes firmaron la Confesión que sustituía al Símbolo niceno-constantinopolitano. Desde Coburgo, Lutero advirtió que ni una sola letra de la Confesión podía ser negociada o negada. Se cerraba absolutamente el diálogo: solo era posible la aceptación o el rechazo.

A finales del año 1530 Carlos V iba a encontrarse con un problema que no ofrecía otra solución que el imperativo de su autoridad. Para ello tenía que acudir a las armas. El protestantismo se atribuía ahora la posesión de la verdadera fe: desaparecían los sacramentos en sus comunidades y se negaba la presencia real de Cristo en la eucaristía, que no pasaba de ser una memoria virtual. También se negaban los ejercicios espirituales, porque solo la fe —en los términos que ya hemos explicado— podía conducir a la salvación. Procuramos huir de juicios de valor, pero es indispensable explicar las raíces de un conflicto que trajera grandes consecuencias.

No solo para Europa sino para la que seguimos llamando cultura occidental.

Augsburgo colocaba al emperador ante una disyuntiva que es la que se pretenderá resolver en Trento quince años más tarde. Conviene no olvidar que la asistencia el famoso concilio puede considerarse minoritaria. Una parte considerable del imperio, aquella en que se descubren más profundas raíces germánicas, negaba la capacidad humana para superar los daños sustanciales infligidos por el pecado original confiando únicamente en la predestinación. Una doctrina que, en gran parte, acogerán luego la Ilustración y las ideologías materialistas del siglo XIX, positivas o dialécticas. También podía desembocar en el racismo: los pieles rojas serían calificados de diablos en las comarcas anglosajonas. Marx, de origen judío aunque educado en el protestantismo, identificaría el pecado original con el comienzo de la propiedad de los medios de producción que generaría el odio entre las clases, que únicamente podría superarse mediante el establecimiento de un reino sin Dios pero también sin clases. Y Hitler no dudaría en afirmar la superioridad sustancial de la raza aria. El nazismo buscaría incluso a un autor que trataría de demostrar que Jesús no era judío sino que pertenecía a la población aria que sustituyera a las diez tribus «perdidas» de la Casa de Israel. Lógicamente el catolicismo se vería sujeto a duras persecuciones. Pero no debe olvidarse que también acudieron los monarcas católicos a la persecución.

Zwinglio y Bucer habían presentado ante la Dieta sus propias Confesiones, más radicales, que no pudieron tenerse en cuenta. Teólogos católicos, Eck, Fabri, Wimping y Cochlaeus redactaron por su parte una Refutación. Podía suponerse, en principio, que ambas partes se estaban limitando a presentar sus argumentos esperando que pudieran ser debatidos, pero solo Melanchton y algunos católicos se mostraron dispuestos a hacer algunas concesiones aclaratorias. Lutero se cerró en banda y los príncipes protestantes

cerraron el círculo en su favor. Carlos V tuvo que repetir el gesto de Worms: ponerse en pie, afirmar que en el catolicismo residía la Verdad y que él emplearía todos los medios a su alcance para defenderlo. El 18 de octubre, día de la clausura de la Dieta, confirmó los ordenamientos de Worms y ordenó que fuesen restituidos todos los bienes eclesiásticos confiscados por los protestantes.

La Casa de Austria asume su papel

Un mes antes de la clausura de la Dieta, Carlos había enviado a Roma un mensajero de su plena confianza que era portador de una carta absolutamente secreta, fechada el 30 de octubre porque era el día previsto para que fuese entregada al papa. En ella se decía que estaban perdidas todas las esperanzas de que los partidarios de la Reforma ahora llamada protestante pudieran retornar a la obediencia debida. Estaba en juego, de hecho, la conservación de la fe. Y para ello el emperador no veía más que dos posibles alternativas: reunir el dinero necesario para reclutar un ejército católico —muchos de los mercenarios contratados en aquellos momentos eran luteranos y debían ser despedidos— o reunir un concilio ecuménico en la ciudad que el papa considerase más conveniente, aunque seguía señalando la conveniencia de proximidad a los territorios alemanes. En él podían tomarse las necesarias decisiones doctrinales antes de que fuera demasiado tarde. La Corte imperial estaba siendo informada de los cambios que se producían en Inglaterra y en los países bálticos.

Clemente VII respondió con rapidez y con palabras que demostraban su agradecimiento. En las Casa de Habsburgo estaba la defensa de la fe católica y lo seguiría estando durante siglos hasta la disolución del conjunto austro-húngaro. Pero en relación con el concilio el papa guardaba un silencio que podía considerarse

equivalente de una negativa. Sobre el ánimo del emperador pesaban ahora adversas noticias: la muerte de su hijo Fernando, a la que seguiría la de su tía Margarita. Decidió entonces encomendar a María, la reina de Hungría, el ejercicio de la regencia de los Países Bajos. De cualquier modo estos fallecimientos influían en sus planes. La muerte de Margarita se había producido el 30 de diciembre de ese mismo año en que las esperanzas de acuerdo con Inglaterra habían sido llevadas por el viento.

Un signo de declive

De cualquier modo ya no parecía posible alcanzar aquellos objetivos que marcara Gattinara. Los consejeros del emperador dudaban entre dos posibles opciones a la hora de enfrentarse con el protestantismo: ir a la guerra contra la Liga, provocando la división de Alemania o seguir el consejo de Gamaliel como lo recogen los Hechos de los Apóstoles (5, 34-48): dejar las cosas como estaban pues el protestantismo no tardaría en disolverse como sucediera con doctrinas anteriores. Esta segunda opción no era compartida por los españoles; la heterodoxia era un grave peligro que tenía que ser suprimido. No cabe duda de que Carlos se inclinaba en favor de la primera de dichas opciones. Lo había demostrado en Augsburgo cuando puso nuevamente en vigor los ordenamientos de la Dieta de Worms. Por eso necesitaba reforzar el poder de la dinastía. Es la misión que dejará en herencia a Felipe II.

Tenemos que recordar que esta decisión conduciría a las guerras de religión y en definitiva a la derrota de España. Los intereses políticos se colocaron por encima de los religiosos y ellos explican la antinomia de que fuese un cardenal, Richelieu, quien diera, al final, la seguridad a los protestantes. No podemos asegurar que ya en 1531 tuviera Carlos la decisión de repartir los dominios de los

Habsburgo —Felipe tenía entonces muy corta edad—, pero es un hecho de gran importancia que el emperador convocara a los electores para que el 5 de enero de 1531 designaran al archiduque Fernando como Rey de Romanos. Una semana más tarde, en Aquisgrán, Fernando sería coronado en una ceremonia que repetía la que empleara Carlos en 1520. De este modo Fernando podía asumir la plenitud de funciones cuando su hermano regresara a España, y no por delegación sino por propio derecho.

Como ya indicamos, el emperador propuso a su hermana María que sucediera a Margarita. Ella expresó sus dudas. Estaba pensando en un nuevo matrimonio que le devolviera sus funciones de reina. Algunos de sus consejeros recomendaban un acuerdo con los príncipes protestantes que podían proporcionar las fuerzas necesarias para el recobro de Budapest. Por otra parte la regencia de los Países Bajos significaba trabajo y preparación en alto grado. Al final aceptó la propuesta. El posible recobro de Hungría quedaba en manos del nuevo Rey de Romanos.

Carlos V empleó prácticamente todo el año 1531 en realizar las reformas políticas preparadas por su homónimo antecesor, Carlos el Temerario, y que consistían en hacer de los Países Bajos un verdadero reino. El 1 de julio, ante los Estados Generales, hizo entrega del gobierno a María que debía ser llamada reina. Bajo sus órdenes se colocaban tres Consejos: el de Estado, que equivalía a lo que ahora calificamos de Gobierno, el Privado, que cuidaría de que la regente cumpliese leyes, usos y costumbres de aquellas variadas provincias, y el de Hacienda, que se encargaba de administrar las rentas. En definitiva se trataba prácticamente de un reino. Las relaciones entre los dos hermanos fueron tan afectivas y eficaces como lo fueran antes con Margarita.

La Casa de Austria había descubierto uno de los profundos secretos que aseguran la esencialidad de una monarquía, el amor entre los miembros de la dinastía. Cuando este se rompe sus

consecuencias alcanzan grandes dimensiones políticas. Todos los reinos europeos pasarán por este tipo de experiencias. Es muy significativo en este aspecto el profundo afecto de Germana de Foix a Juana, a la que visitaba en Tordesillas, y a Carlos, a quien ahora servía como virreina de Valencia y princesa de Calabria. Los historiadores insistimos de modo especial en las relaciones de Carlos con Isabel: eran amantes además de marido y mujer. Lo explican así los cronistas.

En diciembre de 1531 se convocó una especie de reunión plenaria de la Orden del Toisón de Oro. Era el collar distintivo que se otorgaba a los eminentes amigos y colaboradores de los condes de Flandes. El objeto de esta reunión era, moviéndose siempre dentro del espíritu de la caballería, fijar las dimensiones de la nobleza que no se limita a ser un rango social o económico dentro de la comunidad sino que es una forma de conducta. En adelante esto se aceptará como una especie de axioma: ser noble significa un modo de conducta en que fidelidad y servicio, honor y fama, valor y clemencia, son ejes esenciales dentro de la conducta humana. Todavía hoy empleamos esta palabra para honrar y enaltecer la conducta de ciertas personas que no necesitan llevar la sangre azul en sus venas. La dimensión penetraría profundamente en el alma de España que no en balde presenta como libro más famoso el que trata del ingenioso hidalgo don Quijote. Cervantes comenzaría a vivir como caballero, pobre, aunque valiente. Estuvo en Lepanto.

Salvar Viena

Carlos tuvo que retrasar el viaje a España más de lo que quería. Las noticias no daban lugar a dudas: Solimán estaba preparando el ataque decisivo a Viena, tercera etapa en la ruptura de las defensas de la cristiandad. Por su parte, el emperador estaba convencido de

que había llegado para él la hora, con treinta y dos años, de revestir la armadura y ponerse al frente de sus tropas para conseguir que estas le siguieran. Isabel, desde España, le estaba comunicando su angustia: era exponerse gravemente al peligro de alcanzar su propia muerte. Previamente él le había explicado que se trataba de un compromiso, por su parte, en que no cabía vacilar. Tenemos un detalle que podríamos haber sacado de una de las novelas de caballería. En Ratisbona, donde concentraba sus fuerzas, Carlos salió de caza, cayó del caballo y sufrió una enfermedad. Los médicos le pasaron uno de los curiosos diagnósticos que circulaban en aquel tiempo: la debilidad que sufría el emperador y provocara su caída era debido a que, separado de la emperatriz, guardaba absoluto celibato; ellos entendían que la relación sexual era beneficiosa en alto grado para la salud. Pero Carlos no iba a modificar su conducta. Isabel era su única mujer. No estamos moviéndonos en fantasías sino en los datos que transmite la documentación.

La Dieta volvió a ser convocada en Ratisbona; era preciso analizar que iban llegando de Constantinopla. Como había dudas respecto al objetivo que Solimán escogiera, se enviaron refuerzos a Nápoles, Sicilia y Malta. Pero la mirada se dirigía atentamente a Viena. Superando diferencias, los príncipes examinaron el informe que enviara Fernando, que había decidido permanecer cerca del frente. Se decidió hacer un gran esfuerzo económico a fin de reclutar cien mil soldados, el mismo número que se suponía estaba reuniendo Solimán. Había, de nuevo, luteranos que luchaban al lado de los católicos porque el enemigo era común. La defensa de Europa afectaba por igual a unos y otros. Francisco I, casado ahora con la hermana del emperador, suspendió los contactos que venía estableciendo con los otomanos. De España y Portugal vinieron recursos económicos y también militares. El duque de Alba, a la cabeza de los tercios, emprendió el camino hacia Ratisbona. No podía faltar; entre los que le rodeaban figuraba

también el joven y afamado poeta Garcilaso de la Vega. Para los españoles la defensa de Viena había llegado a convertirse en cosa suya.

Eran también abundantes las dudas que se detectaban en otros sectores. Por ejemplo Francisco I sabía que una victoria turca en Viena dañaría sus propios intereses, pero si Carlos conseguía allí una resonante victoria, su hegemonía sobre la cristiandad se vería confirmada. También Clemente VII mostraba preocupaciones semejantes: Victoria sí, pero sin exagerar la nota. Con gran habilidad el monarca francés decidió enviar a un diplomático, Antonio Rincón, curiosamente nacido en España, para que, en Belgrado, propusiera a Solimán la firma de una tregua que le dejara apartado de la guerra que se avecinaba. El sultán rechazó la propuesta. Lo que estaba en juego era la suerte de la cristiandad y del islam.

No hubo una gran batalla en campo abierto, como esas que pasan a la memoria. Pero las tropas imperiales, demostrando su valor y experiencia, detuvieron el avance turco y quebraron las puntas ofensivas de los jenízaros. El 27 de septiembre de 1532 Carlos pudo difundir la buena noticia. Solimán había ordenado nuevamente la retirada. Y gracias a los tercios españoles, entre otros, Viena se había salvado nuevamente.

El Compromiso de Núremberg

Tras esta victoria comprobamos ciertos aspectos que la documentación española y austríaca procura silenciar. No eran únicamente católicos los que figuraban en las filas imperiales. Los seis príncipes y once ciudades que formaban la Liga protestante de Smalkalda habían aportado ayudas que debemos considerar decisivas y por las cuales reclamaban lógicamente una compensación. Por otra parte muchos obispos y el Rey de Romanos

consideraban que era necesario evitar una guerra religiosa que destruiría a Alemania. Por su parte, los miembros de la Liga habían establecido contactos con Francia, Inglaterra y la Corte Pontificia (Clemente VII permaneció hasta 1534) comprobando que en todas partes existía cierta desconfianza hacia los planes del emperador, que parecían un retorno a la época de Carlomagno. En el momento en que Carlos solicitó de los príncipes protestantes el envío de tropas, ellos exigieron que los decretos de Augsburgo que renovaban los de Worms fuesen silenciados. Y así se hizo.

En consecuencia se produjeron unas breves aunque eficaces negociaciones que condujeron al que los historiadores prefieren llamar «compromiso de Núremberg», que se hizo público el 23 de julio del año 1532, cuando las tropas ya se estaban encaminando a Viena. Quedaban en suspenso todas las ordenanzas de la Dieta hasta que pudiera celebrarse el concilio a quien correspondía la autoridad suprema. Hay algo de extraño en este Compromiso pues ambas partes conocían que Clemente VII no iba a convocarlo. Se trataba, pues, de una especie de suspensión en las hostilidades entre catolicismo y protestantismo que este último consideraba favorable.

Podemos decir que la campaña de Viena, muy exitosa en el aspecto militar, significaba también un incremento en la disidencia religiosa interna; el protestantismo, imprescindible a la hora de empuñar las armas, salía beneficiado. Pero ahora Lutero no tenía la exclusividad que imaginara; se estaban produciendo nuevas propuestas doctrinales, más radicales que la suya, y se acentuaban las diferencias doctrinales y sociales. La enseñanzas de Zwinglio se estaban extendiendo por los cantones suizos provocando una división que aún permanece en nuestros días. Por su parte Moldavia pretendía retornar al husismo que consideraba injustamente condenado. Los anabaptistas se estaban extendiendo por el norte de Alemania y los Países Bajos. De modo que lo que comenzara siendo

enfrentamiento entre nominalistas y realistas en el seno de las universidades se estaba convirtiendo en una profunda revolución que acababa con las bases sobre las que se apoyara el Humanismo.

Dos muertes señaladas

Grandes nieblas estaban apagando la luz de Europa en el momento en que parecía lograda la gran victoria sobre el Turco. No me estoy refiriendo con estas palabras al protestantismo sino al abandono de aquellos principios que se invocaran en el siglo XIV para demostrar la dignidad que reviste la persona humana y sobre los que se apoyara la primera reforma que hemos venido calificando de católica. Sobre ellos, guiado por Erasmo y Mercurino de Gattinara, había pretendido Carlos V montar su programa. El *Enchiridion* de Erasmo era precisamente una síntesis de ese Humanismo, propuesta al emperador como un esquema. España seguía firme en esos principios —Juan de Ávila, Teresa de Jesús y Juan de la Cruz son la muestra— pero también ella estaba viviendo el fin de una etapa.

Insisto en algo que ya he intentado explicar. Desde 1524 Erasmo era consciente de que con los cambios introducidos por quienes invocaban para sí el término de modernidad, había comprendido que se acercaba uno de los mayores peligros para la sociedad europea, basada en esos tres puntos, helenismo latino, judaísmo y cristianismo, que ahora se derrumbaban. Lutero había tratado de ganar a los judíos para su causa, pero ante la negativa de estos, estaba desarrollando una propaganda que conducía al antisemitismo; rechazados por Dios en su naturaleza los judíos estaban condenados. De modo que el problema judío que parecía resuelto, volvía a surgir con dimensiones aún más peligrosas.

Cuando Lutero respondió a Erasmo con su *De servo arbitrio*, el sabio de Rotterdam envió a Carlos V una nota de aviso: si se quería

salvar el futuro de Europa era imprescindible educarla en la libertad y la racionalidad. Comprendió sin embargo que su causa estaba perdida. En 1530, rechazando la oferta de ingresar en el Colegio de Cardenales, se retiró a Basilea en donde pasaría sus últimos años enseñando en una universidad de segundo orden de la que llegaría a ser rector. Allí recibió el tremendo golpe de la noticia del martirio de Tomás Moro (1535). Él murió el 12 de julio de 1536. Sus últimas palabras, en lengua holandesa fueron: «Amo a Dios». Con ellas trataba de exponer la síntesis de su existencia, y también el axioma que caracterizaba al Humanismo católico.

También lo ocurrido a Tomás Moro era un golpe muy serio en las esperanzas del emperador, que tenía que convencerse de que en estos años capitales un cambio decisivo se había producido en la trayectoria de esa que llamamos aún Europa, aunque sus fronteras se hayan modificado y su concepción de la persona humana también. No sabemos si durante sus visitas a Inglaterra tuvo Carlos oportunidad de conocerle, pero sí que el martirio fue interpretado de una manera radical. Nacido en 1478 e hijo de un abogado cuya misma profesión ejercería, mantuvo una estrecha relación con los cartujos, si bien decidió, como Erasmo, permanecer entre los simples fieles, ya que los cambios que permiten madurar a una sociedad deben hacerse desde dentro. Desde 1504 ocupaba un asiento en los Comunes. En sus enseñanzas introducía un nuevo factor: «La familia, en que entran, con esposa e hijos, también los servidores, es una verdadera comunidad cristiana».

Se hizo pronto famoso por sus cualidades como jurista y en 1517, precisamente cuando Carlos V comenzaba su programa, el cardenal Wolsey le llevaba a la Corte para que actuase como consejero. Durante años su influencia iría creciendo. Compartiendo la doctrina de Erasmo convenció a Enrique VIII de que el luteranismo incurría en irreparables errores y preparó el documento que firmaría luego el propio rey, y del que procede el título «Defensor pacis», que como

ya explicamos le fue otorgado por el papa. En 1529, fracasadas las maniobras de Wolsey para lograr la nulidad de la dispensa pontificia incluida en su matrimonio con Catalina, Enrique elevó a Moro al cargo de canciller; confiaba en sus conocimientos jurídicos para lograr de la Curia vaticana una respuesta positiva. Ya hemos explicado cómo el monarca recurrió también a Carlos V pero fracasó: ni el emperador ni el papa estaban dispuestos a ceder. Enrique pensaba que se le estaba tratando injustamente: Enrique IV en Castilla y Luis XII en Francia habían obtenido nulidades con argumentos que no eran mejores que el suyo.

En 1533 llegó para Moro la hora de la decisión. Enrique VIII había dispuesto asumir las funciones de cabeza de la Iglesia aplicando el decreto de *Praemunire* que todos los obispos, salvo uno, apoyaron. Obedecer a Dios antes que a los hombres. Así lo habían dicho los apóstoles. Y Moro, conociendo bien las consecuencias de sus actos, renunció a la cancillería y se negó después a firmar el Acta en que los Comunes reconocían legitimidad a los posibles hijos de Ana Bolena (13 de abril de 1534). Moro fue entonces conducido a la Torre de Londres y desde allí, el 6 de julio de 1535 al lugar de ejecución. Enrique VIII confirmaba de este modo radical el Cisma que nunca sería remediado. Lentamente la comunidad anglicana modificaría también la liturgia y los sacramentos.

Para Carlos V ese año 1535 estaba también cargado de desafíos. La unidad religiosa había desaparecido. En otras palabras, del Humanismo racional se pasaba a la Modernidad experimental.

Capítulo IX

LA GLORIA DE TÚNEZ

Decidido el retorno a España

La correspondencia entre Carlos y su esposa, cuidadosamente recogida por Carmen Mazario, nos ayuda a comprender otros aspectos esenciales: la campaña de 1532 había sembrado dudas y preocupaciones. En primer término por la vida del emperador en que se denotaban signos de esa enfermedad que le acabaría dominando. Que cabalgara al frente de las tropas significaba un riesgo. Por otra parte, las noticias de que Solimán estaba reuniendo fuerzas muy considerables afectaban a los españoles que temían que pudiera producirse un giro hacia el occidente mediterráneo. Durante los últimos años había penetrado en la conciencia el temor a que los otomanos no pudieran ser vencidos. Cuando en septiembre del mencionado año los correos comunicaron que los turcos habían sido detenidos y derrotados en Guns, viéndose obligados a volver a sus bases, en toda la Península estalló la alegría. El terrible enemigo podía ser vencido.

Se sentía la necesidad de que el emperador regresase a España. Todavía Isabel podía dar descendencia que superase el daño de la muerte de Fernando. Y los reinos españoles veían también la

necesidad de abrir un segundo frente en África, poniendo término a los daños que los piratas estaban causando y dando quiebra a los intentos otomanos de instalarse allí. Las cartas de Isabel nos revelan el ansia que sentía por el regreso de su marido. Este aclararía, además, si las cosas se habían hecho bien durante su ausencia.

El nuevo Rey de Romanos veía en la victoria una ocasión para intentar la reconquista de Hungría. Los Habsburgo confiaban en reunir Austria con Bohemia y Hungría cerrando así un sólido bloque. Había dos motivos de pesimismo: la guerra había facilitado la difusión de la peste, y, al alejarse el peligro, protestantes y católicos volvían a separar sus fuerzas. Los decretos contra el protestantismo se habían declarado en suspenso pero no estaban suprimidos. Por eso, antes de emprender el viaje de retorno, el emperador hizo una corta estancia en Viena y entregó a su hermano el mando de las tropas que fueran reclutadas en Italia. Permaneció allí entre el 23 de septiembre y el 4 de octubre. La brevedad se justificó con el temor a los efectos de la epidemia y por la necesidad de pasar por Bolonia donde seguía instalado el papa.

Se estaba produciendo un reparto en las funciones que parecía necesario. Fernando debía asumir la responsabilidad de la defensa en la línea del Danubio, contando siempre con el apoyo de los tercios españoles, mientras que su hermano el emperador volvía a poner en marcha el plan de consolidación del Tirreno operando en África. Esto es lo que se decidió en Viena. Pero tras este acuerdo se escondía probablemente ya la otra decisión: reparto de la herencia como de hecho se ejecutaría más tarde. Fernando ya era Rey de Romanos, con el voto de los siete príncipes electores —también lo había formulado en su favor Federico de Sajonia— y esto significaba el imperio. Carlos reasumiría sus funciones de rey de España preparando a su hijo Felipe para esta altísima misión. Había que impedir que los dañinos corsarios berberiscos se incluyesen en el Imperio otomano como ya algunos de sus jefes estaban intentando.

La presencia de abundantes moriscos señalaba también el peligro de que pudiera establecerse una cabeza de puente en la Península. Faltaban aún más de treinta años para Lepanto. Nápoles y Sicilia compartían también estos temores.

De nuevo Bolonia

Los informes que estaban llegando acerca de la política de Clemente VII incrementaban la preocupación. El papa, un Médicis a fin de cuentas, buscaba el fortalecimiento de la familia y no veía otro medio mejor que la vuelta a la amistad con Francia. Recordemos que, tiempo más tarde, damas de esta familia serían reinas. Con Inglaterra, en cambio, no era posible contar: la excomunión de Enrique VIII se produciría el 24 de marzo de 1534, pero se habían cumplido ya dos años de la separación, que ahora se tornaba en definitiva. El cardenal García de Loaysa, desde Italia, advertía al emperador: los Médicis estaban dispuestos a mover todos los peones para destruir la hegemonía que Carlos había conseguido establecer.

El retorno a España exigió más tiempo del que se había previsto y permitió a Carlos descubrir los propósitos del papa que afectaban a su propia política. Llegó a Bolonia antes de las Navidades de 1532. En las puertas de la ciudad le esperaban los cardenales Cibo y Grimaldi, encargados de rendirle los honores y de organizar el desfile que, con solemnidad, debía llevarse a la presencia del papa. Formas corteses como las costumbres señalaban; Carlos estaba evidenciando su voluntad de someterse a la obediencia debida. Pero, al mismo tiempo, enfrentamiento sordo. Clemente no ocultó los recelos que le merecían los Habsburgo con su consolidación. Les acusaba de causar daño a los Estados Pontificios, ya que apoyaban

al duque de Ferrara en sus pretensiones de incorporar Módena y Regio a sus dominios.

Por su parte, Carlos V planteó las tres cuestiones principales relacionadas con el gran proyecto de unidad cristiana en que seguía confiando. El primero, naturalmente, era el de la convocatoria de un concilio. Clemente comprendió que no podía seguir oponiéndose con una clara negativa; de todos los sectores católicos venía la demanda, ya que en aquellos momentos se echaba en falta una definición solemne de la fe; dio una respuesta evasiva para ocultar la firme decisión de no convocarlo. El segundo se refería a la guerra contra el islam; era preciso que el papa la declarase «cruzada» ya que de este modo podrían adquirirse los recursos económicos que se necesitaban y que eran muy grandes, dadas las dimensiones de la contienda. Finalmente se entró en las contradicciones de la Liga de Cognac; no era justo que las potencias católicas se aliasen contra el emperador traicionándole precisamente en aquello que afectaba a la defensa de la fe.

El papa aceptó que se nombrase una comisión de seis miembros, tres de cada parte, para analizar el problema y proponer una solución. Granvela estaba al frente de los que representaban al emperador, y el cardenal Hipólito de Médicis a los del papa. El 24 de febrero esta comisión logró la firma de un documento secreto que respondía a las demandas del emperador. Clemente aceptaba la necesidad que suponía la convocatoria del concilio. Clemente se comprometía a no firmar alianzas con otros príncipes del tipo de la de Cognac. También se propugnaba la creación de una Liga que ostentase la condición de cruzada. El dux de Venecia se negó a entrar en ella. Confiaba, en estos momentos, en que las negociaciones que mantenía con Solimán le permitieran alcanzar una especie de garantía para su comercio de parte de los turcos.

Palabras vacías. Carlos V sabía muy bien que la intención del papa era precisamente incumplir sus compromisos. De hecho, el

papa viajó inmediatamente a Marsella para concertar el matrimonio de Catalina de Médicis con el segundo de los hijos de Francisco, Enrique, duque de Orleans. A esto no podía oponerse el emperador; en aquellos momentos su hermana Leonor era reina de Francia. El fallecimiento prematuro del primogénito haría luego a Enrique heredero del trono. Catalina sería la primera de las Médicis en sentarse en el trono de Francia. No era distinta la política del emperador. Pretendía que su sobrina, Cristina de Dinamarca, que se hallaba bajo la tutela de María la regente de Flandes porque era huérfana, casase con Francisco de Sforza, duque de Milán, reforzando así su vinculación a la Casa de Austria. María envió un duro testimonio de protesta: casar a su niña con ese descendiente de *condottieros* que contaba edad como para ser su abuelo, era ya demasiado. Pero Carlos no estaba dispuesto a ceder. Los intereses políticos se ponían siempre por encima. Por fortuna para Cristina, Francisco falleció pronto y el matrimonio no pudo llevarse a cabo. Milán permanecia bajo la dependencia del emperador.

Por Génova hacia Barcelona

El 28 de febrero Carlos V se despidió de Clemente VII; había sido especialmente larga la estancia en Bolonia. Pero también el trayecto hasta Génova, en donde le esperaban los barcos encargados del transporte a Barcelona, fue lento y parsimonioso. Recorrió aquellos escenarios que se asociaban a la victoria de Pavía e hizo en Milán un detenimiento. Se trataba, según parece, de demostrar que la restauración de los señoríos italianos no modificaba en absoluto los planes unitarios del emperador. Más de una semana permaneció en Génova, cuyo señorío había entregado a los Doria que ahora destacaban por su fidelidad al emperador. Aunque la documentación guarda silencio, podemos suponer con seguridad que allí se estaban

examinando los planes que debían llevar a la campaña de África. La victoria de Viena no ponía fin a la guerra, pues los recursos turcos seguían siendo muy considerables. Y con el cambio en la política veneciana se hacía más urgente que nunca cerrar el tramo que separa Sicilia de Túnez. Allí estaba Malta en donde la Orden de San Juan se estaba recuperando. Sumaba dos funciones a la estrictamente militar: rescate de los cautivos en los mercados de esclavos y acogida a enfermos y heridos que necesitaban recuperación.

La mala situación en el mar obligó a los barcos a dirigirse a Rosas; con gran rapidez, el emperador cabalgó hasta Barcelona en donde le esperaba Isabel con sus hijos, Felipe y María, que gozaban de buena salud. Era la oportunidad de procurar nueva descendencia. Las muestras de afecto en el matrimonio coincidieron con el aplauso de los catalanes que veían en Carlos el buen rey que ponía sus miradas en el Mediterráneo. España era una especie de cara inversa en la moneda que compartía con Alemania. Aquí los aciertos de la emperatriz y sus consejeros habían borrado las reliquias que dejaran los conflictos del comienzo del reinado. Buenas noticias llegaban también de América relacionadas con los recursos. Había sonado la hora de repetir el éxito de Viena con un buen golpe sobre la costa africana.

El Consejo de Estado, presidido por el cardenal Tavera, pudo dar cuenta detallada de cómo estaban las cosas. Al enviarse tropas y dinero para la defensa de Viena y del Adriático, las costas españolas habían incrementado sus daños. También los genoveses habían experimentado considerables pérdidas. Surgía un nombre, Khaid ed-Din, a quien los cronistas prefieren llamar Barbarroja, que ya no era un simple capitán de corsarios pues había recibido del sultán un nombramiento que le ponía al frente de todas las fuerzas musulmanas en el Tirreno. Estaba ahora reclutando tropas y pretendía establecer en la costa argelina una base de apoyo capaz

de resistir cualquier ataque. Barbarroja se preparaba para derribar al jeque de Túnez, que se consideraba vasallo del rey de Sicilia y mantenía relaciones útiles con la isla. Tavera no dudaba: era preciso apoderarse de Argelia y remediar las pérdidas que se habían sufrido después de la muerte de Fernando el Católico y a causa de las revueltas.

Carlos estaba completamente de acuerdo, pero para llevar a cabo la operación era preciso reunir dinero. Por eso decidió convocar nuevas Cortes, aplicando el sistema de que las de Aragón, Cataluña y Valencia utilizasen la misma localidad, Monzón, que se había convertido en una especie de lugar intermedio. De este modo el monarca no necesitaba desplazarse; acudía a cada una de las salas en donde los procuradores se hallaban reunidos. En aquellos momentos nada parecía tan urgente y necesario como recaudar ayudas extraordinarias.

Marido y mujer estaban repitiendo en Barcelona aquellos gestos de amor que tanto llamaran la atención en Granada. En cierto momento subieron juntos a Montserrat para pedir ayuda a la Virgen. El monasterio benedictino se estaba convirtiendo en el signo de la catalanidad, en momentos en que la vinculación del Principado a los otros reinos se consideraba como el mayor beneficio posible. Carlos no tuvo más remedio que separarse de su esposa para acudir a la apertura de las Cortes de Monzón el 19 de junio de 1533. Resulta muy significativo que en esta ocasión no delegara en otro la presidencia de las Cortes y que él mismo efectuara la lectura del discurso inaugural cuidadosamente preparado. Publicado por Francisco de la Iglesia hemos de reconocer que se trata de un documento importante. Haciendo referencia a las reuniones anteriores pudo decir que todos los problemas que en ellas se plantearan estaban ahora plenamente superados: la emperatriz y su hijo habían demostrado la capacidad necesaria para el ejercicio de las funciones reales; todas las disensiones internas habían sido

superadas; se había conseguido finalmente la paz con Francia donde Leonor se sentaba también en el trono; y el Turco había sido completamente derrotado a las puertas de Viena.

Había llegado el momento de estudiar los esfuerzos que debían realizarse para la puesta en marcha de la gran operación que importaba a los reinos mediterráneos. La campaña de África era imprescindible precisamente para ellos. De pronto el emperador fue interrumpido por la llegada de un correo. Isabel estaba enferma y los médicos temían por su vida. Carlos no experimentó la menor duda: subió a su coche y ordenó a los aurigas viajar al galope haciendo saltar las ruedas del vehículo. El 20 de junio se hallaba nuevamente en Barcelona. Los médicos le tranquilizaron: la emperatriz no corría peligro. El emperador no se separó de su esposa, de modo que el 12 de julio, y después de haber asistido a una misa de acción de gracias, se reincorporaba a las Cortes de Monzón.

Preparativos e inesperados problemas

Casi cinco meses duraron aquellas Cortes de Monzón. Las negociaciones con los procuradores de los tres reinos eran más lentas y más complicadas que en Castilla, donde el número de representantes era mucho más reducido. Se invocaban de un modo especial los Fueros cuando se pretendía dar respuesta negativa a las demandas de impuestos, temiendo que pudieran emplearse en asuntos que nada tenían que ver con sus reinos. Había otra dificultad: en estos momentos, el emperador no podía dar publicidad a sus proyectos porque de ella podían servirse los turcos. Pero se trataba, ciertamente, de prestar un servicio directo a la Corona de Aragón incrementando su potencialidad. Concluiría el año 1533 sin que Carlos pudiera pisar el suelo castellano. Un retraso que

entorpecía los preparativos, pues la Corona castellana proporcionaba mayores recursos en dinero y en soldados.

A Monzón llegó, desde Flandes, una noticia preocupante. Se habían producido en Bruselas tumultos a los que la regente María tuvo que enfrentarse. El esfuerzo produjo en ella una alteración de nervios que hizo temer que se estuviesen repitiendo en ellas las dolencias psíquicas de su madre. La noticia fue pronto rectificada, pero movió al emperador a hacer un cambio en las estructuras de gobierno: a la regente correspondía solamente la representación de la autoridad del rey, pero el ejercicio del poder quedaba en manos de los Consejos de las distintas provincias. Un cambio que es preciso tener en cuenta para comprender las dimensiones que más adelante cobraría la resistencia contra Felipe II.

Estancias en Zaragoza y en Toledo consumieron los primeros meses del año 1534. Pero la correspondencia conservada nos demuestra que, a partir de mayo, había decidido realizar un pausado viaje por aquellas ciudades castellanas y leonesas que influían poderosamente en las Cortes y protagonizaran las Comunidades. Todas ellas estaban gobernadas por «regimientos», es decir, suma de familias poderosas entre las que se solía incluir también la alta nobleza que aseguraba fuertemente su poder. Por ejemplo Zamora, cuyo obispo Acuña ejerciera gran influencia en las Comunidades, estaba ahora prácticamente dominada por los Enríquez, señores de Rioseco y ligados a la dinastía real; el obispo era ahora un Mendoza. Con el viaje se intentaba consolidar los gobiernos locales y demostrar que el emperador contaba con fuertes adhesiones. En todas partes se le recibía con corridas de toros, algo que hubiera causado el disgusto de Isabel la Católica.

En junio, pasando por Ávila, Carlos llegó a Salamanca y luego, por el camino de Zamora, aguas arriba del Duero y del Pisuerga, hasta Valladolid. En este tramo sus acompañantes incluyeron los campos de Villalar, sin comprender que era algo que Carlos V quería

olvidar. Salamanca y Valladolid albergaban entonces las más prestigiosas universidades; en la primera dominaban los estudios de Derecho y allí se estaba consolidando ese cuerpo de doctrina que debía aplicarse en los reinos americanos poniendo fin, precisamente por estas fechas, a los abusos. Valladolid destacaba por la Medicina; era la primera universidad de Europa que en el siglo XIV recibiera permisos de la Iglesia para experimentar con cadáveres humanos. Los médicos procedentes de otros lugares tenían que someterse a una revisión de sus maestros antes de poder ejercer la profesión. No hay que olvidar que el crecimiento de Alcalá estaba siendo también muy rápido.

En Mojados, cerca de la villa del Pisuerga, Carlos volvió a encontrarse con su madre que, ahora, hacía pequeñas excursiones fuera de Tordesillas. Seguía siendo la reina y como tal era tratada. Un motivo de preocupación y disgusto venía por otro lado. Al poco tiempo de reunirse con su marido, Isabel había quedado embarazada. Nació un niño, muerto. Los cronistas aluden a cierta epidemia que se estaba detectando en Castilla pero cabe suponer que esta interpretación no era correcta; la salud de la emperatriz se estaba perturbando y la descendencia anhelada seguía limitada a un niño y una niña que crecían.

Cortes de Madrid de 1534

Ayuda extraordinaria. Esto era lo que se esperaba de Castilla para poner en marcha la operación que desmontase el poder de Barbarroja. Desde 1533 Carlos contaba con un componente decisivo para la operación: la flota genovesa comandada por Andrea Doria. Las noticias que llegaban en 1533 y 1534 justificaban la urgencia. Se habían perdido muchas de las posiciones que Cisneros cobrara entre 1508 y 1511. Melilla había rechazado con éxito varios ataques, pero

Barbarroja, que ahora se titulaba almirante turco, había ampliado sus dominios y enviaba sus barcos a las costas de Italia. El 4 de agosto de 1534 se apoderó de Túnez expulsando al jeque que curiosamente se llamaba Muley Hassan como el último rey de Granada. Cuando los berberiscos se apoderaron de Fondi, dieron muerte o esclavizaron a todos sus habitantes. No era posible seguir perdiendo el tiempo.

Las Cortes se reunieron en Madrid aquel otoño de 1534. Y el emperador se mostró contundente: Nápoles, las islas y las costas españolas estaban en peligro mortal. Era imprescindible reunir una flota que superase a la de Barbarroja, a fin de repetir en el Mediterráneo la victoria que se había culminado en Viena. Todo ello significaba un esfuerzo económico de grandes proporciones. Las Cortes votaron una ayuda de 200.000 ducados, a los que habría que sumar los que se consiguieran en Monzón y en Italia. De todas formas había que recurrir a las grandes empresas financieras especialmente Welser y Fugger, de Augsburgo, que de este modo tomaban el control sobre rentas del Erario público. Para Carlos V iban a resultar casi prodigiosos los envíos que llegaban de las Indias y que significaban el pago de los impuestos correspondientes a la Corona.

Desde que Hernán Cortés derribara el imperio de Moctezuma, Carlos V podía titularse rey de México y en calidad de tal percibir la parte de riqueza que se especificara en los contratos firmados para la conquista. En 1533 Francisco Pizarro había concluido la conquista del Perú, ahora reino de Nueva Castilla. Los tesoros del Inca eran fabulosos; se alimentaban además de las minas de plata que iban a seguir trabajando. Los bienes adquiridos por los conquistadores tenían que abonar los impuestos directos e indirectos como los de la Península. En 1534, como un respiro, apareció en la Corte el hermano de Francisco, Hernando Pizarro, en cuyas arcas venían las grandes sumas que correspondían al rey. E. J. Hamilton, especialista

en el tema, valora en 300 millones de maravedís al año que los barcos traían desde Perú, a los que habría que sumar los que llegaban de México y de otros lugares. Eran metales preciosos que desembarcaban en Sevilla y pasaban a manos de los banqueros. Estas avenidas provocaban cambios en los precios que, al sumarse a los gastos de guerra, acabarían provocando una depresión.

Decisión

De este modo parecía posible poner en marcha la gran operación de rescate de Túnez y de golpe sobre las fuertes espaldas de Barbarroja. Tomó entonces la decisión de colocarse al frente de aquel ejército que debía reinstalar a Muley Hassan en Túnez, llevar a una sumisión vasallática a los demás emires de la zona y establecer bases fortificadas. En su correspondencia conservada, el emperador insistía en que se trataba, en primer término, del interés de Cataluña, y, también, de una oportunidad para demostrar su condición de caudillo militar. Se habían contratado los servicios de un espléndido pintor italiano, Tiziano, a quien se encomendaba la tarea de convertir en imágenes precisas aquellos sentimientos. Hoy se conserva en el museo de El Prado la mejor muestra de esta propaganda política. Los consejeros españoles trataron de disuadir a Carlos; no debía poner en peligro su vida en una campaña de tal calibre. Pero la decisión estaba tomada y el emperador no era ningún cobarde.

Otras noticias importantes venían de Roma. Tras el fallecimiento de Clemente VII, había sido elegido papa un Farnesio, Alejandro, que tomó el nombre de Paulo III en recuerdo de quien, años antes, se mostrara decidido partidario de una cruzada contra el Turco. Envió seis galeras para que se unieran a la flota y comunicó al emperador su buena disposición para la convocatoria de un concilio.

Para los historiadores adentrados en la documentación, la empresa de Túnez marca una especie de culminación de su reinado y demostró a la cristiandad que estaba dotada de un verdadero caudillo militar, despertando de este modo la alarma de sus enemigos. Tenemos hoy, en El Prado, el retrato que pintó en aquella ocasión Tiziano y que nos permite conocer el gesto de aquel hombre en el momento de subir a la nave. Carmen Mazario ha podido comprobar que hasta el último instante Carlos ocultó a su esposa la decisión tomada; temía que influyera negativamente en la delicada salud de la emperatriz.

No puede decirse que Paulo III fuera un papa ejemplar. Siendo ya sacerdote había tenido varios hijos, los cuales fueron legitimados para que pudieran incorporarse a la fuerte dinastía de los Farnesio. Pero estaba convencido de que ante el desarrollo de las reformas heréticas, luterana y anglicana, no quedaba a la Iglesia otra salida que estrechar los lazos con la Casa de Austria. Carlos temía que este cambio en el pontificado y el sonido de las campanas de su victoria, movieran a Francia a volver a la guerra. Por eso decidió mantener en España tropas de defensa y envió a María dinero para que reclutase mercenarios en defensa de Flandes. Puso mucho interés en acelerar el matrimonio de Cristina de Dinamarca con el Elector palatino del Rin y envió procuradores bien escogidos para ganarse la amistad de los príncipes alemanes, católicos o no. Si Francisco trataba de aprovechar la oportunidad para dar un ataque por la espalda se debía responder con contundencia en las dos fronteras. Por su parte el papa envió una advertencia al monarca francés: estaba en juego la defensa de la cristiandad y esta no podía ser traicionada.

Al fin, Túnez

Todos los astilleros españoles trabajaron. Pero también Portugal decidió contribuir a la gran empresa con barcos, soldados y dinero. De modo que, cuando Carlos pasó revista en los muelles de Barcelona, allí estaban más de 30.000 hombres preparados para subir a los trescientos barcos que les aguardaban. Predominaban las galeras mediterráneas, pero allí estaban también la naves que cruzaban las olas del Atlántico. La aventura comenzó el 31 de mayo de 1535. Haciendo un alto en Mahón, aquella inmensa flota alcanzó pronto el muelle de Cagliari en Cerdeña. La emoción sacudía los ánimos de los moradores del Mediterráneo, aunque no eran muchos los que se percataban de que se entraba en una especie de epopeya que iba a durar más de treinta años.

Barbarroja había decidido acumular sus fuerzas en el puerto de La Goleta, que disponía además de fuertes defensas amuralladas. Hacia allí se dirigió Carlos que desembarcó en un lugar íntimamente unido a la memoria histórica; allí donde se encuentran las ruinas de Cartago. Ahora la emperatriz Isabel, en cartas que recogían también dicha memoria, escribía a su marido alentándole en aquella empresa para todos vital: él era el caballero que significaba la cristiandad. Ante los soldados españoles, el emperador se presentó de otra manera: se estaba dando remate a la reconquista. Mientras los cañones de los barcos destruían con evidente eficacia las defensas del enemigo, eran los tercios españoles los que subían al asalto del enemigo y lo derrotaban. Fueron ellos precisamente los que, en medio de la sangre derramada, pusieron en pie los estandartes de la victoria. En su *Égloga primera*, Garcilaso de la Vega transmitió a la posteridad el dolor de la muerte; no era una guerra entre caballeros sino una cruzada contra el islam, donde no entraban ni la piedad ni la misericordia.

Los correos se las ingeniaban para llegar con sus noticias al otro lado del frente. Entre ellas venía una que completaba la alegría del emperador: el 24 de junio, víspera de san Juan, Isabel había dado a

luz a una niña a la que lógicamente se puso el nombre de Juana, tan importante dentro de la dinastía Trastámara en sus dos vertientes. La dinastía se consolidaba en el momento en que, derrotado Barbarroja, volvían a cerrarse las puertas del occidente mediterráneo. Había disensiones entre los consejeros del emperador. Unos pensaban que con La Goleta se había cumplido el objetivo y era conveniente regresar. Otros recomendaban la marcha hacia el oeste para apoderarse de Argel y destruir definitivamente la potencia berberisca. Al final, Carlos tomó una decisión: el 20 de julio se pasó a los capitanes la orden de apoderarse de Túnez

Barbarroja contaba con fuertes reservas en esta ciudad. Algunos de los capitanes españoles temían que pudiera entrarse en una batalla de desgaste que aventara la gloria de La Goleta. Había dificultades en el avituallamiento y llegaban noticias de que Francia estaba preparando la ruptura de la paz de Cambrai temiendo que el emperador pudiera, con su victoria, consolidar la hegemonía. Como en otras ocasiones, Carlos decidió continuar con el plan de lucha que había adoptado. Los tercios comenzaron la operación apoderándose de los pozos de agua de los que dependía el aprovisionamiento de la ciudad. El emperador, montado en su caballo, había dirigido la operación. Es evidente que se trataba de obligar a la guarnición a rendirse por falta de recursos.

De pronto se produjo la gran sorpresa; los miles de cristianos que Barbarroja tenía cautivos en Túnez rompieron sus cadenas y se apoderaron de la Alcazaba tomando al enemigo por la espalda. No sabemos si este episodio sirvió de inspiración a A. E. W. Mason para su conocida novela de *Las cuatro plumas* aunque situándolo ahora en Khartum en los años finales del siglo XIX, Carlos V había demostrado ahora su valor. Barbarroja había tenido que salir huyendo hacia Argel mientras los barcos de Andrea Doria le pisaban los talones.

Sin embargo, el emperador decidió poner fin a la operación regresando a Sicilia, después de haber restablecido a Muley Hassan en su autoridad recibiendo de nuevo su vasallaje. Serios conflictos europeos le obligaban a demorar la empresa de Argel aunque sin renunciar a ella cuando fuera llegada la hora. Conflictos en Alemania y retorno a la guerra con Francia le forzaban a regresar a Europa y a estrechar relaciones con Paulo III. Seguía pensando que un concilio ecuménico era la única forma de salir de la trampa en que la cristiandad había caído.

Capítulo X

TERCERA GUERRA CON FRANCIA

PAULO III, LA HORA DEL CAMBIO

Al desembarcar en Siracusa, el emperador había sido recibido con enorme entusiasmo: Túnez, con Lampedusa, Malta y Mesina bastaban para asegurar ahora la navegación por aquellas aguas. Se habían modificado los sentimientos políticos de Italia que consideraba ahora positivo el programa por aquel formulado: unidad que garantizase la defensa y, también, respeto a las formas de gobierno establecidas en los diversos principados de la Península. Incluso Venecia había cambiado de postura; eran los barcos españoles los que le permitían seguir utilizando la ruta del Adriático aunque los turcos estuvieran ya instalados en una de sus dos riberas. Paulo III, elegido por unanimidad en un cónclave que había durado solo dos días, se mostraba enteramente en favor de esta política que también favorecía a su linaje. El mayor de sus hijos, Pierluigi Farnesio, era ya duque de Parma. El papa estaba preparando la promoción de sus otros hijos y nietos en aquellos niveles de alta aristocracia italiana. La política seguida por su antecesor de acercamiento a Francia parecía ahora un error.

Hay que destacar un punto importante. Los hijos del nuevo papa eran producto de unas liviandades que habían cesado en el momento en que León X le ordenó sacerdote. En su vida había, pues, dos tiempos, el de la secularidad y el del servicio de Dios; algo que curiosamente hemos señalado también en la de Carlos V. Había prestado importantes servicios diplomáticos con Adriano VI y con Clemente VII, aunque no había conseguido de este último que evitara los errores cometidos en las relaciones con Francia, haciendo que la Santa Sede se convirtiera en instrumento político. Él pensaba que debía guardarse un perfecto equilibrio en las relaciones con los monarcas católicos. Años más tarde, uno de sus nietos, Octavio Farnesio, contraería matrimonio con esa nieta legitimada de Carlos V, Margarita de Parma, que en estos años se titulaba duquesa de Florencia como esposa de Alejandro de Médicis.

Paulo sabía muy bien que iba a enfrentarse con muy serios problemas. En primer término estaban los conflictos de fe. Las cosas habían llegado tan lejos que no quedaba otro remedio que convocar el concilio afrontando los posibles riesgos. Luego estaba la terrible amenaza turca. Carlos había demostrado que sabía cómo enfrentarse a ella por lo que resultaba indispensable contar con él. Y finalmente estaba esa especie de error subyacente al anglicanismo que sometía a la Iglesia a los poderes políticos y que en Inglaterra había alcanzado los extremos de un cisma. Paulo III no quería presentarse como enemigo de Francisco sino como eficiente mediador; en esto curiosamente coincidía con Carlos V, que quería la paz y no la guerra.

Sin dejar de introducir algunos pacientes en el Colegio de Cardenales, puede decirse que Paulo III había puesto fin al nepotismo. Dos ingleses, Fisher, que iba a recibir el martirio, y Pole, recibieron el capelo; era un modo indirecto de asegurar a los católicos que trataban de sobrevivir en Inglaterra que podían contar con el apoyo de Roma. De hecho, el catolicismo británico, contando

con auxilios venidos de fuera, iba a sobrevivir. Entre los receptores de la dignidad cardenalicia destacaba también el veneciano Contarini, que trabajaría de modo especial en la cruzada. Otros tres, Sadolete, Córtese y Morone, destacarían por sus trabajos en favor de la Reforma católica, lo que les acercaba al emperador. En 1536 Paulo III creó una comisión encargada de precisar los desvíos que se habían producido en la vida del clero corrigiéndolos. El 15 de agosto de 1534 habían formulado sus votos en París los primeros miembros de la Compañía de Jesús que sería oficialmente reconocida por el papa en 1540.

El camino hacia la tercera guerra con Francia

Francisco I consideraba la paz de Cambrai y su propio matrimonio con Leonor como medios que le permitieran reparar los daños sufridos y retornar de este modo a la guerra. Ahora las victorias del emperador y el incremento de sus recursos por las importaciones americanas le hacían temer que de nuevo se afirmase la superioridad de la Casa de Austria. En 1535 decidió volver a plantear sus aspiraciones sobre Milán, haciéndolo de un modo curiosamente solapado. Encargó a su esposa Leonor que fuera a Flandes y presentara a su hermana María el siguiente plan. Era previsible el pronto fallecimiento de Francisco Sforza, lo que transmitiría los derechos de Milán a su esposa Cristina de Dinamarca. Esta debía casarse con uno de los hijos de Francisco, que de este modo recobraría el ducado. María rechazó radicalmente la propuesta y dio cuenta del engaño a su hermano el emperador.

Puede decirse que en este momento se hace pública la política de Francia que colocaba los intereses del poder temporal por encima de las consideraciones religiosas. No había por qué ocultar que para vencer a España se negociaban alianzas con protestantes y turcos.

Insistiendo en su calificativo de «cristianísimo», Francisco venía a decir que las ventajas para la Iglesia de Francia estaban ligadas a las de su poder temporal. Si la región crece, lo mismo hace su religión; un modo de explicar el *cuius regio* que esbozara Lutero. El galicanismo no incurriría en cisma pero aseguraría la sumisión de la jerarquía como en Inglaterra. Debemos acudir a Bossuet, un siglo más tarde, para entenderlo. El monarca francés estaba tratando de lograr alianzas con los enemigos del emperador. Prometió a Enrique VIII que presionaría a la Universidad de París para que elaborara una sentencia declarando legítimo el matrimonio con Ana Bolena. Prometió a la Liga de Smalkalda considerable ayuda y convirtió en alianza militar su entendimiento con Solimán. Estas concesiones iban a permitir a los calvinistas filtrarse por las venas de la sociedad.

Carlos V permaneció cierto tiempo en Nápoles en donde la victoria de Túnez era considerada como algo propio; la ayuda extraordinaria se elevó entonces al millón y medio de ducados. Esto no significaba la amortización de las deudas. En adelante los virreyes, como Pedro de Toledo, serían escogidos dentro de la alta nobleza española. Esto se compensaba con el hecho de que eran muchos los italianos incorporados a la Corte y también con la participación de banqueros y empresarios de esta nacionalidad en la empresa americana. Se multiplicaron bailes y fiestas en honor del héroe hacia quien volvían la mirada las damas nobles. Fernández Álvarez destaca el tono especialmente afectuoso de la correspondencia entre el emperador e Isabel. En una carta que Carlos fechó el 4 de febrero de 1536 aparecen las significativas palabras: «No son menester aquí soledades ni requiebros».

En estas cartas hallamos también detalles políticos. En Nápoles los españoles habían conseguido apoderarse de misivas dirigidas por el rey a Barbarroja que demostraban que los franceses preparaban su ofensiva sobre Saboya y Milán con ayuda de las flotas

berberiscas. Duquesa de Saboya era en estos momentos Beatriz, la hermana de la emperatriz. Desde Inglaterra llegaba otra noticia familiar preocupante: el 7 de enero de 1536 en su retiro de Kimbolton había muerto la reina Catalina. Enrique VIII podía ahora cambiar su postura: un viudo reconciliado con la Iglesia podía contraer nuevo matrimonio. Pero el inglés nada hizo. El anglicanismo debía seguir adelante. Carlos V seguía apoyando la legitimidad de su sobrina María Tudor.

Sin declaración de guerra, los franceses conquistaron Saboya utilizando los servicios de Barbarroja; preparaban ya la marcha sobre Milán. Antonio de Leyva, que ostentaba el mando de las tropas imperiales, informó a Carlos V que estas estaban bien preparadas y podía augurarse la victoria; recomendaba sin embargo proceder a una estrategia de desgaste. Carlos explicó a su esposa que aunque no deseaba la guerra no iba a consentir el despojo de los duques de Saboya. Paulo III había pedido al emperador que se trasladase a Roma; había enviado también sus legados a Francisco I ofreciendo sus buenos oficios para resolver los problemas que pudieran existir entre Francia y España. Antes de abandonar Nápoles, Carlos V ya había explicado a los embajadores pontificios que nada deseaba tanto como una paz; él no tenía ninguna demanda que presentar salvo la del cumplimiento de los acuerdos firmados.

La marcha del emperador hacia Roma despertó alarma en los habitantes de esta ciudad; los soldados de su séquito llevaban los mismos uniformes que en el saqueo de 1527. El papa calmó los ánimos y preparó un recibimiento que recordaba los antiguos triunfos que se ofrecían a los vencedores en el antiguo imperio. Estamos en el 5 de abril. Carlos estaba tratando de demostrar que él no era culpable de aquellos daños que causaran soldados desobedientes. Con él venían miles de soldados y también miembros de la alta nobleza de sus dominios; destacaban el duque de Alba y el conde de Benavente, vestidos de lujo, al lado de los cardenales. El

emperador se había abstenido de cualquier clase de pompa. Estaba allí para pedir perdón y demostrar que estaba al servicio de la Iglesia. Los franceses hicieron un alto en la marcha que ya habían emprendido.

La denuncia

El papa le estaba esperando al pie de la escalera principal de la iglesia de San Pedro. La sombra de Miguel Ángel y de Bramante permanecía aún en los perfiles del gran monumento. El pontífice ofició la misa de acción de gracias en la que el emperador hizo una clara manifestación de fe. Comenzaba entonces la Semana Santa, y Carlos la vivió en todos sus detalles como un buen cristiano. En los Oficios del Jueves Santo lavó los pies a doce mendigos como siguen haciendo los papas. Pasó por el Foro donde fue aclamado como el salvador de Italia. Bajo estas apariencias había una realidad más profunda. Al fin iba a celebrarse el concilio que permitiría disponer de un revisado Símbolo de Fe cuyo acatamiento se podría reclamar a todos los príncipes alemanes. No era ya la Dieta sino la Iglesia universal quien dictaba la norma.

En las largas conversaciones que papa y emperador celebraron estos días, Carlos pudo acusar a Francisco I de alta traición. Había apoyado al sultán durante la guerra que costara la pérdida de Hungría y ahora, sobre la mesa, estaban las cartas que demostraban la complicidad con Barbarroja a quien se enviaban provisiones de Marsella a Argel, en barcos berberiscos que alcanzaban las costas de Francia. La amenaza para la cristiandad no se limitaba a las divisiones doctrinales internas; mayor era el peligro que significaban las espadas de los turcos. Con unos y otros negociaba el monarca francés. Si esto no era traición, ¿cómo llamarlo? En el trasfondo de

esta denuncia percibimos una alusión a la conducta de Clemente VII, que había conseguido sentar a una Médicis en el futuro trono.

El lunes santo, 17 de abril, Carlos prácticamente presidió con el papa una sesión plenaria del Colegio de Cardenales en la que se hallaban presentes representantes de otros reinos. Pronunció un discurso en lengua española en el que daba explicaciones que curiosamente se ajustaban a la realidad. Francia aspiraba a ejercer la hegemonía sobre Europa; por eso había presentado su candidatura para la elección imperial. Al no conseguir el voto de los electores, había recurrido a las armas. Aquí había fracasado también cayendo prisionero en Pavía. Tratado con todos los honores debidos no se le habían presentado exigencias como corresponde a los vencedores, pues el imperio y la monarquía española solo están interesados en lograr paz y amistad con ese reino vecino tan importarte dentro de la cristiandad. Así se había firmado el tratado de Madrid que Francisco I incumplió; lo mismo estaba haciendo ahora con la paz de Cambrai. Aquí estaba el argumento principal: Carlos necesitaba la paz para poder volcar todas sus fuerzas en los otros problemas igualmente graves. Saltando las barreras de la fe, Francisco negociaba con los turcos como documentalmente se demostraba. Para él lo importante era acabar con la Casa de Austria.

Hemos de reconocer que al emperador no le faltaba entonces razón. Francia estaba sometiendo sus valores religiosos a los intereses políticos. Es conveniente recordar al lector que, al final, sería este programa y no el de Carlos el que lograría la victoria en el siglo XVII. Paulo III volvió a insistir en sus propósitos de mediación, pero el monarca español le interrumpió: había llegado el momento en que el papa declarase por cuál de las opciones apostaba. De no hacerlo así, a él solo le quedaba una solución: apelar al juicio de Dios según señalan las leyes de la caballería.

La campaña de Provenza

Un reto. Carlos entregó un ejemplar de su discurso al embajador francés Hennart. Ignoraba sin duda que en aquellos momentos Francisco disponía de una copia que le traducían al francés. No estamos en condiciones de aclarar cuál era el conducto que la llevara a sus manos. Las propuestas de negociación que había traído el cardenal de Lorena habían sido radicalmente rechazadas: ni Saboya ni Milán formaban parte del patrimonio francés. El 4 de marzo se cursaron las órdenes a la flota genovesa y a Antonio de Leyva: debían prepararse porque la guerra iba a comenzar. Se trataba de arrojar a los franceses de aquellas posiciones que aún conservaban en el Milanesado y de recuperar Saboya. Leyva creía segura la victoria; disponía de 60.000 hombres de los que 10.000 eran españoles

Las victorias de La Goleta y Túnez había elevado a Carlos V a un verdadero pedestal de gloria según lo veían los italianos. Recibió a los cardenales Trivulcio y Caracciolo que le traían la propuesta del papa de actuar como mediador, pero la rechazó; primero tenían los franceses que abandonar las tierras que robaran. Desde Roma pasó a Florencia, donde le acogió con gran afecto Alejando de Parma, que era entonces el primer marido de aquella hija legitimada del emperador y de una dama de la regente Margarita por lo que llevaba este nombre. Ya hemos indicado como, al enviudar, casaría con Octavio Farnesio, nieto del papa. Alejandro tropezaba con muchas dificultades que Carlos resolvió dando a sus tropas orden de prestar auxilio. El duque de Parma proponía que se constituyese una sólida Liga en Italia para defensa frente a los turcos.

Finalizaba la primavera cuando el ejército imperial se puso en marcha hacia las fronteras de Francia. También en Flandes comenzaban las hostilidades. Junto a Antonio de Leyva y el duque de Alba, que era considerado ya como uno de los principales

militares, marchaban también los Gonzaga, el marqués del Vasto y naturalmente el duque de Saboya. En Asti, desde donde se contemplaban los pasos de los Alpes, se discutieron en junio los planes de campaña para la invasión de Provenza marchando hacia el norte sobre Lyon o girando a la costa para tomar Niza y los otros puertos mediterráneos. Carlos prefería marchar sobre Lyon pero la fuerte resistencia de Fossano le obligó a cambiar; encomendó a Leyva con ayuda de parte de las tropas la consolidación de este frente, y él mismo, cruzando por los pasos de Tende entre los días 17 y 26 de julio, se dirigía hacia la que ahora llamamos Costa Azul, que pertenecía entonces a Saboya.

Desde Flandes, María comunicaba noticias desfavorables; crecía la indisciplina de las tropas mal pagadas y probablemente no podría llevarse a cabo el plan de Enrique de Nassau de marchar sobre París. Los barcos genoveses apoyaban y aprovisionaban a las fuerzas que consiguieron apoderarse de Niza donde el emperador celebró la fiesta de Santiago. Continuó luego por Cannes y Antibes, que estaban todavía muy lejos de convertirse en centros turísticos. Montmorency, que mandaba las fuerzas francesas, dio orden de quemar casas y cosechas privando a los invasores de medios para alcanzar Marsella, objetivo fijado. Los españoles tuvieron que detenerse en Fréjus. Fallaban absolutamente los aprovisionamientos. Y en este momento se recibía también confirmación del fracaso de Nassau. Las esperanzas de obligar a Francisco a negociar, apretado entre dos frentes, se habían disipado. En septiembre de 1536, Carlos dio orden de retirada dejando en Niza una guarnición española.

Los franceses no estaban en condiciones de arriesgarse a una batalla en campo abierto, pero contaban con la colaboración de los habitantes de aquellas tierras para causar fuertes pérdidas en las tropas en retirada

Regreso a España

Eran malas las noticias que desde Alemania anunciaban un declive en el poder imperial. La reconciliación del papa con el emperador inducía a los protestantes, cuyo número iba creciendo, a enfrentarse más duramente con ambas autoridades. Fernando, Rey de Romanos, carecía de recursos suficientes y por ello se inclinaba hacia posibles acuerdos haciendo concesiones. Era imprescindible reunir recursos y para ello resultaba necesario volver a España; habían transcurrido ya los tres años de ayudas extraordinarias. Se necesitaba un nuevo voto de las Cortes y también echar mano a los recursos que venían de América. También era necesario revisar la distribución de poderes en aquel gigantesco dominio que no podía ser gobernado por una sola mano.

Lo que, con gran acierto, don Ramón Menéndez Pidal llamara «españolización» de Carlos V, debe ser cuidadosamente explicado. En ese conjunto de reinos que formaban España, a los que se habían sumado ahora Perú y México, significativamente denominados Nueva Castilla y Nueva España, estaba la plataforma más sólida para la dinastía, pues en ellos se mantenía la unidad católica. Nebrija había puesto en marcha una lengua española que superaba las hablas regionales que aún se conservaban. Felipe debía heredar estos dominios, junto con Italia y Flandes; significativamente ya no sería calificado de Alteza sino de Majestad, como si un nuevo imperio se hubiera creado. Esto no significaba que debiera prescindir de las ayudas a la otra rama de la Casa de Austria.

En las Navidades de 1536 se iba a dar un paso muy importante. Carlos, desafiando el mal tiempo, había viajado de Génova a Barcelona; había pedido a su esposa que con sus hijos y otros miembros de la familia acudiesen a Tordesillas, el alojamiento de la reina Juana, que significaba la plena legitimidad. Llegado a

Barcelona el 6 de diciembre atravesó la Península a tal velocidad que en la tarde del día 19 ya estaba en Tordesillas. Los cardenales Tavera y García de Loaysa se hallaban presentes. Paulo III ya había firmado el 2 de junio la convocatoria del concilio aunque las circunstancias retrasarían su celebración. Pero en España se iba a afirmar definitivamente el programa de defensa de la fe frente a protestantes y turcos.

Llegó al monasterio que era la residencia real. En lo alto de la escalera le aguardaban los dos cardenales; en medio de ellos estaba un niño de nueve años, esbelto y vestido de lujo; era precisamente Felipe; la reina y la emperatriz esperaban dentro sentadas en sillones. Carlos se arrodilló delante de su madre demostrando que la consideraba aún como la verdadera reina. Ella le obligó a levantarse y le abrazó; no quería besos humildes en la mano. Más efusivo aún fue el abrazo de Juana a Isabel. La escena teatral tenía un alcance profundo: la sangre de los Trastámara estaba ahora en las venas de la Casa de Austria. Se emplearon diez días en aquellas celebraciones navideñas. Se estaba haciendo público, una vez más, el amor entre los que constituían la familia real.

Cortes de Valladolid

El 29 de diciembre, Carlos hubo de abandonar Tordesillas para asistir a las Cortes convocadas en Valladolid; iba a cumplir treinta y siete años pero comenzaba a demostrar que padecía una artrosis progresiva, la «gota» que se presentaría en determinados momentos como un gran obstáculo. Muchos comprobaban que su asistencia a actos solemnes se le estaba tornando trabajosa. Las preocupaciones principales venían sobre todo de otra parte: la guerra con Francia no ganada había agotado las reservas económicas, disminuyendo el número de soldados y aumentando las deudas. Francisco I veía una

oportunidad: iba a compensar la pérdida de Saboya con un ataque sobre Flandes, proclamando de nuevo que se trataba de un señorío francés. María había escrito alarmada que necesitaba recursos porque eran insuficientes sus soldados para garantizar la defensa. Hasta primeros de abril no pudo recibir el respiro que significaban cien mil ducados de oro. Las Cortes seguían discutiendo las contribuciones que se les reclamaban.

Carlos estaba descubriendo entonces el valor que debía otorgarse al Nuevo Mundo. Estaba comenzando a aumentar su población y crecía el número de bautizados. De las minas de los nuevos reinos llegaban los metales preciosos que podían aliviar las angustias económicas. Se trata de un tema que tendremos que abordar en otro capítulo, pero conviene insistir aquí en el cambio que se estaba produciendo en la opinión del emperador y de sus consejeros: América tenía que dejar de ser considerada como una tierra virgen a disposición de aquellos aventureros a quienes el Consejo otorgaba un permiso para comprender que en ella existían de hecho reinos cuyos moradores tenían que ser tratados como los demás súbditos. Lope de Aguirre, con su mala conducta, iba a justificar las decisiones prohibitorias que Carlos iba a imponer. Para el emperador y para las Cortes se trataba de noticias muy positivas; claro que no faltaban los delitos como se registraban en todas partes, pero allí ya no había guerras como las que asolaban a Europa.

El cuaderno que presentaron los procuradores en las Cortes de Valladolid y que discutieron con el cardenal Tavera y Francisco de los Cobos porque la mala salud del emperador le impedía tomar el protagonismo, tenía claras muestras de pesimismo. Los representantes del emperador iniciaron el diálogo empleando los mismos argumentos que se utilizaran en Roma: Francia traicionaba a la cristiandad firmando acuerdos con el sultán y permitiendo a los barcos otomanos utilizar los muelles de Marsella. Los procuradores aceptaron esta explicación que ya conocían y votaron una ayuda

extraordinaria de 204 millones de maravedís que serían pagados en dos años. Pero pusieron también el acento en cuatro de los puntos que figuraban en su cuaderno:

1. Si todos los metales preciosos procedentes de América, incluyendo los de propiedad privada, se ingresaban en el Erario público, las posibilidades de desarrollo de las empresas castellanas se tornarían nulas.
2. Castilla estaba tocando los límites de la pobreza. Esto se demostraba porque los hidalgos ya no podían dar a sus hijas la dote necesaria para un matrimonio o el ingreso en un convento.
3. Las prolongadas ausencias del rey eran causa de que las reformas tan acertadas que introdujeran los Reyes Católicos se vieran conculcadas.
4. Como consecuencia de este abandono, las obras públicas se hallaban paralizadas; muchos caminos se habían tornado impracticables y también muchos puentes debían reconstruirse o fabricarse de nuevo.

Carlos dio la razón a los procuradores por sus quejas y prometió que haría lo posible por enmendarlas. Pero en relación con su permanencia en Castilla la respuesta solo podía ser negativa, aunque la presencia de Isabel y Felipe garantizaban un futuro más sólido. Él era emperador y no tenía mas remedio que visitar sus extensos dominios; en calidad de tal ejercía la defensa de la cristiandad amenazada en tres frentes. La ejecución de Ana Bolena había abierto esperanzas de rectificación en Enrique pero ahora se comprobaba que no eran ciertas. Los cuantiosos fondos americanos —se habían superado ya los cuatro millones de ducados— no bastaban para remunerar todos los compromisos. No tenía más remedio que acudir a los préstamos de los banqueros alemanes y esto significaba una deuda pública que no había posibilidades de

liquidar. De algo sin embargo no tenía la menor duda: Castilla, con su fidelidad, su sentido de la nobleza y sus grandes valores religiosos, era elemento esencial para el cumplimiento de aquella gigantesca tarea que Dios había puesto en sus manos y que no tenía más remedio que asumir sin la menor vacilación.

Otra vez en Monzón

La artrosis no había impedido al emperador engendrar un nuevo hijo, de modo que cuando abandonó Valladolid para dirigirse a Zaragoza preparando las Cortes que, como de costumbre, iban a celebrarse en Monzón, la emperatriz no pudo acompañarle; permaneció en Valladolid sufriendo un embarazo doloroso que preocupó con razón a los médicos que la atendían y a quienes cuidaban de ella. Los procuradores habían sido convocados para el mes de agosto y Carlos V tenía que estar presente. Sus preocupaciones seguían centradas en el mismo objetivo: conseguir, al menos, una tregua duradera con Francia que le permitiese lanzar sus fuerzas sobre Argel. Envió a Granvela a Flandes y a Francisco de los Cobos a Perpignan, con la misión de negociar con el cardenal de Lorena y con Montmorency, a quienes Francisco I otorgara también poderes para negociar en su nombre. La guerra costaba dinero y vidas en ambas partes.

María se disgustó; a Granvela se le estaban concediendo poderes que a ella, como regente de los Países Bajos, le correspondían. Envió a su hermano una carta en que explicaba tales quejas. Carlos le respondió con cierta aspereza. Las noticias de sus actos le hacían desconfiar, como si fueran a repetirse las dolencias de la madre de ambos. Dijo que ella seguía siendo regente, pero Granvela llevaba poderes e instrucciones del propio emperador que estaba en la cúspide del poder. María, que había superado sus dolencias,

explicaba los pasos decisivos que había dado en las relaciones con Francia. Tras conseguir una tregua con Enrique, que ahora era ya el Delfín, había tomado contacto con la reina Leonor que a fin de cuentas era su hermana. Se trataba de conseguir una nueva paz de las damas. Carlos mostró claramente su desconfianza: ni el Tratado de Madrid ni la Paz de Cambrai habían servido para nada. Él necesitaba un acuerdo sincero entre ambos reyes que permitiese continuar la guerra contra el islam y esto no se obtenía por medio de documentos. El dominio del norte de África era esencial para la acrecentada Corona de Aragón, asentada en España y también en Italia.

Esto era, precisamente, lo que iba a exponer en el discurso inaugural de las Cortes de Monzón el 13 de agosto. Nobleza y alto clero se hallaban ampliamente representados. Esta vez las ayudas económicas fueron mayores, porque los procuradores compartían esa idea de que se trataba de defender los intereses de la Corona de Aragón. Una vez más el emperador explicó el peligro que significaba la alianza de Francia con los piratas berberiscos, causa de grandes daños para el comercio catalán. Por eso señalaba como objetivo primordial llegar a una sólida paz con el país vecino y no a simples treguas. Los informes enviados por Cobos y Granvela parecían garantizar la posibilidad de conseguirla. Los procuradores se mostraron un poco más generosos y elevaron la ayuda a los dos millones de maravedís. Lo mismo que había costado el primer viaje de Colón.

De pronto saltó la alarma: correos venidos desde Valladolid anunciaron que la emperatriz había tenido un hijo, al que se puso nombre de Juan, pero el parto había sido tan difícil que había puesto en peligro su vida. A toda prisa, azuzando con látigos el lomo de los caballos, el emperador pudo hacer el recorrido hasta Valladolid en ocho días. Isabel estaba a salvo pero el retoño que tanto anhelaban los reyes no tardaría en morir. Estamos en noviembre de 1537.

Carlos retornaba a Monzón porque sus deberes allí le reclamaban. Se abría la esperanza de un encuentro directo con el rey de Francia para poner en claro las cosas. Pero en el fondo de su corazón se había instalado una dura certeza; nunca la emperatriz recobraría la buena salud de otros tiempos. La muerte llamaba con insistencia a sus puertas.

Aigues-Mortes

La amenaza turca no cedía. Sus galeras estaban demostrando que, como en 1480, podían alcanzar las costas italianas causando muertos y prisioneros en gran número. Paulo III hubo de tomar personalmente la decisión de contactar con Carlos y Francisco; era necesario que hiciesen la paz y uniesen sus fuerzas contra Solimán, porque la cristiandad se hallaba en grave peligro. Si no se hacía así, la cristiandad estaba en peligro de perderse. Esta vez las dos hermanas, María de Hungría, regente en Flandes, y Leonor, reina en Francia, pudieron contactarse y fueron escuchadas. La primera de ellas envió a un emisario de toda confianza, Cornelio Sepper, a quien el Delfín diera un pasaporte para que pudiera cruzar Francia con más celeridad, a fin de llevar la noticia: Francisco I estaba dispuesto a confirmar una tregua de seis meses durante los cuales se podría negociar.

Los cuatro dialogantes, Granvela, Cobos, Lorena y Montmorency, fueron encargados de estas negociaciones que se consideraban lentas y por ello difíciles. Se trataba de que los dos reyes se encontrasen en algún lugar cercano a la frontera para hablar directamente. Carlos se dirigió a Cataluña con un brillante séquito que emulaba al de su interlocutor. Paulo III decidió entonces intervenir en calidad de mediador. Desde febrero de 1538 había un acuerdo firmado por el emperador, su hermano Fernando y el dux de

Venecia para poner en pie una Liga contra el Turco. El papa, que mantenía contactos epistolares con el emperador, viajó hasta Niza pidiendo a Francisco que acudiera a aquella ciudad que contaba entonces con una guarnición española.

Aunque en Castilla se mostraban temores de que fuese todo un nuevo engaño, Carlos embarcó en Barcelona el 25 de abril de 1538; sus barcos, aunque hostigados por el enemigo, le permitieron desembarcar en Villefrance, cerca de Niza, desde donde se dirigió a Savona, en donde se hallaba en estos momentos el papa. También Francisco I había celebrado una entrevista con Paulo III sin que se demostrase voluntad sincera de paz; los dos reyes buscaban metas que favorecieran sus respectivos programas. José María Jover y Manuel Fernández Álvarez coinciden en destacar el papel que Leonor, la hermana de Carlos, desempeñó en estos esfuerzos que se hicieron en favor de un entendimiento muy difícil. No hay que olvidar las dificultades económicas que sufrían ambos bandos.

Carlos V había acompañado a Paulo III hasta Génova; buscaba de este modo la oportunidad de intercambiar opiniones. En primer lugar hablaron del concilio convocado; el retraso que la guerra estaba imponiendo causaba un grave daño porque iban creciendo las disidencias y la doctrina heterodoxa. Naturalmente hablaron también de los ataques turcos que tanto preocupaban a Italia. Y convinieron en lograr un acercamiento entre las familias de ambos. Habiendo enviudado Margarita de Parma por la muerte de Alejandro fue entonces cuando se decidió casarla con Octavio Farnesio, nieto del papa.

Al final Leonor consiguió que se celebrara la deseada entrevista. A su regreso, desde Génova, Carlos debería hacer un alto en el puerto de Aigues-Mortes donde le esperaba su cuñado. El emperador se vio sorprendido; cuando su barco echó el ancla vio que en una lancha el rey de Francia se acercaba a su galera para subir a bordo y darle cordial bienvenida. Juntos desembarcaron y, al

honrarse con mutuos festejos, dieron a Europa la sensación de que al fin se había logrado la tan ansiada reconciliación. Leonor tuvo que revelar a su hermano un importante secreto. Ella, su esposa, estaba relegada a meras funciones cortesanas. El primer puesto era desempeñado por la bellísima amante del rey, madame d'Etamples.

¿Paz concordada? No exactamente, aunque sí se había llegado a envainar las armas para entrar en el diálogo. El mes de julio de 1538 crecieron las esperanzas en Italia y en los reinos españoles que se sentían directamente amenazados. En Barcelona, donde desembarcó el día 20 de dicho mes, pudo comprobarse el ambiente de alegría. Se había conseguido finalmente el gran objetivo y podían ahora emplearse todos los recursos para una segunda operación en el norte de África.

Un verano difícil

Se había decidido que la nueva gran campaña africana tuviera lugar en 1539, ya que se necesitaba mucho tiempo. Los recursos castellanos y americanos figuraban en la primera línea pero resultaban insuficientes. El Consejo Real así lo había comprobado al analizar las ayudas otorgadas en Valladolid y en Monzón. Los intereses que devengaban los préstamos de los banqueros y los intereses del dinero procedente de Indias iban creando una deuda pública no amortizable. Muy escasas eran las ganancias procedentes del botín de guerra. Hacía falta más dinero y los consejeros no veían otro camino que despertar el entusiasmo público y atraer también donativos eclesiásticos e indulgencias. Carlos, que se había reunido en Valladolid con su mujer y sus hijos, viajó a Tordesillas para demostrar una vez más el amor que todos sentían hacia la vieja reina doliente. Desde allí se fueron a Toledo en donde se habían convocado nuevas Cortes. Hicieron su entrada el 23

de octubre de 1538. La emperatriz, aunque no podía ya ocultar las dolencias que la asediaban, había querido compartir con su marido este viaje.

En el Consejo de Hacienda, Francisco de los Cobos hizo un balance de la situación. Como la deuda iba creciendo, la prevista campaña de África, muy necesaria, se tornaría irrealizable si no se hallaban nuevas vías para el aprovisionamiento. El pago a las tropas, todas profesionales, los viajes necesarios del emperador con su séquito y el boato de la Corte, que copiaba los modelos borgoñones, eran causa de que la deuda alcanzara muy pronto los cuatro millones de ducados. Con este peso terrible sobre los hombros, ¿cómo poner en marcha algo tan costoso como la conquista de Argel? Ante este informe, el emperador, que no estaba dispuesto en modo alguno a renunciar, propuso una solución: que las ciudades incrementasen voluntariamente la ayuda extraordinaria que las Cortes votaran y que la nobleza, laica y eclesiástica, sacrificase una parte de sus deudas. Hasta el duque de Alba, en esta ocasión, formuló sus quejas.

Los nobles habían concurrido en gran número a Toledo. Y allí hicieron su propio juicio. Es un argumento que el lector no debe olvidar porque explica bien las circunstancias. La causa de la deuda se hallaba precisamente en el imperio. Castilla no podía cargar con los gastos que este significaba. Era preciso retornar al sistema tan beneficioso que montaran los Reyes Católicos. Se necesitaba un rey que residiese en Castilla, que no hiciera tantos viajes y que renunciara al costoso ceremonial de su Corte. Cada uno de los dominios que formaban el inmenso patrimonio debía afrontar los problemas que le afectaban por sí mismos. Los obispos, guiados por Tavera, se mostraron más inclinados a apoyar las demandas del emperador sacrificando parte de sus rentas y proponiendo como solución una sisa sobre los productos del mercado, temporal y moderada.

El condestable Pedro Fernández de Velasco, que había prestado servicios muy importantes al monarca, especialmente durante las Comunidades, se opuso a esta propuesta de los obispos: la sisa no solo perjudicaba las rentas señoriales que se apoyaban precisamente en las funciones mercantiles, sino de una manera especial a las familias humildes que se verían abocadas al hambre porque los precios iban a aumentar. El remedio estaba precisamente en otra parte, acabar con las guerras que siempre son un mal muy costoso. Esa respuesta —la nobleza no quería verse destruida— se alimentaba en una experiencia: Castilla debía volver a 1504 prescindiendo de los sueños imperiales que son simplemente eso, sueños. Los procuradores de las ciudades se mostraron todavía más duros pero acordes con la nobleza. Burgos, Valladolid y Salamanca lo dijeron aún más claro: los delirios de grandeza estaban provocando la ruina.

Se estaba girando hacia el pesimismo. El cronista Jiménez de Sandoval recurre a un «enxemplo» para darnos explicación de esta mentalidad que entonces se estaba desarrollando. Un día el monarca salió de caza por las afueras de Toledo y mató a un robusto venado. Pidió entonces ayuda a un aldeano de cierta edad que le ayudase en el acarreo, sin darse a conocer. En la conversación que entonces mantuvieron, el viejo le dijo que había conocido cinco reyes, Juan, Enrique, Fernando, Felipe y el que ahora ostentaba la corona. Cuando Carlos le preguntó quién de ellos era el mejor no tuvo duda: Fernando. ¿Y el peor? Desde luego Carlos, aunque era cierto que amaba mucho a su mujer y a sus hijos. El «enxemplo» en la novelística española no tiene que ajustarse a la realidad precisa, pero contiene siempre una enseñanza. Así lo hará Cervantes. Y ya lo había hecho el conde Lucanor.

Castelnuovo

En Aigues-Mortes, Carlos tuvo el gesto de entregar a Francisco I el gran collar del Toisón de Oro, como se hacía con los reyes amigos. Y le explicó cómo el papa estaba tratando de poner en pie la gran Liga contra los turcos; se trataba de poner el Adriático fuera del alcance de los turcos y para ello se estaba reuniendo una flota de trescientos barcos y un ejército de más de sesenta mil hombres; el rey de Francia debía incluirse también en ella. Los informes que el embajador veneciano Tiépolo envió al dux confirmaban la impresión de que en aquellos momentos Carlos V estaba muy convencido de que iba a alcanzar un éxito. Para Venecia este era un objetivo esencial.

El primer objetivo señalado a la gran flota que comandaba Andrea Doria era construir una fortaleza en la costa de Dalmacia que se juzgara inexpugnable. El nombre dálmata de Herzog Novi fue traducido por los españoles como Castelnuovo. La guarnición de la misma fue encomendada a uno de los tercios españoles a las órdenes de Francisco Sarmiento. Casi cuatro mil hombres formaban aquella formidable guarnición. Algunos de los consejeros del emperador llegaron a decir que se había dado el primer paso hacia la reconquista de Constantinopla.

Carlos había llegado a establecer contacto con Barbarroja proponiéndole un cambio en sus proyectos de África; si se retornaba al sistema de protectorado podía suspenderse la gran ofensiva garantizando además al gran corsario un buen trato en las relaciones. Khaid ed-Din rechazó la oferta y aceptó en cambio la propuesta del sultán; al frente de un ejército de cincuenta mil hombres debía apoderarse de Castelnuovo. El 15 de julio de 1539, los soldados de Barbarroja desembarcaron en Dalmacia. El gran corsario invitó a la guarnición a capitular tomando el camino de la fuga. Pero Sarmiento, que esperaba que le enviasen refuerzos, reunió a los suyos y tomó la decisión: hasta el último hombre. Y así

se hizo. Fue terrible la batalla que se libró en los primeros días de agosto: fueron muy grandes las pérdidas que sufrieron los otomanos, pero su superioridad era aplastante. Los supervivientes del tercio español podían contarse con los dedos de la mano. Castelnuovo venía a demostrar que cualquier enfrentamiento con los otomanos podía convertirse en terrible derrota. La cristiandad podía defenderse pero a costa de enormes bajas y terribles gastos.

Frente a los alegatos de los nobles castellanos en Toledo, Carlos V tenía una profunda convicción: la salvación de la cristiandad dependía precisamente de que los turcos pudieran ser vencidos. Las esperanzas comenzaron a ponerse en América; 1539 es el año de los grandes cambios en el Nuevo Mundo. Cerremos este párrafo recordando que fue también año de luto, un dolor que muchos compartieron y del que el emperador no podría recuperarse.

La muerte de la emperatriz

Varias veces hemos insistido en la importancia del matrimonio de Carlos V con Isabel de Portugal. Trece años de amor aunque abundasen las ausencias del emperador. Matrimonio único. Expresamente lo manifestaría el emperador. No había para él otra mujer. Es evidente que las relaciones sexuales eran continuas; cada vez que el marido regresaba la esposa no tardaba en dar a conocer un nuevo embarazo. El mal estado de salud a que nos hemos referido no cambió la norma.

Así sucedió en febrero de 1539. Pese a las dificultades de aquel nuevo embarazo, la emperatriz siguió compartiendo las preocupaciones políticas. Pero el 1 de mayo se produjo un aborto que, esta vez, acabó dolorosamente con su vida y también, en no pequeña parte, con la del emperador. «Grande y extrema pérdida» son las palabras que emplea en la carta que comunicó a María, la

regente de Flandes. De hecho, Isabel había sido un factor irrepetible en su existencia. Cualquier otro rey viudo con treinta y nueve años habría pensado en un nuevo matrimonio; él no. Mientras el cadáver de la emperatriz era llevado a Granada para compartir sepulcro con los abuelos, Carlos se encerraba durante una semana en el monasterio de la Sisla, en Toledo, que era jerónimo, como en el fondo se sentía él mismo. La elección de Yuste para el fin de sus días nos confirma este sentimiento .

En el séquito que rodeaba el ataúd durante la ceremonia destacan tres personas. El arzobispo de Granada, que oficiaría la misa y se preparaba para viajar a Trento portando documentos de san Juan de Ávila, allí presente, a quien la Inquisición había devuelto con grandes elogios una libertad que los calumniadores quisieron negarle. Y sobre todo Francisco de Borja, marqués de Lombay, que, ante los restos de su amada reina, pronunció las palabras decisivas de «No volver a servir a persona que se me pueda morir». Renunció a sus amplios señoríos e ingresó en la Compañía de Jesús donde llegaría a ser su tercer general. Un vuelco que nos explica lo que España era capaz de alcanzar. Pues san Francisco era por su padre nieto de Alejandro VI, y por su madre de aquel arzobispo Alfonso, bastardo legitimado de Fernando el Católico.

De este modo doblaban las campanas en los años centrales del siglo XVI. Vamos a intentar escucharlas en sus ecos lejanos.

Capítulo XI

LAS DECISIONES SOBRE AMÉRICA

Una herencia recibida y no buscada

Carlos V no fue únicamente emperador europeo. Fue también el primer monarca americano, una condición de la que, al principio, pareció que no se apercibía. Hay que tener en cuenta que cuando en 1516 se hizo cargo de la Corona de Castilla las noticias que llegaban del otro lado del océano eran vagas e imprecisas. ¿Qué había allí? Unas islas pobladas de indígenas incultos que sucumbían a los virus que desde aquí se aportaban y tal vez un continente de extensión desconocida pero también selvático. En todo caso la antesala de un camino que debía llevar a Japón, China y la India cuya existencia era ya conocida. No deben extrañarnos sus dudas. También las sentían los consejeros españoles. Alejandro VI había firmado las bulas que legitimaban la exploración y conquista con el encargo también de llevar la fe. Pero ¿cómo hacerlo? Los primeros eclesiásticos allí enviados volvieron desalentados. Y los jerónimos rehusaron hacerse cargo de una empresa a su juicio imposible. Conviene recordar que, para el calvinismo, los indígenas americanos quedaban fuera del libro de los predestinados a la salvación.

Fenómenos de aculturación, violencia y epidemias causaron estragos en la población del Caribe, que no alcanzaba los números que el P. Las Casas emplearía para definir la «destrucción de las Indias». Debemos adelantar que a este famoso religioso no le faltaba razón aunque exagerase. Y Carlos V le creyó. Isabel, en su lecho de muerte, había dictado un codicilo a su testamento que declaraba a los indios seres humanos con derecho a la vida, la propiedad y la libertad. La esclavitud estaba prohibida. Junto con este testamento, el emperador recibía los acuerdos tomados en la Junta de Burgos de 1512. Aquí se había debatido la cuestión de si no era preferible abandonar las Indias para no comprometer a la Corona. Triunfaron los eclesiásticos que insistían en cumplir las propuestas del papa como un mandato de Dios: aquellos indígenas eran seres humanos a quienes alcanzaba también la Redención.

Si América hubiera sido abandonada a su suerte no cabe duda de que los daños sufridos habrían sido terribles. Después de 1512 existía una Casa de Contratación a la que tenían que acudir los exploradores para proveerse de documentos. A Diego Colón se le nombró virrey, simple delegado del monarca en lugar de propietario de aquellas islas. Y se promulgaron las Leyes de 1512, ampliadas más tarde por Carlos y consolidadas por Felipe II. Gracias a ellas, aunque no se suprimiesen los delitos como en toda sociedad humana, la Corona se encargaba de establecer el sistema para corregirlos. Lewis Hanke, historiador norteamericano, destaca la importancia de la obra de Carlos V y sobre todo de Felipe II; llevaron a América la cultura católica europea. Una de las aportaciones decisivas fue el Padre Nuestro y, con él, la supresión de todas las barreras raciales fomentando el mestizaje. Sin Malinche (doña Marina) es muy posible que Hernán Cortés no hubiera podido acabar con el Imperio de Moctezuma. El catolicismo era vehículo esencial en el reconocimiento de los valores de que se reviste la dignidad de la persona humana. En uno de sus viajes, Juan Pablo II recordó que el

mayor número de los católicos cuando elevan sus plegarias a Dios lo hacen en español. Y es precisamente lo que el viajero español hoy advierte cuando cruza los mares: sigue estando en su casa.

El otro gran regalo fue el caballo. No estamos hablando de una simple montura, sino de los valores que lleva consigo el espíritu de la caballería; algunos historiadores, como Paul Hazar, lo identifican con la europeidad. Los llamamos charros en México, huasos en Chile, gauchos en Argentina o vaqueros (*cowboys*) en aquellas tierras norteamericanas que pertenecieran a México. Tras ellos descubrimos curiosas normas en el comportamiento, no todas notables. El Poema de Martín Fierro se cierra con unas palabras decisivas que nos permiten entender las consecuencias de las decisiones tomadas por Carlos V: «Vamos, suerte, vamos juntos, puesto que juntos nacimos; y como juntos vivimos sin podernos dividir, yo abriré, con mi cuchillo, el camino para seguir».

La *descoberta do mundo*

Son palabras de Camoens que se refieren en primer término a su patria; Portugal había conseguido llegar ya a los extremos de Asia. Pero la primera noticia fehaciente había llegado en el momento en que Carlos V iniciaba su reinado, cuando Vasco Núñez de Balboa había descubierto que, tras el estrecho istmo que unía las dos Américas, se abría un inmenso océano que quiso llamar Pacífico como si así lo fuera. De modo que era posible, saltando la barrera, continuar el viaje hacia China, como Colón soñara. El 22 de marzo de 1518, Carlos V tomó la primera de sus grandes decisiones a este respecto; aceptó el proyecto de Fernando de Magallanes, rechazado en Portugal, y que consistía en tratar, desbordando el nuevo continente, de dar la vuelta al mundo. Dinero español fue invertido

en esta aventura que, con barcos también españoles, se inició en Sevilla el 10 de agosto de 1519.

Siguiendo un camino hasta entonces desconocido, Magallanes pudo cruzar el formidable estrecho que hoy lleva su nombre y cruzó el inmenso océano que no era tan pacífico como Balboa imaginara. Falleció cuando ya había alcanzado las islas que significativamente llamamos Filipinas y que sí estaba cara a cara con China. Un experto vizcaíno, Juan Sebastián Elcano, se hizo cargo de la empresa; un solo barco, *Victoria*, sobrevivió a la terrible aventura llegando a España en 1522. Experimentalmente se había demostrado que la Tierra era una esfera y que desde América era posible llegar a China.

Tres años más tarde Jofre de Loaísa, llevando a Elcano como segundo de a bordo, trató de alcanzar las Islas de las Especias incluyéndolas dentro del territorio español. La expedición fracasó costando la vida al gran navegante. Portugal protestó: aquellas islas se hallaban dentro de sus propios derechos. No tardaría en lograrse un acuerdo. Los españoles ignoraban todavía la existencia de un continente intermedio al que muy significativamente hoy llamamos Australia. Indirectamente nos hallamos ante una de las aportaciones decisivas de Carlos V a la Historia Universal.

Hernán Cortés

El número de los que pasaban por la Casa de Contratación para proveerse de un permiso no era muy grande, porque se recitaban fuertes capitales, pero procedían de muy diversos lugares. Ya no operaban por cuenta propia ni con permiso del virrey de Cuba —recordemos el conflicto entre Cortés y Velázquez—, sino en nombre y como súbditos del emperador. En el primer decenio del siglo XVI se había tenido noticia de que al otro lado de la península del Yucatán se alzaba una gran monarquía que había sometido a numerosas

tribus de indios y, desde Tenochtitlán, la capital del lago, gobernaba con terrible dureza imponiendo además sacrificios humanos que en cierto modo conducían al canibalismo. A su frente se hallaba Moctezuma.

Entre los que a dichas costas llegaban y los aztecas se registraban grandes diferencias en el saber y en la técnica. Los españoles disponían de barcos, caballos y armas de fuego además de estar educados en el cristianismo. Lógicamente los pueblos sometidos podían ver en los conquistadores una especie de favorecedores de su libertad. Este fue el argumento al que acudió Malinche que al bautizarse escogió el nombre de Marina y fue la concubina de Cortés aunque tratada con el respeto que merece una princesa. Los españoles iban a calificarla de «doña» como corresponde a la nobleza. El 6 de agosto de 1519 Hernán Cortés envió una significativa carta al emperador: con quince jinetes y seiscientos peones marchaba sobre Tenochtitlán con el propósito de convertir todo el Anahuac en un señorío más entre los sometidos al imperio.

Al principio Moctezuma, impresionado por aquellos adelantos, pareció dispuesto a aceptar la protección. No tardó en descubrir que los españoles querían cambiar las cosas y se mostraban muy inclinados a apoderarse de sus enormes tesoros, pronto descubiertos. Cortés había llegado a reunir 600.000 ducados de oro, de los que el 15 % debían pasar al erario público, repartiéndose los demás entre los conquistadores. No faltaban entre ellos los escribanos que trazaban las cuentas con exactitud.

No corresponde a nuestro trabajo explicar las vicisitudes de la conquista perfectamente conocidas. Cuando Diego Velázquez trató de despojar a Cortés de sus funciones, este acudió al emperador que le dio toda la razón. El enfrentamiento entre españoles, que modificó la postura de Moctezuma, permitió sin embargo a Cortés incrementar sus escasas fuerzas incluyendo caballos y cañones.

Quemó además las naves para demostrar a sus soldados que no había posibilidades de retorno. Cuando los aztecas consiguieron expulsar a los españoles de Tenochtitlán —«noche oscura» como si se tratara de una novela de caballería—, Marina explicó a Cortés la posible solución: movilizar las tribus de indios sometidas y hacer de los españoles un cuerpo de oficiales para entrenarlos. Cautemocin, que trataba de sustituir a Moctezuma, no fue vencido por invasores extranjeros sino por indios a quienes esos mismos extranjeros dieron los medios para alcanzar la victoria. Cortés proclamó entonces a Carlos V como verdadero y único rey.

Al territorio mexicano se le dio el significativo nombre de Nueva España; era una suma de cacicatos que gozaban de cierta autonomía en su administración. Todavía siglos más tarde, cuando los apaches guiados por Cochise libraran su batalla final en Nuevo México, en este país seguían siendo llamados indios pueblos porque formaban comunidades semejantes a las de los concejos españoles. En 1522 Carlos V otorgó a Cortés el título de gobernador, capitán general y justicia mayor. En calidad de tal tendría que someterse como todos los altos funcionarios a un juicio de residencia en 1526. Haría un viaje a España en 1529 para dar noticia de todos estos acontecimientos ante el Consejo de Indias.

Los recursos económicos que venían de este país iban creciendo. Tras las explicaciones del conquistador se decidió que él siguiera ostentando la gobernación general con título de capitán general, pero se introducían altos funcionarios para la administración y la justicia. El Consejo comprendió que había que emplear nuevos medios para la evangelización y educación de los indígenas, introduciendo además la agricultura y el comercio. Poco a poco los territorios se irían ampliando hacia el norte hasta alcanzar los que ahora constituyen estados de la Unión que conservan nombres españoles.

Esto no significa que hubiera perdido el favor del emperador. Al contrario, fue recibido en la Corte con grandes halagos y se le otorgó el título de marqués de Oaxaca, lo que significaba elevarse al primer rango de la nobleza. Volvió a América con mayores recursos que le permitían hacer la conquista de Guatemala y avanzar en el norte hasta la baja California. No faltaban las dificultades, pero el objetivo estaba bien marcado: hacer de Nueva España un gran reino. Y lo sería; cuando llegó la hora de la independencia, a principios del siglo XIX, México podía considerarse como una potencia económica. Daría cuenta detallada al emperador de todos esos logros; la fe católica era instrumento esencial para cambiar viejas y deplorables costumbres. Para todos los conquistadores, Carlos V era el eje esencial de aquel nuevo mundo que estaban construyendo.

Las Casas

Poco antes de la llegada de Carlos V al trono, un dominico nacido en Sevilla, fray Bartolomé de las Casas, cuyos padre y abuelo del mismo nombre participaran en la conquista del Caribe, regresaba a España renunciando al patrimonio que por herencia le correspondía. Menéndez Pidal supone que en el fondo de su conciencia había un profundo dolor por los daños que en aquellas islas había presenciado. Escribió entonces una *Historia de las Indias* en tono apologético, por la gran tarea que se había emprendido; pero poco después también un opúsculo que significativamente tituló *Destrucción de las Indias*. Trataba con ello de convencer al emperador de la necesidad de operar grandes cambios en la conducta. Hacía notar las virtudes que adornaban a los indios una vez que recibían el bautismo. No le faltaba razón. La obra de Las Casas fue empleada como acusación contra la obra española; no lo era. Intentaba decir que había que proceder activamente para

cumplir la misión encomendada por Dios y que muchos olvidaban: llevar la fe a aquellas lejanas tierras.

Carlos V aceptó todas estas recomendaciones apoyando al dominico que había vuelto a América al producirse la conquista de México, que tanto cambiaba las cosas. El emperador nombró una comisión de juristas y teólogos para que analizasen las propuestas. Ellos descubrieron errores serios: se había olvidado del grave problema de las enfermedades y exageraba el número de víctimas de tal modo que llegaban a superar el de los habitantes de América en aquel siglo . Una de sus propuestas, establecer sedes episcopales, era muy acertada. Pero, aunque más tarde se arrepintió, llegaba a recomendar que para evitar el trabajo de los indios se compraran esclavos negros en África. Hubo un momento en que Carlos pensó en vender, a flamencos y genoveses, licencias para llevar allí dichos esclavos. También rectificó. Hizo más duras las leyes que impedían reducir a esclavitud a los prisioneros rebeldes como se hacía con los musulmanes.

El 17 de noviembre de 1526 fueron promulgadas las ordenanzas que completaban las leyes que promulgara Fernando el Católico en Burgos catorce años antes: todos los indígenas debían ser tratados como súbditos iguales a los castellanos. Y en abril de 1533 dio el paso decisivo: Nueva España era un reino como lo eran Castilla o Nápoles, y por consiguiente la autoridad suprema pasaba a manos de un virrey, en este caso Antonio de Mendoza, hijo del conde de Tendilla y miembro de la dinastía del Infantado. Todavía hoy se guarda memoria de este nombramiento como de una especie de bendición. México era ya un reino en el pleno sentido de la palabra. Se establecía la justicia con la Audiencia. El poder y la administración pasaban ahora a manos de funcionarios que, al final de su mandato, tenían que rendir cuentas y que mantenían constante relación de dependencia con el Consejo. Mejoraba la condición de los indios. Guadalajara, Medellín, La Puebla o Veracruz nos sirven hoy de

recuerdo de las ciudades que iban naciendo. Los virreyes que se sucedieron dieron buena cuenta de sus actos. Eran cuidadosamente escogidos.

Hernán Cortés decidió regresar entonces a España para aclarar su situación. Fue acogido con todo honor e incluido entre los colaboradores del emperador a quien, en 1540, acompañaría en la empresa de Argel. No regresó a México. Murió en Castilleja de la Cuesta el 1 de diciembre de 1547. En todo momento había gozado de la confianza del propio emperador que nunca atendió las acusaciones que algunos presentaron contra él.

Volvamos al tema planteado por el P. Las Casas. Lo importante para él estaba en la siembra de la fe. No podemos olvidar que la Virgen que se apareció a un indio, Juan Diego, era la imagen de la que se venera en Guadalupe de Extremadura y que, según la leyenda, responde a un retrato que de la misma hizo el evangelista san Lucas y que el papa san Gregorio Magno regalara a san Leandro de Sevilla en agradecimiento a su colaboración. Hoy Guadalupe de México es uno de los lugares de peregrinaje más importantes del mundo. Un religioso mercedario, Bartolomé Olmedo, había acompañado a Hernán Cortés y propuso una fórmula muy distinta de la del famoso dominico. Había que traer frailes capaces de insertarse en el interior de las comunidades indígenas convirtiéndolas con su vida y ejemplo.

El 13 de marzo de 1524 llegaron al puerto de Veracruz los doce primeros dirigidos por fray Martín de Valencia, a quien se considera hoy verdadero padre de la Iglesia mexicana. Entre ellos destacó, por su ejemplaridad, fray Toribio de Benavente, a quien los indios en su lengua prefirieron llamar Motolinía, que significa algo así como «pobre entre los pobres». El ejemplo de aquel colegio apostólico franciscano fue electrizante. Según Pedro de Gante, en 1529 eran ya doscientos mil los que habían recibido el bautismo. El catolicismo

arraigará en México con tanta fuerza que será capaz de resistir los embates laicistas de los siglos XIX y XX.

Otro paso adelante dieron los dominicos llegados en 1526 contando con pleno apoyo del Consejo de Indias. Llegados en 1529 crearon escuelas y noviciados; no bastaba con lograr bautismos; era también preciso introducir el indigenismo en el clero. El mestizaje facilitaba las cosas. Importante resulta también la presencia de los agustinos a partir de 1533. Al final del reinado de Carlos V eran más de cuarenta los monasterios agustinos instalados en América; un modo también de vencer las tesis de Lutero. Puede decirse que el emperador había facilitado las cosas para que Nueva España, es decir, México, fuera ya un reino católico en el pleno sentido de la palabra.

Lógicamente se había establecido al mismo tiempo una jerarquía episcopal. El primer metropolitano, fray Juan de Zumárraga, instaló su sede en Tenochtitlán como es lógico. Para entonces ya había un obispo en Tlascala. Debemos recordar que los tlascaltecas desempeñaron un papel esencial en la empresa de Hernán Cortés. Zumárraga, defensor a ultranza de los indios, fue objeto de acusaciones por parte de los conquistadores que aspiraban a convertir en señoríos las tierras de que se habían apoderado. Carlos V se puso en esta ocasión como apoyo del obispo y no de los señores de la tierra. El emperador quería que Nueva España se convirtiese en reino dotado de aquellas libertades que garantizaban sus Leyes de Indias. En consecuencia, Zumárraga pudo continuar adelante y en 1555 presidiría el primer sínodo de la Iglesia mexicana.

En 1535 se había creado ya el obispado de Antequera (Oaxaca); en 1536 el de Michoacán y en 1539 el de Chiapas. Carlos V decidió encomendar este último a Bartolomé de las Casas; allí estaba para él la oportunidad de llevar adelante las medidas que en sus acusaciones recomendara. Curiosamente fracasaría en esta tarea,

demostrando así que sus recomendaciones no respondían a la realidad. Renunció a la mitra y regresó a España en donde continuaría su tarea intelectual. No son muchos los que tienen noticia de que la importante sede episcopal de Guadalajara se llamaba Santiago en estas fechas. Un proceso decisivamente iniciado por Carlos V que continuarían sus sucesores. Es significativo que la Iglesia mexicana haya sufrido persecución tan dura como la que llegaría a padecer la española y lograra también superarla.

El reino de Nueva Castilla

El segundo de los reinos americanos fue consecuencia también del fuerte dominio que los incas lograran establecer desde las cumbres de los Andes hasta la orilla del Pacífico. En 1526 otro extremeño, Francisco Pizarro, que pertenecía a esa nobleza media que buscaba enriquecimiento para el ascenso social, obtuvo el permiso para explorar en aquella zona sur. El documento fue firmado por la emperatriz en ausencia de su marido. Es difícil conocer los objetivos que se había propuesto; su ejército de doscientos hombres era muy inferior al que Cortés lograra reunir. La demanda del permiso había sido signada también por Diego de Almagro y Luque. La dura contienda que Atahualpa y Huáscar mantenían y, sobre todo el descontento de los indígenas, permitieron a Pizarro conseguir una victoria que al principio parecía imposible. Se adueñó del Cuzco y allí estableció una ciudad fortificada que al principio quiso llamar de Los Reyes. Hoy la conocemos como Lima. Un monumento verdaderamente admirable.

Las riquezas que se encontraron en el tesoro de Atahualpa superaban todas las esperanzas. Por eso cuando el hermano de Francisco apareció en 1534 en las Cortes —dato que hemos mencionado—, los depósitos de aquellas arcas de que era portador

(el 15 % correspondiente al rey) causó en Castilla gran asombro. Pero esta misma riqueza provocó el enfrentamiento entre los conquistadores; cada uno de ellos aspiraba a llevarse la mayor parte del botín o a continuar las exploraciones. Hubo momentos de verdadera guerra civil. Pero estas rivalidades tuvieron también como consecuencia que Pedro de Valdivia, tomando el difícil camino de los Andes, pudiera empujar a los araucanos hacia el sur de Chile, adueñándose de una tierra que no tuvo inconveniente en calificar del Edén. Así se explica en el texto que hoy se conserva en uno de los monumentos de la capital, Santiago. El gran puesto sobre el Pacífico fue, precisamente, llamado Valparaíso.

Alfonso de Ercilla en su poema *Araucania* hace el gran elogio de estos valientes araucanos que, bajo el dominio español, iban a conservar su autogobierno. Uno de los grandes recuerdos del autor de estas líneas es, precisamente, haber asistido a la celebración del centenario (12 de octubre de 1992) en uno de esos poblados araucanos que seguían proclamando su identidad con la antigua Corona. Todavía hoy la iglesia de San Francisco en Santiago de Chile permite comprender de qué modo se fueron corrigiendo los daños iniciales: franciscanos y dominicos asumieron aquí verdadero protagonismo. Seis dominicos habían acompañado a Pizarro ya en 1532. Superando enfrentamientos y daños, estos frailes, dirigidos por Reginaldo de Pedraza, iniciaron la fecunda tarea de evangelización. En 1537, Cuzco, que seguía siendo la herencia incaica de la región de este nombre, fue convertida en sede episcopal, a la que en 1541 se añadió la de Lima. Para el Padre Leturia y V. Rodríguez Valencia ninguno de estos primeros evangelizadores alcanzó la importancia de Santo Toribio de Mogrovejo a quien Carlos V elevó a la categoría de un verdadero metropolitano. Él celebró sínodos que permitieron dotar a la naciente Iglesia peruana de las bases jurídicas.

No debe olvidarse que, en España, muchos eminentes maestros, como el Padre Vitoria, se mostraban abiertamente críticos con la obra que se estaba realizando en América; entendían que los descubridores y conquistadores no hacían otra cosa que saquear y arruinar a los indios privándolos de su independencia. Los misioneros, que pertenecían a las órdenes mendicantes con preferencia, argüían que no hay beneficio mayor que pueda otorgarse a la persona humana que la fe, ya que Cristo, redentor e Hijo del Padre, ha venido a salvar a todos, sin distinción. Por otra parte, los ingresos dinerarios estaban haciendo de América una pieza indispensable. A Carlos V le preocupaban estas opiniones encontradas a las que no faltaba razón, al menos en parte.

Por eso en 1544 tomaría la decisión de hacer de Nueva Castilla un reino nombrando a Pedro de la Gasca virrey. Su conducta, fructífera y eficaz, llegaría incluso a superar la que Mendoza alcanzara en México. Tuvo que emplear medidas más duras que este porque en Perú los abusos eran mayores. Pero, antes de cerrar este capítulo, debemos reconocer que la obra de Carlos al establecer reinos y no colonias reviste dimensiones muy positivas, algunas de las cuales se incorporarían después al modelo norteamericano cuya Constitución comienza con las conocidas palabras: «Dios hizo a todos los hombres libres, iguales y en busca de la felicidad». Esa fidelidad al cristianismo evitaba confundir el disfrute de los bienes materiales con la meta que persigue la existencia humana. Algo que hoy ya no comparte la cultura occidental.

El vasto Imperio carolino

En los años cuarenta del siglo XVI, cuando se vio impulsado a tomar la espada para combatir al protestantismo que consideraba un mal, Carlos tenía dominios que superaban en extensión todos los límites

hasta entonces imaginados. Dominaba tres de las cinco naciones que de acuerdo con la tradición eclesiástica formaban Europa. Estaba además instalándose en puntos de la costa africana. Sus reinos y gobernaciones abarcaban la mayor parte de América. Había llegado a un acuerdo con Portugal, vendiendo a buen precio sus derechos sobre las Molucas, pero comenzaba la instalación en Filipinas. A mediados del siglo XVI se funda Manila, que es pieza esencial para la nueva ruta de la seda que pasaría por México. Europa estaba comenzando a recibir nuevas materias primas y productos valiosos que activarían su comercio.

Al constituirse el Consejo de Indias, la Casa de Contratación se había convertido en una de sus dependencias. Gracias a ella Sevilla se estaba convirtiendo en una gran ciudad adonde llegaban barcos de las más diversas procedencias. Iban apareciendo nombres nuevos como el de Guatemala que se aplicaba a Centroamérica aunque sonaba mejor Castilla del Oro. A las zonas que hoy corresponden a Colombia y Venezuela se las denominaba Nueva Granada, y Valdivia había intentado que Chile se llamase Nueva Extremadura. Eran detalles bien claros de que se trataba de convertir a América en un espejo en donde se reflejara bien la imagen de las tierras españolas. Desde la península de Florida, cercana a las islas que descubriera Colón, una serie de valientes exploradores como Soto, Solís, Menéndez de Avilés y sobre todo Álvar Núñez Cabeza de Vaca, recorrían lo que hoy son tierras del sur de Estados Unidos, que aún conservan esos nombres españoles; Tejas, Nuevo México, Arizona y California. Desde Perú, Orellana bajaba las cuestas de los Andes en busca del gran río que llamarían de las Amazonas. Dos veteranos de las guerras de Italia, Juan Díaz de Solís y Pedro de Mendoza, alcanzaban el Río de la Plata en donde establecían una ciudad que llamarían Buenos Aires.

El caso peculiar de Nueva Granada

La primera noticia de que se había tropezado con un continente venía precisamente de esas costas que por el sur cierran el mar Caribe. Pronto se comprobó que se trataba de espesas selvas escasamente pobladas. A la zona occidental, cercana al istmo, se dio el nombre de Colombia en homenaje al gran descubridor genovés; pero a la oriental se la denominó Venezuela como si fuera una réplica de la gran ciudad sobre el lago. Conservarían hasta nosotros sus diferencias. Materias primas, aparte de ciertos yacimientos, fomentaron el comercio. Pero sobre todo se les asignaba una misión importante en la seguridad de las comunicaciones marítimas.

Desde 1519, los dominicos, dirigidos por fray Reginaldo de Pedraza, habían comenzado la evangelización. Fue aquí en donde se puso en marcha el nuevo proyecto de Bartolomé de las Casas: establecer comunidades de indígenas convertidos y entrenados en el trabajo de la tierra a las que se daba nombre de misiones. En 1531, los propios dominicos establecieron en Santa Marta la primera sede episcopal. A partir de este momento se inició la penetración hacia el interior. Los dominicos colaboraron eficazmente en la creación de dos ciudades, Cartagena de Indias, en la costa, que llegaría a convertirse en el principal bastión para el rechazo de los ataques de flotas de otros países europeos, y Santa Fe de Bogotá, en el interior, que serviría de asiento a la administración y el gobierno. Por otra parte, Diego de Losada pondrá los cimientos de Santiago de León en Caracas, que es hoy la capital de Venezuela. Ambos territorios, en los proyectos de Alonso de Ojeda, debían formar una unidad, pero no había precedentes como los de aztecas e incas que permitieran convertirlos o reconocerlos como reino.

Sin embargo, Carlos V decidió que debían formar una gobernación semejante a la de los Países Bajos o Cataluña, que tampoco usaban título de reinos pero se gobernaban y así creó la

Audiencia de Nueva Granada que se instaló en Santa Fe de Bogotá. Actuaba como tribunal supremo para toda la zona pero además ejercía las funciones de representación. Las Audiencias, cuyo número se extendería por todos los dominios a medida que estos maduraban, eran también el equivalente de las Cortes pues en ellas residía el poder legislativo. Dependiendo del Consejo de Indias, instrumento de la Corona, tendían a implantar en América el sistema tridimensional que caracterizaba a la monarquía: poderes ejecutivo, judicial y legislativo debían disponer de sus propios medios.

Venezuela iba a pasar por una singular experiencia. Francisco de los Cobos propuso a Carlos V saldar la deuda con los banqueros alemanes, que ahogaba al tesoro público entregando a estos la explotación de minerales, salinas, madera y otras materias primas que pudieran hallarse en el territorio de Venezuela. Ambrosio Ehinger vino a instalarse en Caracas con poderes otorgados por el emperador que equivalían a los de un verdadero gobernador general; operaba en nombre de los otros banqueros, Sayler, Welser y Függer, que aportaban a su vez los fondos para las campañas de 1540 consideradas decisivas. Ahí había un tremendo riesgo: vincular los ingresos de América a una deuda que nunca podría ser remediada; los grandes esfuerzos contra africanos y protestantes arruinarían al emperador. Tal fue la herencia que Felipe II tendría que recoger.

Sin embargo no debemos limitarnos a los aspectos negativos. Según las cuentas de la Casa de Contratación, los ingresos registrados por los presupuestos de reinos y gobernaciones superaban los 500 millones de ducados ya en 1550. El 5 % pasaba directamente al tesoro del emperador. En otras palabras: las reformas emprendidas permitían a América convertirse poco a poco en gran protagonista del comercio mundial. El oro y la plata comenzaban a superar otros productos «ultramarinos», un nombre

aplicado en la lengua española a productos alimenticios, llegaba la hora del tabaco, del chocolate y del café.

La decisión jurídica

Estos recursos procedentes de América despertaban en los otros europeos, especialmente Francia e Inglaterra, la voluntad de participar. Había dos modos de compartir estas ganancias: el que propusieron Jacques Cartier y Roberval, instalarse en territorios que quedaran fuera de los grandes dominios del emperador, o emplear los servicios de los corsarios que podían asaltar los barcos en que viajaban los tesoros. Francia se instaló en la península del Labrador y aunque en la paz de Crepy Enrique II se comprometió a respetar los derechos españoles, nunca fueron abandonados estos territorios cercanos al polo. Desde ellos se construiría Canadá. Para asegurar el Caribe de la invasión de piratas —teóricamente ladrones fuera de la ley pero protegidos por sus respectivos soberanos—, Carlos V decidió hacer de Cartagena de Indias una sólida fortaleza marítima que organizase las escoltas de los galeones que viajaban a España. Cartagena resistirá heroicamente varios ataques.

América estaba saliendo de sus raíces. Indios y mestizos necesitaban ser educados y defendidos de posibles abusos. Ya hemos indicado como, en 1526, Carlos había procedido a consolidar el codicilo de Isabel y la pragmática de 1512. Estas disposiciones no podían impedir abusos de los grandes propietarios, semejantes a los que también se estaban produciendo en Europa. En 1542, Carlos se entrevistó directamente con Las Casas para que este pudiera explicarle la situación y el modo de corregirla. Ya hemos indicado que el famoso dominico se hizo obispo de Chiapas y comprobó que no estaba ahí la solución. Aunque los consejeros del emperador hicieron ver a este que el dominico exageraba, consideraron

evidente la necesidad de dotar a los nuevos territorios de fueros semejantes a los que en España garantizaban la libertad de los súbditos.

Sin buenas leyes, los virreyes no podrían cumplir con su obligación de colocar la autoridad por encima del poder. Carlos convocó al Consejo de Indias a una reunión extraordinaria en Valladolid y encargó a este que, de modo inmediato, redactara un código de leyes aplicable en todo el territorio. Lo firmó en Barcelona el mismo año de 1542 y fueron promulgadas en condición de Nuevas Leyes de Indias. Las encomiendas se limitaban rigurosamente pero no se suprimían. Felipe II tendría más tarde que mejorarlas.

Los grandes obispos como Zumárraga o Vasco de Quiroga y los misioneros cuyo número iba aumentando, insistieron en otro punto: no bastan las leyes para asegurar la buena conducta. Era indispensable establecer centros de educación en todos los niveles, a los que pudieran incorporarse también los indios. Dominicos y franciscanos pusieron gran empeño en construir colegios. Era el medio mejor de elevar el nivel de una sociedad en sus tres componentes, español, mestizo e indígena, fundiéndolos. La primera universidad del continente americano se estableció en Santo Domingo a principios del siglo XVI. A esta seguirían las de México y Lima todavía reinando Carlos.

En el momento de su abdicación, fracaso de su gran programa europeo, el emperador recomendaría a su hijo Felipe poner especial atención en América. Reconocía que eran muchos los abusos que se habían cometido, pero la gran misión de España era construir allí una nueva cristiandad. Esto es lo que reclamaba el Padre Vitoria aunque se mostrase crítico con la política hasta entonces seguida.

Capítulo XII

SIGNOS DE DECLIVE: ENTRE RATISBONA Y ARGEL

Cambio esencial en el pontificado

Hasta mediados de diciembre de 1539, Carlos había permanecido en Castilla, tratando de superar, con ayuda de los jerónimos, la angustia que le produjera la muerte de la emperatriz que no iba a ser relevada. Es indudable que, pasado cierto tiempo, volvió a mantener relaciones sexuales, como le recomendaban sus médicos, pero escogiendo mujeres de muy inferior nivel. Una de ellas, Barbara Blomberg, le proporcionaría un hijo, Jeromín, a quien posteriormente Felipe II legitimaría incorporándolo a la dinastía con el nombre de Juan de Austria; hablamos del vencedor de Lepanto. Carlos decidió que en sus ausencias ejerciera la regencia Felipe que había cumplido ya los doce años. Aunque a su lado el cardenal Tavera impulsara las decisiones, en la documentación conservada, Felipe aparece como un verdadero regente, instalado con preferencia en Valladolid. De este modo se amortiguaba una de las quejas: el príncipe, futuro rey, residía permanentemente en Castilla y los viajes serían para él una excepción.

El cambio más decisivo —y así lo hemos indicado— se había producido en el Vaticano con la elección de Paulo III. La

preocupación por la unidad de los Estados Pontificios se veía ahora supeditada a la atención que merecían las cuestiones de fe y la defensa de la cristiandad frente al islam. Aunque aún flotaran las desconfianzas en la Curia, Paulo había llegado a la conclusión de la necesidad de reunir un concilio en que todas las doctrinas fuesen examinadas y sometidas a la unidad del Símbolo de la Fe. Las discordias entre los distintos reinos retrasaban sin embargo la reunión del que ya había sido convocado.

Ya hemos explicado con más detalle los cambios. Pero debemos poner atención en uno que afectaba a España. La Inquisición en Roma cambió su nombre por el de Congregación del Santo Oficio que aún conserva. Lo importante no era juzgar a las personas como hacen los tribunales ordinarios sino aclarar la doctrina descubriendo dónde estaba el error. Los castigos tenían que ser penitencias, a veces muy severas, pero que en su propio nombre indicaban una llamada al arrepentimiento y la conversión. Al frente de la Congregación se situó al cardenal Caraffa, que se excedió en algunas ocasiones .

Quedaba muy claro que siempre sería posible, a los acusados en otros países, hacer llegar a Roma su apelación.

«Tiempo de discreción»

Esta es la frase que Ricardo García Cárcel ha escogido para definir los cambios que se produjeron también dentro de la Inquisición española durante el reinado de Carlos V. Alfonso Manrique, obispo de Badajoz y hermano del famoso poeta, había pasado largo tiempo en Bruselas de donde ejercería funciones de capellán del propio Carlos. A él correspondió oficiar en aquella ciudad los funerales de Fernando e1 Católico, que significaban también el reconocimiento del Habsburgo como rey de Aragón. Carlos le promovió al

arzobispado de Sevilla y le nombró inquisidor general. Persona de livianas costumbres era considerado también como erasmista. De hecho, durante su mandato, el erasmismo no fue perseguido. Pero con su lenidad, permitía que los inquisidores procedieran por su cuenta.

En 1524 se produjo el gran escándalo; los padres de Luis Vives fueron condenados como falsos conversos procedentes del judaísmo; el padre murió en la hoguera, y la madre, fallecida anteriormente, fue sustituida por un monigote que la significaba. Manrique entonces intervino: ningún juez podría en adelante dictar sentencia por sí mismo, atendiendo las denuncias que muchas veces eran falsas. Cada proceso sería examinado por una Junta expresamente escogida y al reo se le invitaría a la conversión y penitencia antes de que pudiera ser sentenciado. Tenemos noticia de cuatro Juntas que se celebraron entre 1525 y 1527: una se ocupaba de moriscos, otra de alumbrados y otra de las brujas que en Navarra celebraban sus aquelarres. Las sentencias habían cambiado. Ya hemos explicado el caso de san Juan de Ávila; en él los denunciantes fueron los castigados. En 1528 se produjo la primera sentencia contra un protestante, Diego de Uceda.

En 1539 el cargo de inquisidor general pasó a manos del cardenal Juan Pardo de Tavera, arzobispo de Toledo. Permanecería en él hasta 1546. Ya hemos explicado la importancia de su papel en cuanto colaborador y guía del príncipe Felipe. Utilizando las disposiciones legales de los Reyes Católicos hizo que se redactara una especie de código. El inquisidor general se convertía ahora en juez supremo; es cierto que de sus decisiones también se podía apelar a Roma. Se formularon críticas: en la Curia era posible obtener la modificación de las sentencias si se disponía de suficiente dinero. Precisamente esto era lo que Paulo III había corregido al establecer la Congregación del Santo Oficio. Sin que se eliminase la

dureza, era indudable que la época de Carlos V coincidía con una verdadera moderación.

Sucedió a Tavera el cardenal García de Loaysa, que permaneció solo veintitrés días en el cargo. Años atrás en 1530 había entregado a Carlos una especie de memorándum que explicaba la política que a su juicio se debía seguir en relación con los luteranos. La doctrina por ellos profesada era un error, pero por esa misma causa no convenía apartarlos del servicio imperial pues el objetivo era convertirlos y eso solo podía lograrse con las enseñanzas y el buen ejemplo. De hecho, esto fue lo que durante más de un decenio intentó el emperador, pero acabó convenciéndose de que esta era una equivocación, pues los protestantes no se convertían sino que crecían en número y en radicalismo. Carlos V acabó aceptando la tesis de que se le había obligado a acudir a las armas.

A Flandes, pasando por París

En diciembre de 1539 tuvo la convicción de que no tenía más remedio que volver a Flandes, donde crecían las dificultades con que tropezaba su hermana María y que iban permitiendo los primeros contactos con el protestantismo. Ella, lo mismo que el emperador, confiaban en que el duque de Orleans, convertido ahora en Delfín por muerte del primogénito, se mostraría más partidario de la paz porque los gastos militares también allí generaban deudas. Por ejemplo, la ayuda extraordinaria, impuesta en 1537 por esta razón, había provocado una revuelta cuyo escenario más grave fue precisamente Gante, la cuna del emperador. En el fondo nos encontramos ante las primeras raíces de un problema que causaría terribles quebrantos en la época de Felipe II. Los Países Bajos, suma de señoríos franceses, flamencos y germánicos, habían ocupado una especie de cúspide en el comercio europeo y ahora en cambio no

participaban en el americano, aunque sí sus grandes banqueros creando deudas.

El patriciado de Gante rechazó la legislación otorgada por Carlos en 1515, dio muerte a muchos de los magistrados reales y propuso a Francisco I un retorno a los tiempos en que Flandes no era otra cosa que una parte del patrimonio real francés. El monarca galo no aceptó la propuesta que hubiera significado el retorno a la guerra. Invitó incluso a Carlos para que hiciera el viaje a través de Francia compensando de este modo el buen trato que le diera en Madrid. Cruzar en invierno el golfo de Vizcaya estando además suspendidas las relaciones con Inglaterra era muy peligroso. De modo que el emperador aceptó la invitación de su cuñado.

Mientras el papa pensaba que ya podía comenzar el concilio aunque prefiriendo hacerlo en una ciudad italiana, se daba la sensación de que las dos grandes Monarquías católicas habían conseguido el tan deseado entendimiento. El viaje fue preparado como una sucesiva serie de festejos en que se desbordaba el lujo. También el pueblo se mostraba favorable al emperador. Al fin era la paz. No debemos dejarnos engañar por esta especie de representación. Incluso el duque de Orleans guardaba resentimiento por haber sido utilizado como rehén en Madrid. Y la enorme amplitud de dominios presentaba a Carlos V como un verdadero peligro para el monarca francés.

El 1 de enero de 1540 tuvo lugar la entrada en París; ante todo hizo las dos visitas religiosas acostumbradas, la catedral de Notre Dame y la Sainte Chapelle, donde se consagraba a los reyes de Francia. Gestos de reconocimiento y de amistad. Continuó el viaje hasta llegar a Bruselas antes de que hubiera concluido el primer mes de aquel año. Allí le aguardaban María y su sobrina, Cristina de Dinamarca, con gestos de pesar y de fracaso; hubo de emplear las armas para someter a Gante, que no estaba en condiciones de prolongar su resistencia. El 14 de febrero, Carlos pudo entrar en la

ciudad y hospedarse en aquel palacio que significativamente se llamaba Hogar del Príncipe, asociado al recuerdo de su nacimiento. La represión fue dura, aunque manteniéndose formalidades jurídicas. Gante había cometido el peor de los delitos: la traición.

María intervino acongojada; no estaba allí la clemencia que el propio emperador recomendaba. Carlos decidió concederlo pero montando una especie de escena teatral. Harl Brandi ya explicó, con razón, la importancia que tuvo el acontecimiento: cientos de ganteses, representantes de todos los sectores sociales, pobremente vestidos de luto y descalzos, acudieron ante el emperador y, de rodillas, le pidieron perdón. María, allí presente, hizo también la súplica. Y Carlos lo concedió pero imponiendo al mismo tiempo la condición. Gante volvería a la normalidad jurando obediencia sin límites en el futuro. Esto era, precisamente, lo que iba a tratar de conseguir en Alemania: reconocimiento de su poder, que tenía siempre que ser obedecido.

Desgaste de las negociaciones con los protestantes

Para comprender los resultados de este viaje tenemos que volver atrás, repitiendo datos que ya hemos explicado. Desde 1532 y apoyándose en los acuerdos de la Dieta de Ratisbona, se venía ensayando una especie de modus vivendi con los protestantes a la espera de que estos decidiesen aceptar el concilio que al principio y con empeño solicitaran. Paulo III había firmado ya la convocatoria, pero sus primeros intentos de reunirlo en Mantua y en Vicenzo habían constituido un absoluto fracaso. Carlos había encomendado al vicecanciller Matías Held y a Nicolás Perrenot de Granvela la delicada misión de preparar en Alemania alguna clase de negociación entre católicos y protestantes. Los príncipes católicos pensaban que cualquier intento de diálogo favorecía a los

protestantes; la Liga de Smalkalda iba creciendo y si las cosas seguían así pronto ellos se verían privados de poder.

Ya indicamos cómo en 1538 y en Nüremberg se había constituido la Liga católica que acaudillaban el duque de Baviera y Jorge de Sajonia. Paulo III se había negado a respaldarla; una guerra civil entre ambas confesiones perjudicaría evidentemente a la Iglesia y especialmente al concilio. Carlos, que estaba entonces en España, tampoco se mostró complacido. Sustituyó a Held por Naves en la vicecancillería y repitió las instrucciones. Había que convencer a las dos Ligas de que solo el diálogo podía traer la paz y el concilio era el único lugar adecuado para llevarlo a término. El 19 de abril de 1539, todavía desde España aunque anunciaba el viaje cuando le fuera posible, confirmó la Confesión de Augsburgo y otorgó a las dos Ligas una especie de reconocimiento. Reuniría nuevamente la Dieta para tomar acuerdos en relación con ese concilio que el papa había decidido ya. Paulo había cedido y se celebraría en Trento.

Negociar con Francia

Todo este complejo y delicado plan dependía de que se estrecharan las relaciones de amistad con Francia que el viaje parecía haber logrado. Francisco había propuesto al emperador un matrimonio con Margarita de Francia. La respuesta de Carlos no era un rechazo sino una explicación: había tomado la firme decisión de no volver a casarse porque Isabel era, para él, la única mujer. Desde Bruselas hizo a su vez una propuesta que fue enviada a Francisco Bonvalor que había permanecido en calidad de embajador en la Corte francesa. Se entregarían a Francia el ducado de Güeldres con Charolais y el Franco Condado. El resto de los Países Bajos sería convertido en reino y entregado a María de Austria que a su vez

contraería matrimonio con el duque de Orleans. María, hija del emperador, tenía entonces doce años.

No sin sorpresa para Carlos, Francisco rechazó la propuesta como si se tratara de un engaño para privarle de derechos que por herencia le pertenecían. Además incluía el rechazo de la ley sálica y la introducción de los derechos femeninos en aquel nuevo reino. Podemos descubrir, tras la propuesta, una de las grandes preocupaciones de Carlos: ¿era posible o conveniente que los enormes dominios que él reuniera siguiesen bajo el poder de una sola persona? Reunió a los príncipes y señores de aquellos territorios en unos Estados Generales y les formuló la pregunta: ¿preferían que Felipe, futuro rey de España, siguiera poseyéndolos o debían pasar a ser el reino de María para quien se podía preparar un matrimonio con su primo, segundo hijo del Rey de Romanos? Desconocemos la respuesta, pero sí sabemos en cambio que una decisión estaba ya tomada en favor de su hermano Fernando; él era Rey de Romanos lo que significaba futuro emperador. De este modo el título imperial quedaría ligado, en el futuro, a los dueños de Austria.

Los acuerdos de Ratisbona

La presencia personal de Carlos V en Alemania resultaba ahora imprescindible para que pudieran hacerse efectivos los acuerdos firmados en Frankfurt el 19 de abril de 1539 en que católicos y protestantes parecían haber coincidido en la necesidad de negociar. Como consecuencia de estos acuerdos, católicos y protestantes se reunieron en Haguenau para contrastar las distintas opiniones. De allí pasaron a Worms en noviembre de 1540. Los representantes católicos seguían siendo Eck, Faber y Colans. Pero Lutero se negó a acudir; como todos los ideólogos rigurosos rechazaba la idea de que tuviera que renunciar a alguna de sus afirmaciones; suya era

plenamente la verdad y así debía ser aceptada. Una enfermedad retrasó también la comparecencia de Felipe Melanchton. El grupo protestante, dirigido por Butzer, incluía entre sus miembros a Juan Calvino, enviado desde Estrasburgo, que iba más lejos aun que Lutero en la negación del libre albedrío y la exigencia de la predestinación. En nombre del emperador estaba allí su hermano Fernando acompañado por Perrenot de Granvela. El papa se había hecho representar por el cardenal Gontarini, que era el más partidario de negociar.

A Worms pudo asistir Melanchton, repuesto de su dolencia. Calvino se sentó a su lado para moverle a endurecer sus exigencias. Los reunidos no llegaron a ningún acuerdo, aunque aceptaron que el asunto volviera a tratarse en una nueva Dieta en Ratisbona. El Reichstag era el gran soporte para la autoridad del emperador y de la nación alemana. Se redactó una especie de lista en que destacaban cuatro cuestiones que para los protestantes resultaban esenciales: el primado pontificio que los protestantes rechazaban; las rentas eclesiásticas que los príncipes querían colocar bajo su soberanía; la comunión bajo las dos especies que identificaba a clérigos y laicos; y el celibato eclesiástico que Lutero ya había suprimido. Bajo estas cuestiones doctrinales aparecían otras más profundas que afectaban directamente a la fe.

La Dieta de Ratisbona inició sus sesiones el 5 de abril de 1541 y en sus primeros momentos pareció que se abrían las puertas a la esperanza. El Interim de Augsburgo fue sustituido por otro documento en cuya redacción Granvela tuvo la parte principal. Se estaba dando la sensación de que todos los temas podían ser objeto de debate llegándose a soluciones aceptables para ambas partes. Por un momento se tuvo la impresión de que estaba a punto de llegarse a un acuerdo en el celibato eclesiástico y en la comunión bajo ambas especies porque esto se había concedido en varios lugares a comunidades que no se consideraban heréticas. También

se alcanzó una definición acerca de la justificación por la fe que parecía satisfactoria para las dos partes: de la fe procede la gracia y las obras humanas solo pueden considerarse meritorias cuando proceden de la misma fe.

Pero entonces se chocó con el impedimento esencial: la transustanciación. Eck y los católicos advirtieron que si no se acepta la presencia real de Cristo en la Eucaristía, la doctrina de la redención se venía abajo pues era tanto como decir que la divinidad de Jesús es un simple revestimiento que podía ser además explicado de muy diferentes maneras. Es lo que Pedro, en Cesárea de Filipos, había afirmado ante los demás apóstoles sobrecogidos aún por dudas: tú eres el Mesías, Cristo, es decir la misma divinidad encarnada. Calvino intervino decisivamente en un endurecimiento que, en este punto, registró Melanchton. Los católicos rechazaban precisamente aquello que formaba la base esencial del protestantismo. El papa, informado por Contarini, también rechazó los acuerdos que parecían haberse tomado. Lutero se había adelantado a todos negando cuanto se había dicho. La Dieta de Ratisbona se cerró en rotundo fracaso.

La conducta de Carlos V fue muy divergente de la de aquellos interlocutores radicales. El 29 de junio de 1541 firmó un decreto en que se recogían las concesiones logradas por la Dieta, consciente sin duda de que nadie iba a aceptarlos. Había una razón de peso pues necesitaba el apoyo de todos los príncipes de uno u otro bando porque la presión turca había vuelto a crecer. Fernando, que consiguiera recobrar Budapest, iba a perderla de nuevo, lo que significaba un nuevo acercamiento a Viena. Los otomanos operaban con plena eficacia en el Adriático y en el Tirreno.

Desastre de Argel

El año 1541 pasaría a la memoria del emperador como el de fuertes amarguras. Tenemos que comenzar refiriéndonos a su estado de salud, pues el progreso de la gota se reflejaba en dolencias que de cuando en cuando le obligaban a guardar cama. Viajó hasta Lucca para poder hablar directamente con el papa sobre esos dos puntos: celebración del concilio y presión islámica. Los auxilios enviados a Viena resultaron insuficientes para impedir que Solimán volviera a hacerse dueño de Budapest. Papa y emperador estuvieron de acuerdo en que era necesario repetir una hazaña como la de Túnez. Para ello resultaba indispensable consolidar la paz con Francia. Pero Francisco I reclamaba de nuevo Milán, que aseguraba el dominio sobre el norte de Italia y se negaba a entrar en ninguna clase de alianza contra los turcos.

Desde España venían también propuestas muy fuertes de las Cortes de todos los reinos. Barbarroja había conseguido convertir Argel en una plaza muy fuerte, y usando el título de almirante y funciones de emir significaba ahora la presencia aquí del Imperio otomano. Ciudades de las costas mediterráneas y especialmente de Baleares estaban sufriendo ataques en calidad creciente. El emperador debía destruir ese núcleo cada vez más peligroso. Aunque había comenzado ya el otoño, Carlos decidió arriesgarse. Más adelante llegaría a reconocer que el momento no estaba bien elegido y los recursos económicos eran insuficientes. Habían llegado refuerzos pero carentes de disciplina. Miembros de la nobleza de todos los reinos acudieron a Baleares para tomar parte en la operación. Ya hemos indicado cómo entre ellos se encontraba Hernán Cortés.

Se habían cursado órdenes a los puertos baleares para aprovisionar la gran flota que partió de Palma el lunes 19 de octubre de 1541. Un tiempo bonancible permitió que el viaje fuese rápido; el miércoles 21, los españoles ya contemplaban los perfiles de la Kasbah y del Peñón de Argel. Estos revelaban que la empresa se

presentaba como muy difícil. Cortés recomendó al emperador lanzar el asalto con todas sus fuerzas, recordando acaso el día de Tenochtitlán, pero no pudo ser atendido. Se desencadenó una tormenta cuando apenas había comenzado el desembarco. Los soldados de tierra, españoles, italianos e incluso alemanes se encontraron desprovistos de vituallas. A los tres días del desembarco, el pesimismo se tornó dominante. Era imposible lograr la victoria. Solo Cortés se mantuvo firme; los demás consejeros de Carlos recomendaron una retirada antes de que fuese demasiado tarde.

Todo terminó en un verdadero desastre. El 3 de noviembre, Carlos V firmó la orden de retirada. No estamos en condiciones de conocer cuántos barcos y cuántas vidas humanas se perdieron en la operación ya que estos datos se mantuvieron en secreto. Es indudable que Argel marca el cambio en la política imperial. Había que poner todo el esfuerzo en Alemania salvando su unidad y sus fronteras y dejar que España se ocupase del problema mediterráneo.

Un tiempo en España

Decisión muy seria y que era preciso explicar con claridad a las Cortes ibéricas. El monarca regresaba de Argel rodeado por el aprecio de todos los que estuvieron a sus órdenes. Del desastre tenía la culpa el tiempo, pero precisamente en el momento de tomar la dura decisión había demostrado poseer todo el valor y honra de un capitán que pone su principal preocupación en la salvación de sus hombres y es el último en abandonar el barco. Los últimos en subir a las naves fueron precisamente los tercios españoles. Travesía sumamente difícil por el temporal, primero hasta Palma y luego a Cartagena. No hubo críticas.

La decisión tomada en aquellos momentos aparece clara en la documentación, aunque en ningún momento se hizo pública, tal vez porque existían dudas acerca de cambiarla. Felipe, que en 1542 cumpliría los quince años, reconocidos como una especie de mayoría, sustituiría a su difunta madre no solo en las funciones políticas sino en el profundo afecto que descubrimos en su correspondencia. Para ello era necesario rodear al joven regente de un equipo eficiente de colaboradores y presentarle en calidad de tal ante las Cortes. Los años 1542 y 1543, padre e hijo mantuvieron muy estrechas relaciones; no cabe duda de que el emperador estaba instruyendo a su heredero en todos los problemas que se hallaban pendientes. De ahí extraemos un rasgo esencial: Felipe II gobernaría una monarquía oficialmente calificada de católica y no debía apartarse, como estaba haciendo Francia, de esa línea. La presencia real de Cristo era eje esencial en ese catolicismo, que ya estaba firmemente asentado en América. Había que evitar que las influencias del protestantismo, ahora diversificado, pudieran alcanzar a España.

Otra de las importantes decisiones estaba en el matrimonio. Había llegado el momento en que Felipe pudiera casarse y no cabía duda de que lo más conveniente era buscar en Portugal la futura reina. La hija de Juan III, María Manuela, tenía exactamente la edad conveniente de dieciséis años. Se trataba de un parentesco estrecho y repetido que podía tener consecuencias no deseadas en la descendencia. Pero ni castellanos ni portugueses dudaron. No podía suponerse que un día Felipe llegaría a ser también rey de Portugal. Aceptado por el papa, que concedió las necesarias indulgencias, este matrimonio de corta duración reportaría servicios a la cristiandad latina, pero también un problema muy serio a la Corona.

Fruto primero de esta unión fue un varón, nacido en l545 y al que se puso lógicamente el nombre de Carlos, su abuelo. En él se reprodujeron, con radicalidad, algunos de los desarreglos mentales

de sus antepasados. Carlos V no llegaría a conocerle hasta su retorno a España después de la abdicación: sin duda sufrió entonces una profunda decepción; era bien claro que aquel niño de once años no reunía las condiciones que se requerían para el gobierno de los grandes dominios que le correspondía heredar.

Cortes de Valladolid de 1542

Carlos hubo de viajar rápidamente desde Cartagena; había convocado Cortes cuya ayuda extraordinaria resultaba una vez más imprescindible, puesto que a los reveses de África se unía también la noticia de que Francia estaba dispuesta a volver a la guerra. Hizo un alto en Ocaña para reunirse con sus hijos, Felipe, María y Juana, y otro más largo, de cuatro días, en Tordesillas, para despedirse de su madre la reina a la que sin duda no volvería a ver. El 26 de enero la calesa que le conducía empleó pocas horas para llevarle a San Pablo de Valladolid donde se hallaban las Cortes bajo la presidencia del cardenal Tavera que iba a pronunciar el discurso inicial.

No se trataba, en estos momentos, de discutir problemas sino de esbozar un programa que se juzgaba imprescindible. La buena voluntad y concesiones esgrimidas en Ratisbona no habían dado el menor resultado. Esto venía a demostrar que la razón y la fe estaban del lado de la Reforma española que ponía su atención en la persona humana y en la obediencia a Dios y que, ahora, con jesuitas y carmelitas, daba un gran paso adelante. No hay que olvidar que estos reformadores españoles, verdaderos santos, sufrían también denuncias ante la Inquisición, pero Carlos nunca les retiró su apoyo. En su discurso Tavera hizo también referencia a cómo el emperador había conseguido pacificar Flandes e Italia. Pero la guerra estaba abierta en dos frentes que afectaban a la fe católica, el protestante y el turco.

Las Cortes fueron informadas de cómo Francisco I había rechazado las ofertas amistosas que se le hicieran. El monarca francés estaba decidido a mantener estrecha alianza con la Liga de Smalkalda, y acababa de prestar un gran servicio a Solimán, valiéndose de Antonio Rincón: Venecia había concertado una tregua que permitía abrir de nuevo las relaciones comerciales con Constantinopla. En 1541, el cadáver de Rincón, que atravesaba el Milanesado rumbo a Estambul, fue hallado cerca de Monferrato y el gobernador francés del Piamonte comunicó a Francisco que se trataba de un asesinato dispuesto por el marqués del Vasto. Se daba así un argumento para la renovación de las hostilidades.

Carlos empleó prácticamente todo el año 1542 preparando las cosas. Viajó a Pamplona para asegurar la defensa del reino y reunió Cortes en Monzón para obtener una ayuda de 66 millones de maravedís que se sumaban a los 450 que votaran las Cortes de Valladolid y al oro y plata venidos de América. Hizo también que las Cortes prestaran juramento a Felipe II como futuro rey en Zaragoza, Barcelona y Valencia. Iba a permanecer como regente en Valladolid rodeado de un equipo eficaz de colaboradores. Muchos nobles castellanos habían decidido acompañar al emperador en su retorno a Alemania. Aquí tendría Carlos en 1545 un hijo varón aunque ilegítimo. Pero ya sabemos que Felipe II le trató como a un verdadero hermano.

De nuevo la guerra con Francia

El 12 de julio de 1542, estando en Ligny, Francisco I hizo una declaración oficial de guerra. Acusaba a Carlos de haber incumplido sus compromisos, de retener injustamente dominios que a él pertenecían, poniendo en primer lugar el Milanesado, y de haber asesinado a dos de sus representantes diplomáticos. Ordenaba a sus

súbditos combatir todos los dominios de España, Flandes e Italia pero no los de Alemania con cuyos príncipes esperaba mantener colaboración. Carlos se mostró mucho más moderado; se consideraba víctima de falsas calumnias y recomendaba a sus súbditos que suspendiesen todas las relaciones mercantiles con Francia, ya que no podía ofrecer ninguna garantía de que serían respetadas.

Esta declaración de guerra sorprendió al papa Paulo III en un momento de especial importancia. Había convocado el concilio ecuménico en Trento, fijando su apertura el 1 de noviembre de aquel año y ahora se encontraba con el hecho de que el reino católico imprescindible, al lado de España, no iba a participar en él. Se disolvían las esperanzas de superar los fracasos de los intentos de Ratisbona fijando con precisión la doctrina de la presencia real. Encomendó a los cardenales Sadoletto y Da Silva que convenciesen a ambos reyes de la conveniencia de volver a la paz. Pero fracasó. Francisco respondió en términos muy claros: aquel concilio celebrado en una ciudad imperial era un servicio que se prestaba a su enemigo, de modo que había prohibido a sus obispos que le debían providencia, que se atreviesen a asistir. Y en cuanto a la guerra no estaba haciendo otra cosa que reclamar la devolución de dominios que le habían sido arrebatados.

Los franceses habían preparado una ofensiva en tres frentes, el principal de los cuales sería el catalán porque una vez más tenían la pretensión de apoderarse del Rosellón. De modo que el Delfín fue puesto al frente de un voluminoso ejército con la misión de tomar Perpignan. La defensa de esta fortaleza había sido encomendada al duque de Alba, que tendría ocasión de demostrar sus dotes militares: reforzó de tal modo las defensas que los franceses tuvieron que limitarse a una operación de asedio. Durante cuarenta días se produjo un desgaste y, al final, el Delfín tuvo que dar la

orden de retirada. No se atrevieron a invadir Navarra porque temían sufrir aquí una derrota.

El segundo frente estaba en el Piamonte. Los franceses consiguieron apoderarse de Cherasco. El marqués del Vasto había ordenado las defensas y no tardó en conseguir la retirada de los invasores.

Los mejores resultados, en principio, iba a obtenerlos Francisco en los Países Bajos. Sus tropas consiguieron apoderarse de Luxemburgo. Pero allí acudió el príncipe de Orange y consiguió expulsar a los franceses.

Las tres (quizá cuatro si calificamos el Tratado de Madrid como inexistente según la tesis de Francisco) guerras entre Francisco y España habían servido para demostrar que ninguno de los dos reinos católicos estaba en condiciones de lograr la victoria decisiva obligando al otro a capitular. Carlos había dirigido las operaciones desde España y podía comprobar que contaba con el apoyo decidido de sus súbditos. De modo que el futuro de Europa dependía de la opción alemana. El concilio en sus primeras y menudas sesiones estaba confirmando lo que ya se viera en Ratisbona; era absolutamente imposible un entendimiento entre católicos y protestantes. Y estos últimos, lanzados a la guerra, ponían sus esperanzas en lograr el apoyo de Francia. Al final así sucederá: es la alianza franco-protestante la que conduce a la paz de Westfalia que cambia la estructura de Europa.

España se autogobierna

Durante su última estancia en España en calidad de rey, los años 1542 y 1543, Carlos había hecho una importante comprobación: la Unión de Reinos, a la que los maestros renacentistas preferían dar el nombre de España, ligada íntimamente a Portugal como si una

misma dinastía gobernase a ambas, estaba en condiciones de gobernarse a sí misma. Felipe, casado y con edad que declaraba su mayoría, estaba en condiciones de ejercer la regencia sustituyendo a su padre que debía volver a Alemania. Escogió Valladolid como lugar de residencia alojándose significativamente en un palacio muy próximo a San Pablo y ejecutó en el Consejo de Estado un reparto de funciones entre sus miembros que parece significar un vago precedente de los gobiernos contemporáneos. El cardenal Tavela, que presidía la Inquisición, era una especie de corregente. Cobos se ocuparía del Erario y de la administración de las rentas. Juan de Zúñiga, conde de Miranda, gobernaría la Corte y el duque de Alba sería una especie de capitán general para las fuerzas armadas castellanas.

En el lento camino hacia Barcelona, puerto de embarque, que duró más de un mes, Carlos hizo un alto muy significativo subiendo las alturas de Montserrat para rendir culto a la Virgen. Nos hallamos en 1543. El emperador era consciente de que iba a producirse un cambio radical en su existencia. Lo que los padres conciliares estaban redactando en Trento, con ausencia de los franceses, era una especie de programa sobre el que debía izarse la nueva Europa católica. Algo que desde su juventud deseara. Probablemente no estaba entonces en condiciones de suponer que a la larga aquel programa acabaría provocando una división irremediable en el viejo continente.

Obligado a detenerse en Palamós, a causa de los vientos contrarios, el emperador escribe a su hijo una carta fechada el 4 de marzo de 1543 a la que, con razón, Fernández Álvarez concede gran importancia. Calificaba de muy difícil la situación, especialmente en Flandes donde había estado a punto de sucumbir Lovaina. «Franceses y turcos se han unido en la lucha contra españoles e italianos y resulta imposible llegar a un entendimiento con los protestantes. Y sin embargo la misión que Dios ha confiado a

España debe cumplirse porque de ella depende el futuro de la cristiandad». Daba a Felipe un consejo: proceder con cautela incluso con sus mejores consejeros pues quienes se encuentran en el poder sucumben a la tentación de imponer su voluntad.

El 25 de mayo de este año el emperador desembarcaba en Génova cuya lealtad garantizaban ahora los Doria. Aquí recibió la visita de Horacio Farnesio, conde de Castro, que trataba de incorporarse a su servicio haciendo valer su parentesco con Octavio, duque de Camerino, nieto del papa y marido de Margarita de Parma, la hija legitimada del propio Carlos. El príncipe italiano venía con una propuesta que, según él, le encomendara el papa —Paulo III aclararía luego que de esto no tenía la menor idea—, según la cual el rey de Francia estaría dispuesto a firmar la paz si se entregaba a su propia persona el ducado de Milán con una compensación de dos millones de ducados. Carlos no tardó en descubrir que se trataba de una trampa y rechazó la demanda. Pero ahí estaba la elección: ¿en quién se podía confiar? Los Farnesio serían, sin embargo, buenos colaboradores de Felipe II.

Bussetto

Entre los días 23 y 26 de junio de 1543, Paulo III y Carlos permanecieron en la pequeña localidad de este nombre cerca de Cremona. Estaba firmada ya la convocatoria de Trento pero no se había podido celebrar ninguna sesión. La guerra entre Francia y España y la negociación que el emperador estaba intentando con Enrique VIII de Inglaterra preocupaban extraordinariamente al papa. Las discordias entre los príncipes italianos también eran preocupantes, de modo que el pontífice pareció inclinarse ahora en favor del invento de Horacio Farnesio. Dos millones eran una buena

suma y todavía más considerable si con ellos se lograba una paz. La entrevista quedó prácticamente en nada.

Llegó entonces una alarmante noticia: las tropas francesas del duque de Enghien, unidas a los corsarios de Barbarroja, se habían apoderado de Niza. Miles de prisioneros fueron entregados a los berberiscos y turcos como botín de guerra para ser vendidos como esclavos. Las relaciones entre Carlos V y Paulo III no mejoraron por ello, pero el Vaticano no podía seguir buscando la amistad de Francia porque en este caso se trataba de una traición a la cristiandad. El emperador salió de Busseto camino del Brennero para cruzar los Alpes y, mientras reclutaba nuevas tropas, cambiar impresiones con su hermano Fernando. No iba a dirigirse a Saboya sino a los Países Bajos, ya que el duque de Cleves estaba recibiendo recursos de Francia para asestar un golpe duro a los Habsburgo. El Rey de Romanos estaba de acuerdo. El duque se había instalado en Duren fortificándola severamente porque tenía el proyecto de librar aquí una batalla decisiva. Hubo un alto en el camino para reunirse en Innsbruck con sus sobrinas, las hijas de Fernando, a las que garantizó que podrían contar con todo su apoyo.

Era la guerra abierta ya dentro de los dominios de la dinastía. El 22 de agosto el emperador podía acampar en torno a Duren llevando consigo un ejército de 50.000 hombres. Se instalaron los cañones que dos días más tarde abrieron fuego proporcionando brechas a la infantería. Se había dado la orden de no respetar más que a las mujeres y a los niños. Y eran las dos de la tarde cuando los tercios españoles subieron al asalto y sometieron a la ciudad a un duro saqueo. Todos los dominios de Cleves abandonaron la resistencia y el 7 de septiembre el propio duque vino a ponerse de rodillas delante del emperador para solicitar su clemencia. Quedó prisionero. Lo importante era que Duren había venido a demostrar un aspecto que al emperador y luego a su hijo importaba sobre manera: los

tercios españoles eran invencibles y lo demostrarían durante más de ochenta años.

Aprovechando una tregua en sus dolencias, Carlos había combatido, también, a la cabeza de sus veteranos. La victoria hacía ondear sobre él sus banderas. Ante el papa podían ahora manejarse dos argumentos: los príncipes alemanes o flamencos —lo que significaba una amenaza para los protestantes— podían ser vencidos; pero la traición de Francia había servido para que, por algún tiempo, las flotas turcas pudieran disponer de una cabeza de puente en aquellas tierras del litoral mediterráneo.

La Paz de Crépy

Alentado por esta fulminante victoria, el monarca español tuvo entonces la idea de poner fin a la guerra invadiendo Francia y obligando al enemigo a enfrentarse en batalla abierta como fuera la de Pavía. Para ello era preciso dejar pasar el invierno y que la ayuda en dinero y tropas llegase de España. También el duque de Alba confiaba en esta solución; con el emperador al frente de sus tropas estas resultaban incontenibles. Todo el invierno transcurrió en medio de los preparativos. Se había conseguido también un sorprendente acuerdo con Enrique VIII; los ingleses participarían en la operación recuperando de este modo las posiciones que poseyeran tiempo atrás, en el paso de Calais. También los príncipes alemanes enviaron refuerzos, de modo que en la primavera de 1544 el emperador poseía fuerzas suficientes. El obstáculo venía, como siempre, en términos fiscales; la deuda generada por los créditos no podía ser amortizada. Por eso se hacían concesiones a los banqueros, que ponían la vista con insistencia en América.

Una noticia obligó a poner el pie en el acelerador. El duque de Enghien que se había hecho prácticamente dueño de Saboya, venció

en Cerisoles a los tercios españoles (abril de 1544) y preparaba la marcha sobre Milán. De nuevo el marqués del Vasto contraatacó y pudo detener a los franceses. El frente italiano conseguía estabilizarse en el mismo momento en que Francisco Gozaga lograba recuperar Luxemburgo.

Las tropas imperiales se concentraron en Metz al comienzo del verano de 1544. La vanguardia de esta gran fuerza fue encomendada a los tercios españoles que sumaban siete mil hombres. La meta era evidentemente París. Enrique VIII había conquistado Boulogne, pero se negó a continuar el avance; una victoria demasiado rotunda de Carlos V tampoco le convenía. Negociar conservando lo ganado servía bien a sus propósitos. Durante un mes el emperador tuvo que mantener el cerco de Saint Didier, que al final conquistó; es como si hubiera ganado por primera vez la batalla del Marne. A principios de septiembre ya estaba en Château Thierry; las vanguardias de caballería podían contemplar ya los perfiles de la capital en donde había cundido el pánico. Con él llegó el desorden y las deserciones. A Francisco I no le quedaba otro remedio que solicitar negociaciones de paz. Desde Valladolid los correos de Felipe alertaban: había que aceptar la negociación porque no era posible obtener más dinero.

Esta guerra, europea, como lo fueran las iniciadas en 1328 y seguirían siéndolo hasta 1945, ponía al descubierto uno de los efectos dimensionales: los daños eran siempre muy graves y afectaban a los dos beligerantes. Es la reflexión que el duque de Wellington se hará aquella tarde de 1815 en que barrió del mapa a Bonaparte: después de los vencidos son los vencedores los que sufren mayores daños. Francisco I hizo la propuesta inicial después de la caída de Saint Dizier y era inaceptable: proponía que se celebrase el matrimonio de María de Austria con el duque de Orleans pero trayendo como dote, además del reino de Flandes, el ducado de Milán. Pero, como Carlos explicaría a Enrique VIII, era

imprescindible negociar. Continuar las hostilidades significaba un daño insoportable.

Se encomendó a Antonio Perrenot de Granvela, obispo de Arras, la tarea. Los consejeros españoles insistían: sin paz se entraría en zona de gran peligro. En consecuencia las operaciones cesaron el 18 de septiembre al firmarse el acuerdo de Crépy. Carlos puso su nombre en ellos al día siguiente. Viajaba hacia él una carta perentoria de su hijo que los correos traían desde Valladolid. Paz y no otra cosa. Para Carlos V no era una verdadera victoria. Había dos puntos positivos. Francia se comprometía a romper sus relaciones con el Turco e incluso a participar en la cruzada. Por otra parte el entendimiento con Inglaterra permitía sobrevivir un catolicismo tolerado en el silencio, y con Francia se abrían las puertas para el Concilio de Trento. El emperador hacía un verdadero sacrificio: aceptaba el matrimonio de su hija María con el duque de Orleans o, al menos, el de este con una de sus sobrinas, una hija de Fernando. A la primera se asignaba como dote Flandes y a la segunda el Milanesado. Esto último no gustaba a los consejeros españoles. De todas formas no hubo lugar a la elección porque el duque de Orleans falleció inesperadamente.

Capítulo XIII

PRIMERA ETAPA DEL CONCILIO DE TRENTO

¿Contrarreforma?

Frecuentemente los historiadores acuden a los esquemas que los maestros protestantes han trazado: primero se produjo en Europa una Reforma, la suya, con esas tres dimensiones que significan Lutero, Zwinglio y Calvino, a la cual trataron de oponerse los católicos, después de Trento, con un esfuerzo que debemos llamar Contrarreforma y que se presenta con dimisiones conservadoras o tradicionalistas. Esta explicación es absolutamente errónea, pues se limita a presentar los hechos tal y como se produjeron en Alemania. Tenemos que repetir datos que han quedado explicados en páginas anteriores. Ya en el siglo XIV, en amplios sectores que permanecían en la obediencia al papa, se produjeron movimientos de reforma: en Italia, con Catalina de Siena se afirma la *observantia* firme en su fidelidad al papa; en Renania se produce una *devotio moderna* que podemos comprender leyendo el Kempis; y en España, por medio de los jerónimos a los que se mostraría íntimamente ligado Carlos, una defensa de la persona humana capaz de merecer si se instala dentro de los «ejercicios espirituales». La fe llevada a América venía de la

mano de una Iglesia plenamente renovada. Trento estuvo prácticamente guiado por esa reforma católica.

En tiempo de los Reyes Católicos dicha reforma se instaló también en los sectores políticos. Exageramos al atribuir a Cisneros, el cardenal, un protagonismo que se liga a la observancia franciscana. Un benedictino que se llamaba como él, García Jiménez de Cisneros, aunque no parece que hubiera parentesco, instalado en las cumbres de Montserrat, había fundado toda esta renovación en puntos muy opuestos a Lutero: los ejercicios espirituales que permiten obtener méritos de una fe «con obras», el libre albedrío y la sumisión de los poderes políticos a la autoridad espiritual cuyo mayor protagonista es el papa.

Cuando llegaron a Castilla en 1521 noticias del encuentro de Carlos V con Lutero y de las decisiones tomadas en la Dieta de Worms, los consejeros castellanos advirtieron al emperador de que Lutero era un gran peligro para la cristiandad entera. Había que acudir al concilio ecuménico para lograr la correcta definición de la fe. No se equivocaban. Para Europa había llegado una hora muy difícil. Si el luteranismo triunfaba los poderes políticos se afirmarían de manera absoluta sometiendo la Iglesia al Estado. Los maestros españoles defendían exactamente lo contrario; los poderes políticos deben estar sometidos a la fe de la Iglesia. Esto es, también, lo que afirmaba Carlos V.

Bases doctrinales

Una de las afirmaciones de esta reforma católica estaba en el acercamiento directo a la Escritura. Por eso Cisneros, contando con la colaboración de judíos conversos, había decidido preparar la versión políglota de la Biblia Complutense. Erasmo lo había hecho con el Nuevo Testamento y Lefebvre d'Etaples con el Antiguo. No se

trataba de pasar a la lengua vulgar los textos sagrados sino de garantizar su autenticidad. Pero las aportaciones fundamentales de la reforma católica venían de otro lado: en todas las bibliotecas aparecen menciones de los *Diálogos* de Catalina de Siena, de la *Imitación de Cristo* de Kempis, de Landulfo el Cartujano y de las *Exercitationes spirituales* de García Jiménez de Cisneros que había viajado a Roma para conseguir el apoyo del papa. Son precisamente los *Ejercicios espirituales de San Ignacio* los que Francisco de Borja conseguirá incorporar a las costumbres eclesiásticas. Lógicamente el protestantismo tropezó en España con obstáculos que le sería imposible vencer.

Para Carlos V la clave se hallaba en los jerónimos, creados en 1375 aprovechando las enseñanzas de santa Catalina, en las inmediaciones de Guadalajara. De ahí procedían El Prado de Valladolid, la Sisla de Toledo, Guadalupe y finalmente Yuste. Es significativo que el emperador se retirara a la Sisla para llorar la muerte de su esposa y a Yuste a la espera de su muerte. Felipe II instalaría a los jerónimos en El Escorial. En ella no se hacían distingos entre cristianos viejos y nuevos como hacían otras órdenes. Benedictinos, franciscanos y dominicos españoles se habían acogido a las normas de la observancia.

Aquí estaba una de las claves del problema. Los católicos sostenían que la persona humana, debidamente ejercitada, se encuentra en condiciones de alcanzar méritos para la vida eterna. Los protestantes rechazaban abiertamente esta doctrina. La naturaleza humana, dañada «sustancialmente» por el pecado original, no puede merecer y su salvación depende de la fe, sin obras. Calvino iría todavía más lejos llegando a la tesis de la predestinación. Los grandes pensadores católicos sostenían: «La fe es efectivamente el principio pero es imprescindible andar y moverse para seguirla, pues una fe sin obras resulta estéril». Esta era precisamente la tesis que defendía Luis Vives y también Adriano VI

en 1522 y 1523. Algo que Carlos V también defendía. Había en España también tradicionalistas que resultaban inconvenientes en su programa.

Íñigo López de Loyola

Hay un curioso y significativo paralelismo entre esos dos personajes que trataron de cambiar la vida europea y lo consiguieron en cierta medida: el emperador y el general de la Compañía de Jesús. Vamos a repetir cosas, pero el lector descubrirá que es muy conveniente. En 1517 cuando Carlos navegaba hacia España, un noble nacido en Loyola emprendía su carrera militar a las órdenes del duque de Nájera, que tenía la misión de impedir a los Albret el retorno a Navarra. Compartía plenamente el espíritu de la caballería. El 20 de mayo de 1521, combatiendo en Pamplona, sufrió una seria herida en una pierna viéndose obligado a someterse a un largo y fatigoso tratamiento. El silencio que rodea al lecho de un herido ayuda siempre a penetrar en el interior del alma. Leyendo la *Vita Christi*, de Landulfo el Cartujano, descubrió entonces que era posible poner el espíritu militar al servicio de la fe. Podía crearse un nuevo ejército cuyas armas fuesen la palabra, la vida y el ejemplo.

Un caballero cristiano se siente movido a viajar a Jerusalén, pues es allí donde se toma contacto directo con Dios hecho hombre. Emprendió pues el camino hacia Venecia, pues de allí partían los buques que contaban con salvoconducto, muy restringido, de los otomanos que permitían a los peregrinos breves estancias. Antes de llegar a Barcelona se detuvo en Manresa para, desde allí, subir a Montserrat, como hiciera el emperador, rindiendo homenaje devoto a la Virgen. Montserrat era un monasterio benedictino rescatado por Fernando el Católico que había encomendado a García Jiménez de Cisneros que trajera monjes reformados de Valladolid. Aquí se

produjo la profunda conversión de quien dejó de llamarse Íñigo para tomar el nombre de Ignacio, y en Manresa presentaría por primera vez el arma de los Ejercicios Espirituales. Dentro del espíritu de la caballería hizo en Montserrat una vela de armas y entregó su espada a la Virgen. Probablemente no tenía aún noticias del comienzo del protestantismo.

Realizó el previsto viaje a Jerusalén y, al regreso, inició estudios universitarios en Alcalá que completaría más tarde en París. Aquí se entraba imprescindiblemente en contacto con esas reyertas que entre sí libraban nominalistas y racionalistas. En sus aulas entraron en contacto tres estudiantes, Ignacio, Francisco Javier, cuya familia curiosamente se hallaba en el otro bando de Navarra, y Pedro Fabro. La idea era clara: formar un ejército espiritual para la gran batalla. Otros tres estudiantes se unieron a ellos y el 15 de agosto de 1534, en la capilla dedicada a la Asunción en la colina de Montmartre, formularon los tres votos de pobreza, castidad y entrega de la vida a lograr la conversión de los infieles. En enero los primeros jesuitas estaban en Venecia preparando un viaje a Oriente. Comenzaba el año 1537.

Ese tercer voto era nuevo; se precisaba en consecuencia viajar a Roma para obtener del papa la licencia correspondiente. Aquí las cosas cambiaron: la profunda división a que Europa se hallaba sometida reclamaba una atención especial hacia aquellos que estaban ahora perdiendo la fe. Aquel ejército de Cristo, con armas de oración, ejemplo y enseñanza tenía que operar en un nuevo campo de batalla colocándose expresamente en la obediencia al papa. El 27 de septiembre de 1540 Paulo III dio el paso definitivo: la bula *Regimini militantis Ecclesiae* establecía la Compañía de Jesús, un ejército espiritual cuyos miembros formulaban un cuarto voto de obediencia absoluta al papa. Invirtiendo las corrientes dominantes, los jesuitas se apartaban de esa sumisión de la jerarquía el poder político. Este cuarto voto sería la causa de que al triunfar el

absolutismo se iniciara una persecución contra la Compañía que, incluso en España, sería suprimida por Carlos III y en 1931 por la Segunda República. Es significativo que en nuestros días haya sido elegido papa un jesuita que ha tomado para sí el nombre de Francisco, como el santo de Asís.

Una coincidencia

Unos meses antes, en mayo de 1539, se habían celebrado los funerales de la emperatriz Isabel. Ya hemos destacado cómo en esta triste ceremonia se habían hallado presentes tres personajes de gran importancia. El primero de ellos: san Juan de Ávila, que en Alcalá había sido destacado discípulo de Domingo de Soto. Había recibido de Alonso Manrique, arzobispo de Sevilla, el encargo de evangelizar Andalucía. Fue denunciado ante la Inquisición como si defendiera doctrinas contrarias a las costumbres de la Iglesia, pero sometido a juicio recibió una sentencia que no era simplemente absolutoria, sino que le proporcionaba elogios de gran calibre. En su amplio epistolario y en sus dos obras, *Audi Filia* y *Comentario al Salmo 44* aparecen muy claras las dos recomendaciones que el Consejo de Estado y el emperador harán suyas: la educación y la vida ejemplar eran las dos bases sobre las que debería asentarse la reforma. Su mala salud le impidió asistir a Trento, pero preparó para el arzobispo de Granada un memorándum del que proceden algunos de los decretos de la primera etapa del concilio.

Precisamente ese arzobispo, Pedro Guerrero, había oficiado en los funerales de la emperatriz. Él y san Juan de Ávila recomendaban a sus discípulos sumarse a la naciente Compañía. Cinco años más tarde, Guerrero desempeñaría un importante papel en el concilio.

El tercer personaje relevante era Francisco de Borja, marqués de Lombay, que había pronunciado las significativas palabras: «No

quiero servir a señor que se me pueda morir», ingresando en la Compañía de Jesús después de haber transmitido a sus parientes todos sus bienes. Fue el segundo sucesor de san Ignacio en el generalato.

Deberíamos añadir un cuarto nombre aunque no estuvo en los actos: santo Tomás de Villanueva, que fue calificado en Valencia como el apóstol de los pobres.

Tiempo perdido o ganado

Cuando en 1544 se firma la Paz de Crépy se considera posible reunir el concilio, ya convocado, y que a él asistan obispos franceses y también algunos representantes ingleses de aquel catolicismo que permanecía en la sombra. Sin embargo, era demasiado tarde para conseguir una sumisión de los protestantes. Lutero había logrado consolidar su propia Iglesia, apoyada en una doctrina que definía como indiscutiblemente verdadera, y contaba con el respaldo de aquellos príncipes alemanes que buscaban el fortalecimiento de su poder frente al emperador. Los españoles iban a desempeñar en Trento un papel decisivo. Por eso Francia acabaría rechazando sus decretos; juzgaba que eran un servicio prestado al emperador para legitimar su hegemonía.

Para explicar el problema tenemos que retroceder hasta la Dieta de Augsburgo de 1530. Por medio de sus embajadores, Carlos V reclamaba con insistencia del papa que reuniese el concilio, ya que solo en él podría definirse una fe para todos los cristianos. Es estos momentos también Lutero insistía en la misma tesis coincidiendo con el emperador en que debía celebrarse en una ciudad alemana: si bien Clemente III opuso una negativa absoluta por las razones que hemos explicado, Paulo III ejecutó la convocatoria. Sobre sus hombros recaía la tarea ominosa de poner fin a las protestas y

denuncias que contra el clero se formulaban por el desarreglo en su conducta. Y esto no podía lograrse por medio únicamente de órdenes dictadas por el pontificado. Había comenzado, desde el momento mismo de su elección (1534), la reforma de la Curia a que nos hemos referido. La indiscutible autoridad espiritual del papa debía apoyarse en comisiones y congregaciones que hicieran y vigilaran la reforma.

La correspondencia del príncipe Felipe con su padre deja bien claro que los consejeros españoles estaban plenamente de acuerdo con este planteamiento; más que de reforma debía hablarse de conversión, retorno al camino correcto. Cuando en febrero de 1537 se hizo público el *Dictamen de los cardenales y demás prelados de la Iglesia romana* que establecía una división del poder de la Curia de un modo semejante a como ya existía en la monarquía, los españoles aplaudieron. Ya hemos explicado como Paulo III intentó reunir el concilio en una ciudad italiana. Pero a Vicenza acudieron solo cinco obispos de modo que el pontífice hubo de suspender su convocatoria. Al final Carlos V iba a salirse con la suya. El concilio tendría lugar en Trento.

Aunque fuese una ciudad imperial, Trento quedaba en cierto modo dentro de Italia como sucede en el momento actual. El emperador confiaba en que los protestantes también acudiesen a debatir sus propuestas: Paulo III publicó la convocatoria el 20 de junio de 1542 nombrando legados a Morone, Parisio y al inglés Pole, que se hallaban en la ciudad el 22 de noviembre del mismo año. Pero de nuevo se produjo el vacío: España y Francia volvían a estar en guerra y la propia Italia podía convertirse una vez más en campo de batalla. Al papa le preocupaba mucho la situación. Carlos V se había visto obligado a hacer concesiones en la Dieta de Spira a cambio de obtener recursos para la lucha. En consecuencia solo la Paz de Crépy hizo posible la celebración.

Comienza el concilio

Francisco I, aunque había prometido su apoyo, no dejaba de estrechar contactos con los príncipes protestantes. Temía que el concilio fuese presentado como victoria del emperador. Cuando Carlos recibió la noticia de que el 13 de diciembre de 1545 se había celebrado la primera sesión, la acogió como si se tratara de un éxito personal. No eran muchos los cardenales, obispos y generales de las órdenes allí presentes. Predominaban en cambio los teólogos de gran prestigio que carecían de voto, pero eran los verdaderos protagonistas del debate. Tras ellos estaban operando las grandes universidades. Tenemos que destacar seis nombres: Diego Laínez y Alfonso Salmerón, jesuitas; Melchor Cano y Domingo de Soto, dominicos; y Alfonso de Castro y Andrés Vega, franciscanos. Todos ellos se hallaban en relación con los miembros del Consejo de Estado. Al producirse de hecho la ausencia de Francia —quebranto de la Paz de Crépy— parecían tener razón aquellos que veían en el concilio un predominio español. De este modo se consolidaban las opiniones adversas al emperador. Desde el punto de vista histórico podemos decir que en Trento se celebraron tres concilios sucesivos, aunque los decretos serían más tarde unificados.

La primera decisión consistió en suprimir el voto por naciones adoptado en Constanza: cardenales, obispos y generales de las órdenes formularían su voto, pero después de que los teólogos hubieran concluido sus debates proponiendo una o varias definiciones. En la segunda sesión, el 7 de enero de 1546, eran ya cuarenta y dos los miembros con derecho a voto. Se discutió el nombre que debía darse a aquella Asamblea evitando los peligros del conciliarismo, y se optó por el de Concilio General Ecuménico. Los decretos, una vez que contaran con la firma del papa, serían declarados públicos y obligatorios. En la sesión tercera (4 de

febrero) se reconoció como base fundamental de la fe el Símbolo niceno-constantinopolitano. Es lo que se ha incorporado a la liturgia de la misa con el nombre de Credo.

Algo había fallado. Los protestantes que habían reclamado el concilio se negaron a acudir a Trento, considerándolo ilegítimo porque seguía prestando obediencia al papa. Carlos convocó una nueva conferencia entre católicos y protestantes en Ratisbona (5 de febrero a 20 de marzo). El papa y los padres conciliares se inquietaron; temían que el emperador siguiera aumentando las concesiones a los herejes como se había hecho en Spira. La conferencia terminó en un absoluto fracaso: los protestantes exigían que se aceptase su doctrina sin dar origen a debates. No había esperanza para la reconciliación.

En la sesión cuarta (8 de abril de 1546) se dio un paso decisivo, en el que insistirían luego los maestros de Alcalá: el texto de la Vulgata latina, declarado canónico, era intangible, de modo que los cambios y rectificaciones de las versiones luteranas eran una simple falsificación. Contra lo que el protestantismo sostenía, se afirmaba también que debían aceptarse como parte de fe las aclaraciones doctrinales que la Iglesia había formulado para limpiar errores y conflictos. Norma que se sigue observando y que rechazaba ese libre acceso de cualquier fiel a la Escritura. Las ediciones que en adelante se hicieran de esa Escritura debían contar con la debida licencia aplicable también a otras obras de carácter religioso.

Era preciso entrar en los dos puntos capitales del protestantismo que lo eran también para el emperador: consecuencias del pecado original y modos como debían comunicarse a los fieles las verdades de fe. Más de cien padres conciliares se reunieron ya en la sesión quinta, el 17 de junio. Afirmaron que el pecado original se refleja en las condiciones de la naturaleza humana aunque no de un modo sustancial; la Redención de Cristo alcanzaba a todos los seres humanos siempre que recibiesen el bautismo. Para la monarquía

hispana se trataba de declarar que también los indios americanos, cuando se bautizaban, se igualaban plenamente a todos los demás seres humanos. Los españoles pidieron que se declarara dogma la Inmaculada Concepción de María, pero el concilio optó por demorar dicha declaración para no hacer más difícil la posibilidad de renuncia de los protestantes. Sería declarado por Pío IX en 1854.

Hondas raíces: predestinación y justificación

Todo estaba ya decidido. El protestantismo no iba a aceptar esta doctrina y por consiguiente Carlos V creyó necesario combatir la Liga de Smalkalda. El 6 de junio había llegado a un acuerdo con el papa que se comprometió a enviar soldados para refuerzo de las tropas del emperador. La Iglesia española veía confirmadas todas sus propuestas, pero el concilio tenía que seguir adelante para ocuparse de los puntos clave que pusiera en marcha el luteranismo. Hasta diciembre de 1546 los padres conciliares iban a trabajar intensamente para aclarar la doctrina de la justificación por la fe, que había sido explicada ya por san Pablo. La fe es indispensable; sin ella no es posible alcanzar la salvación. Pero una fe sin obras resulta insuficiente; conduce más bien al vacío.

Los debates en torno a esta cuestión se prolongaron porque Carlos V y una parte de los obispos alemanes querían que se hallase una fórmula que pudiera ser aceptada también por los protestantes. Al mismo tiempo se estaba examinando la propuesta de reforma de la jerarquía en la que no solo Lutero sino también muchos católicos insistían para evitar excesos de dependencia respecto a los poderes temporales. Fue el 13 de enero de 1547, cuando ya estaba en marcha la guerra contra el protestantismo, cuando se celebró la sexta sesión que los historiadores consideran como la más importante del concilio. La sala estaba plenamente llena. No se

trataba de debatir sino de votar y hacer pública la propuesta. Se trabajó durante meses para superar los fracasos cosechados en Ratisbona. Así se explicaba claramente el verdadero alcance de la reforma católica española.

La justificación no se alcanza únicamente por las obras como algunos sectores universitarios venían enseñando. El hombre se salva por la fe que trae consigo la gracia, gratuita y universal; pero al estar dotado de libre albedrío puede aceptarla o rechazarla. Y ahí se encuentra la clave; no existe una predestinación, sino que la salvación se alcanza mediante el uso de la libertad. Los mandamientos tienen que ser cumplidos. Como Erasmo explicara: el *servo arbitrio* enseñado por Lutero es un colosal error. Una vez recibido el bautismo, el ser humano se encuentra ante las tres virtudes cardinales, fe, esperanza y amor, y tiene que ejercitarse en ellas para crecer. Sobre ellas tiene que trabajar ejercitándose espiritualmente. Las obras tienen resonancias positivas o negativas, según que se acomoden al orden moral o lo rechacen. El conocimiento de la doctrina es, pues, una de las primeras dimensiones del progreso entendido como crecimiento.

El episcopado era también definido desde perspectivas que se ajustan mejor a la doctrina expuesta en el Nuevo Testamento. No se trata de ingresar en una jerarquía desde la que se ejerce el poder, sino de asumir la cabeza de una comunidad que debe ser guiada hacia la salvación. Por eso cada obispo debe permanecer en el lugar donde se asienta su sede; del mismo modo los presbíteros y miembros del clero secular se sometían a ese deber de residencia. Para alcanzar esta meta el concilio declaró imprescindible atender a la formación de aquellos que iban a dedicarse al sacerdocio. Estamos en el origen de lo que seguimos llamando seminarios diocesanos.

Todo esto se hace difícil de entender en nuestro tiempo donde el laicismo ha conseguido imponerse. Pero el concilio continuaba en su empeño de establecer una nueva forma de sociedad, heredera del

Humanismo y con fuertes raíces religiosas. Tarea muy ardua, ya que en este momento comenzaban las que durante un siglo llamaríamos guerras de religión. Hubo un momento de temor: los príncipes luteranos disponían de fuerzas suficientes para salir al asalto de la ciudad. Los legados pontificios recomendaron cambiar Trento por otra pero Carlos V impuso su voluntad. Había que seguir allí.

Las nuevas estructuras de poder

Los teólogos españoles, especialmente Salmerón y Laínez, hicieron un análisis de las tesis de Lutero que consideraban erróneas, en un tratado, *Cautividad babilónica de la Iglesia*, que venía a repetir las denuncias que se hicieran en tiempos contra Avignon. Ya hemos indicado como el luteranismo parecía una especie de retorno a Marsilio de Padua, situando los deberes religiosos dentro y no fuera de las competencias políticas. Ambos autores, jesuitas, destacaban el daño que venía de la supresión de los sacramentos, especialmente del bautismo y de la confirmación. El 17 de enero de 1547 presentaron al concilio un memorándum en que solicitaban que se hiciera una clara definición de la persona humana como, desde el principio, había venido enseñando el cristianismo. No descontaban, desde luego, la importancia que esto podía tener para la construcción de la sociedad.

Esta definición se hizo en la sesión séptima (3 de marzo) en que la asistencia fue todavía mayor que en las anteriores. Iba a integrarse plenamente en el conjunto de Leyes que Carlos V quería promulgar para los nuevos reinos americanos. El bautismo, que se ofrecía plenamente a los indios, significa una especie de segundo nacimiento, ya que convierte al simple ser humano, fruto de la unión entre hombre y mujer, en persona dotada de valores que aportados y enriquecidos por la gracia permiten la rectitud en el

comportamiento. Y la confirmación era una especie de segundo bautismo recibido cuando ese ser humano ha alcanzado la edad necesaria para el manejo de la voluntad. Aquello que Tomás de Aquino y Erasmo, por ejemplo, enseñaran, era lo que Carlos quería llevar ahora al Nuevo Mundo. Sin negar los defectos es imprescindible destacar que de este modo se lograba una nueva suma de naciones que compartían la misma lengua.

Es preciso considerar al Concilio de Trento como una de las etapas esenciales de la Historia española. Se ponía término a medio siglo largo de exploraciones y conquistas, con las alteraciones a que anteriormente nos hemos referido, y se invitaba a los indígenas y a los muy abundantes mestizos a cambiar sus propias raíces por estas otras que venían de la cristiandad europea. Es el gran mensaje que los jesuitas tratarían de llevar: vais a poder ser verdaderamente seres humanos. Las misiones del Paraguay, en el siglo XVIII, serán una gran demostración de los cambios y también de la oposición que despertaban en aquellos que buscaban el enriquecimiento personal. Recordemos que los mejores violines Stradivarius se fabricaban precisamente en aquellas misiones.

Término de la primera etapa

Muchos de los obispos italianos, que compartían también la sospecha de que el concilio era ante todo un servicio que se prestaba al programa imperial, al extenderse por Alemania la guerra de que nos ocuparemos en el próximo capítulo, insistieron en la necesidad de trasladarlo a Bolonia, donde podían contar con la presencia del papa y también de franceses tan reacios a viajar a tierras imperiales. Una ocasión se presentó en marzo de 1547 cuando el general de los franciscanos, algún obispo y otras personas fallecieron a causa de una enfermedad. Se interpretó el hecho como

el comienzo de una epidemia y en la sesión octava (11 de marzo de 1547) los legados anunciaron el traslado de la sede conciliar a Bolonia. Aunque Carlos protestó explicando que ninguna clase de endemia se había registrado en Trento, el papa dio la razón a sus representantes. De hecho, el temor venía del comienzo de la guerra entre católicos y protestantes. Prácticamente el concilio se suspendió: ni en Trento ni en Bolonia se contaba con suficientes miembros. Además el papa, percibiendo el error de empezar una guerra de religión, retiró las pequeñas unidades que enviara. Adelantemos que el 24 de abril de este año el emperador lograba la victoria sonora de Mühlberg.

Por un tiempo pudo creerse que la guerra era el instrumento eficaz para la destrucción de la herejía. Grave error; un enfrentamiento doctrinal, cuando recurre a las armas causa más daño del que se pretendía superar. Las guerras de religión perjudicarían de modo especial al catolicismo aunque tardaría mucho tiempo en advertirse. Paulo III lo comprendió. En Bolonia, con sus defectos, estaba alcanzando el objetivo propuesto: había obispos franceses desde agosto y se incorporó también el obispo de Oporto como cabeza de Portugal. Un cambio se había producido en Francia, al que tendremos que referirnos más adelante; pero Enrique II iba a mostrarse más enemigo de España que su padre. Las luces de Mühlberg se apagaron muy pronto y Paulo III, impulsado por su familia, buscó de nuevo el acercamiento a Francia. Cuando le llegaron noticias de que, al final, Carlos V había tenido que pactar con los príncipes protestantes (Interim de Augsburgo de 1548) comprendió que el concilio tenía que ser clausurado. La clausura de Trento en su primer período tuvo lugar en septiembre de 1549, dos meses antes de que la muerte alcanzara al papa. Había alcanzado la edad de noventa y dos años, en aquel tiempo excepcional.

No cabe duda: el pontificado de Paulo III, coincidente con Carlos V en más de un aspecto, marcaba el comienzo de una nueva etapa

en la vida de la Iglesia que podríamos calificar de posthumanismo. No se trataba de renunciar al pasado; las obras magistrales de Miguel Ángel y la madurez que muestra en las suyas Vassari nos permiten entender cómo Roma se había elevado en su calidad. Frente a los proyectos imperiales demasiado políticos, se alzaba ahora un nuevo programa, formulado en Trento, que aún tendría que celebrar otras dos etapas para consolidarlo. La persona humana volvía a alcanzar gran relieve en la doctrina de la Iglesia.

Gracias al apoyo decisivo de los grandes teólogos la voz del Vicario de Cristo cobraba nuevas resonancias. No se trataba únicamente de denunciar los errores atribuidos a luteranos o calvinistas, sino de evitar el sometimiento de la Iglesia al Estado también en las monarquías católicas. Y de esto comenzaba a acusarse a Carlos V. También él, afirmado como rey de España e Indias, empezaba a preguntarse si no había cierto error en el programa que para el imperio formulara: la separación entre el imperio y la monarquía será la última de sus decisiones. A ella nos referiremos.

Capítulo XIV

LA HORA DE MÜHLBERG

Las dificultades insalvables

La Paz de Crépy, pese a las dimensiones favorables al emperador que en ella se apreciaban, dejaba tras de sí un problema que quebrantaba las bases mismas de aquel gran imperio que Carlos lograra reunir: los impuestos ordinarios, las ayudas extraordinarias y los metales preciosos venidos de América no bastaban para cubrir la deuda que había generado el gran esfuerzo militar. En 1544 el infante Felipe, que demostraba gran talento político, había reunido en Valladolid a sus consejeros, escribiendo después a su padre con las conclusiones que de esta consulta se desprendían. Los tributos, los intereses de las deudas y el embargo de los recursos llegados del otro lado del Atlántico causaban tal daño al país que le estaban sumiendo en la pobreza. Tanto en el Lazarillo como en el Quijote la pobreza es una dimensión esencial de sus protagonistas. Los simples hidalgos se hundían en la humillación no hallando otro recurso que el del alistamiento en el ejército. Pero los daños alcanzaban también a la alta nobleza, cuyas rentas ya no bastaban para atender a los compromisos.

Pese a todo, Carlos V se sentía obligado a mantener aquel poderoso y abrumador ejército. Consideraba llegado el momento, ahora que el papa se decidiera a reunir el concilio, de liquidar la Liga de Smalkalda, devolviendo a Alemania su unidad en la fe católica. La negativa de protestantes y franceses a acudir al concilio le fortalecía en este empeño. Dios le había escogido para defensa de la fe y ahora estaba convencido de que el mejor modo de ejercerla estaba en el desenvaino de la espada. Respondiendo a las exhortaciones de su hijo, insistía en este argumento que muchos compartían, sin apercibimiento de los males que toda guerra trae consigo. En estos momentos María Manuela esperaba un hijo, refuerzo para la monarquía; no sospechaba los males que de este nacimiento se iban a derivar.

Un dato que los historiadores estamos obligados a destacar: los ataques de gota se sucedían, cada vez en un nivel más fuerte, aunque el emperador creía hallarse en condiciones de superarlos. En el invierno de 1544 a 1545, estando todavía en Gante, los médicos le sometieron a una rigurosa dieta alimenticia. Los efectos fueron buenos y se reflejaron en sus relaciones sexuales: es cuando nace Jeromín, el futuro don Juan de Austria. Decidió preparar entonces su viaje a Alemania. La noticia de la enfermedad causó en España gran alarma: aquel empeño en disimular su dolencia cabalgando al frente de los suyos hacía temer por su vida. Alcanzaba una edad, cincuenta y cuatro años, que entonces se consideraba suficientemente avanzada como para tomar precauciones.

De nuevo en Worms

Carlos V no confiaba en la buena voluntad de Francia; entendía que la Paz de Crépy era considerada como una tregua impuesta por las mismas razones que a él aquejaban. Se seguían enviando desde

París ayudas a la Liga de Smalkalda de modo que había que contar con que, cuando la guerra se hiciese, tales auxilios se incrementarían, aunque evitando una participación abierta. Había decidido convocar la Dieta nuevamente en Worms, ciudad a la que llegó el 15 de mayo de 1545, pasando por Aquisgrán. Los correos trajeron entonces dos malas noticias: María Manuela había muerto a causa del parto y también había fallecido el cardenal Tavera, figura clave; se imponía por tanto un relevo. Al menos en aquellos momentos el emperador disponía de un factor favorable. Paulo III había enviado, como en su momento hemos explicado, algunas unidades de refuerzo, disfrazándolas como si fuesen a la guerra contra los turcos.

Entre mayo y agosto del mencionado año permaneció el emperador en Worms trabajando intensamente. En principio se trataba de convencer a los príncipes protestantes para que volviesen a la colaboración esperando los resultados del concilio que sin duda haría una definición para todos aceptable. Por su parte se comprometía a que si los resultados del concilio no eran los que se esperaban, él convocaría una Dieta en que pudieran examinarse las cuestiones. No tardaron los consejeros del emperador en descubrir que tales esperanzas eran vanas. Lutero y Calvino redactaron documentos que fueron impresos y repartidos entre los asistentes a la Dieta y en ellos se formulaban serias acusaciones contra la Iglesia romana.

El elector Federico de Sajonia apoyaba ahora abiertamente las doctrinas luteranas. Aun antes de que la Dieta diera comienzo, el emperador y el legado pontificio, un Farnesio, llegaron a la conclusión de que era imposible negociar; los protestantes no estaban dispuestos a hacer concesiones, convencidos de que defendían la verdad. La Dieta, por tanto, fue orientada a la consecución de un apoyo completo al proyecto del emperador que consistía en someter o destruir la Liga de Smalkalda. En esta opinión

se hallaba también Fernando, el Rey de Romanos. De modo que la prevista guerra contra el Turco debía ser retrasada.

Primera guerra de religión

Desde mayo de 1545 se percibía ya un cambio radical: se suspendía la cruzada contra los otomanos y, en el concilio, que comenzaría, según hemos anotado, en diciembre de este mismo año, se abandonarían los proyectos de diálogo que los protestantes rechazaban y se pasaba a una definición clara de la doctrina católica que el emperador iba a tratar de imponer en toda Alemania. El cardenal Farnesio regresó a Roma para comunicar al papa esta decisión que podía traer consecuencias muy serias. Paulo III convocó entonces un consistorio de cardenales que acordó proceder de acuerdo con el emperador: el protestantismo no era una simple divergencia doctrinal sino una ruptura de la cristiandad que debía ser reparada mediante el recurso a la cruzada como se había hecho en ocasiones anteriores contra los infieles. El Vaticano iba a contribuir a ella con 12.500 soldados y una aportación de 200.000 ducados. Como en su momento indicamos, estas tropas serían retiradas antes de entrar en combate.

En España, aparte de las contribuciones ya señaladas, la Iglesia colaboró con parte de las rentas episcopales y la venta de algunos patrimonios hasta sumar el millón de ducados. Un gran sacrificio. Desde su mismo comienzo las guerras de religión iban a demostrar el elevado nivel de gastos y de daños. Una experiencia que comenzaba a vivir Europa en el siglo XVI. Carlos V y la mayor parte de sus consejeros sentían la necesidad de emprender la tarea; había que devolver a la cristiandad europea su principal valor, la unidad de la fe. El emperador se mostró alarmado cuando llegó de Roma la noticia del consistorio; a él le hubiera gustado mantener su proyecto

en el más absoluto secreto. Envió a Roma uno de sus procuradores de confianza, Ancelot, para que explicase al papa que las operaciones no podrían iniciarse hasta 1546 y le recomendase un retraso en la apertura del concilio para no dar la impresión de que este era causa de la guerra.

Antes de comenzar una contienda se debe comunicar al adversario las condiciones que se le exigen, haciendo de este modo posible una capitulación. Esto era precisamente lo que él se había propuesto hacer por medio de la Dieta que había sido trasladada a Ratisbona. Se invitó a destacados teólogos católicos y protestantes a que acudiesen a ella para que intercambiaran sus argumentos buscando alguna clase de acuerdo. Se estaba reuniendo dinero por todos los medios posibles, y ello incrementaba las dificultades de gobierno del emperador. Al menos Fernando de Austria había logrado una tregua con los turcos que garantizaba la frontera húngara. En este momento se mostraba plenamente de acuerdo con su hermano.

Tres acontecimientos muy significativos tuvieron lugar durante aquel invierno de 1545 a 1546. Pese a las recomendaciones del emperador, el concilio abrió sus puertas como ya indicamos. Y los miembros de la Liga de Smalkalda celebraron reuniones tratando de entender hasta dónde llegaban los proyectos del emperador. La prevista reunión en Ratisbona terminó en un rotundo fracaso; los luteranos y calvinistas explicaron que ellos no habían llegado allí para discutir sino para que su doctrina fuese aceptada como legítima. Y se fueron. Felipe de Hesse trató de convencer a Federico de Sajonia de que había que aceptar la opción de la guerra; se podía contar con Francia, pues el nuevo rey, Enrique II, casado con Catalina de Médicis, iba a continuar con más empeño la política de su padre y proporcionaría ayudas muy valiosas a los príncipes alemanes.

La guerra fue prácticamente declarada por el emperador el 20 de julio de 1546 cuando, contando con el apoyo del duque de Baviera y de los otros príncipes católicos, se declaró a Federico de Sajonia y a Felipe de Hesse proscritos por desobediencia a la autoridad legítima. Se iniciaron conversaciones con los demás príncipes, incluyendo a algunos filoprotestantes para aclarar si iban a permanecer en la obediencia debida. Incluso parientes del elector de Sajonia contestaron afirmativamente y acudieron con sus tropas; era una ocasión de satisfacer demandas patrimoniales que se venían formulando. Más allá de la disidencia religiosa se hallaba en juego la unidad de Alemania. De hecho, así se demostró. Las guerras de religión iban a romperla y había que esperar hasta 1870 para que Bismarck la restaurara; demasiado tarde para que significase también la paz en Europa.

Juntando infantería y caballería, Carlos V pudo llegar a disponer de un ejército de 60.000 hombres reclutados en los más diversos países. Una cifra que vemos repetida en distintas ocasiones y que parece indicar el máximo a que alcanzaban los recursos; se trataba de mercenarios que a veces desertaban buscando mejores condiciones en el servicio. Allí estaba también, cómo no, el tercer duque de Alba. Los tercios españoles procedentes de Italia, entrenados y disciplinados, más profesionales que mercenarios, estaban alcanzando una gran fama. Sus miembros se sentían miembros de la baja nobleza. Y eran los herederos de aquella infantería que primero en Granada y luego en Nápoles había demostrado su capacidad.

En España, pese a los esfuerzos tributarios, iba creciendo la adhesión a Carlos V a quien se consideraba ya como una especie de campeón de la fe. Por eso familias de la alta nobleza y obispos hacían doloroso sacrificio de sus bienes para prestar ayuda en aquella defensa de la fe. Son detalles que aunque ahora no sean comprendidos ni compartidos, es necesario tener en cuenta. Los

españoles se sentían verdaderos protagonistas en aquella contienda. Es lo que don Marcelino Menéndez y Pelayo trató de explicarnos en su *Historia de los heterodoxos españoles*, con estas palabras: «Luz de Trento, martillo de herejes, cuna de san Ignacio». Se corresponden bien con el programa que Carlos V se había asignado y que muchos en Alemania no compartían.

Razones enfrentadas

Se estaba haciendo en Roma propaganda de que se trataba de castigar el saqueo de la ciudad exagerando el papel que desempeñaran los protestantes alistados entre los lansquenetes. Carlos V no compartía esta versión: se trataba de devolver a Deutchsland su unidad, basada precisamente en la fe católica. En otras palabras: su objetivo era lograr que todos los principios, incluso los inclinados en favor de los protestantes, retornaran a la sumisión de su soberano. Así lo explica en sus documentos donde insiste en presentar al luteranismo como favorable a la disgregación. Y en eso no se equivocaba, ya que los príncipes que se declaraban en favor de él empleaban la doctrina del *cuius regio* como un medio para afirmarse en su soberanía. Los súbditos debían someterse a su señor incluso en los aspectos religiosos.

La Liga de Smalkalda, que en el verano de 1546 contaba con fuerzas mucho mayores que las del emperador, decidió emprender las operaciones siguiendo el curso del Danubio y cerrando luego los pasos de los Alpes; de este modo se impediría la llegada de tercios españoles procedentes de Italia. Ya Álvaro de Sande, al retirar los que operaban entre Austria y Hungría, había proporcionado a Carlos una significativa ayuda. Si tenemos en cuenta que Hesse y Federico de Sajonia contaban con más de cien mil hombres y estaban recibiendo dinero de Francia que permitía contratar más, se hace

difícil comprender por qué los protestantes no ganaron aquella primera batalla.

Viniendo de Ratisbona, el emperador se había establecido en la gran fortaleza de Landshut. Aquí entregó al duque de Alba el mando supremo y recibió a los heraldos que, de acuerdo con las normas de la caballería, los príncipes rebeldes le enviaban con un cartel de desafío. Fracasaron los protestantes en su proyecto de cerrar los pasos alpinos, de modo que los tercios procedentes de Nápoles y las tropas pontificias mandadas por un Farnesio pudieron reunirse al ejército imperial, rebajando así la diferencia cuantitativa. Podemos suponer que ahora las fuerzas imperiales sumaban la mitad de combatientes en relación con las enemigas, pero las superaban abundantemente en calidad. María, desde Flandes, envió también refuerzos entre los que abundaban soldados españoles; mandados por el conde de Burén, cruzaron el Rin y se reunieron con el grueso del ejército en Ingolstadt el 15 de septiembre de 1546 burlando las posiciones enemigas. Un éxito que se atribuiría a la capacidad estratégica del duque de Alba, que marcaba caminos y posiciones.

En todo momento Carlos había hecho alarde de su valor personal y se mostraba, sobre su caballo, al frente de aquellas brillantes tropas. Ese mismo mes de septiembre, con la conquista de Neuburg y de Dunauwort, dio por terminada la primera etapa de la campaña. Los españoles dominaban ahora todo el Danubio y controlaban los pasos de los Alpes. Aquel invierno de 1546 a 1547 fue climáticamente muy duro, pero Carlos V, a pesar de su enfermedad, demostró que tenía capacidad para superarlo. El duque de Alba estaba demostrando una capacidad militar que la propaganda adversa ha tratado de silenciar. Las tropas protestantes tuvieron que retirarse a sus puntos de partida, de modo que ahora el emperador dominaba plenamente el sur de Alemania. El mayor éxito, en aquellos momentos, consistió en impedir que las tropas de la Liga llegasen a Franconia, base esencial de la retaguardia.

Pero en este momento Granvela, que desempeñaba prácticamente las funciones de canciller, comunicó a Carlos noticias alarmantes; faltaban los recursos económicos, de modo que muchos mercenarios al no recibir su sueldo rompían el contrato y desertaban en busca de un empleo en cualquier otro bando. No quedaba otro remedio que negociar haciendo concesiones como las que ya se ofrecieran a algunos príncipes protestantes. Si la guerra seguía, los miembros de la Liga de Smalkalda podían llegar a descubrir la realidad de la situación, lanzándose a una batalla en campo abierto que sin duda les proporcionaría la victoria. Carlos aceptó claramente estos consejos. Para entonces ya no podía contarse ni siquiera con los auxilios militares del papa.

El 23 de diciembre, la ciudad de Ulm firmó una capitulación; se le habían ofrecido condiciones para una tolerancia religiosa que permitiría a los protestantes continuar con su doctrina. Esto mismo se ofreció a Mauricio de Sajonia y a los Hohenzollern; era el medio de conseguir que también la Alemania del Este volviera a la obediencia del emperador. Pero también de que el protestantismo dejara de ser considerado fuera de la ley. Por su parte, Burén, con las tropas que llevaba de retorno a Flandes, pudo apoderarse de Frankfurt. También se rindieron Augsburgo y Estrasburgo. Naturalmente todo esto decepcionaba a los padres reunidos en Trento durante las primeras sesiones a que ya nos hemos referido, porque se estaba dando la impresión de que el futuro dependía de la fuerza y no de la percepción doctrinal.

En efecto. En los primeros meses de 1547 se tuvo la impresión de que así iban a ser las cosas. Haciendo concesiones como Granvela le recomendara, el emperador traía a su obediencia a príncipes favorables al protestantismo. El conde Palatino del Rin, que estaba casado con una sobrina de Carlos, pidió un acuerdo, pues temía que su voto electoral fuese transmitido a los Wittelsbach de Baviera; de hecho así se les había prometido. Carlos le recibió como

un pariente conformándose con el juramento de obediencia sin otras condiciones. Lo mismo hizo Ulrick de Wurtenberg que recibió el mismo trato. Pero la principal ganancia de aquella primera campaña consistió en que Enrique de Brunswick recobrara su ducado del que los protestantes le habían expulsado. Se estaba demostrando que la obediencia al emperador era fuente de seguridad y de ganancias para los príncipes. Expresamente lo explicó Carlos V al elector del Palatinado cuando, llorando a sus pies, solicitó su perdón: este sería pleno para todos los que le obedecieran. Se comprenden las dudas que sentían algunos partidarios rigurosos de la fe católica; se daba la impresión de entrar en un sistema de tolerancia siempre y cuando se mantuviera la disciplina política.

Esto no era absolutamente cierto; había barreras que no se podrían saltar. El arzobispo de Colonia, Hermann de Wied, que era uno de los siete Electores, se convirtió al luteranismo. Fue fulminantemente depuesto. El emperador demostraba así su plena obediencia a Trento; ningún eclesiástico que pasara a la heterodoxia iba a ser tolerado. La impresión al llegar la primavera de 1547 era que estaba firme el camino hacia la unidad y la victoria. Pero Granvela advertía seriamente: «Falta el dinero que necesitamos».

Horas duras en Ulm

Estas victorias del emperador llegaban sin embargo en horas muy duras para él. Aquel invierno se había producido un duro retorno de la gota, que no perdonaba, y tuvo que permanecer algún tiempo en Ulm donde le atendía un equipo de médicos. Las noticias que estaba recibiendo le movían a pedir a aquel equipo de físicos que le restablecieran. De nuevo su presencia al frente de las tropas era imprescindible aunque ello comportara sufrimiento. Los sueldos de las tropas tenían que ser puntualmente pagados pues de lo contrario

se irían con los enemigos; de modo que no le quedaba otro remedio que acudir a los grandes banqueros que naturalmente exigían compensaciones. Juan Federico de Sajonia estaba ahora reconstruyendo el ejército de la Liga buscando fuertes ayudas del exterior y procurando mejorar la calidad de los soldados.

Bohemia estaba reforzando la herejía con el apoyo que prestaban los utraquistas que buscaban un retorno al tiempo de Juan de Hus. Cuando el emperador envió al margrave de Brandemburgo con refuerzos que su hermano Fernando y Mauricio de Sajonia le reclamaban, fueron vencidos en Rochtlitz a orillas del río Mulde. Era la primera victoria protestante que hacía ganar ánimo a los heterodoxos. En aquel momento las tropas pontificias habían retornado a Roma y Enrique II de Francia estaba incrementando la ayuda económica a los rebeldes. De nuevo iba surgiendo la propaganda adversa: si el monarca español ganaba aquella guerra, estaría en condiciones de restablecer la hegemonía imperial sobre toda la cristiandad europea. Ya la poseía también sobre los nuevos territorios americanos porque Portugal, con Brasil, se mantenía en estrechas relaciones de amistad con él.

Enfermo, y obligado a viajar tendido en una calesa, el emperador se sintió obligado a dirigirse al frente. Las tropas que con él salieron de Ulm no eran muy numerosas; había resultado imprescindible dejar guarniciones en las fortalezas ya conquistadas. Los más importante de aquel ejército al que enemigos cuantitativamente superaban eran los tercios españoles a las órdenes directas de Álvaro de Sande. El objetivo era ahora el sometimiento de Sajonia, en donde se estaban produciendo divisiones entre la gran familia de los príncipes. Pero allí estaba la primera base de apoyo para el luteranismo. Carlos V se detuvo en Eger, a fin de celebrar la Semana Santa. Aquí se le incorporaron las unidades que su hermano Fernando y los colaboradores de este habían conseguido reunir. No

se había conseguido alcanzar la superioridad numérica que garantizase la victoria.

Aquella mañana del 24 de abril

En la vanguardia de las tropas imperiales cabalgaba el duque de Alba: la misión a él encomendada era limpiar todos los caminos hasta los vados del Elba. En las afueras de Messen había concentrado sus fuerzas el elector de Sajonia. Carlos sabía muy bien que sus soldados superaban en valor y destreza a los del enemigo, aunque no tuvieran la mayoría numérica. Por eso decidió —y así lo veía también el duque de Alba— dar un golpe certero que obligase a los protestantes a entrar en batalla abierta. El 23 de abril de 1547 el emperador personalmente mostró a los suyos el vado que tiempo atrás había descubierto y por él pasaron, como los israelitas por el Jordán. La niebla, tan abundante en el mes de abril, ayudó a los imperiales.

Salía el sol el día siguiente cuando Carlos, a cuyo lado se hallaba Mauricio de Sajonia, ambos a caballo, empujaba a sus enemigos obligándoles a acantonarse en Mühlberg. Inútilmente habían tratado de rehuir la batalla. Eran las once de la mañana del 24 de abril —y así lo precisa el propio Carlos V— cuando la artillería y los arcabuceros abrieron fuego permitiendo luego a la caballería deshacer las filas protestantes. Veinticinco mil hombres habían bastado para la más brillante de las victorias. El duque de Alba condujo al elector de Sajonia, prisionero, a la presencia del emperador. Esta vez, Carlos no se mostró compasivo: allí estaba uno de los dos hombres más peligrosos para él.

Mühlberg proporcionaba un instrumento para la propaganda política que de ningún modo iba a ser desaprovechado. Tiziano pintó el conocido cuadro que hoy ocupa un lugar preeminente en el Museo

del Prado. El emperador, recubierto de pesada armadura, se yergue, brioso, sobre los lomos de su caballo negro. Es imposible adivinar que, tras esta imagen, se oculta el cuerpo de un enfermo que necesitaba hacer grandes esfuerzos para conseguir que sus compañeros de armas le viesen también así. El héroe victorioso que defendía la fe. Por su parte el propio Carlos nos ayuda en sus escritos a completar las dimensiones de esta propaganda: no era él si no Dios quien había conseguido la victoria. Un nuevo David que estaba en condiciones de alcanzar la *renovatio Imperii* apoyándola en la doctrina católica consolidada en Trento. Pero los padres conciliares no pensaban así. Recordemos que es el momento en que Trento se traslada a Bolonia donde ningún resultado va a conseguirse.

Conviene precisar este punto. Para la Curia romana una victoria trascendental, como el emperador quería decir, presentaba sus inconvenientes; la Iglesia podía verse sometida al poder temporal, si este alcanzaba las dimensiones que se pretendían. Por eso los obispos franceses acudieron a Bolonia. Pero la conducta política de su nuevo rey, Enrique II, hacía también imposible el entendimiento. De hecho, el concilio, pieza esencial, quedó en suspenso. Juan Federico de Sajonia fue juzgado por un tribunal imperial y condenado a muerte. No entraba en los planes del emperador permitir que se ejecutase la sentencia; se trataba de demostrar al prisionero que se hallaba ahora en condiciones dramáticas. Se le comunicó que le sería otorgado el perdón si retornaba a la verdadera fe acatando los decretos de Trento. Pero él se negó: en el luteranismo estaba esa verdadera fe y prefería morir antes que abandonarla.

Las noticias que llegaban de Bolonia inclinaron al emperador en favor de nuevas negociaciones que culminaron en el acuerdo de 10 de mayo de 1547. Federico perdía su condición de Elector y también todos sus dominios que pasaban a los miembros de su familia entre

los que se contaba Mauricio de Sajonia. En cuanto al aspecto religioso, se comprometía a obedecer todos los acuerdos tomados por la Dieta. Para quienes compartían los temores al engrandecimiento de la autoridad imperial, este convenio era motivo de alarma: el Reichstag parecía colocarse, en Alemania, por encima del concilio ya que los decretos de este serían ley cuando la Dieta así lo determinase. Mühlberg perdería pronto las luminarias de la victoria.

El Interim de Augsburgo

Insistamos en un punto al que ya hemos aludido. El abandono de Trento por Bolonia, aludiendo a una endemia que nunca existió, modificaba de nuevo las relaciones entre el emperador y el Vaticano que, al tener noticia del acuerdo firmado con Federico de Sajonia, lo interpretaba también como un cambio en la política de Carlos que iba a conseguir la sumisión de los príncipes alemanes mediante concesiones que favorecían al protestantismo. Paulo III volvió a buscar un acercamiento a Francia y también a los reinos y principados italianos, incluyendo Nápoles, en donde se registraban corrientes políticas que reclamaban el retorno o respeto de la independencia. Por otra parte los consejeros del emperador comprobaban que las dificultades económicas impedían una política prolongada de guerras.

La abundante documentación recogida por Fernández Álvarez nos permite afirmar que desde 1547 el emperador se hallaba aquejado de grandes dudas y preocupaciones: ¿era posible que Felipe, ahora viudo y necesitado de obtener nueva descendencia, repitiese el modelo unitario sobre los grandes dominios de la Casa de Austria? Y la respuesta era, indudablemente, no. Había que buscar otra fórmula, haciendo de la poderosa monarquía española la

cabeza de la cristiandad, pero liberándola también de los agobios excesivos que pesaban sobre su economía. Por otra parte el hecho de que Fernando pudiera usar el título de Rey de Romanos indicaba que para los Electores era ya el futuro emperador. Así lo determinaban los usos y costumbres alemanas. En todo caso había una coincidencia entre todos los que rodeaban al emperador. Había que poner fin a la guerra aprovechando precisamente la gloria que proporcionara Mühlberg.

Felipe de Hesse aceptó las recomendaciones que le hacían Mauricio de Sajonia, que desde el 4 de junio era elector, el obispo de Arras y el propio Granvela, y se rindió. Probablemente esperaba que se le concediesen las mismas ventajas que a Federico, pero esta vez Carlos V dispuso que permaneciera aunque no por tiempo indefinido bajo la custodia del duque de Alba. De este modo no se establecían diferencias entre los dos jefes de la Liga. Muy pronto se firmaron sin embargo los acuerdos que permitían recobro de la libertad. Siempre la misma condición; aceptar los acuerdos que fueran tomados por la Dieta. Se comprende la desconfianza creciente de los cardenales: el imperio y sus estructuras por encima de todo parecía ser la verdadera meta de Carlos V.

Él aceptaba, como verdadera doctrina, los decretos a que llegara el concilio en su primera etapa; pero no podía negar que las deliberaciones estaban suspendidas, y no acabadas. El papa en 1549 llegaría incluso a suspender sus sesiones sin clausurarlo. Quedaban las dudas de cuándo y cómo tratarían de reanudarse. De esta poco clara situación se desprendían divergencias muy significativas entre imperio y pontificado, que no pueden calificarse de ruptura. ¿Qué hacer durante este tiempo cuyas dimensiones era imposible adivinar? Carlos necesitaba, aprovechando la victoria de Mühlberg, llegar a una solución del problema alemán que podemos sintetizar diciendo que se trataba de conseguir que todos los príncipes volviesen a la obediencia debida. Y los ahogos económicos

recomendaban utilizar caminos que evitasen el retorno a la guerra. Mucho se había conseguido como consecuencia de la batalla, pero convenía evitar los excesos.

El 1 de diciembre de 1547 la Dieta volvió a reunirse en Augsburgo. Era significativo que se hubiese escogido esta ciudad, como si se tratara de repetir los intentos de negociación y acuerdo. Pocas veces se había logrado una asistencia tan numerosa como en esta ocasión. Además de los príncipes seculares y eclesiásticos, se hallaban presentes los procuradores de las ciudades imperiales, es decir, aquellas que estaban dotadas de soberanía. En estas últimas, el luteranismo había conseguido instalarse con cierta fuerza. Acudieron por eso protestantes: el pastor luterano Agrícola se hallaba al lado de teólogos católicos como Domingo de Soto y Maluenda. Durante varios meses trabajaron en la redacción de un documento que, al menos provisionalmente, pudiera ser aceptado por ambas partes durante ese lapso de tiempo anunciado hasta el retorno del concilio.

Por eso al documento de veintisiete artículos que fue aprobado el 12 de marzo de 1548 se le dio calificativo de Interim, es decir, válido únicamente mientras durara el tiempo de suspensión. El emperador y sus consejeros seguían pensando que al concilio correspondía la última palabra. Y en esto, no en la autoridad reconocida al papa, se había introducido la menor duda. Para quienes en España o Italia estaban defendiendo la vigencia innegable de la reforma católica, el Interim constituía piedra de escándalo. No se mencionaban temas tan decisivos como la justificación por la fe o la predestinación, que los protestantes seguían defendiendo, y se aceptaban en cambio la comunión bajo las dos especies y el fin del celibato eclesiástico como se había prometido.

Los Wittelsbach de Baviera se mostraron absolutamente contrarios al Interim. Carlos V hubo de explicar sus razones. Mediante estas concesiones se podía lograr el sometimiento de los

moderadamente protestantes que podían ser instruidos hasta que se consiguiese su conversión. Se equivocaba. Ni Federico de Sajonia ni Felipe de Hesse aceptaron el Interim; y en esto les acompañaron los demás protestantes. Los católicos, aunque en el Interim figurase el reconocimiento de la autoridad del papa y el culto a la Virgen que los luteranos rechazaran, se trataba de un signo de debilidad. Se estaban haciendo concesiones a la heterodoxia. Pese a todo Carlos V firmó el 30 de junio el documento declarándolo ley del imperio. Esperaba alcanzar de este modo la paz. Pronto se daría cuenta de lo contrario.

Capítulo XV

RAZONES PROFUNDAS PARA UNA ABDICACIÓN

El peso de una victoria

Cuando se estaba llegando a aquel año que iba a marcar la división, en dos mitades, del siglo XVI, Carlos de Gante, como sus enemigos preferían llamarle, tenía conciencia de que, por encima de todas las dificultades, aquellos treinta largos años desde que colocara sobre su frente las coronas que abarcaban tres naciones de Europa a las que había podido añadir los dos ricos reinos del Nuevo Mundo, habían sido verdaderamente fecundos. Los movimientos interiores que se habían producido contra él estaban dominados y no podía decirse que hubiera obrado con dureza en las represalias sino con clemencia. En 1549 él podía proclamarse verdadero dueño del mundo: había detenido a los otomanos, derrotado cuatro veces a Francia, obligado al monarca británico a renovar los acuerdos que proporcionaban seguridad a las rutas del golfo de Vizcaya, sustituido en América las injusticias derivadas de la simple exploración y conquista por leyes que garantizaban la convivencia en sumisión, domado a los inquietos nobles de Flandes, y mantenido con Portugal relaciones tan estrechas como si se tratara de hermanos, y no de otra cosa.

Sin embargo tras esta conciencia reforzada por el triunfo de Mühlberg comenzaban a advertirse algunos errores que también resultarían capitales. Esa Europa de las cinco naciones —definidas por lenguas y no por sólidas unidades políticas—, diseñada en Constanza y Basilea, no había conseguido la necesaria convivencia. El programa de la Restauratio Imperii era rechazado incluso por el papa precisamente porque parecía sustituir la convivencia por el sometimiento a un nuevo César, como a veces se calificaba a Carlos. Francia estaba siendo tratada como reino de segunda fila aunque sus dimensiones económicas y demográficas la colocaban por encima de las demás y por ello estaba dispuesta a apelar a todos los medios a su alcance para poder esgrimir el número uno. Y lo lograría en 1648 destruyendo las posibilidades de entendimiento.

Los desembolsos a que hemos tenido que referirnos con frecuencia, y que los investigadores actuales han conseguido aclarar, no significaban únicamente una incontrolable deuda para el Erario público. Habían provocado una pobreza de fondo, alimentada además por el hidalguismo que había sido causa de que ni agricultura ni industria pudieran desarrollarse. La propaganda política estaba elaborando ya un juicio negativo que afirmaba, entre otras cosas, que los españoles, aunque poseyesen buena literatura, no estaban preparados para el cultivo de la ciencia.

Las principales acusaciones se formulaban ya contra el Concilio de Trento, considerado, no sin razón, como una consecuencia del predominio de los españoles que de este modo colaboraban en el programa del emperador. Tendrían que pasar muchos años antes de que se admitiera que se trataba de un acontecimiento sumamente importante para la cultura euroamericana. Partiendo de la Biblia que insiste en definir al ser humano como imagen y semejanza de Dios, aquella generación de humanistas que colaboraran con el emperador dejaba a la posteridad un valioso testamento al reconocer el libre albedrío y la capacidad racional para un conocimiento que no se

limita a la experimentación, colocaban a la persona por encima de la tecnología. Esto haría que en 1812, al enfrentarse con los duros errores en que la Revolución francesa incurriera, fuera España capaz de crear el liberalismo. Solo que también en esta ocasión los radicales del fundamentalismo derribarían una de las bases mejor fundamentadas.

Comenzaba precisamente en 1547 una larga batalla de más de trescientos años para suprimir, en las sociedades primitivas a que daban conocimiento los exploradores y conquistadores, las formas diversas de esclavitud o servidumbre. Apoyándose en la doctrina católica, las Leyes Nuevas de Indias reconocían el mestizaje como valor positivo y no negativo. Esto se hacía visible también en el arte; los grandes edificios americanos tienen rasgos que acomodan los modelos europeos a la herencia allí descubierta. Esto no significa que los misioneros no tropezaran con grandes dificultades.

Se tenía casi la seguridad, entonces, de que iba a modelarse un mundo como Mercurino de Gattinara o Luis Vives imaginaran. Las cosas discurrieron por un camino distinto a partir de esta fecha. Al llegar el invierno de 1547 a 1548, Carlos sufrió una de sus recaídas en la enfermedad, tan grave en esta ocasión, que los médicos llegaron a temer que se produjera su muerte. El 18 de enero de 1548 escribió a su hijo Felipe un largo pliego de instrucciones que parecían significar una especie de prevención para la posteridad. No se trataba de un testamento sino más bien de un programa político que debiera continuarse incluso en el caso de que él llegara a faltar. La gota podía reducirle incluso a la inmovilidad y esta no impedía su pensamiento.

Ahora estamos en condiciones de penetrar en él. Mühlberg había respondido a la voluntad de Dios que disponía de este modo la victoria sobre la Liga de Smalkalda y la capitulación de los príncipes protestantes que tenían que conformarse con las pequeñas condiciones incluidas en el Interim. Una victoria compartida con su

hermano Fernando y por aquellos príncipes que a este apoyaban. Esto significaba mucho para Alemania, pero también hacía necesario garantizar el futuro. Carlos entendía que lo más importante era consolidar la dinastía, pues sobre ella se basaba la unidad. De ahí que propusiera el matrimonio de su hija la infanta María con Maximiliano, hijo y heredero de Fernando. Ni María ni Felipe aceptaron la propuesta: debía casarse con un príncipe portugués como se venía haciendo desde un siglo antes.

Desaparecidos Francisco I y Enrique VIII, enfermo seriamente el emperador, una nueva generación tenía que asumir el mando en Europa y las cosas debían prepararse convenientemente. Aquí entraban algunas de las dudas de Carlos: ¿hasta dónde debían llegar los lazos de unión? Para Carlos, el papa, Austria y los principados italianos, el peligro mayor seguía estando del lado de los otomanos que podían reunir ejércitos y flotas de gran poder. Pero tenía que reconocer que aquí se dibujaban clara y distintamente dos frentes de batalla: la defensa frente a los Balcanes correspondía a quien gobernase Viena. Pero la salvaguardia del Tirreno reclamaba la íntima colaboración entre España e Italia. La Liga con Venecia, pese a las dudas que asaltaban al dux, era necesaria. Y esto obligaba a pensar en los gastos.

Felipe viaja a Flandes

El heredero, que debía prepararse para asumir fuertes responsabilidades en un tiempo que ya no parecía muy lejano, nunca había salido de España. En enero de 1548 Carlos V parece que había llegado a tomar una decisión: los Países Bajos debían permanecer en manos de Felipe, garantizando de este modo la alianza religiosa y económica entre aquellas provincias y España, pieza esencial en el comercio. Así dispuso que el príncipe y su

hermana María viajasen a Bruselas para entrar en contacto directo con estos lejanos súbditos. Se había propuesto ejecutar allí dos actos decisivos: el reconocimiento del príncipe por los Países Bajos reunidos en forma de Estados Generales, y celebrar el matrimonio de la infanta con su primo Maximiliano.

En este proyecto se apreció muy pronto un posible defecto. ¿Quién se haría cargo de la regencia en España durante la ausencia de su futuro rey? Carlos V no disponía en estos momentos de un obispo de la categoría de Tavera y no le gustaba que un miembro de la alta nobleza se hiciese cargo del mando, ya que esto rompería el equilibrio entre los linajes a quienes se había impuesto fuertes sacrificios. Se retrasó el viaje mientras el emperador estudiaba una segunda solución. Felipe viajaría solo. María permanecería en Castilla celebrando allí su matrimonio con Maximiliano. Así los nuevos esposos podían hacerse cargo de la regencia durante el breve tiempo que se había asignado al viaje. El contrato matrimonial se firmó el 29 de abril y la boda tuvo lugar en junio.

Hemos de explicar otras versiones que se han atribuido a este víaje y que proceden de fuentes francesas; según ellas lo que Carlos pretendía era que Felipe le sucediera absolutamente, incluyendo así el título imperial comprando el voto de los electores, pero la documentación conservada no permite dudas: puesto que Fernando había sido elegido Rey de Romanos, título que oficialmente ostentaba, era evidente que a él correspondía ser el siguiente emperador. Ahora bien, en enero de 1548, cuando el monarca se hallaba gravemente enfermo, sus dos hermanos, Fernando y María de Hungría, acudieron a Augsburgo. María, regente en Flandes, estaba solicitando el relevo pues las obligaciones de aquel cargo le resultaban excesivamente gravosas. Fernando, que estaba reclamando el ducado de Milán como parte que fuera del imperio desde la época de Otón, argumentó también que los Países Bajos, lógicamente, debían incorporarse a sus dominios y no ser

gobernados desde España. Sabemos que, por parte de Carlos, la decisión estaba tomada y a eso obedecía el viaje: Felipe debía recibir la herencia de los descendientes de Carlos el Temerario y para eso era llamado a Bruselas. Una cierta tensión se produjo entonces entre los dos hermanos.

El embajador francés Marillac informó a Enrique II de esta situación aunque exagerando los tonos. Estaba a punto de producirse una ruptura entre los Habsburgo y Maximiliano reclamaba que se le diera también el título de Rey de Romanos, reconocimiento de sus derechos a la herencia. No podemos dudar de que la boda de junio era, entre otras cosas, un medio para superar las molestas divisiones. Esta boda se había celebrado por poderes. Hasta el 13 de septiembre Maximiliano no podría llegar a Valladolid para consumar la unión y al mismo tiempo hacerse cargo de la regencia. Como sucede siempre en estos casos, el embajador exageraba. Trataba en realidad de hacer comprender a su señor que se le estaba presentando una gran oportunidad. Una pelea entre hermanos con el emperador enfermo podía permitir a Francia tomar la iniciativa.

El itinerario que se había enviado a Valladolid estaba cuidadosamente estudiado. El príncipe debía hacerse presente en los puntos cardinales. Embarcaría en Barcelona hacia Génova, haciendo etapas en Milán y Trento antes de cruzar los Alpes y llegar a Innsbruck. Desde allí a Múnich y Augsburgo y finalmente a Bruselas donde se reunirían los Estados Generales. Los problemas impusieron un retraso, de modo que era ya pleno invierno cuando la flota hizo sin obstáculos el trayecto inicial. En Génova los Doria prestaron juramento de fidelidad; ellos estarían siempre a su servicio. En Mantua fue recibido bajo palio. No se le daba tratamiento de alteza como correspondía a los monarcas españoles, sino de majestad como los emperadores. Los reyes de Francia lo usaban también desde hacía cierto tiempo. Llegó el duque de Ferrara, que le suplicó influyera en su padre el emperador, para que no volviera a

producirse una guerra con Francia tan perjudicial para los europeos. Los embajadores venecianos le rindieron público homenaje y le acompañaron a Trento donde comprobó que seguía siendo lugar adecuado para el concilio.

En Trento le esperaba Mauricio de Sajonia. Venía a suplicar al príncipe que influyese en su padre para que se pusiera en libertad a Felipe de Hesse, en cuya capitulación había intervenido. Felipe respondió con muy acertadas palabras: había que confiar en el emperador porque siempre se inclinaba en favor de la justicia. Había, tras esta demanda, un programa político. Los miembros de la Casa de Sajonia, tan favorecidos por Mühlberg, buscaban una reconciliación entre los príncipes alemanes de diversos partidos para evitar que la victoria del emperador consolidase su dominio sobre todo el territorio alemán. Mauricio simpatizaba con los protestantes en cuanto doctrina.

Luego Felipe llegó a Innsbruck en donde se reunió con sus primas, las hijas de Fernando. En Múnich fue calurosamente acogido por el duque de Baviera, que conocía bien que allí estaba uno de los pilares de defensa de la catolicidad. Lo mismo sucedió en los dominios del Palatinado. Al final se demostraba con su presencia algo que ya era conocido: las relaciones entre padre e hijo eran absolutamente cordiales; no había, entre ellos, ni un átomo que pudiera emplearse para una separación.

La función del imperio: una cuestión debatida

El 1 de abril de 1549 Felipe hizo su entrada en Bruselas. Carlos V no había podido salir a recibirle; una vez más la gota le postraba en la cama. Pero inmediatamente se reunieron. Durante un año padre e hijo permanecieron juntos examinando sobre todo un problema: la forma que debía darse a la cristiandad para poder conservar o

restaurar la unidad de fe sobre la que se había asentado. Ellos eran los primeros convencidos de que la victoria de 1547 no había significado la meta final. La clausura provisional del concilio estaba siendo interpretada en ciertos sectores protestantes como un éxito. Los príncipes volvían a unir sus fuerzas en partidos a veces enfrentados, y Sajonia cubría las esperanzas de los heterodoxos. El Interim de Augsburgo solo podía interpretarse como fórmula intermedia; mediante concesiones, el emperador estaba tratando de ganarse la buena voluntad del luteranismo.

No podía dudarse de que Fernando sería el futuro emperador. Pero en ciertos medios y, dado que el imperio es electivo y no hereditario, se estaba manejando la posibilidad de que los electores pudieran otorgar ese título y la autoridad a él inherente a otro monarca egregio y no alemán. Esto había movido a Francisco I a presentar su candidatura. Así surgió una idea que no llegaría a cuajar: a Fernando, sin duda emperador, podía suceder Felipe II, reconociendo este a Maximiliano como su continuador. Maximiliano se hallaba en estos momentos en Castilla como regente. Su padre reclamó su retorno para aclarar las cosas. Hasta diciembre de 1549, Carlos, instalado en Bruselas, y Fernando en Praga, progresaron en el distanciamiento. Los príncipes alemanes que iban retornando o afirmando su luteranismo confiaban en el Rey de Romanos; estaban convencidos de que se hallaba mejor dispuesto a la hora de hacer concesiones.

El 31 de mayo de 1550, Carlos y Felipe salieron de Bruselas hacia Augsburgo en donde nuevamente la Dieta iba a deliberar sobre aquellos temas que afectaban sobre todo a Alemania en su unidad. La documentación no permite dudar de que Felipe II aspiraba a situarse en la cabeza de la dinastía sin dejar de reconocer los derechos de su tío y de su primo. María de Hungría logró una especie de entendimiento entre ambos hermanos; para mantener la solidaridad parecía importante lograr que Felipe casara con una de

sus primas. A él esta solución no le gustaba; prefería que su segundo matrimonio fuese también con una infanta de Portugal. Pero el emperador parecía dispuesto a establecer esa nueva línea de descendencia en cuatro escalones: tras él, Fernando, luego Felipe y después Maximiliano. A los consejeros españoles esto parecía una mala solución, pues significaba de nuevo ausencias periódicas de su rey ahora que América estaba creciendo en su significación.

Carlos temía, y así lo explicaría a su hijo dos años mas tarde, que este orden dinástico fuese derribado por los electores a los que correspondía el derecho de decidir quién debía ser emperador. Los alemanes no querían ser gobernados desde Valladolid. Por su parte, los consejeros españoles que acompañaran al príncipe en su viaje insistían en la necesidad de retornar a España porque la presencia de Felipe resultaba insustituible. Maximiliano no había ejercido verdaderamente la regencia. Por debajo de estas discusiones políticas descubrimos sin embargo un dato que debe ser tenido en consideración. Aquel viaje y el contacto con la amarga realidad le impulsaban a insistir en su conciencia: con España, Italia y América estaba llamado a defender la catolicidad a toda costa.

Aun repitiendo datos que en otros lugares hemos de señalar, tenemos que dirigirnos a Augsburgo en marzo de 1551. Faltaba poco más de un mes para que Trento reanudara sus funciones a las que había sido convocado a finales del año anterior. Se trataba, en aquella Dieta, de estudiar una reorganización del imperio, dentro de las normas doctrinales de la primera etapa de Trento. Aquí estaba la clave de un futuro que se esperaba acogiesen también los protestantes que debían ser tratados con moderación. Prácticamente nada se hizo salvo confirmar las disposiciones de Dietas anteriores. Al acabar la reunión, los miembros de la dinastía se separaron acudiendo a aquellos lugares en donde debían tomar las decisiones de gobierno. María de Hungría retornó a Bruselas para intentar un refuerzo de la administración que pasaba a manos de Felipe. Este

regresó a España reinstalándose en Valladolid y poniendo en marcha las instrucciones que de su padre recibiera, en especial referidas a América en donde se hacía muy necesario restablecer el orden alterado en Perú. Carlos se instaló en Innsbruck atento a los problemas alemanes que se iban tornando más y más difíciles. Fernando, acompañado de Maximiliano, retornó a Viena. Maximiliano hizo un viaje a España para recoger a su esposa y llevarla consigo también a Viena. Durante algo más de un año se tuvo la noción de que la solidez de la monarquía de los Austrias podía mantenerse por medio de una familia unida.

Un nuevo papa, Julio III

La muerte del papa Paulo III (10 de noviembre de 1549) había tenido lugar en un momento sumamente difícil por la diversidad de opinión en la propia Curia: los que reclamaban la reanudación del concilio se encontraban con muchas voces que se pronunciaban en contra. Por eso la vacante fue en esta ocasión prolongada: los imperiales y los franceses se mostraban incapaces de lograr un acuerdo entre estos dos partidos. Los dos primeros candidatos, el inglés Pole, y el cardenal Álvarez de Toledo, hermano del virrey de Nápoles, no lograron apoyo. Al final triunfó el criterio de volver a un papa romano, formado dentro de la Curia y lejos de ambos partidos. Fue Juan María Ciocci dell Monte, que pertenecía a una famosa familia de juristas. En condición de tal había trabajado intensamente hasta merecer el capelo que recibió de manos de Paulo III en 1536.

Entonces se le había asignado una tarea específica de legado pontificio y como tal presidió el concilio, primero en Trento y después en Bolonia. No cabía la menor duda: estaba dispuesto a defender la primacía del pontificado. Por eso al ser elegido el 8 de febrero de 1550 anunció, significativamente, que iba a tomar el

nombre de Julio III. No podía negarse que esta elección significaba un retorno al concilio y también a la voluntad de hacer de Roma la cabeza de la cristiandad, como tantos de sus predecesores intentaran, sin ceder pasos al poder imperial. Un pontificado breve, de tres años, pero decisivo. Juzgaba imprescindible volver a Trento; solo el concilio podía consolidar la doctrina de la fe y restaurar el orden jerárquico. Su vida de piedad venía a demostrar que algunas cosas habían cambiado decisivamente en los últimos años. La batalla con el luteranismo no debía juzgarse únicamente desde un punto de vista negativo; había ayudado a corregir muchos de los defectos que desde él se señalaban. Cuando comunicó a Enrique II y a Carlos V su elección, insistió en este punto de vista. Ambos monarcas debían apoyarle en esta tarea que también para ellos resultaría beneficiosa. Carlos recibió esta invitación como una noticia muy favorable; él necesitaba más que nadie que el concilio volviera a abrir sus puertas.

Repitiendo el gesto de sus inmediatos antecesores, Julio III estableció una comisión de reforma compuesta por seis cardenales. El principal de sus miembros era Pasarella, que fuera secretario en el concilio; no había por tanto dudas acerca de las intenciones. Un hecho era también evidente. El protestantismo se estaba fortaleciendo en su doctrina como una consecuencia de que ahora se enfrentaba con los avances en calidad de la reforma católica; no bastaba con denunciar defectos sino que tenía que presentar un modelo diferente de fe, no inferior. Los argumentos que empleara ante las Dietas de Augsburgo ya no eran útiles. La Iglesia latina se sentía cada vez más segura de sí misma; estaban creciendo en ella los centros sapienciales y se renovaban fuertemente las congregaciones religiosas. Pocos aún, los jesuitas habían desempeñado un papel capital en Trento.

Sin embargo, mientras que Carlos V se convertía en ardiente defensor del concilio, Enrique II, esposo de Catalina de Médicis,

había reforzado abiertamente la negativa francesa a participar en él. Desde los años en que permaneciera como rehén en Madrid, el odio a España había crecido en él. Y ahora Trento no pretendía otra cosa que hacer firme, y romana, la reforma que tenía sus bases en España y se disponía a dar un nuevo paso hacia delante. Teresa de Jesús había pronunciado sus votos en la Encarnación de Ávila y se preparaba para un gran cambio.

Segunda etapa

El 14 de noviembre de 1550, Julio III publicó la bula *Cum ad tollenda*, en que dando explicaciones justificadoras de la suspensión convocaba la undécima sesión del concilio para el 1 de mayo de 1551. Esta sesión, escasamente concurrida, debía servir para dejar bien claro que las razones de salubridad eran las que impusieran el retraso; pero ahora se aseguraba la continuidad. A primeros de julio, un embajador francés compareció ante el consistorio de cardenales y, en nombre de su rey, declaró que el concilio era ilegítimo pues se trataba de obedecer al emperador y que si las cosas seguían así podría producirse la necesidad de convocar otro en Francia. Parecía una repetición de los argumentos que se emplearan en el conciliábulo de Pisa en tiempos de Julio II. Carlos, cardenal de Lorena, trató de convencer a su señor de que no incurriera en semejante error. No era necesario tal consejo. Enrique II estaba negociando estrechas alianzas con los protestantes y ni siquiera el nombre de concilio le convenía. Para los franceses, Trento seguía siendo el concilio del emperador; sus decretos no iban a ser admitidos.

Las sesiones duodécima (septiembre) y decimotercera (octubre de 1551) estuvieron prácticamente dominadas por los grandes teólogos españoles Laínez y Salmerón, que se presentaban a sí

mismos como procuradores de la Santa Sede. En los textos que tenían preparados, abordaban los asuntos relacionados con la eucaristía y con la vida eclesiástica. Los obispos alemanes insistieron en que se introdujesen modificaciones a fin de atraerse a la obediencia a los moderados, pero estas concesiones no dieron resultado. La Iglesia afirmaba la presencia real en la eucaristía, cuyas formas consagradas debían permanecer en el templo dentro de sagrarios perfectamente custodiados, aunque podían ser también llevados a enfermos e impedidos. No permitía tampoco la menor duda en otro aspecto: únicamente aquellos que habían limpiado el alma mediante el sacramento de la penitencia podían recibir la comunión, alimento divino que el propio Jesús instituyera en su Sagrada y última Cena. Se llegaba de este modo a esa trascendencia que ni luteranos ni calvinistas estaban dispuestos a aceptar. No era posible llegar a un acuerdo.

En relación con la reforma del clero se insistía una vez más en la autoridad que se reconoce en el obispo en cuanto que es uno de los sucesores de los apóstoles. De ahí la imprescindible necesidad de que permaneciesen dentro de la comunidad para cuyo gobierno habían sido designados. Los padres conciliares se inclinaban en favor del rigor cuando se trataba de castigar delitos cometidos por clérigos. Y sin embargo se intentaba rebajar el poder de los jueces inquisidores aumentando las posibilidades de apelación en favor de los acusados. El hereje que confesara su pecado solo podía ser castigado con una penitencia, que a veces juzgamos demasiado dura. Las penas de muerte impuestas por la Inquisición resultan escasas cuando se las compara con las que dictaban los tribunales ordinarios. Esto no significa que, en el fondo, se estaba incurriendo en un serio error: la misión de la Iglesia está en el perdón reconciliatorio y no en el castigo.

Comparecen los protestantes

Cumpliendo las promesas que varias veces se hicieran, el 11 de octubre se hicieron públicos los salvoconductos que el emperador otorgaba a todos los protestantes que se decidiesen a participar en la nueva sesión que se había fijado en Trento para el 25 de noviembre. Al mismo tiempo se comunicaba a Enrique II que el concilio era ecuménico y sus decretos afectaban a toda la Iglesia colocándose por encima de cualquier sínodo nacional. Quedaba entendido que dichos decretos solo adquirían vigencia cuando en ellos se introdujese la firma del papa, última y definitiva palabra. La sesión estaba bien preparada desde el punto de vista católico: el 15 de octubre el legado pontificio, Crescencio, había presentado un amplio documento en que figuraba la lista de errores a los que los protestantes tendrían que responder, ya que se encontraban en sus textos.

Deliberadamente los teólogos protestantes —los príncipes a ellos adeptos estaban preparando un alzamiento capaz de borrar las huellas de Mühlberg— retrasaron su viaje explicando que también ellos necesitaban elaborar un amplio documento doctrinal. De modo que la sesión decimocuarta del 25 de noviembre fue exclusivamente católica, aunque muy numerosa, pues llegaron a reunirse ciento diez participantes. Estamos en 1551. Se aprobó un decreto de gran importancia sobre el sacramento de la penitencia que los protestantes no iban a admitir. En él se afirmaba que todos los pecados sin excepción, aunque algunos especialmente graves debían recurrir a determinados lugares señalados por el papa, pueden alcanzar su perdón cuando se cumplen las tres condiciones de arrepentimiento, confesión y verdadera y fructuosa penitencia. Hasta el último instante de su vida la voluntad humana guiada por el libre albedrío puede alcanzar la salvación. Estamos ante uno de los ejes de obras teatrales como el *Condenado por desconfiado*, el *Burlador*

de Sevilla e incluso siglos más tarde *Don Juan Tenorio*. Todos los sacerdotes podían escuchar la confesión oral y pronunciar la absolución que procede de Dios aunque se vale de estos instrumentos.

Una herencia que Carlos V dejará a las generaciones siguientes pero que en España no constituía una novedad. Los dos primeros protestantes que hicieron acto de presencia llegaron el 22 de octubre; se trataba de profesores de Wittenberg. Otros acudieron entre noviembre y enero. Coincidiendo con el golpe que iba a asestar Mauricio de Sajonia, los protestantes dejaron bien claro que no iban a modificar su doctrina; trataban de exponerla para deshacer los argumentos de sus rivales. Exigían un retorno al conciliarismo en forma más rigurosa que la expuesta en Basilea: todas las propuestas doctrinales debían ser sometidas a debate, eximiéndose a los miembros conciliares de la obediencia al papa y, finalmente, ordenar a Julio III a que compareciera ante el concilio para responder de sus actos.

Aunque los procuradores imperiales y el propio legado Crescendo recomendaron ganar tiempo haciendo que más protestantes acudiesen, el papa comprendió que se habían cruzado los límites de una verdadera ruptura. Así lo explicó al emperador y a los padres conciliares: los protestantes no habían acudido para lograr una fórmula de paz sino para destruir a la Iglesia católica. Habían vuelto a la guerra. En estas circunstancias no quedaba otro remedio que establecer una nueva suspensión, la cual se ejecutó el 28 de mayo de 1532 cuando ya muchos de los padres conciliares habían abandonado sus asientos porque temían por sus vidas. Lanzas y espadas recorrían los caminos. Pasarían diez años antes de que Trento reanudara sus sesiones. Pero esto queda ya fuera de las dimensiones de nuestro ensayo.

Guerra

Para la mayor parte de los príncipes alemanes, especialmente aquellos que aceptaban la tesis luterana del *cuius regio*, el plan de sucesión dinástica que los Habsburgo habían establecido en la reunión celebrada en Augsburgo era una clara amenaza a su soberanía y una afirmación de la continuidad hereditaria, ¿qué ocurriría si por una posible aceleración de las circunstancias, Felipe II llegaba a titularse emperador? Él no sabía alemán y en Valladolid tenía su residencia preferida. Cuando los procuradores de Carlos y Fernando fueron a comunicar el plan a los Electores se encontraron con respuestas muy ásperas. Por otra parte los protestantes no consideraban Mühlberg como término final; estaba en condiciones de rearmarse defendiendo la germanidad. Ahora Enrique II de Francia estaba renovando sus contactos. Como las negociaciones eran orales, no estamos en condiciones de saber hasta dónde llegaban las ofertas de ayuda, pero por sus resultados no cabe duda de que eran considerables.

El 26 de febrero de 1550, Juan Alberto de Mecklemburgo, Alberto de Prusia y el marqués Hans de Kustrin habían celebrado una importante reunión en Konigsberg. Ahora Prusia tomaba la iniciativa: todos se mostraron de acuerdo en que era preciso defender la germanidad, es decir, la soberanía de cada territorio imperial, aunque unidos todos en una nación, como se estableciera en tiempos de Federico II. Había que constituir una Liga a la que también se sumaron Guillermo de Hesse, hijo del landsgrave, Alberto de Brandemburgo y, sorprendentemente, Mauricio de Sajonia, que debía a Carlos V haberse hecho cargo de los dominios que ostentaba. Una amplia zona oriental en donde echaría raíces el prusianismo heredero de la Orden Teutónica se convertía ahora en fuerte bastión del protestantismo, cuya legitimidad abiertamente se reclamaba. La propaganda insistía también en estos dos puntos: el

daño que causaban los tercios españoles y la traición cometida por Carlos V al separar a los Países Bajos de Alemania, a la que pertenecían.

La posibilidad de alcanzar una victoria dependía, según los príncipes alemanes, del grado hasta donde llegara a comprometerse Francia. En esto no se equivocaban. Enrique II estaba definiendo con claridad su política: los intereses de su monarquía se hallaban, sin duda alguna, por encima de los de la religión. Y muchos miembros de la jerarquía católica coincidían con él. Fue el obispo de Bayona quien viajó hasta Sajonia para negociar un acuerdo con la Liga en Lochau, el cual sería confirmado por el rey en Chambord, el 15 de enero de 1552. Se comprometía a proporcionar fuertes ayudas económicas y a declarar nuevamente la guerra a Carlos V. Por su parte los alemanes se comprometían a devolver a Francia esas tres ciudades, Metz, Touk y Verdún, que durante largo tiempo serían fuente de conflictos.

Mauricio de Sajonia, como ya hemos explicado, había sido una de las figuras clave de Mühlberg y como se le había encomendado por el emperador la sumisión de Magdeburgo, conservaba a sus órdenes un fuerte ejército. Había logrado la entrega de la parte principal del patrimonio de su familia, incluyendo la calidad de Elector, es decir, uno de los cuatro laicos que se integraban en aquel colegio. Aspiraba, sin embargo, a mucho más: que se legitimara el protestantismo en sus amplios dominios, ya que había arraigado sólidamente, y que se destruyera el sistema dinástico pactado en Augsburgo devolviendo a la alta nobleza, de la que se sentía representante, su primacía.

Conocemos sus planes a través de la documentación francesa ya que había enviado a París a una persona de su absoluta confianza, Reifelberg, con la misión precisa de explicarlos, buscando de este modo la legitimación de una conducta que podía ser calificada de traición. Lo que a Francia y también a los príncipes alemanes

convenía era una separación completa entre los dos hermanos. Carlos era rey de España, lo que le daba gran poder, pero Fernando significaba la independencia de Alemania. Del alejamiento de España dependía a fin de cuentas la consolidación de la germanidad. Esto le parecía posible porque el Rey de Romanos se había disgustado con la reunión de Augsburgo y había cedido a su hijo Maximiliano la corona de Bohemia a fin de que pudiera ya titularse rey. Insistía en dos puntos: que el emperador fuese exclusivamente alemán y que se retirara al papa su poder, ya que los asuntos religiosos entraban dentro de la competencia de la soberanía. No se hablaba de libertad religiosa, sino de que cada rey o príncipe pudiera dictar las normas que convinieran para defender la fe a la que se acomodaban sus súbditos.

Maximiliano estaba en gran medida de acuerdo con estos planes que parecían garantizarle la sucesión directa de su padre. En 1551 habían vuelto a producirse conflictos que permitían el rearme. Tropas sicilianas se apoderaron de Mahdia, fortaleciendo así la cabeza de puente que significaba Túnez. Pero los otomanos habían respondido apoderándose de Trípoli, que desde la época de Fernando el Católico contaba con una guarnición española. La guerra contra el islam justificaba que se produjeran nuevos reclutamientos. Y con ello también que tuvieran que asumirse gastos. En estas circunstancias y en el mes de noviembre del mencionado año, Mauricio lograba la pacificación de Magdeburgo. Obraba en nombre del emperador pero había negociado secretamente con los dirigentes de esta ciudad garantizándoles que defendería sus intereses. Magdeburgo se convirtió así en el cuartel general del Elector.

Febrero de 1552

Hemos llegado, pues, a la fecha que cambia los destinos de Carlos V y, con él también, los de España y Europa, envueltas en una nueva guerra religiosa de dimensiones bastante mayores. Mauricio, que tenía previsto encontrarse con el emperador para darle cuenta de sus acciones, cambió bruscamente de rumbo y se dirigió con sus soldados a Hesse para reunirse con los enviados del rey de Francia. Les prometió que en marzo se alzaría en armas contra el emperador; en este momento Enrique II se proponía invadir Lorena. Carlos V se vería desde el primer momento desbordado y obligado a apoyarse en los tercios españoles que eran generalmente odiados en Alemania. Muchos otros príncipes se sumaron a la rebelión que se presentaba desde dos ángulos: el religioso favorable al protestantismo y el político que era defensa de la germanidad. Para el emperador fue un verdadero golpe de sorpresa; nunca hubiera creído que Mauricio a quien tanto diera, le respondiera con esta traición.

Felipe estaba ya en España cuando recibió la inesperada noticia: no disponía de tropas ni de dinero suficiente para pagarlas. Se dirigió rápidamente a Valladolid donde había convocado al Consejo de Estado para examinar la situación. Una guerra con Francia, utilizando además el frente de Lorena, afectaba a los intereses de su Corona. Era imprescindible hacer el esfuerzo necesario. Desde Innsbruck, en donde había fijado su residencia, el emperador envió a Juan Manrique de Lara, clavero de Alcántara y también su mayordomo, con instrucciones precisas que aparecen fechadas a finales del mencionado mes de marzo. El monarca ignoraba todavía que Enrique II se había hecho dueño de Metz, Toul y Verdún, ganando precio entre los suyos y que el Rey de Romanos impulsado por su hijo Maximiliano buscaba alguna clase de acuerdo que permitiese eludir una guerra de perspectivas tan negativas.

Ya hemos explicado la significación que Innsbruck tenía para los miembros de la Casa de Austria. Ramalazos de mala salud habían

influido también en el emperador para que se refugiase en aquella ciudad. Semanas de incertidumbre angustiosa. Los caminos de retorno hacia Gante o Bruselas estaban ahora cerrados. La guarnición era insuficiente, por lo que se vio obligado a pedir a su hermano una ayuda. Temía que el rey de Francia aprovechase esta gran ocasión para hacerle prisionero, en una ciudad incapaz de resistir a las copiosas fuerzas enemigas invirtiendo los términos que, después de Pavía, él había tenido que padecer como rehén en manos enemigas. Quedaba bien claro que la única esperanza se hallaba en los reinos españoles. A Manrique de Lara se le había instruido para que se dirigiera secretamente a Génova, en donde Doria le tenía preparado un barco para traerle a la Península. Los datos documentales no dan lugar a dudas; la confianza un poco artificiosa de años anteriores había cedido el paso al pesimismo.

Oficialmente las relaciones entre los dos hermanos seguían siendo correctas. Pero tenía que descubrirse la divergencia de fondo. Carlos seguía confiando en la fuerza. Fernando quería llegar a un acuerdo con el enemigo que le seguía reconociendo como futuro emperador. Las tropas de la Liga se habían apoderado de Augsburgo, lo que en cierto modo ponía en sus manos todos los acuerdos de las Dietas allí celebradas y marchaban ahora hacia el Tirol sabiendo que el enemigo no tenía fuerzas suficientes para detenerlas. No había otro remedio que acudir a España. Y este de forma desbordante respondió. Muchos miembros de la nobleza vendieron sus posesiones para acudir en auxilio del emperador. El duque de Alba, aunque había presentado un informe de los daños que estaba sufriendo, emprendió la marcha llevando consigo 5.000 hombres.

Incluso aquellos príncipes que se habían mostrado partidarios decididos de Carlos, ahora tendían a buscar acuerdos con los rebeldes. Ni el Interim de Augsburgo, sin buscar sustitutos, ni la solución dinástica, ni el concilio, significaban nada. Aquí Francia y los

príncipes alemanes podían operar de acuerdo. En cambio los gobernantes castellanos no dudaron: estaba en juego la verdadera fe. Los sacrificios que se hicieron para proporcionar al emperador un nuevo ejército consumaron la ruina económica. Aumentaban los precios del mercado al mismo tiempo que se agravaba la depresión. Ni siquiera los recursos americanos servían para aminorar los daños.

Cambios radicales de actitud

El príncipe Felipe, bien apoyado por sus consejeros españoles, no dio ninguna señal de duda; cursó órdenes para reclutar más tercios, buscó el modo de reunir dinero y comunicó a su padre que pronto estaría con él. Pero Carlos le aconsejó que no lo hiciera pues podía interpretarse como intento de asumir él los poderes de un futuro emperador. Precisamente el único modo de llegar a un entendimiento que evitase males mayores era afirmar que Fernando y Maximiliano contaban con su apoyo. Separar ambos mundos, el poderoso de la monarquía hispana y el conflictivo germánico, era lo más sensato en aquellos momentos. En Innsbruck se tenían noticias correctas acerca de los contactos que se habían establecido entre el Rey de Romanos y el Elector. Para aclarar el tema el 3 de marzo de 1552 el emperador envió al señor de Balançón con dos misiones: la pública consistía en recomendar a su hermano que buscara unidad entre los príncipes alemanes, ya que se presentaba de nuevo el peligro turco; la reservada consistía en averiguar hasta dónde llegaban los compromisos con el Elector de Sajonia.

De hecho, el enviado supo que el Rey de Romanos había enviado a su canciller Von Plauen a entrevistarse con Mauricio y que el 16 de marzo habían convenido en celebrar una conversación negociadora en Linz. Para Carlos V, cuya salud se deterioraba, eran tiempos difíciles. El 6 de abril, un correo que galopaba sin detenerse llegó a

Innsbruck con la noticia de que Augsburgo se había perdido y los tercios españoles habían sido tratados con especial dureza. No había otra salida que negociar y por eso Carlos decidió enviar a representantes suyos a Linz para tomar parte en la reunión que estaba prevista para el 18 de abril. Estuvieron presentes también junto a Fernando y sus dos hijos el duque de Baviera y el obispo de Passau. Los representantes del emperador eran Balançón y Von Schvendl. Carlos se mostraba de acuerdo en dar inmediata libertad a Felipe de Hesse y restablecer los decretos de tolerancia acordados por la Dieta, pero no quería pasar de ahí. La lealtad a la fe católica no ofrecía en él la menor duda. Los príncipes alemanes debían volver a su obediencia y romper su alianza con Enrique II que, avanzando ya desde Lorena, ponía en peligro los Países Bajos. Hubiera deseado retornar a Bruselas pero en aquellos momentos no era posible.

Estaban llegando horas terribles en la vida de Carlos V. Su hermano había ido personalmente a Innsbruck para darle cuenta de lo que se hablara en Linz y le propuso que consintiera en una prórroga del armisticio hasta el 26 de mayo. Durante el viaje, Fernando pasó órdenes a los que gobernaban Tirol en su nombre que conservasen la neutralidad facilitando así nuevas negociaciones. Esto era precisamente lo que Mauricio estaba buscando. El 18 de mayo, dejando al príncipe de Brandemburgo que cubriera sus espaldas hacia Núremberg, los poderosos landsquenetes recibieron la orden de marcha. Tomaron Fossen y al día siguiente ya habían cruzado el paso de Ehrenberg, dispersando a los cinco mil hombres que lo defendían. Innsbruck, dominada por el pánico, iba a sucumbir. Carlos V emprendió la fuga logrando alcanzar el paso del Brennero y trató de reorganizar sus fuerzas en Carintia. El día 23 Mauricio entraba en Innsbruck. El emperador estaba vencido.

Las perspectivas habían cambiado de un modo radical. El protestantismo había demostrado que no podía ser derrotado y del

programa imperial de Carlos de Gante solo quedaban pequeños despojos. Maximiliano, que quería asegurarse de algún modo sus derechos a ser un día emperador, decidió que solo podría lograrlo si llegaba a un entendimiento con los príncipes. Innsbruck se había convertido en el escenario clave de un tiempo. Solo Felipe II, que ya actuaba como verdadero rey de España, pues su padre no estaba en condiciones de regresar, se mantuvo firme. La traición de Mauricio y la guerra con Francia fortalecieron los apoyos con que en España y en Italia contaba ya. De hecho, él, con el Consejo de Estado, aunque obedientes a las órdenes que seguía haciendo llegar Carlos, estaban convencidos de una realidad: la suerte de la Iglesia católica dependía ahora de lo que pudieran hacer los españoles.

Se endurece la contienda

Aquel verano de 1552, aunque no hubiesen cesado las dolencias que impedían a veces a Carlos sentarse en su silla, el ánimo del emperador, que compartía las ideas de su hijo, pareció recobrarse. Había que poner en pie un gran ejército y, sobre todo, combatir a los franceses, que eran los verdaderos culpables: sin Enrique, Mauricio no habría logrado tales ganancias. Pero esto significaba reclutar más de 50.000 soldados y no había dinero. De los banqueros alemanes solo los Fugger continuaban al lado del emperador. La artillería era cada vez más importante, pero los avances técnicos hacían subir el precio de los cañones. Hacia Castilla tenía que volverse la atención. De allí vinieron medio millón de ducados y los refuerzos que lograra reunir el duque de Alba, figura clave. No es extraño que una muy dura leyenda negra se trazara en torno a este personaje.

Había concluido ya el verano cuando Carlos V dio en Villach la orden de partida. Atravesando Baviera y haciendo etapas en Ulm y Estrasburgo que se mantenían en fidelidad se alcanzaron las afueras

de Metz. La reconquista de esta ciudad defendida por el duque de Guisa era el objetivo de esta campaña. Y la operación se encomendó naturalmente al duque de Alba. La enfermedad retrasó una vez más la marcha, de modo que los franceses tuvieron la oportunidad de resistir. El 1 de enero de 1553, con fríos y nieve, el emperador dio la orden de retirada hacia Bruselas. Explicó claramente a Felipe que todo había concluido en un fracaso. La enfermedad, los hielos y la nieve que bloqueaban los caminos hicieron que el viaje desde Metz a Bruselas durara más de un mes. Las dolencias que iban consumiendo al emperador se incrementaban con las noticias que llegaban desde Viena. Maximiliano, sobrino y yerno a un tiempo, estaba convencido de que la guerra estaba perdida y, por consiguiente, no quedaba otro remedio que pactar con Mauricio. Todo dentro de unas buenas relaciones con quien era todavía emperador. Por su parte, en Bruselas los consejeros de Carlos le insistieron: era necesario concentrar las tropas disponibles en los Países Bajos porque Francia quería apoderarse de ellos.

Tiempo de grandes dudas. El león se sentía ahora acorralado. Fernando y Maximiliano insistían en demostrarle su lealtad, pero era llegado un tiempo en que había que modificar los planes; los grandes políticos saben acomodarse a las circunstancias. Y estas se habían tornado tan difíciles que no quedaba otro remedio que capitular. Carlos no podía dejar de reconocer que no les faltaba razón. Hasta el concilio se había disuelto sin que se percibieran perspectivas de una reapertura. El Consejo español insistía en otro punto: la Iglesia estaba siendo seriamente amenazada, porque Francia la había traicionado al aliarse con los enemigos de la fe. Hacían falta mayores sumas de dinero y no se veía de dónde podrían sacarse.

Estamos en los primeros meses de 1553; aquellos que podríamos calificar de hundimiento del proyecto imperial. El protestantismo se consolidaba extendiéndose a otros países y la doctrina de Trento

solo parecía ser válida en Italia y la Península; las principales esperanzas del catolicismo tomaban ahora rumbo a América. En el mes de julio llegaron dos noticias que parecían cambiar radicalmente las cosas. Mauricio de Sajonia perdió la vida en una batalla que ganaron sus partidarios; la Liga no tenía una persona de sus mismas condiciones para defenderla. Y en Inglaterra falleció también Eduardo VI. A falta de herederos varones, la nobleza británica volvió a reconocer el primer matrimonio de Enrique VIII y por consiguiente proclamó reina a María, la hija de Catalina.

La monarquía británica compartía de este modo la norma imperante en Castilla: las mujeres pueden reinar. María era católica y retornaba el reconocimiento de esta fe sin modificar las decisiones que su padre tomara. Enrique VIII había sido contrario a las tres ramas del protestantismo. Carlos vio entonces una oportunidad y envió a Londres un embajador, Simón Renard, con la propuesta de que María casase con Felipe, a la sazón viudo. El acuerdo puntualizaba que si de este matrimonio nacía un hijo, varón o hembra, no sería considerado como heredero en España donde los derechos recaían en Carlos, pero sí recibiría la corona de Inglaterra y de los Países Bajos. Una compensación que podía compensar las dudas de los ingleses. También el Rey de Romanos había enviado a Londres a su embajador con una propuesta alternativa, su segundo hijo, llamado como él Fernando. El 29 de octubre María comunicó a Renard que había tomado una decisión: casaría con Felipe. El matrimonio duraría poco y no llegaría a tener descendencia; diferencia de edad y frío en las relaciones eran causa más que suficiente.

La decisión final

Las cosas no cambiaron mucho en este invierno de 1553 a 1554 en el que prácticamente se cierra el reinado. La enfermedad disipaba las dudas del emperador; tenía que abdicar porque carecía de las condiciones necesarias. Los franceses, a las órdenes del duque de Vendôme, invadieron Flandes, como se temía, y al adueñarse de Hesdin causaron en esta ciudad terribles daños. Vino un consuelo. El emperador iba a contar con un militar de grandes dotes; Manuel Filiberto, duque de Saboya. Con gran dureza los imperiales pudieron recobrar Hesdin y Thérouanne, obligando a los franceses a abandonar las tierras de Flandes. Se iba acentuando la crueldad en ambos bandos pero en 1554, llegado el verano, los Habsburgo tuvieron conciencia de que no iban a ser derrotados. La paridad de fuerzas imponía una especie de equilibrio.

El 9 de junio de 1554, a modo de despedida, Carlos V y sus consejeros redactaron el largo documento de instrucciones que se conserva en Simancas y que Carlos Seco y Fernández Álvarez coinciden en considerar testamento político, quinto y último, mediante el cual transmitía el poder a Felipe sobre los amplios dominios de la monarquía española. Hay, en su tono religioso, una clara semejanza con el de Isabel la Católica con el que parece compartir el carácter de ley fundamental. Para decirlo de otro modo: no se trataba de hacer un reparto del vasto patrimonio acumulado sino de una especie de reflexión sobre lo que significara su reinado estableciendo también las normas a que su sucesor debía acomodarse. Naturalmente su conciencia le obligaba a reconocer su responsabilidad. Convencido de que el momento de rendir cuentas a Dios no se hallaba lejos, repetía aquello mismo que los humanistas españoles venían afirmando: todos los hombres son iguales cuando tienen que comparecer ante el alto tribunal divino.

Esto es precisamente lo que Isabel, en cierta ocasión, recordara a su marido, víctima de un atentado. En aquel verano de 1554 Carlos sabía que en la dura guerra con Francia, el peligro acechaba a

la vuelta de la esquina. Y pedía a sus herederos que le dedicasen 30.000 misas para asegurar de este modo que su paso por el purgatorio quedaría aliviado. También disponía que se repartiesen limosnas y ayudas entre los necesitados. Sin palabras, estaba reconociendo sus propios defectos. También repetía, como los Reyes Católicos, el mandato de pagar las deudas. Deudas que en esta ocasión ahogaban su existencia.

Las disposiciones que se ordenan en relación con las Indias y sus rentas nos descubren que era consciente del error cometido: no tiene duda de haber malgastado el dinero quebrando los intereses de sus súbditos y que al pagar a estos con juros indianos estaba dañando precisamente la gran obra de restauración económica que debía haberse emprendido. Pasaba después a los problemas de justicia y a los abusos señoriales, pero aquí se limita a formular una denuncia porque carecía de medios para corregirlos.

Lo más importante en ese testamento lo encontramos en la afirmación de la unidad religiosa en sus reinos que él había recibido ya de sus abuelos. La observación de los valores morales como vienen enseñados por la Iglesia constituye la base esencial para la relación entre monarca y súbditos. Esta unidad se hallaba seriamente amenazada por la consolidación del protestantismo que ahora estaba intentando penetrar en los Países Bajos, especialmente en aquellas provincias más vinculadas a la germanidad. También en la Península se habían descubierto algunos casos aislados. Por eso recomendaba a Felipe mantener sólidamente la Inquisición. Pero le hacía una recomendación significativa: los jueces inquisitoriales no debían percibir bienes procedentes de las confiscaciones; se les debía asignar una renta beneficial independiente como las de los clérigos. Era un peligro que los jueces pudieran ganar dinero condenando. Lo verdaderamente importante en su tarea era conseguir la conversión.

El matrimonio concertado con María Tudor podía traer un cambio importante en el que Carlos se afirmaba. Los hijos que de él nacieran unirían Inglaterra a los Países Bajos. De este modo se podía constituir un sólido bloque en el norte que garantizase los intereses del comercio vizcaíno y también la resistencia frente a los intentos expansionistas de los protestantes. Esta especie de cesión sumada a la renuncia al imperio tenía una consecuencia que sin duda consideraba favorable: España, Italia y América, sólidamente unidas, ejercerían un dominio de los mares semejante al que ya ejerciera el Imperio romano. Nápoles y Milán, con Génova y el Piamonte, debían permanecer en esta gran Corona. Recomendaba también una atención al Mediterráneo en donde los turcos habían conseguido ampliar sus ganancias.

Para todo ello recomendaba Carlos a su hijo dos cosas: mejorar las relaciones con el pontificado, dañadas por el asunto de Piacenza que afectaba a la familia de los Farnesio, a la que perteneciera Paulo III y que seguía teniendo una gran influencia en la Curia; y cambiar el sentido moral del ejemplo acercando a los soldados al espíritu de la caballería, tal y como venía significada por el Toisón de Oro. Dos temas que en efecto Felipe II llegaría a resolver. La Corona española iba a asentarse sobre esos dos cimientos indestructibles, la fidelidad a la doctrina católica y el sentimiento que Cervantes sabría poner en el alma desquiciada de don Quijote. En los tercios de Flandes efectivamente los combatientes serían llamados «señores soldados». Carlos no podía ignorar el descontento que entre la nobleza española despertaban los sacrificios que se le imponían —el propio duque de Alba los había explicado en términos duros—, pero sabía también que en ella podía confiar porque la sociedad se acomodaba a este modelo. «Al rey la hacienda y la vida se deben dar, pero el honor es patrimonio del alma y el alma solo es de Dios.» Las palabras del poeta son congruentes con lo que estaba transmitiendo en su testamento el emperador.

En este documento solo se menciona una hija natural, Margarita de Parma, justificando el desliz con el argumento de que había tenido lugar antes de su matrimonio. Así explica bien lo que Carmen Mazario ha comprobado documentalmente, la fidelidad a la emperatriz. Sin embargo tenemos motivos para saber que su pensamiento se dirigía hacia aquel niño, hijo de Bárbara de Blomberg, Jeromín, que estaba siendo educado en Villagarcía de Campos por Luis de Quijada y su esposa Magdalena, manteniendo el más absoluto secreto. Será Felipe II quien le sacará del silencio para hacer de él un Juan de Austria, el héroe de Lepanto.

La abdicación

El proyecto estaba concluido. El 12 de abril de 1555, en su retiro de Tordesillas, murió la reina Juana. Ahora la legitimidad en Castilla dejaba de ser compartida pues Carlos asumía por completo el poderío real y, en consecuencia, estaba en condiciones de renunciar a él. Ya lo había hecho en favor de su hermano Fernando para los dominios y el título correspondientes al imperio. Convocó a sus consejeros y miembros de la nobleza flamenca a una reunión que debía celebrarse en Bruselas el 25 de octubre de aquel mismo año. Apenas podía andar si no era sostenido y ayudado por manos fuertes. Es curioso anotar que cuando entró en la sala de reunión su mano descansaba sobre el hombro de un joven de poderosa familia, Guillermo de Orange, que será precisamente quien, adhiriéndose al protestantismo, sería el destructor de la unidad de los Países Bajos. Sentado en su trono, el emperador pudo ponerse en pie de la misma forma. Iba a pronunciar su discurso.

Comenzó haciendo una referencia muy larga de cómo habían venido a sus manos los derechos de su padre Felipe y luego los de sus abuelos Fernando y Maximiliano, cuya política había tratado de

continuar y consolidar. Durante años, como todos sabían, había trabajado en ello. Pero ahora las fuerzas le faltaban. Salvo el imperio, todo pasaba a manos de Felipe II que, con veintiocho años, y casado con la reina de Inglaterra, garantizaba a todos el futuro.

Así hemos llegado al final de este ensayo que pretende explicar la importancia que reviste el reinado. Solo quedaban unos pocos años de retiro, volviendo a la vida religiosa de su infancia. El lector puede viajar hasta Yuste para dar el último adiós a una de las figuras más importantes de la modernidad europea.

Epílogo

EL CAMINO DE YUSTE

Largo y lento viaje

Como era habitual en ciertos miembros de la nobleza, Carlos, convencido de que la enfermedad le convertía en absoluto inválido, aunque conservase lúcidas las facultades mentales, había tomado la decisión de hacer del último tramo de existencia vida monástica, disponiendo así de los medios precisos para examinar su conciencia y, también, para un diálogo íntimo con Dios. Lógicamente acudió a los jerónimos, en quienes hallara fuerte apoyo moral en las horas más difíciles, como las que siguieran a la muerte de la emperatriz, y así dispuso que se le construyera una residencia en Yuste, que aún se conserva aunque modificada por el paso del tiempo. En Bruselas estaba con él, en octubre de 1556, su hijo Felipe que ya era señor de Flandes. El avance del otoño obligaría a permanecer allí todavía unos meses pues la ruta marítima podía verse complicada.

La abdicación del imperio había sido ya efectuada, si bien Fernando tendría que esperar hasta marzo de 1558 para que la Dieta le confirmase como emperador. Desde enero de 1556 Felipe se hallaba en posesión de los documentos que le acreditaban como rey de todos los dominios españoles, italianos —incluyendo Milán— y las

Indias. Felipe II tendría que hacerse cargo de la dirección de la guerra con Francia, que le proporcionaría la victoria de San Quintín, brillante para los comienzos de un reinado difícil que había comenzado con una suspensión del abono de los intereses de la deuda. También acompañaban a Carlos sus hermanas, Leonor, que había abandonado el trono de Francia, y María, que continuaba titulándose reina de Hungría. También Maximiliano y su esposa, hija del emperador, acudieron a darle la despedida. Hasta el 15 de septiembre. El 15 de septiembre los tres hermanos embarcan en una flota de 56 barcos que les esperaba en Fleigga y que en solo doce días les permitiría desembarcar en Laredo. Los tres tenían el mismo pensamiento: regresaban a España para esperar el momento de una buena muerte.

Nada estaba previsto para una recepción solemne. Carlos permaneció unos días en Laredo, reponiéndose. Y entonces tomó una decisión significativa: encomendó a Luis de Quijada, señor de Villagarcía, la dirección de todo el séquito que como monarca abdicado le correspondía conservar. Como ya indicamos, Quijada y su esposa Magdalena eran quienes cuidaban de la educación de Jeromín. Lento caminar, desde Laredo, con una breve estancia en Burgos donde el condestable, que también se hallaba unido a la familia real, trató de demostrar que aún era admirado. El silencio en que Carlos se hallaba sumido era interpretado por quienes le rodeaban como frío despido. Por eso Quijada, antes de entrar en Valladolid, recomendó que, al menos allí, accediera el monarca a mostrarse en público; aquella ciudad había sido verdadera capital y el pueblo lo esperaba. Y Carlos cedió descansando allí dos semanas y recibiendo muestras de afecto. La sorpresa: allí estaba el príncipe heredero que portaba su mismo nombre. Era un niño de once años que mostraba soberbia y desequilibrio. Cuando su abuelo le explicó la forma en que había tenido que salir de Innsbruck, el príncipe

repitió varias veces con desprecio que él no se hubiera fugado. Lo que equivalía a calificarle de cobarde.

Era la tarde del 12 de noviembre de 1556 cuando Carlos llegaba a Jarandilla, hundido en la litera que había soportado el mal tiempo en muchas ocasiones. Desde allí se alcanzaba ya Yuste. El viaje prácticamente había terminado. Al día siguiente, alojado en el castillo del conde de Oropesa, el monarca recibió una inesperada y, en cierto modo, sorprendente visita. Un muchachito venía a entregarle un obsequio de Magdalena de Ulloa. Se trataba de un simple pretexto: el mensajero era en realidad su hijo Jeromín. La impresión que este bastardo le produjo compensaba las amarguras causadas por el heredero del trono.

Al fin Yuste

En Jarandilla hubo de pasar Carlos V todo el invierno, sufriendo los dolores de su enfermedad que se manifestaba ahora más fuerte y variada. Había veces en que la gota le afectaba prácticamente a todo el cuerpo y se le producían dolencias que sus médicos no estaban en condiciones de aliviar. Seguía dominando al exemperador la afición a las comidas abundantes y suculentas sin que los físicos que le cuidaban lograran convencerle de lo contrario. Tampoco sus colaboradores consideraban adecuado Yuste como lugar de residencia. Pero en este punto Carlos se mostró firme. Hizo una visita para comprobar el avance de las obras de su palacio y volvió satisfecho: allí estaba todo lo que verdaderamente necesitaba, en especial la colaboración religiosa de los jerónimos en aquel tiempo final de su vida. Desde fines de enero de 1557 comenzó a prepararse el traslado.

Nada de esto significaba un abandono de la atención hacia los problemas que en Francia o Italia se estaban produciendo. Su

hermana Leonor que, lo mismo que María, habían decidido compartir el retiro final, había sido reina en Portugal y en Francia. De su matrimonio con Manuel quedaba una hija que repetía el nombre de María, y que durante más de treinta años había permanecido en Lisboa como abandonada por su madre. Y ahora esta tenía interés en que pasara a España para acompañarla en las gustosas horas finales. Juan III, casado con Catalina de Austria, envió sus embajadores a Jarandilla para explicar la situación. Era imprescindible para las íntimas relaciones entre ambos reinos mantener la política matrimonial. De hecho, se había negociado el matrimonio de María con Felipe II cuando este enviudó de su primera mujer portuguesa; el proyecto se había abandonado al surgir la oportunidad de la boda inglesa. Por eso Juan ahora insistía; para que María volviera a cruzar la frontera era necesario acordar para ella un matrimonio con un miembro de la Casa de Austria. Felipe no tuvo oportunidad de intervenir en esta negociación. Podemos llegar a la conclusión de que, en los asuntos familiares, Carlos seguía teniendo protagonismo; también él creía en la necesidad de mantener la unión. Estaba reclamando que se reconociesen a Felipe II derechos sucesorios en aquel reino como hijo y esposo de princesas portuguesas. Algo que entonces parecía imposible pero que llegaría a cobrar importancia.

El 3 de febrero a las cinco de la tarde, la litera que conducía a Carlos, en aquel frío invierno de 1557 entraba al emperador en Yuste. Todo el séquito que hasta entonces le acompañara se había disuelto en Jarandilla. Quedaba únicamente el servicio doméstico en que figuraban medio centenar de personas. En la iglesia del monasterio entró a postrarse de rodillas y dar a Dios las gracias. Al final se hallaba donde tanto deseara. Los jerónimos le acogieron como si fuera uno más entre los miembros de la orden. De hecho, así era. Aunque tuviera residencia propia adosada al monasterio, él

iba a compartir las normas de los religiosos. Nunca faltaba a la misa diaria; a veces incluso multiplicaba su asistencia.

Ahora Carlos V contaba con una persona de su absoluta confianza, Luis Méndez de Quijada, el señor de Villagarcía de Campos, que desempeñaba también las funciones de padre adoptivo de aquel Jeromín que iba creciendo en los afectos del emperador a medida que iba teniendo noticias de su clara conducta y condiciones. Aquel era un verdadero Austria, aunque ilegítimo. Como es natural, la comunidad jerónima escogió a algunos de sus miembros para que atendiesen su dirección religiosa. El más importante de ellos era su confesor, fray Juan Regla, que había asistido al Concilio de Trento. La oración, la meditación y las enseñanzas orales cubrían gran parte de las horas del día. También disponía de abundantes libros. Hay que llegar a la conclusión de que aquel año y medio que cerraba su vida coincidía en todo con el retiro que los religiosos contemplativos venían practicando.

No eran únicamente los jerónimos quienes atraían la atención del emperador. En Yuste comprendía la importancia que, pese a los daños y reveses sufridos, tenía su obra para el recobro de la catolicidad. Así cuando le llegó la noticia de que Felipe II había logrado la victoria de san Quintín no pudo contenerse y preguntó: «¿Está en París mi hijo el rey?». Una especie de retorno a los éxitos del pasado. Felipe, que estaba presente en el frente de batalla, había tomado una decisión distinta: aprovechar la victoria para obligar nuevamente a Francia a entrar en negociaciones. Recordemos que, como gratitud, esta victoria iba a dar origen al más importante de los monasterios jerónimos, San Lorenzo de El Escorial.

Horas finales

De Cisneros venía una herencia que ahora alcanzaba su punto final fortaleciendo en España la presencia de los observantes franciscanos, que el famoso cardenal había pretendido fueran los únicos admitidos en España. Ahora la orden, aun contando con un solo general, aparecía dividida en dos sectores, el que pretendía retornar al punto de la regla de san Francisco —de ahí el calificativo de observantes— y el que trataba de conservar los bienes espirituales y materiales conseguidos y que preferían considerarse claustrales. Carlos había prestado apoyo a ambos. Fueron precisamente dos españoles, fray Martín de Guzmán y fray Esteban Molina, los que extendieron por toda Italia la reforma. Pero en 1540 san Pedro de Alcántara quiso ir todavía más lejos; retornar a la pobreza absoluta haciendo que los frailes suprimiesen ciertas comidas y caminasen descalzos. Un día este reformista acudió a Yuste para pedir ayuda y mantuvo una larga conversación con el emperador que prometió su apoyo.

Más importantes fueron las visitas que Carlos recibió de san Francisco de Borja. Como hemos indicado, sus relaciones partían de tiempos antiguos cuando, al servicio de la emperatriz, el duque de Gandía se dejó ganar por un amor profundo que permitía comprender el que Carlos sintiera por su esposa. Pero el ahora miembro de la Compañía de Jesús, en sus visitas a Yuste, trataba ahora de otras cosas: la necesidad de despojarse de las galas cortesanas para entrar en el servicio de Dios. El exemperador prácticamente confesaba con el antiguo duque de Gandía los errores cometidos, algo que él entendía muy bien. Aquellos meses postreros debían servir a ambos para alcanzar el perdón y la misericordia que Dios nunca niega a los arrepentidos.

Un problema preocupaba hondamente al emperador desde el momento en que conociera personalmente en Jarandilla a su hijo Jeromín.

Si respondía a los aspectos que en él reconociera era cuando menos conveniente lograr la legitimación del chico como ya hiciera con Margarita de Parma. El linaje necesitaba de toda clase de refuerzos para el desarrollo de empresas políticas. Por esta razón presionó fuertemente a Quijada para que hiciera venir a Yuste a su esposa, Magdalena de Ulloa, que había permanecido en su domicilio, cuidándolo. En septiembre de 1558 el proyecto se cumplió. Y, tras la entrevista, Carlos ordenó salir de la habitación a todo el mundo, salvo a Luis Méndez de Quijada, con quien quería hablar en el más absoluto secreto: debía guardar todavía el secreto pero también escribir a Felipe, que aún permanecía en Bruselas, transmitiéndole el ruego. La carta fue despachada el día 30 de dicho mes. El secreto no se guardó mucho tiempo. Pero el monarca cumpliría el deseo de su padre poco tiempo después de la muerte de este. Jeromín iba a llamarse don Juan de Austria. Sobran las palabras.

En estos momentos el emperador había dejado de existir; una fiebre incrementaba los terribles dolores de la parálisis. El 19 de septiembre de 1558 le fueron administrados los últimos sacramentos y en la madrugada del 21 entregó su alma a Dios.

Carlos V
Luis Suárez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Imagen de la cubierta: ©Oronoz / Album. El emperador Carlos V, detalle de la obra de
Juan Pantoja de la Cruz (1554-1608) , Monasterio de San Lorenzo del Escorial

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta

© 2015, Luis Suárez

© Editorial Planeta, S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2015

ISBN: 978-84-344-2323-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S.L.
www.victorigual.com